POR QUE Y COMO CAYO
PORFIRIO DIAZ

Por qué y como cayó PORFIRIO DIAZ

POR

RICARDO GARCIA GRANADOS

Antes Diputado al Congreso Federal Mexicano, Delegado al Congreso Panamericano de Río Janeiro, Autor de la obra premiada "La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma", Caballero de las Ordenes de la Corona de Prusia y de San Estanislao de Rusia, etc.

MEXICO

ANDRES BOTAS E HIJO, SUCR.

1a. Bolivar 9

1928

INTRODUCCION

RESUMEN CRITICO DE LA EPOCA DE 1867 A 1907

El período histórico que comienza con la restauración de la República en 1867 y termina con la caída de Porfirio Díaz en 1911, constituye un encadenamiento particular de fenómenos políticos y sociales, que partiendo de una situación creada por la fuerza, después de una prolongada y tenaz lucha de principios opuestos, representa por primera vez en nuestra historia, como nación independiente, un regular desarrollo pacífico, pero que, sin embargo, termina con un nuevo desquiciamiento, producido por el natural y pernicioso incremento de ciertos vicios inherentes al régimen establecido. La falta de previsión y de un patriotismo desinteresando en los círculos políticos superiores, así como la ignorancia de las Ciencias Sociales, impidieron toda reforma oportuna del sistema y trajeron ese desquiciamiento, al cual ha seguido un período de anarquía, en que se buscan las condiciones de un nuevo equilibrio, que garantice una evolución pacífica de cierta duración, pero en que, por desgracia, se viene cometiendo el mismo trascendental error de antes, que es el de pretender que los hombres se adapten a las leyes brotadas de la fantasía de los gobernantes, en vez de procurar adaptar las leyes a las condiciones particulares de los hombres y de la sociedad.

Al triunfar el partido liberal definitivamente de su adversario, con la caída del Imperio de Maximiliano, se comprometió ante la Nación, como debía esperarse, a organizar el sistema gubernativo sobre la base de la Constitución de 1857

y de las Leyes de Reforma. En cuanto a estas últimas, que significaban la implantación del régimen laico, con su completa separación de la Iglesia y del Estado, no hubo muchas dificultades que vencer para hacerlas efectivas, porque las fuerzas del partido conservador ya estaban agotadas, y porque las disposiciones de dichas leyes no contrariaban la ambición personal de los gobernantes, pero en cuanto a la organización efectiva de la Democracia, se puso en evidencia, desde luego, que era una imposibilidad, porque faltaban todas las condiciones necesarias, como son la instrucción de las masas populares, el espíritu de iniciativa, la autodisciplina de las clases directoras, los partidos organizados, etc.

Nos parece ahora que lo indicado y de ejecución relativamente fácil, hubiera sido derogar las disposiciones irrealizables de la Constitución, suprimiendo, ante todo, el absurdo sufragio igual y universal, para sustituirlo con un sufragio restringido, que se fuera ampliando en relación a los progresos de la educación popular, como se ha verificado en donde el sistema de gobierno representativo ha funcionado con éxito, pero esto hubiera equivalido a que los jefes del partido liberal confesaran, a raíz de su triunfo, que habían sido unos ilusos o unos embaucadores y que reconocían que en muchas cuestiones la razón había estado de parte de sus adversarios políticos recién vencidos. Además del desprestigio que implicaba la humillante confesión de haberse equivocado, hubiera resultado el procedimiento de lenta educación política, que las circunstancias exigían, contrario a las tendencias autocráticas de los gobernantes.

No debe sorprender, en vista de estas consideraciones, que los que dirigían entonces la marcha política, apelaran, para resolver el problema, a una ficción, es decir, a la de adoptar la Democracia únicamente en la forma y ejercer de hecho la Dictadura, apoyada por un ejército bien organizado. Es cierto que las discusiones y prácticas parlamentarias dieron al régimen establecido, hasta el año de 1886, cierta apariencia de Democracia efectiva, pero en realidad no era más que

un remedo sin consistencia, pues los llamados representantes del pueblo no habían sido elegidos por este, sino por los Gobernadores, entre los cuales se hallaban algunos que habían conquistado el puesto a mano armada o que, por otros motivos, contaban con elementos propios para sostenerse en el poder y que, por lo tanto, no obedecían ciegamente las indicaciones que recibían del Centro.

La oposición parlamentaria, creada así por los Gobernadores desobedientes, molestaba al Gobierno central, el cual procuraba naturalmente establecer en todos los Estados autoridades que le fueran incondicionalmente adictas. El régimen federal, legalmente establecido, que los Presidentes no se atrevían a infringir abiertamente, impedía que se verificara directamente la destitución de un Gobernador, para sustituirlo por otro y el empeño de lograrlo por medios indirectos, fué el que surgió la idea de crear el Senado, que todavía no existía. Se alegó con tal motivo que la reforma era necesaria para corregir las impetuosidades de la Cámara popular, de los cuales esta no se había hecho culpable, por cierto, pero a pesar de que se traslucía el verdadero objeto, el Ejecutivo logró llevar a efecto su propósito de adicionar la Constitución como lo deseaba. Sujeta la nueva Cámara, aun más que la de Diputados, al Poder Ejecutivo, y contando entre sus atribuciones la de intervenir en los conflictos locales, así como la de nombrar Gobernadores interinos, había de servir de instrumento ciego para establecer de hecho el centralismo y para cimentar la Dictadura. Tal fué la obra de Juárez y de su Ministro y sucesor Lerdo de Tejada, que había de aprovechar con mayor éxito el General Díaz.

El pueblo, que no estaba acostumbrado a ejercer el sufragio, no pedía más que tranquilidad y una regular administración, a fin de poder atender a sus intereses económicos, pero como ni Juárez ni Lerdo de Tejada supieron dar plena satisfacción a esta demanda, preocupados como estaban con las intrigas políticas, y como, por otra parte, pretendían perpetuar su poder, imponiendo a los Estados Gobernadores impopula-

res, provocaron en 1871 la revolución de La Noria, que fué sofocada después de la muerte de Juárez.

Los que entonces luchaban por la introducción de reformas económicas y administrativas, los postergados en el reparto de empleos o de concesiones lucrativas, los militares en receso y los que aun creían posible que funcionara la violada Constitución de 1857, escogieron como jefe al General Porfirio Díaz, el cual se había distinguido en la guerra contra los franceses e imperialistas, por su habilidad, honradez y generosidad hacia los vencidos. De este esperaban los oposicionistas que establecería un régimen realmente constitucional, pero al mismo tiempo que trabajaban a favor de su candidato, presentaron un programa político, en el cual figuraba en primer término el principio de no-reelección del Presidente y de los Gobernadores, a fin de asegurar así el sufragio efectivo. Con esta bandera triunfó el General Díaz en el año de 1876.

Las esperanzas fundadas en esta reforma no se habían de cumplir por entonces más que de una manera pasajera, pues bien pronto se había de poner en evidencia que los gobernantes suprimen fácilmente los preceptos que les estorban, cuando el pueblo no tiene manera y costumbre de ejercer una constante y enérgica vigilancia para sostenerlos, especialmente en los casos en que una considerable mejora de las condiciones económicas da lugar a que se olviden las cuestiones políticas. Después de su primer período presidencial cumplió el General Díaz su promeza, renunciando a su reelección, pero el sufragio seguía muerto o acobardado, de suerte que el General Díaz pudo sacar electo, sin serios inconvenientes, a su compañero de armas y compadre, General Manuel González, a condición de que le devolviera la Presidencia después de cuatro años, como en efecto, lo hizo.

Tuvo el General Díaz por aquela época la fortuna de que le viniera de fuera un poderoso aliado con la invasión de capital extranjero, que abundaba entonces y buscaba empleo, para lo cual parecía México un campo apropiado, en vista del pacífico traspaso del Poder y de que los ferrocarriles norte-

americanos habían llegado a inmediaciones de la frontera internacional. La afluencia de capitales, que se invirtieron principalmente en la construcción de ferrocarriles, fué tan grande, que bastó a cubrir los despilfarros de la administración de González y a seguir impulsando el desarrollo de la riqueza pública.

El progreso material que así se produjo y que el General Díaz y sus consejeros atribuían en primer término, con sobrada exageración, a la habilidad con que habían gobernado, justificó a su juicio que se abandonara el principio de no-reelección, que había servido de bandera a la última revolución, y en consecuencia se introdujo en el año de 1887 la reforma que permitía por una sola vez la reelección inmediata y cuatro años después quedó abolida toda restricción a las reelecciones, por unanimidad de los llamados representantes del pueblo en todos los cuerpos legisladores de la República.

Entretanto había empeorado la situación económica, en parte a causa de malas cosechas, pero también porque había cesado la afluencia de capitales extranjeros, dando lugar a que despertara de nuevo la oposición y a que un grupo de partidarios del General Díaz, los que por aquel tiempo empezaron a ser designados con el nombre de "científicos", creyeran oportuno, con motivo de las elecciones que se iban a verificar en el año de 1892, discutir y presentar al público un programa que resultó bastante halagador y bien fundado. Estaban, sin embargo, destinados a fracasar todas esas tentativas de ir introduciendo las prácticas democráticas, pues el General Díaz, que durante su primer período presidencial había estado dispuesto a consultar la opinión pública, se iba conviertiendo, con el éxito obtenido y las lecciones de su suegro y maquiavélico Ministro de Gobernación, Romero Rubio, en un verdadero déspota, al cual parecía muy cómodo seguir gobernando con la comedia democrática, que ya llevaba un cuarto de siglo de funcionar. Que la situación iba cambiando y que era necesario ir dando mayor participación al pueblo en el gobierno, no lo comprendía, antes bien se afe-

rraba a la idea de que solamente la Dictadura ilimitada era capaz de asegurar la paz y el desarrollo de la prosperidad pública.

Conforme a esas ideas, fueron brutalmente reprimidas, en el año de 1893, las vigorosas manifestaciones populares a favor de una representación efectiva del pueblo en los negocios públicos, organizados por algunos políticos independientes, periodistas, obreros, etc., los cuales fueron reducidos a prisión y condenados a severas penas, exceptuando a los que lograron ponerse a salvo al otro lado de la frontera internacional. En cuanto a los partidarios del régimen establecido, que deseaban introducir las más indispensables reformas, con permiso del Gobierno, los llamados "científicos", fueron recibidos atentamente por el Presidente, el cual aceptó graciosamente la candidatura ofrecida, pero guardó profundo silencio respecto al comprometedor programa, que no tenía absolutamente la intención de observar.

Sofocada así la oposición, desdeñadas las proposiciones de reforma presentadas por los mismos gobiernistas y habiendo muerto el ex-Presidente y Gobernador de Guanajuato, Manuel González, a quien se guardaban ciertas consideraciones quedaron todas las autoridades de la República completamente sujetas a la voluntad del Ejecutivo Federal, incluyendo el Congreso, en el cual se aprobaban todos los proyectos de ley que ese Poder absorbente le presentaba, sin discusión y por unanimidad. Tuvo, sin embargo que suceder que el mismo exceso de despotismo, acompañado de una administración bastante mala y de una situación económica desfavorable, produjera un descontento general y algunos movimientos revolucionarios que amenazaban la estabilidad del Gobierno. Una vez más vino entonces la fortuna a salvar al General Díaz de las circunstancias más críticas, pues a eso equivalió, primeramente el acertado nombramiento del Licenciado José I. Limantour para el cargo de Secretario de Hacienda y en seguida la oportuna muerte del funesto Ministro de Gobernación, Romero Rubio. El hábil e inteligente economista, no

menos que laborioso administrador, a que ahora se hace referencia, se dedicó desde luego, con la actividad que le era propia, el desempeño de sus difíciles funciones, con tan buen éxito que a los dos años, precisamente cuando se despejaba la atmósfera a causa de la muerte de Romero Rubio, no solamente obtuvo el equilibrio de ingresos y egresos, sino un superávit, que fué aumentando en proporciones sorprendentes, a pesar de los grandes gastos que se hacían en obras públicas, y no hay exageración en asegurar que a esa eficaz administración de la Hacienda pública de 1893 a 1910, se debió que se conservara la paz, a la sombra de la cual se verificó un desarrollo material asombroso.

Se comprende que en tales condiciones apareciera la perspectiva para el porvenir de lo más halagüeña y que la gran mayoría de las personas instruídas se forjara la ilusión de que el progreso estaba asegurado para toda una generación. La misma opinión prevalecía en el extranjero, al grado de que los bonos mexicanos se cotizaban en las Bolsas a un tipo más elevado que los más acreditados de las naciones sud-americanas. Por desgracia había de resultar que las esperanzas que se habían concebido carecían de fundamento, que el admirable desarrollo material se suspendiera y que sobreviniera, al fin, el desquiciamiento del orden establecido, porque, a pesar de la excelente administración hacendaria, no era posible que subsistiera por tiempo indefinible una organización política que descansaba sobre un constante engaño, como era la comedia de sufragio popular que se representaba.

Que ese sistema, destructor de las fuerzas morales necesarias para un sano desenvolvimiento nacional, era insostenible, se puso repentinamente en evidencia con motivo de la conferencia concedida por el Presidente al periodista norteamericano Creelman a principios de 1908, pues esta fué la que despertó el espíritu e inició el movimiento de reacción contra el prolongado estupor político que se había impuesto. En efecto había estado el Gobierno dedicado durante más de cuarenta años al absurdo procedimiento de predicar las más

avanzadas doctrinas democráticas y de practicar las contrarias, ejerciendo de hecho un despotismo ilimitado, con sus inevitables acompañantes de arbitrariedad y corrupción, que no podía menos de conducir al constante desprecio de la ley, a que cundiera el servilismo en vez de las nobles ambiciones, al estancamiento intelectual y al abuso de la fuerza.

Durante esa misma época de despotismo disfrazado de democracia, venía también en aumento la importancia de dos factores de carácter social y universal, completamente desatendidos, y cuyos efectos opuestos requerían bien estudiadas medidas de conciliación o ajuste de intereses, a fin de evitar o de mitigar los conflictos que sin esas medidas tenían necesariamente que estallar. Esos dos factores eran, por una parte, la mejor instrucción que iban adquiriendo las clases obreras, y por otra, el creciente poder absorbente del capital a causa de los progresos técnicos y de la perfeccionada organización capitalista de la sociedad. El capitalismo moderno, basado en el irrestringido individualismo, ejercía libremente su natural tendencia a oprimir a los obreros en la desenfrenada competencia por conquistar los mercados, mientras que los obreros, más adiestrados que antes en la defensa de sus intereses, se resentían de esa opresión y aspiraban resueltamente a mejorar de condiciones. Estas tendencias opuestas empezaron a producir conflictos, que el Gobierno, en su ceguedad, hija de la ignorancia, no creía poder evitar más que apelando a medidas de represión, más o menos violentas, pues no se habían estudiado debidamente las Ciencias Sociales, ni mucho menos se había procurado su aplicación práctica de nuestras condiciones particulares. Con motivo de esto hay que advertir, sin embargo, en descargo de nuestros gobernantes de entonces, que no hicieron más que compartir la incompetencia de algunos gobernantes de otros países, que no han sabido adaptar, con la oportunidad necesaria, la legislación político-social a las nuevas condiciones que los mencionados progresos técnicos exigen. Pero aun cuando la incompetencia de los gobernantes no fuera exclusivamente nuestra, el caso

es que todos esos errores, abusos y omisiones, de que se ha dado cuenta, a los cuales se agregaba la decadencia del espíritu religioso, propia de la época, tenían que conducir al derrumbamiento del orden establecido, como acto final del período histórico que comienza con la restauración de la República en el año de 1867 y termina con la caída de Díaz en 1911.

Ese acto final del único prolongado período de paz y prosperidad de que ha gozado la República, desde su independencia, así como la génesis y fases iniciales del movimiento revolucionario que puso fin a ese período, es el que se va a procurar describir en la presente obra, exponiendo y juzgando hombres y hechos como realmente se nos presentan, lo cual implica que no es el propósito servir intereses determinados, sino trabajar a favor de la verdad histórica en beneficio de los pueblos.



CAPITULO I

SITUACION ECONOMICO-SOCIAL DE 1905 A 1910.

Los gobernantes y las clases obreras. - Las clases acomodadas y las clases medias. - Las instituciones de crédito y su relación con la vida económica. - La Hacienda Pública.

La eficaz administración de la Hacienda Pública, iniciada en 1893, así como el desarrollo de las vías de comunicación y la prosperidad del comercio y de algunos ramos de la agricultura y de la industria, que redundaban principalmente en beneficio de las clases capitalistas, y en fin, el prestigio adquirido para la Nación en el Extranjero, había producido tal satisfacción a los gobernantes y les había inspirado tal confianza en sus propias aptitudes para dirigir indefinidamente el desarrollo nacional, que se habían descuidado por completo de atender a algunos de los más urgentes problemas económicos, políticos y sociales.

No obstante que se había progresado considerablemente en la instrucción pública, si se tomaban en cuenta los recursos de que se disponía y si se comparaba el resultado obtenido con lo que se había hecho en épocas anteriores, saltaba realmente a la vista que la inmensa mayoría de las clases proletarias se hallaba todavía en un estado de ignorancia y abyección deplorables. Al lado de ese progreso en la instrucción aparecía, en efecto, que a favor de la educación moral se había hecho

muy poco, a favor de la educación política casi nada, a lo cual se agregaba que no se habían adoptado tampoco las medidas conducentes a que mejoraran las condiciones económicas de los obreros. La iniciativa particular no alcanzaba a remediar esos males, tanto por el egoísmo y apatía tradicional de la mayoría de las clases acomodadas, perteneneciente mayormente a la raza europea, como porque el Gobierno recibía con marcado recelo toda proposición de reforma que no procediera del círculo de sus partidarios.

No era, sin embargo, únicamente la suficiencia y desconfianza de los gobernantes lo que dificultaba la solución de esos problemas, sino la ignorancia de las Ciencias Sociales, en general, aun entre las personas ilustradas. Si se recorren las páginas de nuestra historia, no se puede menos de observar que nuestros escasos pensadores que se dedicaron a la política han incurrido en el error de considerar el problema social desde un punto de vista unilateral. Los hombres del antiguo régimen lo consideraban como perteneciente casi exclusivamente al orden moral, mientras que los liberales avanzados, que nulificaron a los moderados y suprimieron la educación religiosa, se dividieron entre los que veían la única salvación para la Patria en la generalización de la instrucción pública primaria y los que aseguraban que solo había que levantar el nivel económico de las masas, a fin de obtener un progreso sólido. En medio de esta controversia de opiniones encontradas, apenas hubo quien descubriera y expusiera la íntima relación entre esos factores que reclama su mutua acción, pues todo progreso unilateral tiene que producir un desequilibrio de graves consecuencias.

Hay, en efecto, que darse cuenta de que la educación predominante moral, especialmente la religiosa, tiende a establecer la armonía social, pero no es favorable al progreso, mientras que la instrucción intelectual, que no va acompañada de la educación moral, tiende a producir la anarquía con el desarrollo desordenado de las ambiciones y concupiscencias, especialmente cuando no se ofrece a las aspiracio-

nes justificadas una satisfacción conveniente, por medio de nuevas oportunidades en la actividad económica. En fin ha demostrado la experiencia que un aumento en los jornales sin la correspondiente educación moral e intelectual, no conduce más que a fomentar la osiocidad y los vicios.

La exactitud de las anteriores observaciones resalta aun más, si comparamos el estado de nuestras clases proletarias con el de las mismas en los países más civilizados de Europa y en los Estados Unidos, y al proceder así se explica mejor, cuan torpe debe ser el empeño de copiar sin disernimiento leyes y prácticas, que sin una modificación adecuada no pueden dar un resultado satisfactorio.

En esos países han conquistado los obreros una importante posición político-social que está justificada por la creciente eficacia de su trabajo, sus costumbres morigeradas y su disciplina intelectual y moral. Al iniciarse el movimiento socialista moderno, que abandonando las antiguas utopías, procura basarse en principios científicos, y que tiene por causa el creciente poder absorbente que, en oposición al trabajo, dan al capital los progresos técnicos, era uno de los argumentos que presentaban, con razón, los defensores del sistema individualista existente, fundándose en las teorías de Malthus, que la población propende a aumentar más rápidamente que los medios de subsistencia y que el colectivismo tendría que agravar esa desproporción. Alegaban que ese problema de la superabundancia de población no lo podía resolver más que el individualismo puesto que imponía la obligación a cada uno, de restringir su descendencia a fin de asegurar la existencia y bienestar de esta, con lo cual se aligeraba la carga del Estado, que no tenía la abligación de auxiliar al desvalido más que excepcionalmente y en una escala reducida. Justificado como estaba entonces ese razonamiento ya va ahora perdiendo su fuerza, pues ha entrado en la disciplina de los obreros en los países más civilizados, la restricción en el número de sus descendientes, al mismo tiempo que el mayor cuidado que dedican al bienestar y edu-

cación de su familia. De esta manera contribuyen con sus Gobiernos a la solución de los problemas sociales y el cooperatismo se puede ir estableciendo en beneficio de todos.

Muy distintas son, por desgracia, las condiciones, educación y costumbres de nuestros labradores y obreros, de lo cual se desprende naturalmente que al tratar de los problemas sociales resulten falsas las conclusiones derivadas de lo que se ha observado en otras partes. Como nuestro pueblo no conoce por lo general la economía, no tiene aspiraciones a mejorar de condiciones, el aumento de jornales ha tenido frecuentemente por consecuencia que se fomenten los vicios y la ociosidad, en vez del ahorro. En cuanto al arte de leer y escribir, ha resultado a veces inútil por falta de oportunidad de aplicarlo, o ha criado descontentos, que por falta de ocupación que les agrade, están siempre dispuestos a trastornar el orden establecido, lo cual equivale a decir que para que se verifique un sano desarrollo nacional es necesario que el progreso intelectual marche al mismo paso que el progreso económico y moral. El que tiene que trabajar todo el día para ganar la subsistencia, no puede estar muy inclinado a dedicarse a la lectura.

En cuanto a la moral sexual y las relaciones de familia, el obrero y el labrador mexicanos, se abstienen en su mayoría, de contraer matrimonio civil o religioso, pero en uniones libres se reproducen con exceso y practican muy poco las obligaciones hacia su descendencia. Resulta de estas condiciones que a fin de dar satisfacción a las obligaciones que el espíritu humanitario inspira hacia los desvalidos o que el colectivismo pretende imponer al Estado, se necesitaría que este dispusiera de recursos materiales superiores a los que ofrece la producción nacional.

A la indiferencia en cuanto a sus obligaciones hacia la familia, se agrega entre los obreros mexicanos la falta de empeño en hacer más productivo su trabajo, de tal suerte que un obrero anglo-sajón, sin ser ni más inteligente ni más fuerte, y tan solo a causa de su mejor educación y del estí-

mulo que lo anima, ejecuta un trabajo mucho mayor que el obrero mexicano. Implica este hecho un problema social de gran trascendencia, que no se resuelve de un día al otro por medio de decretos o de violencias.

Hay también que tomar en consideración que todas esas cuestiones o condiciones referentes a la población tienen un aspecto internacional, especialmente porque la superabundancia de población es una de las principales causa de las guerras. Los pueblos de raza anglo-sajona, que no tardarán muchos años en formar una sola confederación, sostienen el principio que es un derecho y aun obligación de todo Gobierno civilizado el excluir del territorio nacional a los inmigrantes que juzgan inconvenientes, especialmente a los de raza o cultura consideradas inferiores, a fin de evitar a los obreros nacionales la competencia y elevar de esta suerte su bienestar económico y su carácter moral; mientras que en otros países, especialmente en el Japón, se proclama la igualdad de razas y el derecho para todo hombre pacífico y trabajador, de establecerse en el lugar que más convenga a sus intereses. El Derecho Internacional reconocido todavía no ha dicho su última palabra respecto a este problema, a cuya solución nosotros los mexicanos no hemos de poder contribuir más que de una manera poco sensible, pero entre tanto siguen nuestros proletarios reproduciéndose sin muchos escrúpulos y como nuestro territorio, devastado por revueltas y medidas económicas y sociales absurdas, no alcanza a proporcionarles una fácil subsistencia, emigran para los Estados Unidos, en donde van causando creciente disgusto entre los obreros que ven reducidos sus jornales por hombres que consideran de inefrior categoría. Ese disgusto se traduce en ataques a los obreros mexicanos, como se verifican contra los asiáticos, que es difícil evitar y que ha de dar lugar a constantes conflictos, mientras no se logre elevar la cultura y realizar la auto-disciplina de nuestras clases trabajadoras, dando a estas educación intelectual y moral, al

mismo tiempo que oportunidad para mejorar sus condiciones económicas por medio del trabajo honrado.

El Gobierno del General Díaz cometió un doble error en estas cuestiones, pues por una parte proclamaba los principios democráticos más avanzados, dando armas a los radicales y por otra practicaba los principios opuestos, al grado de que le repugnaba toda reforma que hubiera preparado la solución de los mencionados problemas y hubiera evitado la revolución que sobrevino. No se hizo, en efecto, casi nada para la educación de los obreros y para protegerlos contra los abusos capitalistas, ni a favor del fraccionamiento rural para crear suficiente número de pequeñas propiedades.

A fin de proteger la formación de la pequeña propiedad rural, lo conducente hubiera sido proceder como lo recomendaba Alberto García Granados en la Sociedad Agrícola de que fué sucesivamente Vice-Presidente y Presidente, así como en un folleto que publicó, referente espcialmente al brillante resultado obtenido por las Cajas Rurales, sistema Raiffeisen, primeramente en Alemania y después en otros países. No se limitó el autor a exponer sus teorías, sino que como agricultor de experiencia, las puso en práctica con pleno éxito, aunque en pequeña escala, a causa de que sus recursos particulares no alcanzaban para más, en el Distrito de Huejocingo, Puebla. El digno Arzobispo de México, José Mora y del Río, prestó también su auxilio para el establecimiento de una Caja Rural en el Estado de México, pero ni el Gobierno del General Díaz, ni más tarde los Gobiernos emanados de la revolución, le prestaron la atención debida a esta idea, que convenientemente desarrollada, hubiera producido los más fecundos resultados.

El problema obrero en la industria fabril y minera requería, a su vez, una legislación adecuada, que definiera los derechos y obligaciones de obreros y patrones, así como la manera de resolver los conflictos entre el capital y el trabajo, antes de que las pasiones encendieran los ánimos, para lo cual se imponía la necesidad de establecer tribunales

especiales y nombrar inspectores industriales, que cuidaran del cumplimiento de las leyes.

La falta de leyes obreras adecuadas a nuestras condiciones, así como de otras leyes o disposiciones, que protegieran al productor o comerciante en pequeño, contra los abusos de los grandes capitalistas o terratenientes, empezaron a producir serios trastornos desde fines del año de 1906. En Velardeña, Durango y en Río Blanco, Veracruz, se produjeron graves conflictos entre los obreros que habían apelado a la huelga, y los fabricantes, mientras que en otras partes sobrevinieron conflictos agrarios. Los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón publicaban en los Estados Unidos un periódico de carácter comunista, llamado "La Regeneración", que circulaba clandestinamente en México y que atacaba duramente la Dictadura del General Díaz y a los grandes terratenientes de los Estados fronterizos, especialmente al General Luis Terrazas, que dominaba en el Estado de Chihuahua, a veces como Gobernador y a veces por un lugarteniente y que en combinación con sus parientes y allegados, se había apoderado de una gran parte de las mejores haciendas, monopolizaba todos los grandes negocios y se eximía de pagar las contribuciones que le hubieran correspondido en justicia. La agitación llevada a efecto por los hermanos Flores Magón, con quienes cooperaban Antonio Villarreal y otros, produjo en fin varios motines y revueltas: el día 20 de Junio de 1909 atacó una partida de descontentos la población de Casas Grandes, y aunque sin éxito, en Viesca, Coahuila, se produjo un levantamiento el día 24 del mismo mes, en el cual perdió la vida el aborrecido Jefe Político; el día 25 pasaron 100 hombres la frontera y se apoderaron de la población de Las Vacas y el día 30 un grupo de rebeldes se apoderó del pueblo y aduana de Palomas, Chihuahua. Estos motines o revueltas fueron prontamente sofocados y el Gobierno aparentó concederles escasa importancia, pero eran, sin embargo, sintomáticos de una situación que se iba agravando rápidamente.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

LAS CLASES ACOMODADAS Y LAS CLASES MEDIAS

Los errores cometidos por el Gobierno en las cuestiones políticas y sociales, se debían no solamente a que la edad iba entorpeciendo las facultades intelectuales del General Díaz, impidiendo que este se adaptara a las nuevas condiciones, que la natural evolución traía consigo, sino también a la creciente arrogancia de algunos de los más afortunados directores políticos, que los inducía a despreciar la opinión pública, y en fin, a la tradicional apatía de las clases acomodadas, heredada de la época colonial, que habían fomentado o dejado subsistir todos los Presidentes, por convenir así a sus intereses personales.

En México las clases ricas han estado expuestas no solamente a la perniciosa influencia de la abundancia adquirida sin mucho esfuerzo, que produce una degeneración parasitaria, sino también a la falta de un ideal adecuado, especialmente para la juventud. Llámese vanidad o ambición, es una tendencia profundamente arraigada en la naturaleza humana, el procurar sobresalir de sus semejantes, dependiendo de la dirección que se logre dar a esa tendencia, en gran parte, el éxito más o menos favorable que alcanzan los pueblos en su desarrollo histórico. Cuando al deseo de sobresalir se le puede dar el carácter de una noble emulación en beneficio de la Patria, como en la Atenas de Temístocles o en la Roma de los Escipiones, los pueblos han hecho prodigios, pero cuando no se ofrece un campo adecuado a las nobles ambiciones, cuando no se premia el verdadero mérito cuando las aspiraciones más legítimas son motivo de sospecha para los gobernantes, cuando la opinión pública adormecida, se muestra indiferente hacia las acciones patrióticas entonces la juventud acomodada busca en los vicios una satisfacción a su vanidad, ya sea en indignas y peligrosas aventuras amorosas o arriesgando una fortuna en los azares del juego, o sobrepujando a los compañeros de orgías en

el consumo de bebidas embriagantes, o en cualquier otro vicio. La perversión de costumbres acompaña invariablemente a la tiranía, lo mismo en el helado clima de Rusia que en las regiones tropicales de América.

De esta especie eran los vicios a que se dedicaba una gran parte de la llamada aristocracia mexicana, aunque es cierto que también había entre ella numerosas personas de lo más dignas de respeto. Especialmente las mujeres eran, por lo general, excelentes esposas y madres, que ejercían las virtudes cristianas y del hogar, sin figurar mucho en asuntos públicos. No faltaban tampoco hombres que se dedicaban al trabajo productivo, pero solamente una pequeña minoría tomaba parte en la vida pública o cultivaba las ciencias o la literatura. Esa aristocracia del dinero, a la cual se agregaban algunas antiguas familias decaídas en su fortuna, no formaban un conjunto homogéneo, cuyos miembros llevaran íntimas relaciones entre sí, ni tenían aspiraciones comunes, sino que estaba dividido en agrupaciones con distintas ideas tendencias y costumbres, de suerte que los únicos centros de reunión eran los clubs de recreo en que solía jugarse fuertemente, las diversiones públicas, incluyendo las degradantes corridas de toros y el paseo vespertino en el bosque de Chapultepec, en donde se lucían elegantes carruajes y hermosos caballos, así como automóviles, que ya empezaban a generalizarse. Había también algunas sociedades científicas y literarias, cuyos loables esfuerzos habían sido coronados a veces por éxitos satisfactorios, pero que no lograron hacer papel sobresaliente en la vida nacional o internacional. Los bailes eran muy raros, pues ya hasta el aristocrático Jockey Club se abstenía de darlos, en gran parte a causa de la vanidad de las mujeres, que solían gastar en trajes y alhajas sumas superiores a los recursos de los esposos y padre de familia, pero en los días anteriores a la navidad seguía la costumbre de que se reunieran las familias a celebrar las llamadas "posadas", en que tenían oportunidad de conocerse y tratarse los jóvenes de ambos sexos.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

Sin organización y sin aspiraciones políticas determinadas, las clases acomodadas no podían constituir una amenaza para los intereses personales del Presidente, pero tampoco podían servir de apoyo al Gobierno en caso de un conflicto, como se había de ver más adelante. El General Díaz no solamente dejó de precaver el peligro que esto implicaba para el porvenir del país, sino que cometió además el error de permitir que se formara una plutocracia, compuesta en gran parte de especuladores afortunados y poco escrupulosos, y dentro de esta un círculo más estrecho de personas privilegiadas, que monopolizaba las grandes empresas y trataba con cierto desprecio al público en general.

El diario católico "El Tiempo" de 30 de Agosto de 1908, se hacía eco de la opinión que prevalecía con tal motivo, al decir:

"Los negocios finacieros están bajo el arbitrio de una veintena de poderosos oligarcas; en el campo profesional, el abogado que no pertenece al reducido círculo que domina en su ramo, debido a la influencia de la política personalista, no tiene más espectativa que la de vegetar como un paria; ingenieros, hombres de negocios, comerciantes, industriales, activos y honrados, con títulos reconocidos para merecer justas consideraciones, permanecen aislados, fuera de la órbita de los negocios productivos a que honradamente tienen derecho, porque no son gratos a esos círculos opresores. Pero ese monopolio de todo provecho, de toda actividad, de toda consideración, llega hasta el mismo orden puramente social, pues los dominadores del dinero, de los negocios y de las consideraciones, forman en las esferas oficiales una especie de aristocracia, fuera de la cual ninguna familia, por honorable que sea, tiene cabida. Con motivo de la visita del estadista americano Root, se gastaron miles de pesos de la Nación en festividades, a las cuales solamente tuvieron acceso los dominadores y las personas gratas para ellos. Y los que esto hacen no pasan de un grupo reducido, contra toda una sociedad respetabilísima."

Como se acaba de decir, expresaba ese artículo, de una manera bastante fiel, los sentimientos, no solamente de los ricos desairados, sino de la clase media, a la cual se postergaba demasiado en política y que aun en sus negocios particulares tenía que acudir con frecuencia a la influencia de personajes poderosos, en vista de la corrupción de la justicia y de que en los Ministerios se despachaban generalmente de preferencia los asuntos pendientes de los favoritos. Esa clase media, en su mayor parte de raza blanca o mestiza, la más activa de todas y a la cual pertenece la mayor parte de los intelectuales, encontraba, en efecto, constantemente cerrado el campo en que pudiera ejercer sus facultades políticas, a no ser pasando por las horcas caudinas de la adulación, o de la renuncia parcial de sus ideas y como esa clase es la que mueve a las clases ignorantes, compuestas en su mayoría de indios, no debe sorprender que el espíritu revoltoso cundiera a estas últimas. No es extraño tampoco que cuando empezaron a promoverse disturbios, se adhirieran a esos elementos, como sucede siempre, la hampa social, los aventureros audaces, los profesionales sin clientela, los viciosos incorregibles y aun los delincuentes y los peores criminales. En estas circunstancias hay que buscar una de las principales causas y de los excesos de la revolución que había de sobrevenir.

Si ahora dedicamos la atención a las ideas político-religiosas predominantes, no es fácil determinar si la mayoría del pueblo era entonces adicta al liberalismo o al catolicismo hostil al orden político establecido, pues nunca había habido verdaderas elecciones y de lo que se veía en la ciudad no se podía juzgar de lo que debía ser la opinión en el campo. Es, sin embargo, probable que fuera mayor el número de los católicos de la antigua escuela, que desconocían la legalidad de la Constitución, pero como por recomendación del mismo Clero, los creyentes se habían impuesto, conforme a la doctrina cristiana de humildad y resignación, la más completa abstención, resultaba que los liberales despachaban a su gusto los negocios públicos, como si ellos solos constituyeran el pueblo y

que los candidatos del Gobierno aparecieran como electos aun en los distritos más católicos. Este detestable sistema de farsa electoral, traía naturalmente consigo que la verdadera voluntad nacional no se pudiera manifestar, ni mucho menos imponer legalmente y que para llevar a efecto reformas trascendentales, contra la voluntad de los gobernantes, se tuviera que recurrir inevitablemente a la revolución armada.

LAS INSTITUCIONES DE CREDITO Y SUS RELACIONES CON LA ACTIVIDAD ECONOMICA

A fin de dar impulso al comercio, la industria y la agricultura, se expidió con fecha 19 de Marzo de 1897 la Ley Bancaria, que dió los resultados de que se va a tratar enseguida. Esa ley fué elaborada bajo la acertada dirección del Sr. Limantour, tan luego como este se hizo cargo de la Secretaría de Hacienda y si las disposiciones que la forman resultaron en parte defectuosas, se debió tanto a los compromisos contraídos, con anterioridad por el Gobierno, como a la falta de experiencia en cuanto a las costumbres y mentalidad del público y a los incompletos conocimientos en cuanto a las condiciones económicas del país.

Ante todo había sido necesario poner fin al caos bancario existente, pues las concesiones no habían obedecido a un principio uniforme, y además hubo que ejercer cierta presión para que el Banco Nacional renunciara a una parte de sus privilegios, que casi equivalían a un monopolio en la emisión de billetes. Esos privilegios los había obtenido el Banco a cambio de adelantos, cuando el Gobierno del General González se hallaba en graves aprietos hacendarios, y ahora constituían un estorbo, pues, atendiendo con buen juicio a las condiciones que entonces guardaba el país, el nuevo sistema se iba a establecer conforme a los principios de la libertad bancaria, bajo la vigilancia del Gobierno.

El respeto a los derechos adquiridos, no solamente del Banco Nacional, sino también del Banco de Londres y Méxi-

co, que era el Banco de emisión más antiguo del país, fueron, en efecto, el obstáculo que se opuso a la expedición de una ley bancaria que sometiera a todos los bancos de emisión a las mismas disposiciones. Se convino, por lo tanto, en que esas dos instituciones de crédito fueran las únicas que tuvieran derecho a funcionar en el Distrito Federal como bancos de emisión y a establecer sucursales en toda la República, mientras que los bancos de emisión que se establecieron en los Estados estuvieron obligados a limitarse en sus negocios al Estado de su residencia, o con permiso especial de la Secretaría de Hacienda, a uno o varios de los vecinos.

El sistema de bancos de emisión que se estableció conforme a esas disposiciones, carecía así de una solidez verdaderamente satisfactoria, por falta de mutua solidaridad y no ofrecía tampoco una elasticidad conveniente en la circulación fiduciaria, a lo cual se agregaba que para el comercio y los viajeros, era tan perjudicial como molesto, que los billetes de un banco local no pudieran ser redimidos a la par fuera del Estado en que su banco estaba establecido.

Especialmente con el objeto de fomentar la agricultura y la industria, se fijaron en la ley de 1867 las condiciones para el establecimiento de los que se llamaron "bancos hipotecarios" y "bancos refaccionarios". Los primeros se debían destinar a hacer préstamos con hipotecas sobre propiedades urbanas y rurales, con el derecho de emitir bonos que rindieran interés y que fueran redimibles en fecha fija. Los segundos debían tener por objeto el fomento de la minería, agricultura e industria, con garantía hipotecaria y preferente de la obra emprendida y con el derecho de emitir bonos a plazo corto o certificados redimibles a plazos fijos.

Se cometió el error de prescindir del establecimiento de bancos de ahorro, alegando que en México no existía la costumbre de ahorrar, mientras que, por otra parte, los que aspiraban a mejorar las condiciones económicas de las clases obreras, insistían con razón, en que estas no podían adquirir la costumbre del ahorro, mientras no hubiera bancos apropia-

dos que ofrecieran la oportunidad necesaria. Este círculo vicioso ha seguido existiendo hasta la fecha en que esto se escribe, lo cual no tiene más disculpa que las revueltas que han sobrevenido. Es evidente que apenas era posible que los bancos de ahorro prosperaran desde un principio y que ofrecieran un aliciente para el capitalista, pero con el auxilio de un Gobierno que inspirara confianza, hubiera podido tener éxito, prestando así un enorme servicio a todos los que aspiran a levantarse por medio del trabajo honrado y contribuyendo a la organización de una vigorosa clase media.

Después de expedida la ley de 1897, quedó funcionando el Banco Nacional con un capital de 20 millones de pesos plata y el Banco de Londres con un capital de 15 millones, obteniendo ambos un éxito de lo más satisfactorio. Los bancos de emisión locales, tanto los ya existentes desde antes de expedida la nueva ley, como los nuevamente establecidos, sintieron desde luego el estorbo que oponía a su desarrollo la forzosa restricción de la circulación de sus billetes al Estado en que se hallaba establecido el banco, o cuando más a uno o dos de los Estados vecinos, de suerte que no tardaron los directores en ponerse de acuerdo para remediar el mal. Apelando a poderosas influencias, lograron al fin que el Gobierno diera una concesión para el establecimiento de un banco en el Distrito Federal que, para cubrir las apariencias, adoptó primero el nombre de "refaccionario", pero que después lo cambió por el de "Banco Central" y cuyo objeto principal era el de redimir en plata los billetes de los bancos locales, dándoles así circulación nacional, pero violando las disposiciones de la ley. Este banco empezó sus operaciones el día 16 de Febrero de 1899, con un capital pagado de 3 millones de pesos plata.

El resultado inmediato del nuevo sistema de bancos de emisión, fué de lo más halagador, de tal manera que en el balance que se practicó con fecha 30 de Junio de 1901 apareció para todos los bancso de la República, un capital pagado de 78,3 millones y una circulación de billetes de $ 63,629.000. El

aumento en el movimiento bancario fué tan satisfactorio que en el balance de 31 de Marzo de 1907 apareció una circulación fiduciaria de 100,9 millones, pero en los años siguientes se inició un descenso producido primero por la crisis económica mundial y en seguida por los disturbios interiores, que habían de conducir a la más desastrosa de las revoluciones.

Si hasta el año de 1907 había sido de lo más satisfactorio el desarrollo de los bancos de emisión, a pesar de ciertos abusos que se habían cometido, no fué, por desgracia, lo mismo en cuanto a los bancos hipotecarios y refaccionarios. Lo que nulificaba los esfuerzos del Gobierno en este asunto era que ni los obreros, ni la clase media, estaban acostumbrados al ahorro, mientras que los escasos capitalistas preferían dedicarse a la usura o a empresas que prometieran grandes utilidades, pues todavía no había bastante confianza en los bancos, para que el capitalista se conformara con una utilidad moderada, en cambio de una mayor seguridad. Los pocos bancos hipotecarios y refaccionarios recibían, en consecuencia, muchas solicitudes de préstamos, pero muy pocas ofertas de capitales, por lo cual no era posible que pudieran prosperar.

A fin de remediar ese mal, no había más recurso que apelar al capital extranjero, puesto que el tipo del interés era aquí mucho más elevado que en Europa o los Estados Unidos, pero a esto se oponía el hecho de que la unidad monetaria en México fuera el peso plata de 24.44 gramos, mientras que en los países que podían ofrecer capitales, la unidad monetaria era de oro. En tales condiciones era muy difícil o arriesgado para los bancos constituirse en mediadores entre los acreedores extranjeros y los deudores mexicanos, pues con los primeros había que hacer contratos en oro y con los otros en plata. Saltan a la vista los peligros que debían traer consigo las fluctuaciones del valor de la plata en relación al oro.

En vista de estas circunstancias, propusieron algunas personas, entre las cuales se halaba el autor de esta obra, la introducción del patrón oro a fines del año de 1902, y en

efecto, se suscitó una discusión que condujo al nombramiento de una Comisión Monetaria, que estudiara la cuestión y, al fin, a la deseada reforma, que, por cierto, se llevó a efecto con un éxito extraordinario.

Por desgracia se aplazó el decreto de reforma hasta el mes de Marzo de 1905 y el patrón oro, con circulación oro, no se hizo efectivo hasta el año siguiente, es decir, demasiado tarde para producir todos los efectos que se debían esperar; además de lo cual se cometieron otros errores, de los que se va a tratar más adelante. Antes de que se hubieran organizado nuevas instituciones de crédito con capital extranjero, adecuadas a las necesidades de que se ha tratado, sobrevino, en efecto, la crisis económica mundial del año de 1907, con la correspondiente contracción del capital disponible, y aun no se había repuesto el mercado internacional del golpe sufrido, cuando se inició en México la campaña electoral de Madero y tras esta la revolución, que había de acabar con los bancos, con el crédito, con la circulación monetaria, con el respeto al derecho ajeno, con la prosperidad y hasta con el sentido común y una mediana honradez en el manejo de los negocios públicos.

La reforma monetaria se había facilitado grandemente a causa de una elevación extraordinaria en el valor de la plata, que permitió cambiar los pesos de ese metal, en circulación, por la correspondiente cantidad en oro, de tal suerte que para el mes de Octubre de 1906 ya habían sido exportados 55,608.000 pesos plata y se habían acuñado 51,606.000 pesos oro. El resultado no podía haber sido más favorable, pero por motivos que no se explican lógicamente, se prescindió de dar libre la acuñación de oro, y además indicó la Secretaría de Hacienda a los bancos que no convenía cambiar los billetes por oro, sino por moneda fiduciaria, de la cual se acuñó rápidamente por valor de 20 millones de pesos en piezas de 50 centavos, que no tenían un valor intrínseco más que de 40 centavos. Esto produjo mal efecto, pues despertó desconfianza, entorpeció las transacciones y desa-

lentó a las pocas personas que hacían ahorros y los guardaban en sus casas, pues ahora se veían obligados a hacerlo en papel o en moneda de valor intrínseco inferior al valor legal. El banquero americano Mac Caleb opina que a esta medida se debió en gran parte la desfavorable situación económica que sobrevino poco tiempo después y que condujo a la revolución. Hay en esto, a mi juicio, algo de exageración, pero no hay lugar a duda de que se cometió un error, que, como miembro de la Comisión Monetaria, procuré inútilmente evitar, llamando la atención hacia las desfavorables consecuencias que debería tener.

La Comisión de Cambios y Monedas, destinada originalmente a estabilizar los cambios mientras hubiera patrón oro con circultación plata, no tenía ya realmente razón de ser desde que se había establecido una circulación de monedas de oro suficiente, pero se conservó para el despacho de los asuntos referentes a la acuñación y circulación de la moneda y como una especie de banco del Gobierno para giros al Extranjero. La circunstancia de que se diera ese nuevo carácter a la Comisión de Cambios, al mismo tiempo que se restringía la circulación de oro, dió lugar a que se supusiera que el Gobierno se proponía monopolizar, o ejercer una influencia directa en los negocios de cambio con el Extranjero.

El éxito obtenido durante los primeros años por los bancos de emisión, despertó entre los directores de estos, una fiebre de especulación, que se acentuó a causa de que los bancos hipotecarios y refaccionarios no habían sido capaces de dar satisfación a las necesidades de la agricultura y de la industria. Los directores adoptaron la viciosa costumbre de hacerse préstamos a sí mismo, para sus empresas o especulaciones y la de abrir cuentas corrientes a sus clientes, estipulando pagos a plazos largos, lo cual era contrario al carácter que conforme a las concesiones, debían tener las instituciones de esta clase. Es cierto que los préstamos se hacían de acuerdo con las disposiciones de la ley, a plazos maximales de seis meses, pero se falseaba el principio

por medio de un arreglo verbal en que se convenía prolongar el crédito a su vencimiento. Esto explica lo elevado de las "cuentas corrientes acreedoras" y de las "cuentas corrientes deudoras", que aparecían en los balances de los bancos y que constituían una especialidad del sistema bancario mexicano, tal como se venía desarrollando.

Tales prácticas constituían indudablemente un procedimiento peligroso, del cual se dió cuenta muy pronto el hábil Ministro de Hacienda. Ya en el balance de los bancos del día 30 de Junio de 1904, había aparecido que el importe de las "cuentas corrientes acreedoras" de todos los bancos de la República, se elevaba a 182 millones y el de las "cuentas corrientes deudoras" a 103 millones. Como esas cuentas a plazos largos, contrarias al carácter de los bancos de emisión, iba en aumento, amenazando los intereses del público, la Secretaría de Hacienda expidió con fecha 13 de Mayo de 1905 un Decreto aclaratorio, en el cual se decía

"Algunos bancos han interpretado la Ley de Instituciones de Crédito en el sentido de no considerar como depósitos reembolsables a la vista, cierta clase de operaciones que, conforme al espíritu de la ley y a las prácticas seguidas en otras naciones, deben calificarse de verdaderos depósitos para el efecto de regular la circulación de billetes, y que, de sancionarse dicha interpretación, se daría lugar a que se aumentara la circulación de billetes más allá de los límites que permite la ley".

Equivalía esa aclaración a exigir que los bancos garantizaran los depósitos de sus clientes o los créditos que se les hubieran abierto, pagaderos a la vista, de la misma manera que los billetes en circulación, es decir, que conservaran en caja el 50 por ciento de su valor total, lo cual consideraban los directores de los bancos de emisión locales de difícil ejecución y en todo caso como un rudo golpe a sus intereses y a los de sus clientes. Dirigieron, en consecuencia los directores a sus representantes, entre los cuales se hallaban, Joaquín Casasus, Ernesto Madero y otros capitalistas o políticos co-

nocidos, un Memorandum a la Secretaría de Hacienda, en el cual exponían los perjuicios que, a su juicio, se les ocasionarían "puesto que tendrían que restringir sus negocios, con perjuicio del público, al cual ya no podrían ofrecer préstamos en las mismas condiciones que antes".

Sostenían los banqueros que la ciencia económica no justificaba los procedimientos del Ministro, puesto que, como decían, no debe ser una misma la legislación que rija los depósitos y los billetes, porque existen entre ellos diferencias fundamentales. El legislador ha querido garantizar el reembolso de los billetes continuaban diciendo y no se ha preocupado casi nunca de asegurar el de los depósitos, porque los tenedores de billetes forman parte de un público anónimo, desconocido, que, sin haber tratado directamente con los bancos emisores, puede ser perjudicado por ellos. Los que constituyen su dinero en depósito, por otra parte, son siempre en corto número, han tratado directamente con el banco y no tienen en su poder títulos que puedan penetrar a la circulación y llegar a manos de los que no han tratado con el banco. Los que tratan directamente con los bancos, saben apreciar los peligros que corren, pero no los que reciben los billetes en pago, por lo cual el Gobierno debe proteger especialmente a estos.

Atendiendo a lo dicho, opinaban los banqueros que la medida dictada por el Gobierno equivalía o poner trabas al desarrollo de las operaciones de depósito con interés y a ofrecer a los clientes una garantía que ellos no habían solicitado, que el resultado sería traspasar los negocios de préstamos a los bancos sin concesión, especialmente a los extranjeros, los cuales se hallarían en posición de ofrecer condiciones más fávorables. A esto se agregaba la dificultad de que no había suficiente dinero en circulación para constituir los depósitos requeridos, por lo cual los banqueros preguntaban: ¿qué medio podrían valerse para obtener una suma tan cuantiosa, que no existía en la circulación del país, toda vez que, de conformidad con la ley monetaria, la Casa de Moneda esta-

ba clausurada tanto para la acuñación de la plata como para la del oro?

Decía, en fin, el mencionado Memorandum, textualmente: "No se oculta a los banqueros locales que habría de serles fácil eludir los preceptos de la ley de 13 de Mayo. La ley exceptúa de la garantía los depósitos exigibles a más de tres días y los préstamos hechos con prenda en cuenta corriente. Pues bien, nada más fácil que hacer reembolsables a cuatro días todos los depósitos, pero este media, que pudiera reputarse como ardid fácil y argucia hábil, es impropio de la respetabilidad de los bancos y del comercio del país."

Insistían, en consecuencia, los solicitantes en que se estudiara de nuevo la cuestión, a fin de llegar a una solución que, a su juicio, fuera más justa y conveniente.

El Ministro de Hacienda no juzgó oportuno acceder a la petición, pues aun cuando la relación de 50 por ciento entre la existencia en caja y el importe de los depósitos, que se exigía, era tal vez demasiado alta, en lo esencial estaba la razón de su parte, al procurar oponer un dique al insensato espíritu de especulación que iba cundiendo de una manera alarmante. Con fecha 8 de Julio expidió, por lo tanto, una circular contestando al Memorandum de los banqueros, en el cual insistía en su determinación. Hacía presente, con tal motivo, que el decreto de 13 de Mayo era únicamente aclaratorio del art. 16 de la Ley de Instituciones de Crédito, inspirado en el principio de que todas las obligaciones inmediatamente exigibles, deben estar parcialmente garantizadas por existencias en numerario. La razón fundamental, decía el Ministro, para poner un límite al monto de las obligaciones de índole semejante al billete, consiste en que hay una íntima solidaridad entre los diversos títulos que puedan presentarse al cobro inmediato en un banco de emisión.

Después de esta terminante negativa, se resignaron los bancos a sujetarse a las disposiciones de la Secretaría de Hacienda, para lo cual no tuvieron que acumular la enorme reserva que aseguraban sería necesaria, pues apelaron al recur-

so, primeramente rechazado como impropio, de disponer que los depósitos fueran reembolsables a 4 días vista, con lo cual se eludía la obligación de mantener el 50 por ciento en caja. Este arreglo no constituía, como tal vez pareciera, una burla a la ley, pues era evidente que si algún banco llegaba a tener dificultades para sus pagos, los tenedores de bileltes, que se trataba de proteger en primer término, tendrían tiempo de cobrar antes que los dueños de depósitos. Por otra parte era indudablemente una ventaja para los bancos, el que en caso de un pánico pudieran disponer de 4 días para el pago de los depósitos.

A pesar de sus empeños no conseguía el Sr. Limantour moderar el exagerado espíritu de especulación, que se había apoderado del público, no solamente en México, sino en casi todo el mundo civilizado. El Banco Nacional y el Banco de Londres y México, juzgaron oportuno y lograron aumentar su capital, lo cual respondía, talvez, a las necesidades del mercado, pero éste ejemplo estimuló a varios de los bancos locales a procurar lo mismo, no tanto por necesidad, sino como especulación, inflando el capital y abriendo nuevos créditos para aumentar su circulación fiduciaria, o para otra clase de especulaciones aventuradas. A fin de contrarrestar esas tendencias, la Secretaría de Hacienda expidió con fecha 15 de Septiembre de 1905 una circular en la cual decía:

"El reciente aumento que llevaron a efecto el Banco de Londres y México y el Banco Nacional, ha despertado entre los directores de muchos bancos el deseo de hacer igual cosa, sin considerar acaso los inconvenientes que podría acarrear la expansión simultánea y demasiado rápida de un grupo de instituciones de crédito. Esta tendencia se ha acentuado demasiado en algunos bancos que desean el aumento de capital, más que para los fines naturales, para comprar acciones de otros bancos y dominar en ellos, o para emprender especulaciones de diverso género. - - - - Es de esperar, sin embargo, que la prudencia y el buen juicio, de que han dado prueba nuestros hombres de negocios, ejercerán una saludable in-

flunecia, evitando las tentaciones, que con frecuencia se presentan, cuando el dinero es abundante y las operaciones son fáciles. - - - - Por lo tanto, el Presidente de la República se ha servido acordar, que en lo sucesivo no se autorice aumento de capital a los bancos locales, a menos que se obliguen, por un período de tiempo, que fijará la Secretaría de Hacienda, a no aumentar su circulación, ni a disminuir su existencia en metálico, sin aumentar, en el primer caso, su efectivo en caja, o disminuir, en el segundo, la circulación de billetes, de modo que la diferencia entre ambas cantidades no exceda nunca de la suma que haya servido de base para autorizar el aumento de capital".

Esta nueva recomendación de proceder con circunspección, no alcanzó tampoco a producir el resultado que se deseaba, pues alentados por lo que se observaba en otras partes y aprovechándose del mismo crédito que había conquistado para el país, el Ministro de Hacienda, cuyas exhortaciones desatendían ahora, seguían los banqueros y los capitalistas dedicándose a toda especie de especulaciones aventuradas o a punibles abusos. Varios de los bancos hicieron fuertes adelantos a algunos de los Estados, contando con que les sería fácil colocar los bonos de estos en los mercados de Europa, y casi todos los bancos de emisión continuaron la costumbre de hacer a sus clientes préstamos a plazos largo, para lo cual eludían la ley de 13 de Mayo de 1905, estipulando el reembolso a 4 días vista. Debido a estas prácticas siguieron subiendo las cuentas corrientes acreedoras de 103 millones el día 30 de Junio de 1904 a 203 millones en 1907 y las cuentas corrientes deudoras en el mismo período, de 182 a 283 millones. En ese mismo período había subido la circulación de billetes de 83 a 98 y medio millones, mientras que la existencia en caja no había aumentado más que de 66 a 71 millones.

Tal era la situación cuando sobrevino en Octubre de 1907, en los Estados Unidos, una de esas periódicas crisis económicas, producidas por el desequilibrio en la producción y que son una consecuencia de la competencia desordenada inheren-

te al individualismo irrestringido. Esa crisis, que se hizo extensiva, poco tiempo después a Europa, trajo consigo, como todas las de su especie, grandes pérdidas, con la natural reducción de la cantidad de capitales disponibles, a lo cual se agregó la desconfianza y el desaliento que acompaña esos fenómenos, y que afectan a todos los mercados.

En México cesó inmediatamente la afluencia de capitales extranjeros y subió el tipo del interés, lo mismo que el de los giros al Extranjero, pues había un fuerte saldo que cubrir, para lo cual no alcanzaba la exportación de mercancías. Era, por lo tanto, de esperarse que se exportaría una gran cantidad de moneda de oro, y que la contracción de dinero, así producida, agravaría la crisis. En tales condiciones se imponía imperiosamente la conveniencia de abrir, por fin la Casa de Moneda a la libre acuñación del oro, como complemento lógico de la reforma monetaria. De esta manera se hubiera cubierto, por el libre funcionamiento de los intereses económicos, el vacío producido por la exportación de la moneda y se hubiera aliviado un tanto la escasez de numerario de que se resentían la agricultura y la industria; pero el Gobierno prefirió apelar a medidas artificiales, según parece, para seguir dominando el mercado monetario con propósitos no muy bien explicables.

A esa política de desconfianza hacía la eficacia de la iniciativa individual y hacia el libre funcionamiento de la actividad económica, respondió sin duda, el que la Secretaría de Hacienda dirigiera, con fecha 15 de Enero de 1908 una nota a la Comisión de Cambios y Monedas, en el cual decía, que en vista de la persistente escasez de giros sobre el Extranjero, motivada por la baja de nuestros principales productos de exportación, así como por las poquísimas inversiones de capital extranjero, habido durante los últimos meses, y de las dificultades con que luchaban las empresas del país, el Presidente de la República había tenido a bien autorizar a la Secretaría de Hacienda a que proporcionara a la Comisión de Cambios y Moneda, todos los elementos necesarios para llenar

su principal cometido, que es el de mantener la estabilidad en los cambios. Agregaba el Ministro que previendo que pudieran llegar a ser insuficientes los recursos de la Comisión de Cambios, la Secretaría de Hacienda había obtenido de casas de primer orden en París, una oferta de prestamo, que constaba en el telegrama adjunto.

Contestó la Comisión de Cambios y Moneda el mismo día, manifestando que en vista de las instrucciones recibidas y conforme a los arreglos llevados a efecto, referentes a un préstamo de 25 millones de francos, la Comisión había girado a favor del Banco Nacional la suma de 9,652.509 pesos, que al cambio de 2,59 representaban la mencionada suma en francos, la cual quedaba a disposición de la Tesorería General para el objeto de que se trataba.

Esta operación hacendaria no produjo mucho más efecto que el de auxiliar a los que tenían que hacer pagos al Extranjero, especialmente a las empresas que tenían que remitir el importe de los dividendos vencidos, pero no remediaba la contracción monetaria, ni mejoraba, en lo esencial, las condiciones y prácticas inconvenientes de los bancos. Para remediar esto último ya hacía tiempo que el Sr. Limantour estaba trabajando, sin lograr un éxito satisfactorio, por lo cual juzgó oportuno proceder nuevamente por medio de una Circular que expidió con fecha 10 de Febrero de 1908, en la cual decía que la Secretaría de su cargo había intentado en diversas ocasiones perfeccionar los métodos usados por los establecimientos de crédito, venciendo las dificultades que oponían la falta de experiencia y las desfavorables costumbres arraigadas, y que si algo se había conseguido, faltaba todavía mucho para un éxito satisfactorio. En vista de estas circunstancias, la Secretaría de Hacienda estimaba que sería de alta conveniencia el estudio de algunas reformas, hechas de acuerdo con los representantes de los establecimientos bancarios, pero antes de convocar a una conferencia, le había parecido conveniente indicar algunas cuestiones de preferente atención.

Abordando la primera de esas cuestiones, el Ministro hacía

presente que existía muy difundida la idea de que las funciones de los bancos de emisión, son las mismas que las de los bancos particulares y aun las de los simples prestamistas y que, por lo tanto, es su deber prestar al público hasta el último centavo que tengan en caja. A esto agregaba que esas apreciaciones y otras semejantes contribuían a falsear el concepto público con referencia a las instituciones de crédito, y lo que era peor, a que dichas instituciones se fueran desviando de su camino, por el temor de que otros establecimientos, más complacientes, aunque menos cautelosos, les arrebataran la clientela.

Una de las reglas capitales, que conforme a la misma Circular debería observarse, era la de tener siempre disponible los fondos necesarios para cualquier emergencia, puesto que no basta que un banco tenga en su activo, numerario, valores y documentos que representen una suma mayor que el total de las responsabilidades, si esos documentos no puedn ser convertidos en dinero efectivo.

"El abuso más generalizado y peligroso", seguía diciendo el Ministro, "es la arraigada costumbre de las operaciones a plazs largos, que no son propias de los bancos de emisión. Pocas son las personas que al obtener fondos de un banco, tienen sinceramente el propósito de pagar en el plazo estipulado, y lo más curioso del caso es que los mismos bancos están resueltos, desde un principio, a consentir en cuantas renovaciones pretenda el cliente, mientras no inspire desconfianza. Urge mucho poner un dique a esas falacias peligrosas, que mientras que fueron de poca consideración, no ocasionaron graves inconvenientes, pero hoy que se cifran por millones de pesos al día, son sueptibles de causar hondas perturbaciones."

Hablaba el Ministro en seguida de la necesidad de hacer una diferencia entre los depósitos que ganan interés y los fondos que se depositan por razones de seguridad, y terminaba diciendo que oportunamente se fijaría la localidad

y el día en que tendría lugar la reunión de los señores representantes de los bancos.

El día 4 de Abril se verificó la conferencia, en la cual fueron aprobadas, con ligerísimas modificaciones, todas las reformas propuestas por el Ministro, las cuales fueron convertidas en un proyecto de ley, que fué presentado a las Cámaras Legislativas con fecha 9 de Mayo de 1908 y naturalmente aprobado, sin discusión y por unanimidad.

En la parte expositiva del proyecto de ley presentado a las Cámaras, decía la Secretaría de Hacienda, que cuando en el año de 1897 fué expedida por el Ejecutivo la Ley de Instituciones de Crédito, se abrigaba el convencimiento de que dicha ley no podría considerarse como obra destinada a perdurar sin alteraciones, pero seguramente como un ensayo provechoso, desprovisto de peligros y destinado a estimular el desarrollo de la riqueza nacional. A esto agregaba que las optimistas apreciaciones habían sido confirmadas, puesto que los establecimientos funcionaban con éxito y que el activo de estos había aumentado de 139 a 161 millones.

A pesar de esto no opinaba la Secretaría de Hacienda que se hubieran alcanzado resultados definitivos, sino que, por lo contrario, aseguraba el Ministro que la experiencia había demostrado la necesidad de modificar y ampliar la ley lo cual se hacía especialmente imperioso con motivo de la crisis mundial, que también afectaba a México. Con referencia a esta situación, decía el Ministro:

"Salta a la vista, en primer término, la desproporción entre el número de los bancos de emisión y el de las demás instituciones de crédito. Son, tal vez, demasiado numerosos los bancos de emisión e insuficientes los refaccionarios e hipotecarios. El vacío es aun mayor en materia de establecimientos para préstamos a plazos no muy cortos, a la agricultura, a la industria y al comercio. - - - - A esto se debe que los bancos de emisión se hayan visto precisados a desviarse un tanto del fin que les es propio, para satisfacer, aunque sea

a medias, las exigencias del desarrollo de la riqueza pública, inmovilizando, en parte, los fondos del establecimiento".

A fin de explicar sus propósitos, decía el Ministro, que la idea fundamental de la iniciativa consistía en procurar que el mecanismo de los bancos de emisión fuera tal, que el reembolso del billete de banco estuviera perfectamente garantizado en cualquier momento, y que pudieran los bancos en las épocas difíciles, desarrollar sus operaciones, en vez de verse precisados a restringirlas, conforme a lo que había demostrado la experiencia. Persiguiendo esos fines, se proponía en el proyecto de ley prohibir a los bancos entrar en especulaciones que se pudieran considerar como aventuradas o poco recomendables.

Decía la iniciativa efectivamente que "razones de alta moralidad" habían hecho necesario reformar la ley en el sentido de que se restringiera a los individuos del Consejo de Administración, las facultades para hacer contratos con el banco que administraban, lo cual constituía una reprobación oficial de algunos abusos escandalosos que se venían cometiendo.

La iniciativa de la Secretaría de Hacienda fué aprobada sin modificación alguna por el Congreso de la Unión y publicada en forma de Decreto con fecha 19 de Junio de 1908. Sus principales disposiciones eran las siguientes:

El capital social de un banco no será menor de un millón de pesos.

Queda prohibido a los bancos de emisión:

I. Hacer operaciones de préstamos y descontar o negociar documentos de crédito cuando el plazo de vencimiento pase de 6 meses.

II. Descontar pagarés u otros valores de comercio sin dos firmas de notoria solvencia cuando menos, o sin ninguna garantía colateral.

III. Hacer operaciones de préstamo sin garantía prendaria suficiente, con personas o sociedades que no tuvieren do-

micilio, ni negociaciones de importancia en los Estados donde tengan los bancos sus matrices, sucursales o agencias expresamente autorizadas por la Secretaría de Hacienda.

.. ..

.. ..

VIII. Tomar en firme emisiones de acciones o de bonos por cantidad que en cualquier momento exceda del 10 por ciento de la suma que en conjunto importen el capital efectivamente pagado y los fondos de reserva.

IX. Trabajar por su cuenta minas, establecimientos mercantiles, industriales o fincas agrícolas, etc.

Contenía la ley también algunas disposiciones relativas a los bancos hipotecarios, de los cuales no existían más que unos pocos, así como otras disposiciones destinadas a evitar los abusos que cometían los directores en provecho de su persona. Se establecían, en fin, las condiciones que se deberían observar en las publicaciones de los balances mensuales y se fijaba el día 1º de Julio para dar cumplimiento a las nuevas disposiciones.

Este decreto respondía, sin duda, a la necesidad de dar garantías al público contra los abusos y operaciones aventuradas, pero no dejó, sin embargo, de producir considerable alarma, no solamente entre los banqueros, sino también entre los clientes, de otros, que se veían obligados a cubrir en corto plazo deudas contraídas en la inteligencia de que se les concederían continuas prórrogas, si así lo deseaban. Y a la gravedad de la situación contribuía el que los bancos refaccionarios e hipotecarios no estuvieran en aptitud de absorber los cuantiosos créditos que se obligaba a los bancos de emisión a retirar a sus clientes.

De bancos refaccionarios no existían entonces más que el Banco Central, el Banco de Comercio e Industria, el Banco Refaccionario de Chihuahua y el Banco de la Laguna.

El capital pagado de esos bancos se elevaba a 47 millones de pesos, pero de esa suma correspondían 30 millones al Banco Central, que en sus prácticas no correspondía real-

mente al nombre de "refaccionario" que se le había dado, pues era ante todo un agente de los bancos de emisión de los Estados y había contraído compromisos arriesgados, espe cialmente con la llamada Compañía Bancaria, una mal afa mada oficina de especulaciones, que lo había de llevar a su ruina. La fundación del Banco Refaccionario de Chihuahua no había tenido más objeto que asegurar al Banco Minero de esa ciudad, del cual era director el Sr. D. Enrique C. Creel, el monopolio bancario de que gozaba en el Estado de su residencia.

Bancos hipotecarios había entonces dos, que eran el "Banco Internacional e Hipotecario" y el "Banco Hipotecario de Crédito Territorial", que en conjunto tenían un capital de 10 millones de pesos, y sus bonos en circulación se elevaban a 28 millones de pesos.

Se comprende pues, que las sumas de que disponían estos bancos refaccionarios e hipotecarios, no alcanzaban a cubrir más que una pequeña parte de las necesidades del país. Seguían, por lo tanto, los agricultores e industriales entregados a los usureros, y como hacia ese mismo tiemo se obligó a los bancos de emisión a retirar a sus clientes los créditos a largo plazo, la situación se agravó considerablemente.

A fin de remediar, en lo posible, esa tirante situación y dar mayor ensanche a la agricultura, se resolvió establecer lo que se llamó "Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura" con un capital de 10 millones de pesos, del cual facilitó el Gobierno la cuarta parte y el resto los bancos "Nacional", "Central" y "Londres y México", así como algunos particulares, y se autorizó a la nueva institución a emitir bonos por valor de 50 millones de pesos. Conforme a las declaraciones oficiales que se hicieron deberían consistir las operaciones a que se dedicara la Caja de Préstamos, en descargar la cartera de los Bancos de emisión de los créditos a largo plazo, en cumplimiento del Decreto de 19 de Junio de 1908; en dar facilidades a la agricultura y la industria, librándolas de las garras de los

usureros, en llevar a efecto obras de irrigación y en proveer a los bancos refaccionarios e hipotecarios de los fondos que necesitaran.

Para un programa tan amplio no bastaban los recursos puestos a disposición de la Caja de Préstamos. Pudo esta absorber una parte de los créditos a plazo largo de que se tuvieron que desprender los bancos de emisión, pero por lo demás fué el resultado que se obtuvo, desde un principio, poco satisfactorio y al último condujeron las operaciones de la nueva institución a un completo fracaso.

El Sr. Limantour comprendió, a los pocos meses, cuales eran las deficiencias del sistema que se había puesto en práctica y procuró remediarlas, expidiendo al efecto, con fecha 25 de Junio de 1909 una Circular en la cual decía:

"Viene llamando la atención de esta Secretaría, el hecho de que los pequeños propietarios y aun los dueños de grandes fincas, cuando necesitan cantidades relativamente cortas, no pueden obtenerlas fácilmente de esa Caja de Préstamos. Encuéntrase la causa en el hecho de que la obligación de proporcionar la garantía de algún banco de concesión federal, impone en la actualidad un severo gravamen en cuanto se trata de operaciones de poca monta, pues los establecimientos de crédito, fiadores, no prestan su garantía sino cuando la compensación sea, cuando menos de $ 500.00"

Esta práctica, que se estableció desde luego, echó por tierra todos los propósitos de aliviar la situación de los pequeños propietarios y naturalmente se ocurre preguntar ¿a qué se debieron esos constantes fracasos? La verdad es que los bancos con sus aventuradas especulaciones y sus condecendencias con los favorecidos, así como a causa de la crisis mundial que había sobrevenido, se hallaban en una situación muy tirante; algunos habían quebrado, otros estaban a punto de correr la misma suerte y solamente deshaciéndose de sus créditos a largo plazo, a cambio de dinero efectivo, podrían consolidarse de nuevo.

Se comprende que en tales condiciones hicieran los bancos todo lo posible por apoderarse del dinero efectivo de que disponía la Caja de Préstamos y que pusieran a los solicitantes particulares toda especie de dificultades. Limantour luchó contra esas maniobras, procurando salvar al menos una parte de los fondos para obras de irrigación y para créditos a los pequeños propietarios, pero tuvo escaso éxito frente a los esfuerzos de los banqueros unidos, especialmente porque le faltó el apoyo decidido del Presidente de la República. Cometió este, en efecto, el error de prestar el oído a personas opuestas a los propósitos del Ministro, permitió que intervineran individuos incompetentes, así como que en un asunto tan grave se hiciera política, en que no dejaron de hacerse sentir influencias de familia.

El resultado fué que la Caja de Préstamos, después de haber prestado algunos servicios a los bancos más comprometidos y pocos al público, sin haber cooperado a ninguna obra de importancia, ni haber aliviado las condiciones de los pequeños propietarios, se convirtiera bajo el régimen revolucionario en un centro de especulaciones poco recomendables.

LA HACIENDA PUBLICA

La crisis económica de los años de 1907 a 1909 trajo naturalmente consigo una disminución en los ingresos de la Federación, pero debido al acierto y prudencia con que procedió el Ministro Limantour, no se produjo el desequilibrio que muchos consideraban inevitable. En en año fiscal de 1906 a 1907, el año anterior a la crisis mundial, los ingresos habían sido de 114,206.000 pesos oro del nuevo cuño, dejando un cuantioso superavit de 29.209.000 pesos, pero al año siguiente se hicieron sentir los efectos del decaimiento económico, de suerte que los ingresos no fueron más que 111.771.000 pesos y en el año de 1908 a 1909 fueron aun menores, pues no

se elevaron más que a 98.775.000 pesos. Este grave descenso en los ingresos, no alcanzó, sin embargo, a producir un deficiente, sino únicamente a disminuir el superavit, que fué de 18.549.000 pesos en el año fiscal de 1907 a 1908 y de 5.808.000 en el año fiscal de 1908 a 1909. En el año de 1909 a 1910, los ingresos ya no siguieron bajando, sino que subieron a 106.328.000 pesos y la crisis parecía completamente dominada, pero, por desgracia, no había de ser así, por motivos que en parte ya se han referido y por otros que se referirán en los capítulos siguientes.

Estos favorables resultados se habían obtenido por medio del orden, de la economía y de juiciosos procedimientos en cuestiones económicas, ajustados a la ciencia y al cuidadoso estudio de las condiciones especiales del país, y aun cuando se cometieron algunos errores, de que aquí se ha dado cuenta, estos fueron insignificantes en comparación a las medidas acertadas. Así se fué estimulando la producción, sin apelar a la intervención directa del Gobierno que, por lo general, da resultados poco satisfactorios o contraproducentes; en todo lo cual se respetaron escrupulosamente los derechos adquiridos, aun los que parecían oponerse al sano desarrollo nacional, pues a la larga la política honrada es la que más fomenta la prosperidad. Es cierto que se habían hecho algunas concesiones inconvenientes, como fueron, por ejemplo, las que hizo el General Díaz a su amigo el español Iñigo Noriega y es cierto también que el favoritismo se hacía sentir en otros ramos, como en los asuntos referentes a terrenos baldíos, al aprovechamiento de las corrientes de agua, etc., pero, como se dijo antes, no fué hasta en los dos últimos años del Gobierno del General Díaz, cuando las influencias extrañas y perjudiciales se hicieron sentir también en asuntos de la Secretaría de Hacienda.

Los adversarios del Sr. Limantour, o de su política hacendaria, le reprochaban el que hubiera recurrido a empréstitos que aseguraban, constituían una carga a las futuras generaciones en beneficio de la presente, pero esas críticas ca-

recían de fundamento, pues nadie podrá poner en duda, que cuando el producto de esos empréstitos se coloca de tal manera que los beneficios resulten superiores a los sacrificios, la operación no puede menos de recibir una aprobación sin reserva, y esto era precisamente lo que había sucedido en México, no obstante algunos despilfarros que se habían verificado.

Durante la época en que el Sr. Limantour había estado encargado de la Secretaría de Hacienda, se habían llevado a efecto numerosas y costosas obras públicas, como las obras de los puertos de Veracruz, Tampico, Coatzacoalcos y Salina Cruz, así como suntuosos edificios en la Capital de la República y sobre todo, se habín construído más de 12.000 kilómeros de ferrocarril. Como para estos gastos no podían alcanzar los ingresos regulares, se había apelado a los empréstitos; pero que las cargas que estos imponían, eran inferiores a los beneficios que producían, se desprendía de la relación que guardaba el servicio de la deuda comparado con los ingresos de la Federación. Esa relación había sido la siguiente:

Año de 1904 a 1905 — 33,10 %
Año de 1905 a 1906 — 31,78 %
Año de 1906 a 1907 — 30,84 %
Año de 1907 a 1908 — 28,13 %
Año de 1908 a 1909 — 27,82 %

El resultado de la explotación de los ferrocarriles que habían quedado nacionalizados a principios de 1908, fué también de lo más halagador, a pesar de la crisis económica, pues en el primer año de la nueva administración, que fué el año fiscal de 1908 a 1909, los ingresos de esas líneas que habían pertenecido en gran parte a compañías quebradas, fueron suficientes para cubrir todos los gastos y compromisos dejando además una utilidad de 1 y medio millones de pesos, que permitió distribuir un dividendo de 2 por ciento a los accionistas de primera preferencia.

Comprobó este resultado la importancia del servicio, que además de otros, había prestado a la Nación el Sr. Limantour en este caso, pero que, por desgracia, había de perderse en su mayor parte, como tantas otras ventajas obtenidas, durante la revolución que más adelante había de asolar el país.

Para terminar este capítulo, se puede asegurar, sin temor a exageración, que si en los diferentes ramos de la administración pública, especialmente en Gobernación, Justicia y Guerra, se hubiera procedido con igual buen juicio, conocimiento y eficacia que en el ramo de Hacienda, el porvenir de la República hubiera sido bastante diferente.



CAPITULO II

LA ENTREVISTA CREELMAN

Declaraciones del Presidente. - Comentarios del Público. - Carta de Filomeno Mata y contestación del Presidente.

Como para desafiar al destino, dando oportunidad al descontento, que iba cundiendo por todo el país, de manifestarse abiertamente, tuvo el General Díaz, a principios del año de 1908, la sorprendente inspiración de conceder a un periodista norteamericano, de apellido Creelman, una entrevista, en la cual hizo una profesión de fe política que, por lo visto, no correspondía a sus íntimas convicciones y de la cual se había de arrepentir más adelante. No se ha podido averiguar cuales fueron las causas que determinaron las sensacionales declaraciones, que pusieron en conmoción la República entera, por la aparente y repentina conversión de su despótico autor, a los más puros ideales liberales. Mucho se ha discurrido y conjeturado, si el Presidente se proponía poner a prueba a sus partidarios, como se ha insinuado, o si estaba convencido de su popularidad que contaba con que el pueblo lo aclamaría o, en fin, si realmente tuvo momentos en que se propuso entrar resueltamente por la vía democrática.

Cualquiera que haya sido el motivo que impulsó al enigmático Presidente a proceder como lo hizo, el caso es que en el

número de la revista norteamerican "Pearson's Magazine", correspondiente al mes de Marzo de 1908, apareció la mencionada entrevista de su corresponsal viajero Creelman, con el Presidente Díaz, en la cual se ponía en boca de este último una serie de manifestaciones, de las cuales eran las más importantes las siguientes:

"Es muy cierto que cuando un hombre ha ejercido el Poder durante mucho tiempo, un pueblo libre procure resguardarse contra la ambición de ese hombre. Sin embargo, hay frecuentemente una gran diferencia entre las teorías abstractas y su aplicación práctica".

Como ejemplo de esa diferencia, citó entonces el General Díaz el caso que se ventilaba en aquel tiempo en los Estados Unidos, referente a la reelección de Roosevelt para un tercer período presidencial, diciendo que a su juicio no debería haber inconveniente en que esa reelección se verificara, si una mayoría del pueblo así lo deseaba; después de lo cual, continuó, en lo esencial, de la manera siguiente:

"Aquí en México las condiciones han sido distintas. Yo recibí el Gobierno de manos de un ejército victorioso en una época en que el pueblo estaba dividido y sin preparación para el ejercicio de los extremos principios democráticos. El haber echado entonces sobre los hombros de las masas toda la responsabilidad del gobierno, hubiera prducido condiciones que causaran probablemente el desprestigio de las instituciones libres".

"Sin embargo, a pesar de que recibí el Poder primero de manos del ejército, se convocó a elecciones y mi autoridad se derivó desde entonces de la voluntad popular. Conservamos la forma de gobierno republicana y democrática, pero adoptamos una política patriarcal, dirigiendo y restringiendo las tendencias populares, debiendo esperar que la paz impuesta, permitiría fomentar la educación, la industria y el comercio, y con ellos la estabilidad de las instituciones. He esperado con paciencia el día en que el pueblo estaría en aptitud de escoger y cambiar su Gobierno, y creo que ese

día ha llegado. El porvenir de México está asegurado. Los principioh democráticos aun no han echado profundas raíces, pero la Nación ha crecido y ama la libertad."

"Es cierto que no hay un partido de oposición. Tengo tantos amigos, que mis enemigos se resisten a identificarse con una minoría tan insignificante, pero cualquiera que sea la opinión de mis partidarios, me retiraré cuando termine mi actual período presidencial y no volveré a servir. Tendré entonces 80 años."

"Mis amigos han sido muy condecendientes conmigo, pero es posible que no sean tan generosos con mi sucesor, y por este motivo desearía estar en vida cuando se encargue del Poder, a fin de poderle ayudar."

"Yo daría la bienvenida a un partido de oposición, pues consideraría su existencia como una verdadera bendición."

COMENTARIOS DEL PUBLICO

El público ya estaba acostumbrado a que la conducta del General Díaz fuera distinta de lo que prometía y aun a que desmintiera sus palabras, pero unas declaraciones tan terminantes, sin que hubieran sido solicitadas o impuestas por las circunstancias, no podían menos de causar profunda impresión, de tal manera que muchas personas las tomaron como la expresión genuina de los sentimientos y propósitos que animaban a su autor. Otras personas opinaban que el objeto había sido el que México apareciera en el Extranjero como un país en que se había cimentado las instituciones democráticas, calculando que así se contribuiría a aumentar su cré dito, pues a este se daba mayor importancia que a la aprobación de la opinión pública. Es cierto que esa maniobra podía traer consigo, si eran fingidas las intenciones del General Díaz, que los adversarios de este se sirvieron de las declaraciones comprometedoras para organizar una oposición,

como lo habían hecho en los años de 1892 y 1893, pero todo indica que el confiado Presidente no temía esa eventualidad, como se desprende de lo que dijo a Creelman, con referenia a sus "numerosos amigos" y la insignificancia de sus adversarios. Estaba, según parece, tan cegado por el éxito obtenido hasta entonces, así como por el inciencio de la adulación que se sentía seguro de que su inmensa popularidad no menos que la sólida organización del Estado y la prosperidad de la Hacienda Pública, le conferirían un poder tan irresistible que, como en otras ocasiones, le permitiría seguir arreglando a su gusto la comedia democrática de tal manera que al fin resultaría que el pueblo no le permitiera abandonar el poder. A los indicios de descontento, antes mencionados, parece que no les dió importancia, pues no los consideró como síntomas de nuevas condiciones político-sociales, sino como manifestaciones retardadas del antiguo espíritu levantisco del pueblo mexicano, que afortunadamente, ya iba desapareciendo, según creía, debido al eficaz sistema de represión que se había establecido.

Por lo pronto no se dió a las declaraciones presidenciales toda la importancia que merecían, pues apenas había quien previera los resultados a que iban a conducir. El extracto de la entrevista lo había publicado "The Mexican Herald" con fecha 28 de Febrero, sin comentarios, y no fué hasta el día 7 de Marzo cuando el diario "El Tiempo", como primero, creyó oportuno hacer algunas observaciones, asegurando que era muy difícil que se formaran verdaderos partidos políticos, como deseaba el General Díaz, puesto que ni aun los círculos, o grupos, que proclamaban a este, se habían atrevido a organizarse como partido.

Más insistente que ese diario católico, interpeló el "Diario del Hogar" a los órganos del Gobierno a que dieran su opinión, lo cual condujo a que "El Imparcial" publicara con fecha 11 de Marzo un editorial bastante vago, en que decía que en México no había habido verdaderos partidos, sino grupos de ambiciosos de carácter muy poco recomendable.

No contento con esto, aprovechaba ese diario la oportunidad de denigrar, conforme a su costumbre, a los que habían luchado en épocas anteriores, por la realización de los principios democráticos, y terminaba diciendo:

"Los partidos, imposibles por el momento, surgirán en el porvenir, para bien de la República y funcionamiento de la Democracia, de la obra realizada por el ilustre creador de los elementos de conservación y progreso nacionales."

A pesar de esa indicación de que el Gobierno no pensaba cambiar de política, empezó a despertar entre las clases intelectuales e independientes, la iniciativa individual, que se puso de manifiesto con motivo de la función conmemorativa en honor del sabio pedagogo Gabino Barreda, el día 22 de Marzo. Pronunciaron en esa ocasión los Licenciados Rodolfo Reyes y Diódoro Batalla vigorosos discursos en que, no solamente ensalzaban los méritos del hombre cuya memoria se honraba, sino que criticaban duramente la situación política, cosechando con tal motivo los más calurosos aplausos. Tal atrevimiento no pudo menos de causar la indignación de "El Imparcial", el cual rechazó en un enérgico artículo, en su número de 25 de Marzo, las opiniones de los jóvenes abogados, asegurando que la obra del General Díaz, era afortunadamente, demasiado sólida para que la pudiera derribar la "frenética hueste", que pretendía poner el odio en donde Barreda había puesto el amor. Y terminaba su destemplado artículo exclamando: "¡Como no hemos de desear, con toda el alma, la reelección del General Díaz!

Esta nueva manifestación del diario gobiernista, aprobada implícitamente por el silencio en los círculos oficiales, apenas dejó lugar a duda de que las declaraciones del General Díaz no correspondían, de manera alguna, a sus verdaderas intenciones, pero no había de ser suficiente para sofocar en su cuna el movimiento que, muy a disgusto de los gobernantes, ya se había iniciado, para no retroceder, aun cuando, por lo pronto, cundiera lentamente.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

Sin preocuparse por los arranques, un tanto amenazadores, del diario gobiernista, procedió entonces el infatigable Filomeno Mata, como si creyera en la buena fe de las palabras del Presidente, a publicar en el "Diario del Hogar" los nombres de los candidatos posibles, entre los cuales se hallaban los de Limantour y Reyes, mientras que en Guadalajara se postulaba también a este último; pero todos los así favorecidos rechazaban la proposición, sobre todo porque no había dejado de divulgarse la sospecha de que la verdadera intención de Don Porfirio, con sus declaraciones, había sido la de descubrir a sus rivales. Por este motivo decía "El Tiempo" de 13 de Mayo, que llamaba la atención que dos meses después de las declaraciones presidenciales, no aparecía ningún candidato, y agregaba:: "¡El que se crea más valiente, que surja y se presente! ¿Será preciso que intervenga la autoridad para que se cumpla el programa? Así parece, porque estamos acostumbrados a que la autoridad intervenga en todo."

Entre los que invitaban a los candidatos a presentarse ante sus conciudadanos, se hallaba el Licenciado Luis Cabrera, aunque sin tener el atrevimiento de enfrentarse con el régimen establecido, como ya lo habían hecho otros, ni mucho menos con el General Díaz, a quien prodigaba elogios, diciendo al efecto en una carta dirigida al diario "El Tiempo", con fecha 4 de Junio:

"Debe entenderse que el hecho de sacar a luz los nombres de los probables futuros candidatos, no implica la presuntuosa pretensión de haber encontrado hombres de más altos méritos políticos que el General Díaz. Habremos de conformarnos, pues, con candidatos de modestos merecimientos, ya que no van a sostener la competencia con el General Díaz, sino la comparación de ellos entre sí. Una cosa es cierta: la política del General Díaz, salvo pequeños lunares, es la que ha producido mejores resultados para nuestro progreso nacional y para la conservación de la paz, y por consiguiente, hay que continuarla mientras no se imponga un cambio"

De los diarios independientes, solamente "El País" se abstuvo de tratar la cuestión de las candidaturas y como se le interpelara por este motivo, contestó sin ambages, que consideraba inútil dedicar la atención a ese asunto, puesto que tenía la convicción de que, a pesar de las famosas declaraciones, el General Díaz no abandonaría la Silla Presidencial; una opinión que vino a confirmar poco tiempo después, una declaración del General Reyes a favor de la reelección del General Díaz, que hizo en una entrevista que concedió al agitador Heriberto Barrón; y que, por medio del silencio, recibió la sanción oficial.

Estaban los periódicos ocupados en esa discusión pacífica, cuando se recibieron las noticias de los trastornos del orden público que se han referido en el anterior capítulo, y que indicaban claramente que el pueblo ya se iba cansando de la farsa electoral que se representaba cada dos años y que exigía que se respetaran sus derechos y que cesaran los despojos de que los hacían víctimas algunos Gobernadores, que gozaban del favor del Gobierno Federal. En el Estado de Puebla cometía el Gobernador Mucio Martínez inauditos atentados, mientras que en los Estados de Cihuahua y Coahuila, los gobernantes y sus amigos se apropiaban enormes extensiones de terrenos, se eximían del pago de contribuciones, monopolizaban los negocios y oprimían inicuamente a los contribuyentes y a sus mismos dependientes.

Contra ese régimen de opresión trabajaban desde los Estados Unidos, con sus teorías disolventes, los hermanos Flores Magón y Antonio Villarreal, y como un sistema de gobierno extremo provoca la reacción hacia el extremo opuesto, los agitadores lograron reclutar partidarios y promover los disturbios de que ya se ha tratado aquí y de que fueron teatro Casas Grandes y Las Palomas en Chihuahua, así como Viesca y Las Vacas en Coahuila.

El movimiento, que el Gobierno hizo aparecer como obra exclusiva de bandoleros, fué sofocado en breve tiempo, con el acostumbrado acompañamiento de procedimientos terro-

ristas, pero como las causas que lo provocaron siguieron subsistiendo, no habían de tardar en reaparecer con mayor fuerza los mismos fenómenos. Por otra parte no había ya lugar a duda de que la campaña periodística tenía más bien la tendencia a recrudecerse, que no a calmarse, aumentando la alarma que ya se hacía sentir seriamente en los círculos gubernativos.

La cuestión de la organización política más apropiada a nuestras condiciones, que se debería haber discutido con toda calma, cuando todavía era tiempo, a causa de la imperturbada paz de 15 años, para poderla aplicar sin resistencia, ahora se presentaba con demasiada precipitación, cuando ya habían despertado las pasiones y daba, en consecuencia, poca espernza de una solución satisfactoria, que hubiera evitado los trastornos. Era el fatal ¡demasiado tarde! que se presentó a la vista de toda persona consciente de la situación, con todas sus terribles consecuencias.

No había, por lo demás, unidad de opiniones en cuanto a las medidas o reformas que se proponían para salvar la situación. El Lic. Querido Moheno proponía, por ejemplo, que el mismo General Díaz organizara los partidos, lo cual era un absurdo, mientras que otros iban adoptando ya una actitud más independiente, entre ellos el Lic. Emilio Vázquez Gómez, al reproducir un artículo contra la reelección que había publicado 18 años antes, al cual agregó un nuevo artículo, en que insistía en sus principios, y aun cuando reconocía los méritos del General Díaz, decía lo siguiente:

"El General Díaz no tuvo la honradez política por la que la Nación ha clamado hace tantos años. Puede ser que la densísima atmósfera de alabanzas y de adulaciones, dentro de la cual ha vivido y pensado, sean la verdadera causa de esa falta de honradez política, pero el hecho cierto es que ella ha existido y que causa graves y trascendentales males políticos al país. ----Sostengo, pues, que su reelección no es, no constituye la salvación salvadora del problema de que se trata. ---- Creo sinceramente que la solución del problema

consiste en establecer inmediatamente el principio de no-reelección, haciéndolo en términos más eficaces que como se hizo en la epoca pasada."

CARTA DE FILOMENO MATA Y CONTESTACION DEL PRESIDENTE

Como Don Parfirio seguía en su acostumbrada actitud de esfinge, a pesar de que la actividad de la controversia no disminuía, juzgó Filomeno Mata oportuno dirigir una carta solicitando una explicación con referencia a las declaraciones que había publicado Creelman, fundándose en la necesidad de poner fin a la perjudicial incertidumbre que prevalecía, a la cual recibió la siguiente interesante y característica contestación:

"Me he impuesto con toda atención de la carta que, con fecha 19 del corriente tuvo Ud. la bondad de dirigirme y le doy las gracias por los conceptos en que me favorece. El asunto principal a que se refiere Ud. es de aquellos que, a mi juicio, no debe tratarse desde ahora, y si en ocasión reciente hice alguna manifestación con respecto a dicho asunto, sólo fué un simple deseo personal. No extrañe Ud, por lo tanto, que hoy que se solicita conocer mi resolución, me exima de darla, cuando falta tanto tiempo para que llegue la oportunidad de comunicarla. Proceder de atra manera me parecería una ligereza y tal vez un acto presuntuoso de mi parte."

La redacción de la carta era de lo más correcta desde el punto de vista de la cortesía y del espíritu democrático, pero su contenido era de lo más apropiado para desvanecer toda ilusión en cuanto al propósito de retirarse del Poder, que había manifestado el Presidente. Si este último y sus partidarios se hicieron la ilusión de que con esta declaración, se calmaría el movimiento político, estaban muy engañados,

pues los agitadores no se dieron por entendidos de lo que el Presidente indicaba y siguieron la campaña con el mismo o mayor empeño de antes. Continuó, en efecto, la campaña de la prensa periódica, que se hizo extensiva a toda la República, y aparecieron dos nuevos folletos que tenían por autores a Francisco de P. Senties y Manuel Calero. Llamó especialmente la atención este último por la circunstancia de pertenecer su autor al íntimo círculo gobiernista, dando lugar a la justificada suposición, de que el General Díaz, convencido de que ya no podía contener el movimiento democrático, se había propuesto poner a prueba su popularidad, indicando a sus partidarios la conveniencia de preparar su candidatura, a fin de presentarla cuando llegara la oportunidad.

El movimiento político, que hasta entonces casi no había encontrado su expresión más que en artículos de peridico o en folletos, empezó a adquirir una forma más conducente al objeto en mira, cuando los Sres. Francisco de P. Senties, J. Sánchez Azcona y Heriberto Barrón convocaron a una Junta organizadora de un partido democrático, que se verificó el día 13 de Diciembre de 1908. Asistieron a esta Junta, además de las personas mencionadas, otras muchas, entre las cuales se hallaban Manuel Calero, Benito Juárez, J. Peón del Valle, Jesús Urueta, T. Esquivel Obregón, Manuel M. Alegre, etc. Se procedió a elegir una Mesa Directiva, que quedó constituida con Benito Juárez como Presidente y Juan Sánchez Azcona y Heriberto Barrón como Secretarios.

No dejó de llamar la atención que el Sr. Urueta, que hasta entonces había sido un científico incondicional, que con Bulnes ridiculizara la idea de que en México fuera posible la democracia, ahora se hallara entre los más radicales. Era realmente el caso de decir que las ratas ya comenzaban a abandonar el barco.



CAPITULO III

LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1909 A 1910

Empiezan a organizarse los partidos. - Reyistas y Científicos. - Madero y su libro "La Sucesión Presidencial". - El Partido Antirreleccionista. - La primera gira electoral de Madero. - La situación en la Capital y la segunda gira. - La Convención Antirreleccionista. - Madero como candidato presidencial. - La candidatura Dehesa y las elecciones del año de 1910.

Al comenzar el año de 1909 ya apenas era posible dudar de que el movimiento político provocado por las condiciones lamentables que se han referido e impulsado directamente por la entrevista Creelman, había adquirido tal fuerza que ya no era posible contenerlo o desviarlo, de lo cual era una consecuencia que la campaña electoral iniciada no se podría convertir en una simple comedia para guardar las apariencias o para engañar al público en el Extranjero, de la manera que se había acostumbrado hasta entonces. En vista de estas nuevas condiciones políticos, se verificó bajo auspicios bastante favorables, la segunda sesión del Club Organizador del Partido Democrático, a la cual asistieron más de 70 personas de importancia política o social, y el día 9 de Enero

se verificó la tercera sesión con asistencia de más de 100 personas, entre las cuales se hallaban Benito Juárez, Manuel Calero, Ant. Ramos Pedrueza, J. Peón del Valle, Ant. Rivera G., J. Huelgas y Campos, Carlos Basave, Alfredo Robles Domínguez, Fr. Sentíes, J. Sánchez Azcona, Jesús Urueta, Rafael Zubaran Capmany, Samuel Espinosa de los Monteros, F. González Garza, Diódoro Batalla, Heriberto Barrón, Leopoldo Martínez y otros.

Casi todos los presentes firmaron el acta de adhesión y las bases de organización que se les presentaron, y se convocó a una nueva sesión para el día 27 del mismo mes. En esta sesión se eligió una nueva Mesa Directiva, que quedó constituida así: Presidente Benito Juárez, Vice-Presidente Manuel Calero y J. Peón del Valle, Secretarios Heriberto Barrón, J. Sánchez Azcona, M. M. Alegre y Rafael Zubáran Capmany.

El Presidente Benito Juárez era un hombre honrado y caballeroso, pero de escasas aptitudes políticas, que debía su prestigio al nombre heredado de su ilustre padre, de suerte que se comprendió desde luego que no era el principal organizador, ni el director de la nueva organización. Esta se hallaba, en efecto, hasta entonces más bien bajo la influencia y dirección de Manuel Calero, un conocido jurisconsulto, Diputado y orador de fácil palabra, que gozaba de la confianza del Presidente Díaz, pero que a pesar de sus ligaduras gobiernistas, procuraba aparecer como político independiente. Al General Díaz le hacía presente que sería capaz de promover un movimiento popular que lo afianzara en la Silla Presidencial, siempre que se dejara al partido nuevamente creado en libertad para elegir al Vice-Presidente, y como por otra parte creía poder dominar a ese partido, se figuró, sin duda, que de esta suerte podría elevarse a ese puesto, como escalafón al otro de la Presidencia, que anhelaba vehementemente; sirviéndose al efecto del doble auxilio de la autoridad y de la corriente popular que procuraba despertar.

Sin embargo, había de aparecer muy pronto que esa combi-

nación del elemento popular con el oficial, no podría ser sólida ni duradera, pues el divorcio interno era desde un principio demasiado marcado, para que lo pudiera suprimir el improvisado jefe. No había de tardar efectivamente en iniciarse la desbandada, al entrar en lucha otras personas verdaderamente independientes y de prestigio y al formarse otras agrupaciones, de las cuales unas eran independientes y otras gobiernistas que no estaban dispuestas a someterse a la dirección de Calero.

Después de la apatía en que había estado sumergido el pueblo durante quince años, surgía, en efecto la vida con mayor energía y por todas partes aparecían entusiastas campeones de las aspiraciones populares, en gran parte hasta entonces desconocidos. A fines de 1908 había publicado uno de esos desconocidos, Francisco I. Madero, un opúsculo titulado "La Sucesión Presidencial", que al principio llamó muy poco la atención, pero que, por circunstancias inesperadas, estaba destinado a ser de gran trascendencia, poco tiempo después. A su vez empezó el señor Juan Sánchez Azcona a publicar el día 1º de Enero de 1909 un diario independiente al que llamó "México Nuevo", que fué muy bien recibido por el pueblo, mientras que los gobiernistas que no aceptaban la jefatura de Calero, fundaron un Club Reeleccionista que postulaba, no solamente al General Díaz para la Presidencia sino aparecieron a Ramón Corral para la Vice-Presidencia. En fin aparecieron numerosos grupos, en varios puntos de la República, que proclamaban la candidatura del General Reyes a la Vice-Presidencia.

La primera de esas asociaciones que siguió el ejemplo del llamado Partido Democrático, procurando organizarse convenientemente, fué la de los reeleccionistas, que postulaban a Diaz y Corral, cuyos iniciadores convocaron a una Junta que se verificó el día 6 de Febrero. Se procedió en ella a la elección de la Mesa Directiva, que dió el ersultado siguiente: Presidente General Pedro Rincón Gallardo; Vice-Presidentes Sebastián Camacho, Fernando Pimentel y Fagoa-

ga, Manuel Araoz, Pedro Gorospe y Nicolás del Moral. Entre los vocales figuraban Joaquín Casasús, Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Emilio Rabasa, Francisco Madero, (padre del futuro Presidente), Rafael Reyes Espíndola, Eduardo Iturbe, Francisco Bulnes, Ramón Prida y otros conocidos políticos o capitalistas.

Una circular dirigida por la Mesa Directiva a los partidarios en los Estados dió muy pronto por resultado que, con auxilio de las autoridades, se formaran Juntas locales, que enviaron sus representantes a México, con los cuales se formó una Convención, que se reunió el día 2 de Abril. Esa Convención lanzó en seguida la correspondiente proclama, acompañada del programa político, en que se exaltaban con bastante exageración, los méritos del Presidente, de quien se decía que había asegurado la paz y el progreso de la Nación, recomendando, en consecuencia, la reelección de ese ilustre ciudadano, pero no solamente la de este, sino también la de su hábil colaborador el Vice-Presidente Ramón Corral, que debía ser el digno continuador de la grandiosa obra emprendida por el primero.

Pocos días antes de que se reuniera esa Convención Reeleccionista, el llamado Partido Nacional Porfirista, que encabezaban José de Landero y Cos, Antonio Tovar y Demetrio Salazar, se había reunido también y había lanzado la candidatura del General Díaz a la Presidencia, pero se había abstenido de designar candidato a la Vice-Presidencia, lo cual indicaba que el General Díaz había consentido en que se dejara por lo pronto esa cüestión pendiente. Así dejaba el desconfiado y ladino Presidente la puerta abierta para poder presentar a última hora a otro candidato, ya fuera para sustituir a Corral, o para aparentar que realmente se había verificado una lucha electoral.

El Partido Democrático, encabezado por Calero, no presentó todavía candidato, pero con fecha 10 de Abril publicó su programa político, verdaderamente juicioso y que a no ser por el apasionamiento o la ofuscación predominantes, po-

dría haber tenido un éxito de lo más satisfactorio. Decía en lo esencial lo siguiente:

"El Partido Democrático no pretende cambiar radicalmente y en un instante la vida política del país, no pretende crear con un programa una democracia ideal, que se quedaría amortajada en el programa, no; sabemos que la historia humana no puede ser violentada y que las transformaciones sociales y políticas no se decretan." De acuerdo con esas sensatas consideraciones, se proponía la independencia efectiva del Poder Judicial, la restricción del voto a los que supieran leer y escribir, la expedición de una ley agraria y una referente a los accidentes del trabajo.

Por desgracia había pasado ya la oportunidad para que ese bello programa diera un resultado favorable, como lo podía haber dado algunos años antes, porque para que las leyes inspiradas en un sano patriotismo, convenientes y aplicables a las necesidades y condiciones del pueblo, se puedan llevar a efecto de una manera eficaz y pacífica, es indispensable que reine la tranquilidad de espíritu y que haya al menos, mediana armonía entre gobernantes y gobernados. Esa tranquilidad y mutua confianza ya no existía, porque el Presidente, ensoberbecido por el éxito y rodeado de aduladores, se había acostumbrado a despreciar la opinión pública, figurándose en su desvío que la obediencia ciega era la condición esencial de la paz. Tal actitud despertaba, naturalmente, un creciente disgusto, que se iba convirtiendo en indignación de las clases pensadoras, las cuales ya no se conformaban con reformas de efecto remoto, sino que exigían medidas enérgicas de resultado inmediato. Esas clases, activas en política, querían ver personificadas sus aspiraciones en un hombre de empuje, que procediera sin vacilaciones ni consideraciones, y como el Partido Democrático no estaba en aptitud de ofrecerlo, resultaba su éxito muy dudoso. Para comprender esta situación, hay que tener presente, que en donde hace falta la educación política, no se conoce más que una manera de destruir un despotismo, que es el de sustituirlo por otro.

Además de esas circunstancias que le eran desfavorables, carecía el Partido Democrático de homogeneidad, pues para los porfiristas era demasiado independiente y para los independientes demasiado porfirista, lo que dió lugar a que uno de los gracejos que entre nosotros nunca falta, diera a las iniciales C. O. D. P. D., que significaban "Centro Organizador del Partido Democrático", otra interpretación que decía "Con orden de Porfirio Díaz", contribuyendo así a desprestigiar la agrupación.

Calero aseguró en un folleto publicado algunos años después de estos acontecimientos, que el Presidente le había prometido que aceptaría la candidatura a la Vic-Presidencia de la persona que eligiera el Partido Democrático, pero que Limantour y su círculo lo hicieron cambiar de opinión. Es posible que haya sucedido así, pues el llamado partido no había logrado reunir y conservar más que a un reducido número de personas, de escasa importancia política, que no podían ofrecer una base bastante sólida para que en ella descansara el Gobierno. Así se comprende el cambio de opinión del Presidente y que para consolar a Calero del desaire sufrido, se le nombrara Sub-Secretario de Fomento, que este aceptó, en efecto, sin miramiento a la agrupación que lo había seguido y que ahora quedaba abandonada y desorientada.

La aceptación de ese nombramiento de parte de Calero, se consideró justamente como una deserción que debía conducir a que se desorganizara esa agrupación que presidía. Desde entonces se acentuó la desbandada, pero los que se separaron no iban a reforzar a los reeleccionistas de Corral, sino a un nuevo partido de tendencias que parecían más apropiadas a las circunstancias y que presentaban como candidato a la Vice-Presidencia a un político capaz de satisfacer a los hombres de juicio y deslumbrar a las multitudes, que era el General Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León, en donde había dado pruebas de su capacidad como estadista.

Ya desde principios de Abril se habían formado pequeñas agrupaciones de personas de escasos recursos, que proclama-

ban esa candidatura a la Vice-Presidencia de la República, sin lograr atraer muchos partidarios, pero la referida decadencia del partido democrático y la adhesión de personas de mayor importancia, dieron por resultado que esos elementos dispersos se consolidaran en un partido. En efecto se reunieron a fines del mismo mes, los señores J. López Portillo y Rojas, Manuel Garza Aldape, Carlos Basave y del Castillo Negrete, Heriberto Barrón, Samuel Espinosa de los Monteros y algunos otros, para fundar lo que se llamó "Club Soberanía Popular" y desde entonces fué cundiendo el reyismo por toda la República, como un verdadero reguero de pólvora. Por todas partes aparecían nuevos periódicos, que postulaban al popular General, se organizaban asociaciones que lo aclamaban y se contaban por muchos millares los que ostentaban en el ojal el distintivo escogido, que consistía en un clavel rojo. Los esfuerzos de la Policía y de los científicos para contrarrestar el movimiento, no sólo resultaron inútiles sino contraproducentes, como sucedió especialmente en Guadalajara, en donde los delegados enviados para propagar las candidaturas de Díaz y Corral, fueron silbados, insultados y apedreados por la multitud indignada y tuvieron que regresar a México sin haber obtenido el menor éxito.

REYISTAS Y CIENTIFICOS

La rapidez y entusiasmo con que se propagó la candidatura del General Reyes, era para muchos inexplicable, pues no comprendían que el pueblo, antes tan apático, se revelara de una manera tan vigorosa y repentina, contra los hombres que habían proporcionado al país una época de prosperidad material como nunca se había conocido y que se entregara a un hombre que, a pesar de ser inteligente y honrado, había demostrado ser tan despótico como el General Díaz. La causa de este fenómeno no era, sin embargo, tan difícil de en-

contrar, al tomar en consideración que el progreso material había aprovechado de preferencia a ciertas clases privilegiadas y muy especialmente a determinados individuos, pues no se había hecho casi nada á favor de las clases trabajadoras. De esta suerte se iban dividiendo las fuerzas sociales en dos corrientes opuestas, la una, la de los científicos reeleccionistas, compuesta de un corto número de capitalistas acaparadores, con sus auxiliares, que pretendían dominar y explotar el país sin trabas, por medio del dinero y del terror, y la otra, la de los numerosos excluidos, que reaccionaban contra la imposición de autoridades impopulares, así como contra la mala administración de justicia que se habían adherido al reyismo, por parecerles el más eficaz para defender los intereses populares, así como para dirigir en lo sucesivo los destinos del país.

El Licenciado Josí I. Limantour, Ministro de Hacienda, hombre de refinada cultura, pero poco expansivo, muy rico desde antes de mezclarse en política, que por patriotismo o por afición, se había dedicado a la labor hacendaria, había sido el principal promotor del sorprendente progreso material, pero se le reprochaba ser el protector de la plutocracia absorbente y su descuido hacia las clases obreras. Ya se sospechaba además que él había sido el que indujo al General Díaz a imponer la candidatura del impopular Corral, con el cual, sin duda, se había puesto de acuerdo para dirigir los destinos del país, una vez muerto el General Díaz, que iba a cumplir 80 años. Indudablemente había sido un hábil hacendista, pero le faltó perspicacia para darse cuenta de la verdadera situación política; participaba un tanto de la arrogancia que se había apoderado de los científicos y parece que no fué ajeno a la resolución del General Díaz de retractarse de las promesas hechas en la conferencia con Creelman.

En la época de que ahora se trata, era el jefe reconocido de los científicos, el Vice-Presidente Ramón Corral, pero el verdadero director del partido, era el intrigante, apasio-

nado y arbitrario Licenciado Rosendo Pineda. Este ambicioso político era el que, a nombre del Gobierno, llevaba las órdenes a los gobernadores, la consigna a las Cámaras legisladoras y el que dirigía algunos de los periódicos más groseros como lo era especialmente el diario "El Debate", en que se atacaba furiosamente a los adversarios del reeleccionismo. Sin embargo no era este, sino "El Imparcial" el órgano más caracterizado y más ampliamente subvencionado de los científicos, el cual lo dirigía su propietario, el Licenciado Reyes Spíndola, con habilidad desde el punto de vista mercantil, pero de una manera bastante torpe y servil en cuanto a política, pues seguía la costumbre de los científicos de tratar con desprecio a los adversarios políticos y algunas veces aun la opinión pública, la cual solía calificar de ignorante o de mal aconsejada. Entre los hombres que así perjudicaban a su propio partido, por sus manifestaciones despreciativas hacia los oposicionistas, se hallaba también el Senador Joaquín Casasús, el cual ofendió especialmente la opinión pública, con motivo de la campaña electoral, al afirmar, con la arrogancia, tan poco democrática que lo caracterizaba, que todos los hombres que valían y que pensaban, se hallaban en las filas reeleccionistas. Era también muy frecuente oír decir a los científicos, que los oposicionistas no se componían más que de los "despechados" y de los "fracasados", que no había necesidad de tomar en cuenta.

Frente a esa actitud altanera de los científicos, se esmeraban los reyistas en expresar el mayor respeto hacia la opinión pública, haciendo además presente la necesidad de dar protección al elemento obrero, como lo había hecho el General Reyes en el Estado de Nuevo León, de que era Gobernador, por medio de su ley de accidentes en el trabajo. Como candidato a la Presidencia presentaba el partido reyista al General Díaz, pues se conformaba con la Vice-Presidencia para su jefe, pero se hallaba ante el grave inconveniente de que el General Reyes no se resolvía a definir terminantemente su actitud. Antes de que sus partidarios se organizaran para

entrar en campaña, había declarado que seguiría en todo las indicaciones del General Díaz y ahora trataban sus partidrios de convencer a este último de la conveniencia de que aceptara la candidatura de aquel, pero todos los esfuerzos habían sido inútiles. En efecto dice el Licenciado Manuel Calero, que entonces llevaba íntimas relaciones con el Presidente, que este "'alimentaba una aversión verdaderamente diabólica hacia Reyes", y el Licenciado José López Portillo y Rojas asegura, a su vez, que el Presidente le había manifestado que "con el General Reyes no se podría entender".

Con este motivo, no puede uno menos de preguntarse ¿cuál era la causa de esa aversión del Presidente hacia una persona ameritada que le había servido siempre de una manera leal y eficaz, tal vez más allá de los límites marcados por la moral política? ¿Cegaba el odio de tal manera al Presidente que le impedía darse cuenta de la importancia del movimiento popular, que se presentaba en la forma de reyismo? Y ya que había desdeñado introducir, cuando todavía era tiempo, las urgentes reformas constitucionales requeridas para poder asegurar el imperio de la ley ¿no era acaso lo indicado el hacer ahora concesiones que hubieran calmado la opinión pública, a fin de ir preparando el régimen democrático? ¿No era acaso una locura desafiar las iras populares precisamente cuando el pueblo comenzaba a despertar de su letargo?

Indudablemente se hubiera podido entonces llevar a efecto la evolución pacífica, si el Presidente hubiera dominado sus pasiones, promoviendo con lealtad una fusión de los partidos, en vez de mantener la discordia para conservar, con obstinción senil, el poder absoluto, para el cual ya no alcanzaban sus fuerzas. Para lograr el indicado importantísimo objeto a que aspiraban los políticos desinteresados bastaba con una reconciliación, que no era imposible, entre el popular Reyes y el hábil hacendista Limantour. Contaba, en efecto, este último con los conocimientos y el prestigio entre la gente acaudalada; sin su cooperación carecían los científicos de

fuerza para entorpecer cualquier combinación política, mientras que Reyes contaba con la adhesión de ls masas populares que se habían puesto en movimiento y que reclamaban enérgicamente sus derechos.

A esa solución del problema, tan claramente indicada por las condiciones existentes y que hubiera producido, sin duda, un resultado excelente para el porvenir de la República, se oponía, como se acaba de decir, el egoísmo y la terquedad del Presidente, fomentada por los aduladores y algunos miembros de la familia de este, que confirmaban al ya incapaz anciano en la idea de su omnipotencia y de su inmensa popularidad. Este falso concepto de la situación y condiciones en que se hallaba, agregado al exagerado amor propio que había adquirido, como consecuencia de las constantes alabanzas que se le prodigaban, le inducían a considerar como una insoportable usurpación el que otra persona, como ahora Reyes, se atreviese a adquirir popularidad propia y no había manera de convencerlo de que el movimiento reyista se debiera a otras causas, que no a las intrigas y manejos del mismo Reyes. A Limantour, por otra parte, a quien tan grandes servicios debía, lo trataba con muchas consideraciones, pero con la desconfianza y desafecto que inspira a muchos hombres una superioridad reconocida en tal o cual ramo de la actividad humana. Por este motivo le agradaba como Vice-Presidente un hombre de escasa significancia como Corral, que únicamente a su favor debía su importante posición; que no tenía ni grandes pretensiones ni grandes aptitudes para distinguirse y que para colmo de las condiciones apetecidas por la desconfiada arrogancia de un déspota, era impopular.

Que la conducta inspirada por esa idiosincracia tan desorientada, equivalía casi a un suicidio político, no lo comprendía, pues, en efecto, ya no había lugar a duda de que la edad, la adulación y el prolongado ejercicio del poder absoluto, habían enbotado las facultades intelectuales del antes perspicaz político, lo cual traía naturalmente consigo que no se diera cuenta de la evolución que se había verificado en la

Nación. A pesar de esa degeneración mental, conservaba, sin embargo, el General Díaz la ambición de mando y el temor de que otro se le sobrepusiera, motivo por el cual contemplaba con agrado la discordia entre los políticos prominentes que se pudieran convertir en rivales suyos, procurando alentar esa discordia, en vez de trabajar a favor de una reconciliación, que hubiera salvado probablemente la tirante situación. Se repitió aquí, pues, lo que tantas veces ha ocurrido en la Historia, es decir, la perniciosa influencia que ejerce en el carácter de los hombres el ejercicio prolongado del poder ilimitado, el cual convierte aun a los políticos más sagaces y templados en tiranos desconfiados, egoistas e intransigentes.

Impulsado así por el falso concepto de la situación y por las bajas pasiones, que se habían apoderado de su ánimo y que fomentaban los aduladores, resolvió el Presidente proceder con la brutal energía, que a veces empleaba, contra el movimiento popular que tanto le molestaba, y del cual aun creía poder triunfar por medio de la violencia. Conforme a este propósito fué suprimido el diario reyista "La Libertad", que se publicaba en Guadalajara y poco tiempo después fueron encarceladas en esa misma ciudad, muchas personas acusadas de haber promovido o fomentado las manifestaciones hostiles contra los reeleccionistas que, poco tiempo antes, habían procurado organizar una manifestación a favor de sus candidatos. También en la Capital fueron perseguidos o amenazados los periódicos reyistas y, en fin, fué destituido el General Reyes del mando de las fuerzas que habían estado a sus órdenes en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Para sucederle en ese mando, fué designado el General Gerónimo Treviño, un hombre que había prestado buenos servicios durante la intervención francesa, pero que era ya muy anciano e incompetente. El hecho de ser enemigo personal de Reyes fué el que determinó este nombramiento.

En vista de esta situación se dirigieron el Licenciado José López Portillo y Rojas, como Presidente y el Licenciado Je-

sús Guzmán, como Secretario del Comité Central de los clubs reyistas al General Reyes, solicitando que se declarase de una manera definitiva y terminante, si aceptaba la candidatura a la Vice-Presidencia o no. Antes de resolverse, debe de haber sido una violenta lucha interior la que tuvo que sostener el orgulloso General, entre su ambición política y las obligaciones hacia sus partidarios, por una parte y su lealtad y temor a un conflicto, por la otra. Al fin predominaron estos últimos sentimientos, que algunos interpretaron como cobardía, por lo cual contestó a la solicitud que se le dirigió, que conforme a lo que ya había manifestado, seguía considerando conveniente que la candidatura vicepresidencial debiera ser alguna que se ajustara a la política del Presidente Díaz, dentro del personal preponderante en esa política, y que por este motivo, se hallaba en el caso de negarse a aceptar su candidatura, recomendando a sus partidarios que votaran por el Sr. Corral.

Ante esta terminante declaración, el Comité Central reyista no pudo menos de disolverse, pero ni esta circunstancia, ni la actitud demasiado leal del General Reyes, que muchos de los que habían sido sus partidarios le reprochaban duramente, fueron suficientes para calmar el insensato rencor y desconfianza del General Díaz. Exigió este, en efecto, al ya bastante humillado General, que hiciera también entrega del Gobierno de Nuevo León al General José María Mier y que se presentara en la Capital. Así lo hizo, en efecto, y con fecha 29 de Octubre de 1909 apareció en el "Diario Oficial" una Orden de la Plaza, en la cual se decía que el Presidente de la República había dispuesto que el General Bernardo Reyes marchara a Europa en comisión del Gobierno.

El General Díaz hizo sentir su enojo también a los partidarios de Reyes, especialmente al Licenciado López Portillo y Rojas, contra el cual se presentó una acusación por el delito de abuso de confianza en un asunto civil, es decir, que, como ya se había hecho otras veces, se buscó un pretexto ajeno al verdadero motivo, para castigar al político rebelde

a la consigna, por medio de los tribunales serviles. Como el Licenciado López Portillo era Senador, hubo que solicitar su desafuero a la Cámara de Diputados y al efecto fué presentada la acusación por la Comisión respectiva, encabezada por el Licenciado Ramón Prida, y de cuya exposición se encargó el Licenciado José Natividad Macías. Nadie dudaba de que tras este procedimiento se ocultaba una indigna maniobra política, pero a pesar de esto y de un bien fundado discurso del Diputado Aragón en contra, aprobó la servil Cámara el Dictamen de la Comisión por 157 votos contra 10. Los diez Diputados que votaron contra el inicuo procedimiento fueron Benito Juárez, Manuel Calero, Agustín Aragón, Rafael Hernández, Francisco Fernández Ibarra, Modesto Herrera, Alfredo Rodríguez, Rafael Zubáran Capmany, Fidencio Hernández y Ricardo García Granados.

A mediados de Noviembre de 1909 salió el General Reyes con destino a su mal disimulado destierro en Europa, pero el movimiento popular, en vez de disminuir, como se figuraban los gobernantes ilusos, cobró nuevos bríos bajo la bandera del Partido Anti-Reeleccionista, que hasta entonces no había podido llevar más que una vida poco próspera o alentadora. En su obcecación iba el General Díaz impeliendo hacia el campo de sus mayores enemigos a los que podrían haber sido sus colaboradores y de esta suerte había de precipitar el conflicto, que al fin condujo a su propia caída y a la más desastrosa de las guerras civiles que cuenta la desgraciada República en sus anales.

MADERO Y SU LIBRO "LA SUCESION PRESIDENCIAL"

En el encadenamiento de nuestra relación aparece ahora la necesidad de referir el origen y desarrollo del Partido Antireeleccionista, remontándonos a la publicación del folleto de que ya se ha tratado, titulado "La Sucesión Presidencial"

el cual tenía por autor al Sr. Francisco I. Madero. Era este último un hombre hasta entonces casi desconocido, de 38 años de edad, que no había figurado como político más que, con mediano éxito, en las elecciones municipales de San Pedro de las Colonias, pero que pertenecía a una numerosa familia de grandes terratenientes del Estado de Coahuila. la cual se hallaba, sin embargo, en la época de que ahora se trata, bastante comprometida con los bancos y escasa de numerario disponible. Evaristo Madero, el abuelo del "loco" que para sorpresa de todos los que lo conocían, se lanzaba a la política nacional, había sido Gobernador de Coahuila, pero sus hijos, sobrinos y nietos, se habían dedicado a la agricultura, a la industria y al comercio, de tal manera que absolutamente no compartían, ni mucho menos aprobaban —al menos aparentemente— el entusiasmo político y ardor reformador de Francisco Inocencio, o "Panchito" como le llamaban familiarmente y no sin un ligero tono de superioridad.

Francisco Inocencio había recibido su instrucción superior en un colegio de Francia, pero no se había distinguido ni por su afición a los estudios científicos, ni por sus aptitudes mercantiles, políticas o literarias, de suerte que resultó de lo más sorprendente, especialmente para los parientes, la audacia con que emprendió su campaña política, iniciada con el referido opúsculo, y se comprende en consecuencia, que circulara el rumor de que no era el autor de esa obra, o de que otros habían colaborado en ella.

Trataremos, sin embargo, de ese documento histórico, como si tuviera realmente por autor al Sr. Francisco I. Madero, puesto que este fué el que lo publicó y asumió la responsabilidad.

Del conjunto de la obra se puede afirmar que hace honor al patriotismo, valor civil y sentimientos liberales y humanitarios del autor, pero que, por lo demás, constituye un estudio superficial, a veces contradictorio, basado en datos, no todos exactos, así como en preocupaciones vulgares, dictadas en gran parte por un patriotismo estrecho y mal cu-

tendido, además de lo cual se descubre un imperfecto conocimiento de los sucesos históricos y de su natural enlace. El lenguaje no es siempre escogido y correcto; las deducciones no son por lo general muy convincentes, ni tampoco las frases de relumbrón, que aparecen más bien destinadas para atraer a las personas poco reflexivas o de escasa ilustración, que no a los que buscan una solución bien fundada y práctica de los difíciles problemas políticos que entonces preocupaban a los hombres y nos han seguido preocupando hasta ahora.

Todos los que nos hemos dedicado con imparcialidad y empeño a los estudios de nuestra historia, sabemos, por desgracia, que desde que se consumó la independencia, nuestra ignorancia y falta de experiencia, nos ha traído fatalmente una larga serie de fracasos, que ha tenido por causa el que nuestros legisladores nunca se hayan podido dar cuenta de que el desarrollo nacional no se puede verificar a saltos y que deslumbrados por los progresos de países más civilizados o por teorías de escritores ilusos o desequilibrados, han querido establecer instituciones de imposible realización, o para las cuales no estamos preparados.

Debe, en efecto, saltar a la vista de toda persona ilustrada y desapasionada, que nuestros problemas políticos deben consistir en adaptar las leyes a nuestras condiciones especiales, abandonando así el torpe sistema de copiar sin discernimiento instituciones extrañas o de entregarnos a sueños impracticables; pero en vez de reconocer esa evidente verdad, nos dice el opúsculo del Sr. Madero, en su introducción, dedicada a nuestros héroes, que estos "nos legaron un código de leyes tan sabias, que constituyen uno de nuestros legítimos timbres de gloria" el cual nos debe ayudar a alcanzar el ideal democrático.

Es cierto que las masas populares no se entusiasman con reflexiones juiciosas, ni con programas de remotos beneficios, por lo cual se podría disculpar el que se hicieran promesas demasiado halagadoras, pero en la presente oportunidad, el

pueblo ya se hallaba en rebeldía contra la prolongada Dictadura y a un gobernante de juicio no le hubiera sido muy difícil conducirlo por el camino de la cordura; pero Madero no era el hombre capaz de comprender la situación. Insistía, por lo tanto, en que se debía establecer en seguida la democracia pura; pero al mismo tiempo demostraba su ignorancia de nuestra más reciente historia, prodigando elogios a Juárez y Lerdo de Tejada, como si hubieran sido inmaculados demócratas, cuyo ejemplo recomendaba como digno de imitar, no obstante de que los hechos comprobados ponían de manifiesto que esos Presidentes nunca observaron ni pudieron haber observado la Constitución.

A un observador superficial pueden parecer, tal vez, de escasa importancia y aun, en ciertos casos, ventajosas esas bien intencionadas adulteraciones históricas, destinadas a dar satisfacción al espíritu patriótico y liberal, pero el buen juicio no puede aprobar esa manera de raciocinar, pues todo embuste expone siempre a las más funestas deducciones. En el caso de que ahora se trata es evidente que al covencer a los ciudadanos de que ya habían sido antes una realidad las prácticas democráticas, se debía reclamar lógicamente que se restablecieran, sin necesidad de la educación previa que las personas de sano criterio juzgaban indispensable. Así reclamaron efectivamente, las masas desorientadas y esa falsa interpretación de las condiciones existentes, fué y ha sido siempre entre nosotros la principal causa de las constantes revueltas.

La falta de un profundo criterio histórico aparece constantemente en el opúsculo de que se trata. Como causa de las revoluciones de La Noria y Tuxtepec no alcanza a presentarnos el autor más que la ambición del General Díaz, el descontento de los oficiales en receso y, en términos generales "el militarismo", cuyos rasgos característicos no se explican, pero del cual se nos dice que se oponía al régimen democrático que, por cierto, no existía más que en apariencia. De que fueron hombres como Zamacona, Ignacio Ramírez, Va-

llarta y Riva Palacio los que primero propusieron la candidatura del General Díaz en oposición de lo que llamaban la "tiranía" de Juárez y Lerdo, no se nos dice nada.

Superficial e inexacta como es esa interpretación histórica, la descripción que se nos hace del carácter del General Díaz es, por otra parte, bastante contradictoria, pues unas veces elogia a este extraordinariamente y en otras ocasiones le atribuye actos tan reprobables que resultan incompatibles con los anteriores elogios.

En cuanto a la política que se debiera seguir y a los procedimientos inmediatos que imponían las circunstancias se proclamaban en el opúsculo como bases fundamentales, los principios de sufragio efectivo y no-reelección pero se proponía hacer una excepción a favor del General Díaz, proponiéndolo como candidato a la Presidencia, siempre que permitiera al pueblo elegir libremente al Vice-Presidente. Asimismo se insistía en que la lucha debería ser pacífica y se rechazaba toda idea de apelar a las armas, pero el Sr. Madero había de abandonar más tarde ese propósito, cuando se enteró de que el resultado oficial de la elección le había sido adverso.

Si el General Díaz no había aceptado la candidatura de un hombre de prestigio y que siempre le había sido fiel, como Reyes, menos esperanzas debía haber de que aceptara la proposición de un advenedizo político, como Madero, que ahora pretendía imponerle su voluntad y a quien consideraba como un desequilibrado, pero a pesar de esto, no se podía ocultar que el movimiento popular iba creciendo y uniformándose, lo cual implicaba también que aumentaba el temor de una revolución.

En vista de esta situación, que iba adquiriendo proporciones alarmantes, me pareció una obligación dedicar la atención a este importante problema, como ya lo habían hecho otros, y al efecto publiqué un folleto titulado "El problema de la Organización Política de México" en el cual proponía, de igual manera que el ya desaparecido Partido Democrático, que

se empezara por restringir el sufragio a los que supieran leer y escribir, pero como no era de esperarse que esta medida produjera un resultado favorable inmediato, proponía yo además que se reformara el Senado en el sentido de que sus miembros fueran elegidos por la Cámara de Diputados para períodos largos, a fin de asegurar su independencia, y que las facultades de ese Senado fueran de lo más amplias, especialmente la de hacer el cómputo electoral. Aun cuando este proyecto fuera tal vez, defectuoso, yo tenía la esperanza que se entablara la discusión y que de esta manera se llegara a un acuerdo que calmara los ánimos, evitando el conflicto armado que amenazaba.

Entre las personas a quienes creí oportuno mandar mi folleto, se hallaba el señor Limantour, el cual me contestó aprobando en general mis ideas. No creo que esto haya sido una mera cortesía, sino que esa manifestación respondía realmente a la convicción de que se debían discutir friamente los problemas vigentes en vez de apelar a la fuerza; pero, según parece, todos los esfuerzos que se hicieron en ese sentido fracasaron ante la intransigencia del General Díaz, fomentada por algunas personas interesadas que rodeaban a éste.

EL PARTIDO ANTI-REELECCIONISTA

Fué natural que el escaso mérito intrínseco del folleto del Sr. Madero dejara de producir durante los primeros meses que siguieron a su publicación, un efecto considerable en la opinión pública, apesar de que contenía una crítica de los actos y política del Gobierno, tan dura y tan franca como nadie se había atrevido a hacer hasta entonces; pero la torpeza del General Díaz al echar a los reyistas en brazos de los anti-reeleccionistas, dieron a estos una importancia que de otra suerte no hubieran alcanzado. Por lo tanto, se debió

más bien a la intervención oportuna de un acto personal, contraproducente para su autor, que no a los méritos de la obra, lo que determinó el extraordinario éxito de ésta.

A fines del mes de Mayo de 1909, es decir, casi medio año después de publicado el ya repetido folleto, logró el grupo encabezado por Madero, constituirse en lo que se llamó "Club Antirreeleccionista". Figuraban como fundadores, además del Sr. Madero, el incansable Director del "Diario del Hogar", Filomeno Mata, el Licenciado Emilio Vázquez Gómez, un hombre honrado e instruído, pero que, como Madero, carecía de conocimientos en cuanto a las inexorables leyes de la Economía Política y en cuanto a la verdadera naturaleza de los hombres, el enérgico periodista Paulino Martínez, asesinado más tarde por orden de Francisco Villa, José Vasconcelos, Félix Palavicini, etc. Poco tiempo después se adhirió al Partido el Licenciado Toribio Esquivel Obregón, el hombre de mayor mérito entre los asociados, honrado, estudioso y juicioso, pero que se había de separar cuando empezaron a adquirir la preponderancia los elementos radicales.

El día 6 de Junio de 1909 empezó a publicarse el diario llamado "El Antirreeleccionista", sin poder competir en popularidad y sana orientación con el "México Nuevo", que en aquel tiempo se había convertido en reyista y tiraba ya más de 20.000 ejemplares, contando entre sus colaboradores a personas competentes y de posición social. En el Manifiesto publicado por el Partido Anti-Reeleccionista poco tiempo después de su fundación, se repetían en lo esencial las ideas de Madero, en las cuales demostraba que la Historia todavía no le había enseñado nada, como, por ejemplo, cuando decía, con referencia a la constitución de 1857, lo siguiente: "Los hombres más preclaros lograron promulgar ese admirable Código de Leyes, que vino a ser el pacto solemne entre todos los mexicanos". Como se puede ver, era este el lenguaje bombástico y gastado de los jacobinos franceses, que nuestros jacobinos copiaban servilmente, un siglo después de que en la misma Francia habían conducido al desastre, las teo-

rías que proclamaba primero, y en seguida a la Dictadura napoleónica.

Como suprema aspiración inmediata del Partido, se proclamaban en ese Manifiesto, los principios de Sufragio libre y No-reelección; se hacían además algunos cargos al Gobierno por su desprecio a las leyes, su negligencia en cuanto a la instrucción pública, etc., concluyendo con un llamamiento a todos los buenos mexicanos para que tomaran parte en las elecciones. Con excepción de la no-reelección no se proponía ninguna reforma de trascendencia y de la llamada cuestión agraria, que más tarde se ha querido hacer aparecer como una de las prnicipales causas de la revolución, no se decía absolutamente nada. El Manifiesto iba firmado por la Mesa Directiva; que estaba constituida así: Presidente Emilio Vázquez Gómez, Vice-Presidentes: Francisco I. Madero y Toribio Esquivel Obregón; Secretarios: Filomeno Mata, Paulino Martínez, Félix Palavicini y Felipe Xochihua; Tesorero: Manuel Urquidi.

El Manifiesto no produjo, por lo pronto, mayor efecto que el libro de Madero, de suerte que uno de los más entusiastas anti-reeleccionistas, el Licenciado Roque Estrada, no pudo menos de referir en un libro publicado dos años después, con referencia a esa época, lo siguiente: "El anti-reeleccionismo iniciaba sus labores lenta y pausadamente en aquella atmósfera preñada de reyismo. La influencia de esta fe política personalista, lo invadía todo y hasta las reuniones del Centro Anti-reeleccionista, que pudieron verse bastante concurridas al principio, bien pronto empezaron a debilitarse al grado que muchas de ellas no tuvieron verificativo por falta de quorum".

No lograron tampoco los antirreeleccionistas producir una modificación perceptible de la opinión pública, que les fuera favorable, con la publicación que hizo "México Nuevo" de las cartas cambiadas entre Madero y Sánchez Azcona, que caracterizaba muy bien la situación y demostraba el desco-

razonamiento que se había apoderado de los oposicionistas por aquel tiempo. El primero decía al segundo: "Si la oposición que existe a la próxima reelección del General Díaz no se manifiesta, es por el pánico que se ha apoderado de todos los ánimos", a lo cual contestaba Madero: "El porfirismo es actualmente la más eficiente cohesión nacional con que contamos. Unos proceden por adhesión y otros por temor: el resultado es el mismo. Con razón o sin ella, la gran mayoría de la Nación espera y desea la próxima reelección del General Díaz."

Así se veía entonces la situación y así lo publicaba el Sr. Sánchez Azcona en su periódico; por la razón o por el temor la mayoría del pueblo aun estaba conforme en que el General Díaz continuara en el Poder, sobre todo para evitar una revolución, pero insistía enérgicamente en que se le dejara elegir al Vice-Presidente y aun a los demás mandatarios de elección popular, como se había manifestado en las elecciones de Morelos y Sinaloa en donde individuos de escasos o dudosos méritos, habían alcanzado el favor popular, por el único hecho de constituir su candidatura una protesta contra la imposición gubernativa.

A pesar de todas estas inequívocas manifestaciones populares, insistía el General Díaz en su política intransigente de violencias, en vez de hacer concesiones que hubieran tranquilizado los ánimos, lo cual lo indujo, como ya se ha dicho a obligar al General Reyes a abandonar el país.

El General Díaz se figuró, sin duda, que con esta medida habría sofocado el movimiento popular, lo cual demostraba que ya estaba ofuscada su inteligencia, que había perdido el contacto con la opinión pública y que no se daba cuenta de los cambios que se iban verificando en las condiciones del país. En contradicción a lo que se imaginaba, dieron, por lo tanto, las medidas de rigor que adoptó, por resultado, un enorme impulso al Partido Antirreeleccionista, en el cual apareció entonces un grupo que ya no se conformaba con que se le dejara únicamente la libertad para elegir Vice-Presidente,

sino que exigía libertad para elegir también al Presidente, con eliminación del General Díaz.

De los reyistas, que se quedaron sin jefe, no se adhirió ninguno a la candidatura oficial de Corral, como había recomendado el mismo Reyes, algunos se retiraron de la campaña, amedrentados por las amenazas o porque no les agradaba ninguno de los otros partidos, pero la gran mayoría se pasó al Partido Antirreeleccionista. Entre los que se adhirieron nuevamente a este Partido, se hallaban ahora personas importantes, como el Doctor Francisco Vázquez Gómez, hermano de Don Emilio, un hombre perspicaz, enérgico, de ideas radicales y de gran prestigio por sus aptitudes profesionales y su posición social. El diario "México Nuevo" del Sr. Sánchez Azcona se convirtió también en antirreeleccionista, lo mismo que el "Club Central Reyista", encabezado por los Sres. Samuel Espinosa de los Monteros, B. Gracia Medrano y Miguel F. Barrón. Con este motivo cambió ese Club su nombre por el de "Partido Nacionalista Democrático".

Multiplicadas así las fuerzas del Partido Antirreeleccionista, apesar de las violencias y amenazas de que era objeto, de parte del Gobierno, pudo pensar el Sr. Madero en hacer una primera gira política. Si el conjunto de las circunstancias era bastante favorable, constituía, sin embargo, tal propósito un rasgo de audacia que no pudo menos de sorprendernos a los que habíamos observado de cerca la actividad del Sr. Madero pues carecía este de la mayor parte de las condiciones que parecen necesarias en un tribuno del pueblo. Era, en efecto, de baja estatura y de facciones poco imponentes con nariz achatada, su voz era atiplada, su gesto nervioso, sus ademanes desmañados, su lenguaje poco correcto, y en sus declamaciones contra el Gobierno no se distinguía ni por su originalidad, ni por su fuerza persuasiva, ni por el desarrollo lógico de los conceptos, a lo cual se agregaba que, siendo reducida la colección de argumentos de que disponía, repitiera constantemente los mismos cargos y las mismas ideas, con las

mismas palabras, resaltando especialmente sus invectivas contra la "odiosa dictadura" y las promesas de "enorme prosperidad" que hacía a las masas populares. Y sin embargo, con la fe, la audacia y la resolución de un apóstol, había de obtener un triunfo tan completo y trascendental contra un Gobierno que parecía firmemente establecido, como ninguno de nuestros grandes oradores en toda nuestra historia, y esto en un país en que se da una importancia exagerada a la elocuencia. Hay, por lo tanto, que convenir en que este fenómeno constituye realmente un problema de psicología popular, que solamente se puede explicar por la creciente indignación contra el orden establecido y las increíbles torpezas de los gobernantes.

Antes de emprender su gira asistió el Sr. Madero a una junta del Partido Anti-reeleccionista, en el cual pronunció un discurso en que se declaraba ya abiertamente opuesto a toda transacción con el General Díaz y en que manifestaba su confianza en la irresistible fuerza del movimiento popular, al decir: "Hace pocos meses, cuando la agitación reyista estaba en su apogeo, existía en la conciencia de todos la convicción de que, si el General Reyes hubiera lanzado en esos momentos un manifiesto aceptando su candidatura, y se hubiera puesto virilmente al frente de su partido, su triunfo hubiera sido inevitable. Si así ha pasado hace aun muy poco tiempo ¿por qué no debemos esperar otra reacción semejante?"

En la misma sesión habló el Doctor Samuel Espinosa de los Monteros, Presidente del Partido Nacionalista Democrático (antes reyista), burlándose del Director de la campaña reeleccionista, el vehemente Licenciado Rosendo Pineda, al cual llamó Tartarín, no de Tarascón sino de Juchitán, y terminó su entusiasta discurso exclamando: "¡Defendemos a la Patria, aun contra la voluntad de los Dioses!" De esta manera se ponía cada día más en evidencia el creciente vigor del nuevo partido independiente y que la oposición que al prin-

cipio no iba dirigida más que contra Corral, ya se iba haciendo extensiva al mismo General Díaz.

En lo confidencial ya se estaba discutiendo entre los directores del movimiento, si convenía apelar a las armas en caso de que el Gobierno se impusiera por la fuerza en las elecciones. El Sr. Madero insistía aun, tal vez por temor, en que no se debía abandonar, en ningún caso, la actitud pacífica, pero su opinión no prevalecía de una manera absoluta, pues, como en todas las conmociones populares, iban sobreponiéndose los exaltados. No faltaban entre estos últimos los que procedían por convicción sincera, pero la mayoría de ellos no aspiraba más que a dar satisfacción a su ambición, codicia o apetitos vulgares y aun cuando los móviles fueran distintos, todos esos exaltados insistían en promover una revolución si el triunfo no se obtenía pacíficamente. Entre los que se guiaban por principios políticos radicales, conforme a los cuales es preciso que una revolución sea arrasadora para que pueda ser purificadora y benéfica, se hallaba el Licenciado Roque Estrada, el cual expuso en su libro publicado más tarde, su manera de juzgar la situación, al decir que "las raíces del antiguo régimen no podrían ser arrancadas con un simple cambio de hombres, sino por medio de una convulsión profunda, que al mismo tiempo que hiciera caer a los hombres claudicantes, hiciese surgir a los nuevos hombres aptos para el nuevo régimen."

Esas teorías destructoras, recogidas en su mayor parte, en relaciones novelescas, con pretensiones de historia de la revolución francesa, presagiaban ya los desastres que habían de sobrevenir, por lo cual se explica que muchas personas competentes que no estaban contagiadas por la exaltación jacobina y que no reconocían en Madero al hombre capaz de llevar a efecto una eficaz reforma política de la Patria, se abstuvieron de adherirse al Partido Anti-reeleccionista, no obstante que comprendían la necesidad de esa reforma. A falta de un hombre o de un partido que inspirase verdadera confianza, el buen juicio imponía una actitud expectante,

que fué la que adoptamos, entre otros muchos, mi hermano Alberto y yo. La experiencia ha demostrado, por desgracia, cuan fundados eran nuestros temores y cuan vanas fueron las esperanzas de los exaltados de buena fe, que creyeron que la revolución traería necesariamente consigo la purificación política y una verdadera reforma social. La "convulsión profunda" que deseaba el Licenciado Estrada, se verificó, en efecto, pero los resultados fueron muy distintos de lo que se imaginaban los revolucionarios teóricos, que no se dan cuenta de lo que significa el despertar de la bestia humana.

En aquel conflicto de intereses y pasiones inconciliables, la salvación no podía esperarse más que de una acción colectiva y enérgica de las clases ilustradas, que hicieran comprender al General Díaz cual era la verdadera situación, lo cual expuse en el folleto que publiqué, de la manera siguiente:

"En vista de esto se impone la necesidad de que las clases ilustradas empiecen a tomar una parte más activa en política, que discutan la actual situación y las reformas propuestas de una manera razonada, pacífica y respetuosa hacia las autoridades establecidas, para que cuando se haya logrado un acuerdo, presentralo en la debida forma, a fin de que el Gobierno lo tome en consideración y proceda conforme a las circunstancias. Si no sacudimos la fatal apatía que nos domina y no comprendemos que en el ejercicio de la libertad, los derechos van acompañados de obligaciones, cuando falte el General Díaz, aun cuando sea dentro de 20 años, nos hallaremos en el mismo lugar que ahora, es decir, que no tendremos con qué ni con quien sustituirlo. Sobrevendrá entonces la revolución, la anarquía y, como acto final, la intervención extranjera."

De acuerdo con estas ideas, hicimos algunos "ilusos" la poco prometedora tentativa de formar una agrupación de personas de posición social, que se acercara al General Díaz, a fin de inducirlo a que hiciera concesiones a la opinión pública y, sobre todo, que prescindiera de imponer al Vice-Presidente. Todo fué inútil ante el egoísmo y la imprevisora apatía de los

que deberían haber constituido nuestras clases directoras, pues con excepción de unos pocos dignos ciudadanos, no hubo quien se atreviera a dar un "paso tan atrevido". En tales condiciones era muy difícil organizar un partido moderado, a la vez que progresista, y de haberse logrado, es probable que hubiera sido pulverizado entre los partidos extremos, el de la obcecación plutocrático-absolutista, por una parte, y el del jacobinismo exaltado o criminal, por la otra.

LA PRIMERA JIRA ELECTORAL DE MADERO

En vista de que Madero disponía de una regular fortuna, así como de que no había tenido hijos de su matrimonio y de que su esposa compartía sus ideales políticos, se facilitó por ese lado su campaña electoral. A fines de Diciembre de 1909 emprendió su primera jira, acompañado de su abnegada esposa, del Licenciado Roques Estrada y de su mecanógrafo Elías de los Ríos, rumbo a Querétaro, para seguir de ahí a Guadalajara, Sinaloa y Sonora y regresar por la vía de Chihuahua. El licenciado Roque Estrada nos hace, en su libro que publicó en 1911, una viva descripción de ese interesante viaje, aunque disimulando, probablemente, algunas de las torpezas que cometía su amigo y correligionario político, así como las escasas dotes oratorias de que este disponía

"Querétaro. Poca gente en la Estación. Al bajar del tren, nos examinaban con curiosidad: nadie nos conocía. ----La noticia de nuestro arribo corrió pronto, pero la gente se limitaba a mirarnos con curiosidad. Nada indicaba entusiasmo alguno." Tales fueron las primeras impresiones en esa ciudad famosa por su espíritu conservador y que había sido de las más adictas al Imperio, pero hay que hacer la justicia a los apóstoles de la Democracia que no se desalentaron por esta primera decepción. Con bastante dificultad lograron reunir un auditorio como de 300 personas, al cual dirigieron la palabra

sin que la autoridad interviniera, pues esta no juzgaba que el asunto fuera de importancia. También se logró formar un pequeño grupo de anti-reeleccionistas, bajo la Presidencia del Doctor Isaac Barrera, encargado de propagar las ideas del partido.

En Guadalajara, en esa ciudad poco antes tan intensamente reyista, Madero y sus acompañantes fueron recibidos en la estación por una multitud entusiasta como de 5.000 personas. La rapidez con que cundía el movimiento popular dió lugar a que la autoridad política procurase impedir la reunión a que se convocó para el día siguiente, pero sin lograr su objeto. Desde el balcón del hotel habló el Sr. Madero a la muchedumbre, recogiendo muchos aplausos y fué característico del nuevo espíritu predominante, que se lanzaran algunos gritos de ¡Viva Madero, que no tiene miedo! haciendo alusión al General Reyes, que había abandonado el país, poco antes, por orden del General Díaz.

En Colima, Mazatlán y Culiacán pronunciaron los señores Madero y Estrada, ante auditorio bastante numeroso y con éxito satisfactorio los discursos del caso, después de los cuales quedaron instalados clubs anti-reeleccionistas, que empezaron desde luego a funcionar, pero en donde el entusiasmo fué mayor y, en consecuencia, más violenta la oposición de las autoridades, fué en Sonora, el Estado natural del impopular ex-Gobernador y Vice-Presidente Corral. En Culiacán, Sinaloa, se había ganado para la causa anti-reeleccionista al honrado Ingeniero Manuel Bonilla y en Navojoa, Sonora se ganó a Benjamín Hill, de quien dice Estrada que era de opiniones radicales y que "quizá en su cerebro, ajeno a prejuicios, flameaba la visión de sociales hecatombes regeneradoras". Por lo visto no consideraba el Sr. Estrada como un "prejuicio" el que abrigan algunos jacobinos exaltados en la eficacia de las "hecatombes regeneradoras".

Según refiere el Sr. Estrada, el recibimiento en Alamos fué de lo más entusiasta, lo caual causó el correspondiente disgusto a las autoridades y dió lugar a que estas procurasen im-

pedir las manifestaciones populares y la organización del Partido, pero sin lograr su objeto, como había sucedido en otros lugares.

En Hermosillo la situación resultó grave para los propagandistas, pues se había dado orden a los dueños o administradores de los hoteles para que no recibieran a los incómodos huéspedes, de suerte que estos anduvieron en peregrinación durante varias horas, hasta que, por fin, encontraron alojamiento en un pequeño hotel, propiedad de un español de carácter independiente y levantado. Más grave que este contratiempo fué que el Gobierno del Estado apeló a un recurso, que año y medio después había de imitar Gustavo Madero, con igual cinismo e igual éxito, aplicándolo al General Reyes y sus partidarios, en la ciudad de México, y que consistió en juntar una turba de vagamundos pagados, que silbaron y apedrearon a los tribunos populares. Así se hizo, en efecto, pues el anunciado mitín popular se convirtió en una espantosa algarabía en que se insultó hasta a la señora de Madero y en que no se pudieron hacer oír los oradores, en medio de los gritos de "¡Muera el Cacique de Parras! ¡Mueran los locos!" etc.

Profundamente indignados y abatidos, emprendieron de nuevo su viaje el Sr. Madero y sus acompañantes, pero como se les había asegurado que en Cananea, a donde habían pensado ir, se preparaban atentados aun más violentos, desistieron de visitar esa población y se dirigieron por territorio de los Estados Unidos a Ciudad Juárez y Chihuahua.

En Ciudad Juárez hicieron los viajeros el conocimiento del comerciante de ganado Abraham González, de quien asegura el Licenciado Estrada que era un hombre de mediana ilustración, de un talento práctico admirable, de una energía poco común y de una serenidad a toda prueba. Me parece que hay bastante exageración en cuanto a estas últimas cualidades, pero por otra parte, puedo asegurar, puesto que conocí también a la persona en cuestión, antes de que figurara en política, que además de esas cualidades, tenía la de

ser extraordinariamente honrado y afable en su trato, con lo cual se ganaba el afecto de los que lo conocían y gozaba, por este motivo, de gran popularidad.

En Chihuahua y Parral no se opusieron las autoridades a las asambleas populares, de suerte que los viajeros pudieron dedicarse con tranquilidad a propagar sus ideas, que no podían dejar de cundir y de producir efecto, atendiendo a que en el Estado de Chihuahua, el régimen ejercido por una plutocracia corrompida y absorbente, era especialmente odioso. Al Licenciado Estrada le pareció desde luego, que ese campo ofrecía condiciones de lo más favorables para los propósitos que tenía en mira, por lo cual se dirigió a Madero diciéndole: "Cuando mañana estalle la insurrección, creo que nuestra más legítima esperanza radica en Chihuahua, porque además de las causas indicadas, por la frontera norte-americana facilitará el movimiento insurreccional". Revelan estas palabras claramente que la tendencia a recurrir a la violencia ya se había apoderado del ánimo de los jefes antirreeleccionistas, los cuales ya no consideraban la campaña electoral más que como un preámbulo de la ya necesaria revolución.

Con lo que se ha referido hasta ahora, terminó la primera jira política de los propagandistas antirreeleccionistas, pues de Parral se dirigió el Sr. Madero a Coahuila, en donde residía habitualmente, mientras que una tentativa de manifestación anti-reeleccionista, que en combinación con el Licenciado Esquivel Obregón, quiso llevar a efecto el Licenciado Estrada en León, no se pudo verificar, tal vez porque este invitado a tomar parte ya no aprobaba el sesgo revolucionario que iba adoptando el Partido.

LA SITUACION EN LA CAPITAL Y LA SEGUNDA JIRA DE MADERO

Durante el corto período de un mes en que Madero y Estrada recorrían algunos Estados, conquistando partidarios, la

causa del anti-reeleccionismo parecía perder terreno en la Capital, a causa de las persecuciones y amenazas. que traían consigo algunas defecciones o retraimientos. El desaliento se había apoderado de varios jefes, mientras que otros habían desertado; el Centro Anti-reeleccionista había suspendido sus sesiones y la Junta Directiva estaba reducida a los Sres. Emilio Vázquez Gómez, Filomeno Mata, Manuel Urquidi, José de la Luz Soto y Octavio Bertrand, a los cuales se agregaron Francsico I. Madero y Roque Estrada, al regresar de su jira. Según dice Estrada, ya el Sr. Vasconcelos no se dedicaba más que a sus trabajos profesionales, el Sr. Federico González Garza estaba completamente decepcionado y el Licenciado Luis Cabrera oscilaba constantemente, sin saber a que lado se iba a inclinar definitivamente.

Sin embargo, se fué reanimando poco a poco el Partido, especialmente a causa de la fusión ya casi completa con el antiguo Partido reyista, así como por el refuerzo recibido por defecciones del Partido Democrático y, por fin, a causa del decidido apoyo del diario "México Nuevo", del Señor Sánchez Azcona, que ya se había convertido por completo al antirreeleccionismo. Una vez vencido el desaliento, empezaron a discutirse las candidaturas que serían presentadas a la Convención, que se había resuelto convocar para mediados del mes de Abril, apareciendo entonces que las que más probabilidades de éxito tenían, eran la del Sr. Madero para Presidente y la del Doctor Francisco Vázquez Gómez, como Vice-Presidente. Antes de que se hubiera arreglado esta importante cuestión, resolvió el Sr. Madero emprender una nueva jira por lugares en que todavía no se había oído la voz de los apóstoles antirreeleccionistas.

La primera población a donde se dirigió Madero, acompañado otra vez del Sr. Estrada, fué Durango. Creyendo que el público, ante el cual se hallaba, era adicto al clericalismo. juzgó oportuno recomendar la abolición de las Leyes de Reforma, con lo cual demostró su falta de principios fijos, sin alcanzar la aprobación del público. Dice, en efecto, el Li-

cenciado Estrada que el auditorio recibió el discurso con extrañeza, que hubo murmullos de desaprobación y que el Sr. Madero terminó de hablar, bastante cohibido y molesto.

En Zacatecas el Gobernador no permitió reuniones, por lo cual los viajeros tuvieron que seguir su camino sin haber tenido oportunidad de predicar sus doctrinas. En Aguascalientes: de cuatro a cinco mil personas en la Estación para recibir a los viajeros; gran entusiasmo, desde los balcones del hotel hablaron los propagandistas al público. El anti-reelecionismo, encabezado por Alberto Fuentes D. había hecho grandes progresos entre los numerosos obreros de los talleres y las fábricas. Un obrero tomó la palabra y propuso que se destituyera de la Vice-Presidencia del Partido al Licenciado Vázquez Gómez, por sus ideas semi-reeleccionistas, es decir porque aun recomendaba la reelección de Porfirio Díaz limitándose a rechazar la de Corral. El Sr. Madero, sin embargo, con el carácter impulsivo y a veces irreflexivo, que le era propio, rechazó con frases duras la proposición, diciendo al fin, que los trabajos del Licenciado Vázquez Gómez eran más provechosos que los de muchos intransigentes.

En San Luis Potosí se presentaron pocas personas en la Estación, pues las autoridades se habían mostrado hostiles y el Doctor Rafael Cepeda, encargado de promover el movimiento, había sido encarcelado. Se verificó, sin embargo un mitín al aire libre, al que concurrieron unas 500 personas, entre ellas muchos estudiantes y profesores, que manifestaron mucho entusiasmo.

En León hubo una discusión y desavenencias entre Madero y el Licenciado Esquivel Obregón, que residía en este lugar, porque el segundo manifestaba no estar conforme con la actitud semi-reeleccionista del Lic. Vázquez Gómez, afirmando además que el opúsculo "La Sucesión Presidencial" lo rechazaba el pueblo sensato. Con esto se enardecieron los ánimos y se produjo un rompimiento, pero a pesar de los disgustos se verificó la reunión popular, que no había de pasar, sin embargo, sin algunos disturbios. Apenas había empezado a ha-

blar el Sr. Madero se presentó un gendarme prohibiéndole "por orden superior" que continuara y el orador se sometió sin resistencia, pero el Lic. Estrada se negó a hacer lo mismo y pronunció un discurso, que fué muy aplaudido, sin que la fuerza pública se atreviera a intervenir. En Guanajuato hubo también discursos y entusiasmo, después de lo cual los viajeros se pusieron de nuevo en camino.

LA CONVENCION ANTI-REELECCIONISTA

El día 2 de Abril, en que Madero regresaba a la Capital, el Sr. Francisco Bulnes, como Presidente de la Cámara de Diputados, contestando el Mensaje del Presidente, juzgó oportuno elogiar a este último por la política de rigor ejercida contra el partido independiente, como si las injusticias y atropellos, cometidos hasta entonces, no fueran suficientes. Dijo, en efecto, entre otras cosas, este prominente portavoz de los científicos lo siguiente:

"Vuestra última obra política es adecuada en el interior y en el exterior. Nadie puede dudar que ha habido un meditado complot para resucitar del seno de nuestro adelanto los amargos y siniestros tiempos revolucionarios. Con tanto tacto como serenidad y firmeza, con la misma audacia patriótica y fría con que triunfasteis en Puebla el 2 de Abril de 1867, habéis sabido reprimir, hasta su completa extinción, el sacudimiento demagógico que, con el nombre de aurora democrática, amenazaba comprometer los grandes intereses mexicanos en el extranjero y todas las preciosas conquistas obtenidas en el interior. El gran servicio que acabáis de hacer a vuestra Patria, mide la necesidad que tiene de vuestra conservación en un puesto, que vuestro inteligente patriotismo sabe tan bien desempeñar".

Una alabanza tan exagerada y poco digna, no impidió, sin embargo, que en un libro que publicó diez años después, di-

jera el mismo Sr. Bulnes, que ya desde la época de la Conferencia Creelman, el General Díaz no era, en realidad, más que "un gigante con pies de arcilla reseca y cabeza de cucurbitácea".

No precisamente con el "tacto y firmeza" que tanto elogiaba Bulnes en el Dictador, aun en apariencia potente, sino apelando al mismo inicuo procedimiento que se había observado en el caso reciente del Licenciado J. López Portillo y Rojas, se quiso entonces nulificar al ya peligroso Madero, por medio de una calumnia. Se le acusó, en efecto de haber sido cómplice en un robo de "guayule", una planta que entonces se empezaba a explotar con éxito extraordinario en los Estados del Norte, y se expidió la orden de aprehensión correspondiente, pero el General Félix Díaz, Inspector de Policía, que era enemigo de Corral, a pesar de su parentesco con el Presidente, no dió curso a esa orden, con el pretexto de ciertos defectos en la forma. Esta dilación dió tiempo al Sr. Madero para presentarse en la Convención de su Partido, en donde, como se va a ver, fué electo candidato, después de lo cual el Gobierno ya no se atrevió a seguir adelante con su indigno propósito, probablemente por temor a la mala impresión que pudiera producir en el Extranjero, pues a esto se daba más importancia que a lo que se pudiera decir en el país.

La Convención del Partido Anti-reeleccionista, a la cual se había adherido el partido Nacional Democrático (antes reyista), se verificó el día 15 de Abril, bajo la Presidencia del Licenciado José M. Pino Suárez, y después de las formalidades de estilo, se procedió a la elección de candidatos para la Presidencia y la Vice-Presidencia de la República. Como candidato para el primer cargo obtuvieron el Sr. Francisco I. Madero 159 votos, el Sr. Licenciado Toribio Esquivel Obregón 23 votos y el Sr. Fernando Iglesias Calderón 3 votos. Para Vice-Presidente obtuvo el Doctor Francisco Vázquez Gómez 113 votos, el Licenciado Esquivel Obregón 82 votos, el

Licenciado Pino Suárez 14 votos y el Sr. Iglesias Calderón 4 votos.

En seguida fué aprobado un proyecto de "Lineamientos generales de Política" que debería normar la conducta de los candidatos, y que decía como sigue:

1) Restablecer el imperio de la Constitución.

2) Reformas a la Constitución, estableciendo el principio de no-reelección.

3) Reformas que tiendan a mejorar las condiciones de los obreros.

4) Fomento de la Instrucción Pública.

5) Establecimiento de obras de irrigación y creación de Bancos refaccionarios.

6) Reformas conducentes a establecer la efectividad del sufragio.

7) Ensanche del poder muncipal, aboliendo las Jefaturas Políticas.

8) Fomento de las buenas relaciones con las naciones extranjeras, especialmente con los países latino-americanos.

Para el omité Central que se instaló en seguida, resultaron electos, como Presidente Honorario, el Licenciado Emilio Vázquez Gómez; como Presidente efectivo, el Doctor Francisco Martínez Baca, y como Vice-Presidente, el Sr. J. Sánchez Azcona.

MADERO COMO CANDIDATO A LA PRESIDENCIA

No dejó de sorprender al público la elección que hizo la Convención en la persona de Madero, como candidato a la Presidencia de la República, pero esto, que parecía una aberración, se explicaba, aunque de una manera no muy satisfactoria, por el hecho lamentable de que no había sido posible encontrar entre las personas de importancia política o social, a una que se hubiera atrevido a aceptar la peligrosa

candidatura. El Sr. Madero, a su vez, estaba perfectamente resuelto a afrontar todos los peligros y todas las consecuencias, lo cual constituía su principal mérito, pero hay que tener presente que los peligros que corría no eran tan grandes como para otros, puesto que Don Porfirio no lo consideraba como un rival serio y le permitía lo que no hubiera soportado de parte de una persona importante.

El mismo día en que la Convención antireeleccionista eligió a sus candidatos, murió el Ministro de Relaciones Exteriores, Lic. Ignacio Mariscal, el cual había gozado de cierta popularidad, pues era un hombre inteligente y honrado, de honrosos antecedentes, a quien, a pesar de su debilidad de carácter acentuada por la edad, y de sus ocasionales desaciertos, se le estimaba por haberse mantenido alejado de las intrigas políticas y de los abusos que cometían los plutócratas favoritos de los gobernantes. Ese pequeño elemento popular en el Gobierno quedó eliminado al ser designado para sustituirlo, el señor D. Enrique C. Creel, plutócrata adicto a los científicos, que se había hecho muy impopular, como Gobernador de Chihuahua, lo mismo que su suegro el ex-Gobernador y General Luis Terrazas, por la conducta absorbente, opresiva y monopolizadora de los negocios que habían observado ambos, al grado de apoderarse de la mejor parte del territorio del Estado, así como de los negocios y empresas más lucrativas.

La situación política se iba agravando de esta manera, cuando Madero, ya como candidato a la Presidencia, resolvió continuar su agitación democrática en las regiones hasta entonces desatendidas, pero el incidente que se va a referir lo indujo a aplazar el viaje. En busca de una solución al conflicto pendiente le ocurrió al Gobernador anti-científico de Veracruz, Teodoro Dehesa, proponer a Díaz y a Madero que tuvieran una entrevista, la cual fué aceptada, y al verificarse se puede decir que constituyó un episodio histórico original, que un día proporcionara, tal vez, digno sujeto al pinsel de un maestro pintor. Se enfrentaron, en efecto, esos dos

hombres tan distintos de figura, de carácter, de antecedents y de opiniones políticas; aparentemente el coloso y el pigmeo, de los cuales un hombre de espíritu conciliador se atrevería a esperar que llevaran a efecto un arreglo imposible, entre la fuerza efectiva y la aspiración idealista e irreflexiva. Lo que debía esperarse que sucediera, sucedió en efecto: cada uno de los dos rivales, tan distintos, estaba tan convencido de su fuerza, por motivos tan distintos, que no había transacción posible, y el Dictador debe haber sentido, más que disgusto, hilaridad compasiva, cuando Madero le dijo, lleno de confianza, que en los comicios se resolvería la cuestión. Se separaron, pues, sin haber avanzado un solo paso hacia un arreglo, y cuando Madero se hubo despedido y que el General Díaz se reunió de nuevo al círculo de personas que lo esperaban, se dirigió a uno de los presentes, diciéndole: "Aquí tenemos un segundo ejemplar del loco Licenciado Zúñiga y Miranda".

El desprecio hacia el "loco" no era, sin embargo, tan grande que las autoridades dejaran de vigilar los pasos de este y de tomar medidas enérgicas, no menos que arbitrarias contra los anti-reeleccionistas, al mismo tiempo que la prensa gobiernista intensificaba sus fuegos contra el audaz adversario. El desvergonzado periódico "El Debate" inspirado por Rosendo Pineda, se desataba, en efecto, en injurias contra todos los que tuvieran la impertinencia de apoyar a un "títere sin méritos" contra "el más grande de los hombres que tuvo México después de Juárez". El diario "El Imparcial", en lenguaje más moderado, pero igualmente despreciativo hacia el movimiento popular, combatía también lo que consideraba como una pretensión absurda de parte de los anti-reeleccionistas.

Sin preocuparse por estos virulentos ataques, lanzaron Madero y el candidato a la Vice-Presidencia, Doctor Francisco Vázquez Gómez, un nuevo Manifiesto en que, acentuando los principios más esenciales del Partido, decían como sigue: "El principal objeto que perseguimos, será el regular funcio-

namiento de la Constitución, único medio de asegurar para siempre la paz, y de sentar sobre sólidas bases el progreso y bienestar de la República. Como medios más eficaces para lograr este objeto, hemos consignado en nuestro programa las medidas más apropiadas para asegurar la eficacia del sufragio y la no-reelección, principios que sintetizan, en los actuales momentos, las aspiraciones del pueblo mexicano". Insistía, enseguida, el Manifiesto en la necesidad de "elevar el poder económico, intelectual y moral de la clase proletaria indígena", para continuar diciendo: "Como uno de los medios para lograr este fin, dirigiremos nuestros esfuerzos a combatir los monopolios y los privilegios, que sólo benefician a pequeñísima minoría, con detrimento de los intereses generales. Se recomendaban también en el mismo documento las medidas conducentes a asegurar la libertad de imprenta y a fomentar "la grande y muy especialmente la pequeña agricultura y la inmigración", a la cual se destinaría una parte de los fondos públicso.

Esto último es todo lo que dice el Manifiesto con referencia al llamado problema agrario, que ha servido más tarde a los caudillos revolucionarios y a un Gobierno desorientado, para despojar, en beneficio propio o de los favoritos, a gran parte de los propietarios, introduciendo la desconfianza, ex pulsando el capital y destruyendo el crédito, sobre el cual descansa la civilización moderna.

El día 1º de Mayo se verificó en la Capital una manifestación antirreeleccionista, a la cual asistieron unas cinco a seis mil personas, que no dejó de causar mucho disgusto en los círculos gubernativos y durante la cual se verificó un incidente, por cierto, de escasa importancia, pero que caracterizaba la nerviosidad o espíritu servil, o ambos estados de ánimo, que prevalecía en algunos círculos políticos y sociales. Presenciábamos el desfile desde un balcón del Jockey Club los Sres. Carlos G. Cosío, Jaime Gurza, mi hermano Alberto y yo, cuando al pasar entre los manifestantes algunos amigos nuestros, los saludamos con un aplauso, a que es-

tos contestaron calurosamente. No habíamos dado la menor importancia a este suceso, cuando al día siguiente se nos informó, para nuestra sorpresa, que un señor Salcido y Avilés había presentado una queja a la Junta Directiva del Jockey Club, solicitando nuestra expulsión por la "manifestación política" que se aseguraba, habíamos hecho. No fué esto todo, pues por otra parte llegó a nuestro conocimiento que otro denunciante, el Senador Arquinzonis, había llevado inmediatamente la importante noticia al General Díaz, para que resolviera lo conveniente y hasta la prensa diaria creyó oportuno dedicar la atención al asunto. Por fortuna, ni el General Díaz, ni la Junta Directiva del Jockey Club tomaron a lo serio el suceso y así terminó el singular incidente.

Continuando, sin descanso, su propaganda política, hizo el Sr. Madero una nueva visita a la ciudad de Guadalajara, en compañía de su esposa, del Licenciado Roque Estrada, del Licenciado J. Munguía y uno de los Jefes de los obreros, el Sr. Pedro Galicia. Fueron recibidos los viajeros con entusiasmo mucho mayor y por una muchedumbre más grande que la vez anterior, lo cual comprobaba los progresos que iba haciendo el anti-reeleccionismo y aumentaba considerablemente el desasosiego del Gobierno. Después de haber pronunciado los discursos acostumbrados —que no contenían, por cierto, nada nuevo ni de arrebatador— y de haber alentado a los clubs existentes a que prosiguieran en sus labores, así como a los ciudadanos en general, a que formarán otros nuevos, regresó el Sr. Madero, con sus acompañantes a la Capital, de donde siguieron todos, pocos días después a la ciudad de Puebla, en donde esperaban obtener un éxito extraordinario.

En esta ciudad industrial, en donde se hacía sentir especialmente la falta de una legislación obrera adecuada a nuestras condiciones, habían cundido ya las doctrinas socialistas, tal como las entienden los hombres de escasa cultura, agobiados en gran parte por capitalistas poco escrupulosos y azuzados por demagogos audaces y tan exentos de escrúpulos como

los opresores. En vista de estas circunstancias, estaban los obreros de lo más dispuestos a rebelarse contra el orden establecido, pero no solamente estos, pues también entre las clases acomodadas había profundo disgusto contra el régimen tiránico del Gobernador Mucio Martínez, y así pudo suceder que se hiciera a los viajeros una manifestación tan general, espontánea y entusiasta como no se había visto hasta entonces en ninguna parte.

De Puebla se dirigieron los viajeros a Jalapa y Veracruz, en donde también fueron recibidos con entusiasmo, pero pudieron observar, desde luego, que ahí la oposición a las autoridades locales era menos viva que en otras partes, a causa de la mayor libertad que el Gobernador Dehesa había concedido siempre a sus gobernados y no tuvieron, en efecto, los oradores que sufrir molestia alguna. De Veracruz se dirigieron los viajeros a Orizaba, en donde encontraron el terreno bien preparado para su propaganda, pues aun estaban vivos los recuerdos de la sangrienta represión de la huelga de Río Blanco por el sanguinario General Rosalino Martínez y el Despótico Jefe Político, Miguel Gómez, que no había sido designado por el Gobernador de Veracruz sino por el Gobierno Federal, y que se había atraido el odio general de la población.

El discurso que pronunció Madero desde el balcón del hotel, ante una muchedumbre de unas 15.000 personas, dice el mismo Licenciado Estrada que fué "peligrosamente sentimental, de un radicalismo inadecuado y de imposible practicabilidad". El Sr. Madero era, en efecto, extraordinariamente impresionable, de suerte que se exaltaba o se deprimía con mucha facilidad, según se manifestaba el público, de lo cual era también una consecuencia que procurase adaptarse a lo que creía que era la opinión del público, como había hecho en Durango, en donde creyó oportuno hablar contra las Leyes de Reforma.

En la presente ocasión contribuyó probablemente su imprudencia a confirmar al Gobierno en el propósito, que ya sin

duda abrigaba, de aprovechar la primera oportunidad para asestarle un golpe decisivo, tanto más cuanto que en esos mismos días se verificaba en la Capital una nueva y alarmante manifestación de más de 20.000 personas, encabezadas por los periodistas independientes a favor del anti-reeleccionismo.

De regreso a México a fines de Mayo no se entregó Madero al reposo, sino que resolvió emprender una nueva jira, a pesar de que confidencialmente se le había comunicado que el Gobierno tenía el propósito de mandarlo aprehender. Salió el día 3 de Junio con las mismas personas que lo acompañaban regularmente, rumbo a Monterrey, pasando por San Luis Potosí, resuelto a afrontar todos los peligros. En el camino observó el Licenciado Estrada que los acomapañaba en el mismo tren, el Licenciado Juan R. Orci, Secretario Particular del Sr. Corral, despertando naturalmente la sospecha de que venía con la intención de vigilar o espiar a los viajeros.

En San Luis Potosí no se detuvieron los viajeros más que corto tiempo, pero tuvieron tiempo de perorar ante el público que había acudido a la Estación, a fin de saludarlos, y esta peroración había de servir más adelante de pretexto a los gobernantes para la acusación que premeditaban contra los que iban a tratar de sediciosos. En Saltillo se pronunciaron los acostumbrados discursos, interrumpidos varias veces por las autoridades, pero al fin pudieron continuar los viajeros su jira rumbo a Monterrey, en donde había de terminar de una manera violenta.

Se produjeron en esta última ciudad los choques y altercados entre los agitadores políticos y la Policía, que dieron lugar a que se expidiera una orden de aprehensión contra el Licenciado Estrada, que no se logró llevar a efecto. En vista de la oposición con que tropezaba, resolvió Madero abandonar la ciudad y ya se hallaba en la Estación del Ferrocarril cuando se le aprehendió también, acusado de haber protegido la fuga de Estrada. El General J. Morelos Zaragoza,

un perfecto caballero, que era entonces Inspector de Policía en Monterrey, me aseguró en una conversación que tuve con él, que no había sido únicamente el deseo de cumplir con las indicaciones de la autoridad, lo que lo había inducido a llevar a efecto esa aprehensión, sino la noticia confidencial que había recibido de que se trataba de asesinar a Madero en cuanto llegara a San Pedro de las Colonias, que era el lugar a donde se quería dirigir.

Entretanto había resuelto el Gobierno Federal proceder contra Madero y Estrada, el cual ya había sido aprehendido también, fundándose en el testimonio del Licenciado Juan R. Orci, pues este último aseguraba, en efecto, que esos señores había pronunciado en San Luis Potosí discursos que justificaban que se procediera contra ellos por "conatos de rebelión" y por "injurias al Presidente de la República".

A la aprehensión de los Srcs. Madero y Estrada siguieron otras medidas de rigor contra los anti-reeleccionistas, pues se procedió a la supresión del diario "México Nuevo" y se dió orden de aprehensión contra su Director Sánchez Azcona, el cual logró, sin embargo, escaparse a los Estados Unidos. Con esto terminó la campaña electoral por intervención de la fuerza, pero los anti-reeleccionistas, que no se dieron por definitivamente vencidos, habían de apelar también a ese último recurso, como se verá más adelante.

Como los periódicos corralistas inculparon en esos días a la familia Madero en general, de haber promovido o fomentado el movimiento que amenazaba la tranquilidad pública, el Sr. D. Evaristo Madero, abuelo del candidato encarcelado, envió una declaración al diario "La Opinión" de Monterrey, en la cual decía: "Al asentar Ud. que la familia Madero se asocia a las ideas que atribuye a mi nieto Francisco, olvidó Ud. que toda esa familia vive del trabajo y sin duda ignora que yo y todos mis hijos, incluso el padre de mi nieto Francisco nos hemos opuesto siempre y con toda la energía de que somos capaces, a la jira política que él ha em-

prendido, sin tener en cuenta nuestras observaciones. Mi hijo y yo mantenemos y hemos mantenido siempre las mejores relaciones con los hombres del poder supremo, relaciones de afecto y simpatía, de que sólo pueden dudar los que no se hayan tomado la molestia de enterarse de los hechos".

Puso de manifiesto esa terminante declaración, que aun no creían los miembros de la familia Madero en la posibilidad de que "Panchito", a quien trataban poco menos que de loco, pudiera tener éxito, pero poco a poco habían de ir cambiando de opinión y de actitud, conforme se desarrollaban los acontecimientos y aumentaban las probabilidades de que triunfara la revolución que ya se anunciaba como no muy remota.

LA CANDIDATURA DEHESA Y LAS ELECCIONES DEL AÑO DE 1910

Poco antes de que se ordenara la aprehensión de Madero, sorprendió el General Díaz al público con un ardid político, que consistió en permitir al dócil Círculo Nacional Porfirista que lanzara la candidatura de Teodoro Dehesa, el Gobernador anticientífico de Veracruz y amigo de Reyes y de Félix Díaz, para la Vice-Presidencia de la República, sin que se descubriera su propósito, pero según parece, para aparentar ante el Extranjero que había sido una realidad la lucha electoral en que la candidatura anti-reeleccionista había sido completamente derrotada, o también con el fin de atraer al partido de su amigo Dehesa algunos anti-reeleccionistas, sin que por esto resultaran derrotados los científicos, que eran los destinados a triunfar oficialmente. Este objeto se consiguió en parte, pero en lo esencial el resultado fué de lo más deplorable, pues hizo concebir a muchas personas de posición social y a muchos políticos, la esperanza de una transacción favorable, que evitara el amenazante conflicto, para que al fin

se dieran cuenta de que habían sido víctimas de un nuevo engaño, lo cual contribuyó naturalmente al creciente desprestigio del General Díaz.

La nueva candidatura fué, en efecto, muy bien recibida por todos los que, disgutados con el arbitrario régimen plutocrático establecido, preveían, sin embargo, todas las desastrosas consecuencias que debería traer consigo el que se apelara a las armas y se desataran todas las pasiones. Se trataba, nada menos, que de combatir, por una parte a la plutocracia absorvente y adinerada, que predominaba en los círculos gubernativos y, por otra, no solamente a los que se preparaban a pescar en río revuelto, fomentando el desorden por medio de promesas irrealizables, sino también a los reformadores ilusos, completamente ignorantes de las enseñanzas de la Historia, que se figuraban que no se necesitaría más que derribar el régimen político existente, para que fuera sustituido, sin convulsiones, por otro, igualmente ordenado, además de moralizado y democrático, después de lo cual marcharía la administración pública, libre de toda intervención perjudicial de especuladores sin conciencia, como sobre una balsa de aceite.

La tarea de los que buscaban una transacción era árdua y el tiempo disponible muy corto, pero con el apoyo decidido del Presidente, no había lugar a duda que se obtendría el triunfo y se esperaba que con algún empeño y espíritu conciliador acabaría por arreglarse todo satisfactoriamente. A esto se debió que se adhirieran a la nueva candidatura muchas personas que hasta entonces no habían pertenecido a ningún partido, entre ellas el que esto escribe, así como también los dispersos del extinto Partido Democrático, que no habían aceptado el anti-reeleccionismo, encabezados por Benito Juárez, J. Peón del Valle, etc. y en fin, el llamado "Partido Constitucionalista" que hasta entonces había seguido las banderas del anti-reeleccionismo.

Lo más significativo fué que aun los jefes del Partido Anti-Reeleccionista empezaron a vacilar, como se despren-

de de la carta que el Doctor Francisco Vázquez Gómez dirigió a Madero con fecha 15 de Junio, cuando este se hallaba ya preso en Monterrey. En esa carta le decía: "Hoy vino a verme el Vice-Presidente del Círculo Nacional Porfirista y a decirme lo siguiente: El grupo de Félix Díaz va a lanzar la candidatura Porfirio Díaz-Dehesa. Esta candidatura la hará suya el Círculo Nacional Porfirista, lo cual provocará la renuncia de Corral, o cuando menos le restará muchos elementos. El presidente dejará obrar a los postulantes de Díaz-Dehesa. Este último aceptó ya la postulación y el principio de no-reelección. La candidatura Díaz-Dehesa, me dijo la persona de que se trata, es anti-científica y por este motivo es necesario que los anti-reeleccionistas se unan a nosotros". A esta proposición dice el Dr. Vázquez Gómez que contestó a la referida persona, lo siguiente: "Si el Sr. Corral renuncia su candidatura públicamente y Dehesa acepta el principio de no reelección, podría yo interponer mi influencia para que nuestro partido, sin alianza con el partido Díaz-Dehesa, acepte, de hecho, esa situación en bien de la paz y en bien de todos los mexicanos". . . . .

Madero contestó a esa carta, como era de esperarse, que le parecía indecoroso e inconveniente entrar en arreglos mientras se encontrase en prisión, pero no se manifestaba, en principio, opuesto a un convenio honrado que redundara en beneficio de la patria, prescindiendo de todo interés personal. Parecía, pues, presentarse una última oportunidad para llevar a efecto una transacción salvadora, pero pocos días después se puso desgraciadamente en evidencia, que lo de esa nueva candidatura no había sido sino mas que una maniobra indigna para engañar a propios y extraños. En vista de esta nueva decepción no se volvieron a entablar negociaciones, mientras que el Gobierno, por su parte, creyó oportuno dejar por lo pronto en la cárcel a los agitadores políticos, seguramente a fin de evitar que causaran trastornos en las elecciones, que se iban a verificar el día 26 de Junio, o en las fiestas del Centenario de la Independencia

Nacional, que ya se preparaban para el mes de Septiembre.
Las elecciones se llevaron a efecto en casi todos los distritos rurales y en las pequeñas poblaciones, conforme a la cosumbre establecida, es decir, las autoridades despacharon el sunto a su gusto, sin que se presentara nadie a molestarlas, los candidatos oficiales resultaron "electos" por unanimiad; pero en los grandes centros de población, el Gobierno o pudo evitar lo que temía, es decir, que los anti-reeleccioistas lucharan de una manera decidida, al grado de que las utoridades juzgaron necesario apelar a la violencia, para ue resultara la votación favorable al Gobierno. Los atropeos y fraudes cometidos dieron lugar en muchas partes a ianifestaciones de protesta, como en Puebla, en donde hubo iuertos y heridos, pero sin que los oposicionistas lograran e les concediera haber obtenido ventaja alguna, pues el goierno estaba resuelto a llevar el sistema represivo hasta el xtremo de negar a sus adversarios el más pequeño triunfo.
Las elecciones secundarias se verificaron el día 10 de Julio conforme al cómputo oficial obtuvo el General Díaz 18.625 otos contra 196 que se le concedieron generosamente a Maero. Para el cargo de Vice-Presidente apareció que Corral abía obtenido 17.177 votos, mientras que a Dehesa se le atriuyeron 1.394 y el Dr. Vázquez Gómez se tuvo que conforar con 187. En las elecciones para Senadores y Diputados triunfo oficial fué igualmente aplastante a favor de los rralistas "científicos". Con demasiada razón decía el diao "El País": "Los métodos del partido científico nunca han do los de la transacción. Jamás ha existido en México un rtido más exclusivista. En la amistad este ha adoptado lema "quien no está conmigo, está contra mí"; en la eneistad su programa es el de "El Debate": "Ojo por ojo y ente por diente". Y nada más y carro completo".
A pesar de esa intransigencia, andaba el partido científi- bastante desorientado, a causa de la falta de un jefe renocido y apto, que determinara la política que se debie- seguir. Limantour, el más hábil y prestigiado, se negaba

a aceptar la jefatura y se había marchado a Europa, a m
diados del mes de Julio, ostensiblemente a fin de llevar
efecto una nueva conversión de la deuda pública y a ca
sa del estado de salud de su esposa. Corral se eclipsaba s
temáticamente a fin de no despertar la desconfianza
Dictador, los hermanos Macedo no se prestaban a figur
en primer lugar y Pineda era un hombre apasionado, arbit
rio y muy impopular. Casasús, Creel y Pimentel y Fagoa
no gozaban, ni entre los suyos del prestigio necesario pa
determinar el sesgo políticeo que se debiera adoptar; Jus
Sierra carecía de energía y a Bulnes no se le tomaba a
serio, a pesar de su indiscutible talento. De estas circun
tancias, agregadas a las otras que se han mencionado ant
resultaba que, no obstante su arrogancia y aparente fuerz
el partido científico marchaba a su inevitable ruina, arra
trando tras de sí al mismo General Díaz.



CAPITULO IV

LAS RELACIONES EXTERIORES

Cordiales relaciones con el Extranjero y visita de Root a léxico. - Las relaciones con los Estados Unidos después de la levación de Taft y muerte de Mariscal. - La política del ólar en Nicaragua y su efecto en México.

Desde el año de 1886 en que el Gobierno de Washington bandonó la injustificada reclamación del desvergonzado eriodista Cutting, de El Paso Texas, hasta que Teodoro oosevelt descendió de la Presidencia a principios de 1908, o hubo ningún conflicto ni incidente desagradable que perurbara las amistosas relaciones existentes entre los Gobieros de México y los Estados Unidos. También con las deás naciones del mundo se mantuvieron las más cordiales reciones, si se exceptúan los disgustos con Venezuela, por la en fundada reclamación de los Sres. Martínez del Río al obierno de ese país, y con Guatemala a causa del asesinato el ex-Presidente Barillas en la ciudad de México. El orden terior, apenas interrumpido durante ese tiempo, el tacto espíritu conciliador del Ministro de Relaciones Exteriores, nacio Mariscal y, en fin, la exactitud con que México cumió con todas sus obligaciones y compromisos pecuniarios, eron la causa de ese feliz resultado.

No alcanzó a enfriar las buenas relaciones la nueva inter pretación que Roosevelt juzgó oportuno dar a la llamad Doctrina Monroe en su Mensaje al Congreso, el día 2 de Di ciembre de 1903, al decir:

"Ninguna nación independiente de América debe abriga el más mínimo temor de una agresión de parte de los Estado Unidos. Corresponde a cada una de ellas mantener el orde dentro de sus fronteras y cumplir sus justas obligaciones co los extranjeros. Hecho esto, pueden descansar en la seguri dad de que, fuertes o débiles, nada tienen que temer de inter venciones externas".

Como se ve, la protección de parte de los Estados Unido a las otras repúblicas, aparecía como condicional de la buen conducta de estas, y Roosevelt así lo había asegurado e otras ocasiones, atribuyendo al Presidente de la gran Repú blica el papel de gendarme en América, no solamente par castigar atropellos, sino también para exigir o permitir qu se exigiera el pago de deudas por medio de la fuerza, lo cua era contrario a los principios proclamados por los juriscon sultos internacionalistas argentinos Calvo y Drago. Com México no había dado lugar a quejas y se había sometido a fallo del Tribunal de La Haya, aun con motivo de la injus tificada reclamación de los Fondos Piadosos de California no había llegado el caso de que se le aplicara la nueva inter pretación de la Doctrina Monroe, tanto más cuanto que habí ejercido el disimulo al tratarse del atropello de que habí sido víctima Colombia en Panamá.

Manifestación genuina de las excelentes relaciones exis tentes con la vecina república, fué la visita que hizo a l ciudad de México el Secretario de Estado Elihu Root, a fine del mes de Septiembre y que se prolongó a los primeros día de Octubre. Este notable hombre de Estado, de quien decía Roosevelt que era el mejor de los Ministros, pero que a cau sa de su rectitud, hubiera sido el peor de los candidatos, ha bía asistido al Congreso Internacional Americano en Río Ja neiro, en el mes de Junio de 1906 y al salir del Brasil había

extendido su viaje a otras de las Repúblicas de Sud-América dejando en todas partes los mejores recuerdos, por su ilustración, afabilidad y por sus declaraciones políticas, en que, a nombre de su Gobierno expresaba el espíritu de sincera fraternidad y respeto al derecho ajeno que animaba a éste. Había dicho, en efecto, ante el Congreso Panamericano en Río Janeiro lo siguiente:

"No ambicionamos más victorias que las de la paz, ni otro territorio que el nuestro, ni otra soberanía que la soberanía sobre nosotros mismos. Juzgamos que la independencia e igualdad de derechos de los más pequeños y débiles miembros de la familia de las naciones merecen tanto respeto como las del más poderoso de los imperios, y juzgamos que el acatamiento de ese respeto, es la primera de las garantías del débil contra la opresión del fuerte. No reclamamos ni deseamos ningunos derechos o privilegios o poderes, que no concedamos libremente a todas las repúblicas americanas".

En vista de estos recomendables antecedentes, fué natural que el Gobierno de México enviara a ese distinguido hombre de Estado una invitación, para que nos honrara de la misma manera que como lo había hecho con las otras Repúblicas de Sud-América. La atenta invitación que le dirigió el Presidente Díaz con fecha 7 de Junio, por conducto de nuestra Embajada en Washington, fué aceptada inmediatamente con agradecimiento, por lo cual nombró nuestro Gobierno una Comisión, encabezada por el Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Ignacio Mariscal, que se encargara de todo lo concerniente a la recepción y festejos del distinguido huésped.

El día 23 de Septiembre se recibió una comunicación de la Embajada en Washington, en que se decía que el Secretario de Estado saldría de esa ciudad rumbo a México el día 23, acompañado de su esposa y de su hija. Al día siguiente publicaron los periódicos la misma noticia, agregando que dicho señor había declarado a las personas a quienes concedió una entrevista, que su visita a México no tenía otro objeto

más que el de estrechar las buenas relaciones, ya existentes entre las dos naciones, así como la de saludar afectuosamente al Presidente Porfirio Díaz, a nombre del Presidente Rosevelt.

De acuerdo con el programa elaborado para el caso, se dispuso que el día 26 de Septiembre partiera, en un lujoso tren especial, la Comisión destinada a dar al Sr. Root la bienvenida en la frontera, la cual encabezaba el General Pedro Rincón Gallardo, diplomático perteneciente a una rica familia y veterano de la guerra contra franceses e imperialistas. Ya en camino recibió la Comisión la orden de continuar su viaje hasta San Antonio Texas, conforme a lo que había sido nuevamente arreglado por las Cancillerías de ambos Gobiernos, a fin de dar satisfacción a una invitación procedente de las autoridades de esa ciudad.

Se hizo ahí una calurosa recepción y fueron espléndidamente festejados, tanto los huéspedes norte-americanos, como los mexicanos, y el señor Root tuvo oportunidad, en uno de los banquetes, de pronunciar uno de sus significativos brindis en el cual dijo, entre otras cosas lo siguiente:

"Nuestras dos Repúblicas, ya tan prósperas, trabajan de consuno en promover prosperidad igual para sus hermanas las Repúblicas del Sur. Ojalá que ese feliz estado de cosas se prolongue por largo tiempo todavía. Ojalá que un éxito lisonjero corone al fin nuestros esfuerzos unidos. De esa manera estas dos Repúblicas dejarán ampliamente probado el derecho que tienen a la vida y mostraran al mundo que sus pueblos son aptos para gobernarse a sí mismos, sin la ayuda de Reyes ni de Aristocracias, puesto que pueden desempeñar la más alta investidura del hombre, que consiste en el mantenimiento de la ley, del orden, de la justicia, de la libertad y de la paz".

Después de haber gozado de la hospitalidad de las autoridades y ciudadanos de San Antonio, y de los brillantes festejos que se verificaron en su honor, los viajeros tomaron el tren especial que debía conducirlos a Laredo, a donde llega-

ron a las 8 de la mañana del día 29, pasando en seguida el puente internacional sobre el Río Grande. Ahí fueron saludados los huéspedes norte-americanos por el Gobernador de Tamaulipas, Pedro Argüelles y por el Comandante de las fuerzas federales, General Manuel M. Blázquez. Continuando su camino, no se detuvo el tren más que corto tiempo en pocas estaciones, entre ellas Monterrey y Saltillo, en donde las autoridades acudieron a presentar su respeto, de suerte que el día 30 por la tarde entró a la Estación del Ferrocarril Nacional en México, que estaba hermosamente adornada y ocupada por una numerosa y selecta concurrencia. Al descender del tren fué saludado el Sr. Root por el Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Ignacio Mariscal, a nombre del Presidente de la República y a la señora y señorita Root presentaron damas de nuestra buena sociedad ramos de orquídeas y otras flores de la estación, mientras que la brillante banda militar, dirigida por el Capitán Velino Preza, entonaba el himno americano "Star Spangled Banner". De ahí se condujo al ilustre huésped, así como a su esposa e hija en lujosos carruajes al Castillo de Chapultepec, en donde se les tenía preparado un suntuoso alojamiento.

Sería prolijo hacer una narración de todas las fiestas y paseos que se verificaron en esta ocasión, y basta decir que, conforme a la opinión general, no se había visto nunca en México un igual despliegue de festividades, en que lucieron el lujo, el tacto social, el buen gusto y la profusión de vistosos espectáculos. Entre todas esas fiestas, causó probablemente la más deliciosa impresión, la llamada "Garden party", o sea la tertulia nocturna en el bosque y a orillas del lago de Chapultepec, respecto a la cual decía el diario anglosajón "The Mexican Herald" lo siguiente:

"En un "garden party" de lujo, que podría competir con cualquiera de los que se han dado en el Castillo de Windsor o en el Palacio de Buckingham, lo más elegante de la sociedad mexicana y de las colonias extranjeras en México, fué ayer tarde recibido y obsequiado en el Parque de Chapulte-

pec. El acontecimiento sobrepujó a todo cuanto hasta hoy se había hecho en honor del señor Root, y eclipsó por completo a todo lo que hasta el día ha llegado a realizarse en cualquiera de las dos Américas. Y en cuanto a hermosura del adorno, perfección de los arreglos y, más que nada, en lo que hace a la brillantísima concurrencia ahí congregada, ni México, ni ciudad alguna de los Estados Unidos, ha visto nunca, antes de ahora, algo parecido al suceso de ayer."

Además de esta brillantísima fiesta, merece ser mencionado el banquete que se verificó en el Palacio Nacional, en el cual pronunció el Presidente de la República un brindis en que abundaban las usuales frases de bienvenida y de confraternidad internacional, al cual contestó el Secretario de Estado, Root, en términos, que por lo significativo, merecen ser reproducidos. Se expresó de la manera siguiente:

"Excelencia:

"Os agradezco sinceramente las bondadosas palabras que habéis vertido, refiriéndoos a mi pobre personalidad, a mi Presidente —de quien traigo para vos y para el pueblo mexicano un mensaje de profunda y ardiente amistad y buenos deseos— y a mi país, del cual considero que ha manifestado propiamente sus sentimientos por esta visita de amistad, cuyo objeto no es de crear, porque ya estan creadas, sino de aumentar y hacer prosperar las ideas de una unión y ayuda mutua entre las dos grandes Repúblicas".

"No puedo evitar, en esta ocasión, el hacer un recuerdo de otra visita, de un Secretario de Estado de los Estados Unidos a la República Mexicana. Hace treinta y ocho años, el señor Seward, realmente un gran Secretario de Estado, visitó este país. ¡Qué diferencia entre lo que él vió y lo que yo encuentro! Entonces era este país destrozado por la guerra civil, sumido en la pobreza, en la desesperación y casi incapaz de poderse levantar. Ahora es un país grande por su pros-

peridad, por su riqueza, su actividad y su espíritu comercial; no menos que por la fuerza moral de sus leyes justas y equitativas, que indican el inalterable propósito de hacer avanzar al pueblo por el camino del progreso"

"Señor Presidente: el pueblo de los Estados Unidos sabe que la humanidad debe este gran cambio principalmente a vos. Os lo agradece porque mi país se complace en el progreso y al felicidad de México. Nosotros creemos, señor, que somos más ricos y felices porque vosotros lo soiś, y nos satisfase mucho que ya no seais un pueblo pobre y revolucionario que necesita de ayuda, sino que seais fuerte y vigoroso, de manera que podamos ir con vosotros, uno al lado del otro, mostrando al mundo que las dos Repúblicas son capaces de gobernarse a sí mismas; juntas en la tarea de llevar a nuestras hermanas, menos afortunadas, las bendiciones de la paz.

"Señor Presidente: he dicho que no necesitamos crear, sino que queremos estrechar los lazos de amistad. Espero que en virtud de una mejor inteligencia, por medio de visitas personales, y mediante una mayor unidad de acción, que puede adquirirse, gracias al intercambio individual de hombres de México y los Estados Unidos, no sólo se puede acrecentar, sino también nuestra recíproca fuerza de sernos útiles. Y esa fuerza activa de mutua utilidad, que pone de manifiesto el derecho a la vida que tienen las naciones, es suceptible de un gran desarrollo".

"Por vuestra generosa hospitalidad, por el espíritu de amistad con el que tanto vos como el pueblo mexicano, me habéis dado la bienvenida, como representante de los Estados Unidos, os doy las gracias, y espero que se verá en esta visita y en esta bienvenida, no sólo el placer de una fiesta, sino un paso en el camino de las dos naciones en servicio de la humanidad".

El que podemdos llamar enviado confidencial de Roosevelt, asistió también a una sesión de la Cámara de Diputados, en donde recibió una calurosa ovación y en donde fué saludado por el Presidente de la misma Cámara, Licenciado Manuel

Calero, con un discurso en el cul le recordó las palabras de fraternidad internacional que había pronunciado en Río Janeiro, agregando en seguida:

"Habéis dicho bien, y sabed que esas son igualmente nuestras aspiraciones, esos nuestros propósitos y a ellos vamos con la constancia de que el pueblo mexicano ha dado pruebas en sus luchas por la libertad y por el logro de los grandes principios ya consagrados en nuestra Constitución y en nuestras leyes. Creedlo, y cuando retornéis al patrio suelo, no olvidéis nunca que si os hemos dado la hospitalidad que sólo a un amigo es ofrecida, ello se debe a que vuestros ideales son los nuestros, porque los ciudadanos de este país, como los del vuestro, según la frase inmortal del Presidente Lincoln, aceptamos como supremo dogma de nuestra religión política, que el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, no desaparezca de la tierra".

A este discurso contestó el Sr. Root dando las gracias por la distinción de que había sido objeto, prosiguiendo a decir:

"Es mi sincero deseo, no tan solo que personalmente llegue a hacerme digno de vuestra consideración, sino que mi patria pueda siempre, en su actitud y conducta hacia el pueblo mexicano, justificar vuestra bondad. Habréis de entender por mis palabras, que vuestro Presidente ha tenido a bien citar en el admirable y grato discurso que acaba de pronunciar, que soy uno de los que creen que ya pasaron los viejos tiempos en los cuales las naciones trataban de enriquecerse, despojando a las otras sus riquezas por la fuerza. Creo, y me siento feliz en creer, que la gran mayoría de mis compatriotas también creen que no es solamente más cristiano, no solamente más honorable, sino también más útil y benéfico a todas las naciones y especialmente cuando son vecinas, unirse para ayudarse entre sí, creando más riqueza, para que todos puedan ser ricas y prósperas, que combatir para despojarse las unas a las otras".

"Encuentro aquí, en este santuario de la ley, en medio de este cuerpo legislador, lo que hay de más interesante y sobre-

saliente en la República Mexicana. No desconozco las dificultades con que tropezáis, caballeros de la Cámara de Diputados, en el trabajo que ejecutais a favor de vuestro país. La discusión de los negocios públicos, la conciliación de las opiniones opuestas, el arreglo de los diferentes intereses locales existentes en vuestro vasto territorio, cuestiones apenas comprendidas por la masa del pueblo, requieren una superior habilidad, abnegación y patriotismo. Puedo dar testimonio de que en mi país hemos luchado con las mismas dificultades, para adaptar las leyes a las condiciones especiales, dificultades que son inherentes a nuestro sistema de gobierno".

"Es el deseo sincero de mis compatriotas que a vosotros los legisladores mexicanos os guíe en vuestras labores la sabiduría y el espíritu de justicia. Deseamos que sepáis ejercer la restricción tan necesaria para asegurar la propiedad y la existencia, que sepáis evitar los extremos, dilucidando siempre los problemas legislativos conforme a los sanos principios que ofrece la Historia; que tengáis siempre la inspiración del humilde Hidalgo, que sin ambición y sin otro motivo que el amor a su Patria, inscribió su nombre entre los de los grandes beneméritos de la humanidad; que tengáis algo del patriótico genio de Benito Juárez, así como esa constancia y gran valor que ha elevado al soldado y al estadista que ahora ocupa la primera Magistratura de México a un lugar en la Historia superior al de tantos reyes y emperadores, con aparatosos títulos y sin otros hechos en su vida que los dictados por su ambición personal."

"Y así, miembros de esta Cámara que puedo llamar mis amigos, hermanos de labor en buscar con la ley el adelanto de la paz y la prosperidad de la Humanidad, os doy las gracias por la ocasión de expresaros el deseo de que Dios os bendiga en vuestra labor, que tendrá siempre mi simpatía y la de mis compatriotas".

El señor Root, que fué aplaudido con entusiasmo, abandonó después de terminada su peroración, el recinto de la Cámara,

acompañado de la Comisión nombrada al efecto, que lo acompañó hasta su alojamiento.

A la recepción en la Cámara de Diputados siguieron otros agasajos, fiestas, paseos y, al fin, visitas a las ciudades de Cuernavaca, Puebla y Veracruz. No quiso el Sr. Root abandonar la República sin hacer una visita a la que llaman la Perla de Occidente, la ciudad de Guadalajara, a donde se dirigió antes de regresar a su país. Tuvo ahí oportunidad de pronunciar un último brindis en el cual dijo: "No creo que los mexicanos vuelvan nunca a la vida de desórdenes que prevaleció en los primeros sesenta años de su independencia. Creo que durante el largo período de paz y orden que ha sido conseguido por vuestro pueblo gracias a vuestro grande, fuerte y prudente Primer Magistrado, Porfirio Díaz, se han desarrollado entre los mexicanos un nuevo espíritu y una nueva adaptación al progreso. Creo que durante el período de paz habéis aprendido una gran lección, a saber, que no hay ambiciones personales que valgan lo que el bienestar y la tranquilidad de millones de mexicanos."

Esa opinión, expresada por el Sr. Root, no era particular suya, sino la de la inmensa mayoría de la población de México en aquella época y el que se haya equivocado ese profundo político, de una manera tan completa, pone en evidencia cuan difícil es descubrir el futuro desarrollo de los pueblos, puesto que este depende muchas veces del capricho de un hombre o de un acontecimiento fortuito que es imposible prever.

Aun cuando Root declaró que su visita a México no tenía otro objeto más que el de estrechar las relaciones cordiales ya existentes, es indudable que conferenció con el General Díaz respecto al conflicto en Centro-América, de que ya se trató en otro capítulo, pues parece que Roosevelt tenía el proyecto de dominar en Centro-América sirviéndose de México. El Gobierno del General Díaz tuvo el buen juicio de eludir toda responsabilidad, pero como no deseaba negar toda cooperación, dió a esta el carácter exclusivo de amistosa y

moral. Poco tiempo después de instalada la Corte de Justicia en Cartago (Costa Rica) y a pesar del objeto para el cual había sido creada, se produjeron nuevos disturbios en Centro-América, que amenazaban con un serio conflicto, por lo cual el Gobierno de Washington solicitó el concurso de México para intervenir a favor de la paz, pero sin lograr que fuera aceptada la proposición. A esto se refirió el Presidente Díaz en su Mensaje al Congreso del día 1º de Abril de 1909 al decir:

"Debido a circunstancias imprevistas, parece que la paz en Centro-América amenaza alterarse, y como el Gobierno de los Estados Unidos consultó si México estaría dispuesto a secundarle en los medios que hayan de adoptarse para que las convenciones firmadas en Washington tengan una fiel observancia, el Ejecutivo respondió a aquel Gobierno que secundaría su acción en la medida de sus posibilidades, por la obligación que para ello le impone el compromiso moral contraído conjuntamente con los Estados Unidos".

LAS RELACIONES CON LOS ESTADOS UNIDOS DESPUES DE LA ELEVACION DE TAFT

Para México no pudieron ser de mucha trascendencia las amistosas declaraciones de Root, pues el día 3 de marzo de 1908, es decir, cuatro meses después de la visita de este, abandonó Roosevelt la Casa Blanca, para hacer lugar a William Taft, lo cual trajo consigo la renuncia de Root como Secretario de Estado. Para sustituir a este fué nombrado el Sr Philander Knox, un hombre que había de dar a la política exterior de su país una nueva orientación, estableciendo la práctica que se designó con el nombre de la "diplomacia del dólar", que consiste en proteger incondicionalmente los intereses de los capitalistas norte-americanos, frente a las naciones débiles, aun prescindiendo del pretexto de servir

a la Humanidad, como lo había hecho Roosevelt en el caso de Panamá.

Por lo pronto pareció, sin embargo, que seguirían imperturbables las excelentes relaciones entre los Gobiernos de Washington y de México. Pasó, en efecto, más de un año sin que se presentara ningún incidente desagradable y cuando el nuevo Embajador mexicano en Washington, Francisco L. de la Barra, presentó sus credenciales, el día 27 de Febrero de 1909, le dijo el Presidente Taft, en contestación a su discurso:

"El pueblo americano ha tenido siempre particular aprecio para la República vecina. Instituciones y campos semejantes para el desarrollo de la riqueza y del comercio, han formado entre ellos un poderoso vínculo de unión económico, a la vez que las miras idénticas de ambos Gobiernos en pro de la paz, prosperidad y progreso de las Repúblicas de América, han puesto a los Estados Unidos y a México en íntima y cariñosa correspondencia".

Se consideró como una nueva manifestación de cordialidad de relaciones entre ambos Gobiernos, aunque tal vez sin mucho fundamento, la invitación de la cual dió parte el Presidente Díaz al Congreso en su mensaje del día 16 de Septiembre de 1909, en los términos siguientes:

"Invitado por el Presidente de los Estados Unidos de América para ir a encontrarlo en la frontera mexicana, cuando llegue en su viaje por el Oeste de su país, no pude menos de aceptar la invitación, hecha en los términos más corteses comprendiendo la utilidad de estrechar las relaciones entre ambos Gobiernos por medio de esa reunión de simple cortesía, sin que en ella se pretenda tratar cuestión alguna entre las dos Repúblicas".

No dió la Cancillería norte-americana una prueba de tacto y consideración al proponer que se verificara la entrevista como parte del programa del viaje del Presidente de los Estados Unidos a la región oriental de la República, pues así aparecía el Presidente de México, poco menos que como un

vasallo que aprovecha la oportunidad para ir a rendir homenaje a un superior. A Taft lo que le importaba era enaltecer su personalidad a los ojos de sus conciudadanos, aun cuando fuera a costa de la dignidad de nuestro país, pero nuestro Gobierno no se dió cuenta de esta circunstancia o prefirió ejercer el disimulo en beneficio de la concordia internacional, de suerte que no hubo inconveniente en que la entrevista se fijara para el día 16 de Octubre en las poblaciones fronterizas de El Paso y Ciudad Juárez, cuando Taft pasara por ahí de regreso de California.

Coincidían los arreglos que se estaban llevando a efecto para esa inútil y un tanto aparatosa entrevista, con el incremento que iba tomando el movimiento anti-reeleccionista en México, lo cual daba lugar a que los periódicos gobiernistas procuraran distraer la opinión pública y exaltar la importancia del suceso. Al efecto publicó el diario "El Imparcial" un editorial en que hacía resaltar lo favorable de la situación internacional y terminaba diciendo:

"Independiente de influencias de familia, libres de pasiones cortesanas, ajenos a ideas de compensación y provecho, los Jefes de ambas Repúblicas mostrarán al mundo que basta una corriente de simpatía para celebrar una entrevista y en ella consolidar una unión desinteresada y provechosa. Al colocar por este hecho, la sólida, pero adolecente República Mexicana, al nivel de la ya sazonada República del Norte, habremos salvado un escalón más en nuestro triunfal ascenso".

Por fin se verificó la entrevista, con las correspondientes ceremonias, conforme al programa que se había ajustado, notándose bastante ostentación de parte de Méxcio, mientras que de parte de nuestros vecinos hubo más bien sencillez democrática en la manera de presentarse.

Acompañaban al Presidente Díaz los Ministros de Relaciones Exteriores, Hacienda y Guerra, su hijo Porfirio, su sobrino el Inspector de Policía, Coronel Félix Díaz, el Gobernador de Chihuahua y ex-Embajador en Washington, Enrique

C. Creel, que iba a servir de intérprete de los Presidentes, que no conocían más que su propio idioma, y los Coroneles Pablo Escandón, Carlos Franck y Manuel García Cuéllar. A fin de hacer los honores militares se había dirigido a Ciudad Juárez una fuerza compuesta del batallón de Zapadores, el Primer Regimiento de Artillería Montada y el 11º Regimiento de Caballería, todo a las órdenes del General Gregorio Ruiz.

El Presidente Taft se presentó acompañado del Ministro de la Guerra Dickinson, del Gobernador de Texas, del Alcalde Municipal de El Paso y del Jefe de Estado Mayor, General Mayer.

El acto culminante de las fiestas fué el banquete que se ofreció al Presidente Taft en Ciudad Juárez en el cual el Presidente Díaz pronunció un brindis diciendo que la presente entrevista marcaría una época en la historia mexicana, pues que aun cuando era cierto que nuestro país había sido visitado por otros prominentes personajes de la vecina república, era esta la primera vez que un Presidente de los Estados Unidos, en ejercicio de sus funciones, pisara nuestro suelo. A esto agregó las usuales frases de cortesía, terminando por brindar por el pueblo americano y su digno Presidente.

En la contestación de Taft las frases más notables fueron las siguientes:

"He abandonado los Estados Unidos y pisado territorio de este grande y próspero país, para reiterar el profundo sentimiento de confianza y de fraternidad que existe entre nuestras dos grandes naciones. El pueblo de los Estados Unidos respeta y honra a los mexicanos por su patriótica devoción, su energía y no interrumpido avance en su desarrollo industrial y felicidad moral".

"Los ideales y propósitos de nuestras dos naciones, son idénticos, su simpatía mutua e imperecedera, de suerte que el mundo puede estar seguro de que seguirá existiendo un amplio campo neutral de paz, en que ambas naciones podrán

dar satisfacción a sus aspiraciones de progreso y de mutua felicidad."

Solamente dos días duraron esas demostraciones de fraternidad internacional, después de las cuales cada uno de los dos Presidentes se dirigió rumbo a su residencia oficial, de suerte que el General Díaz llegó a México el día 19 de Octubre, en donde fué recibido con muchos festejos y los honores militares usuales.

"El Imparcial" dijo que el carácter de la entrevista se podía sintetizar en estas palabras: "simpatía y admiración" pero era evidente que tal afirmación ya no correspondía a la realidad de los hechos, puesto que ya se descubrían ciertos síntomas de enfriamiento, que se procuraban explicar de diferentes maneras. Pretendían algunos que en la conferencia de los Presidentes había solicitado Taft que se prolongara el permiso que se había concedido a los Estados Unidos para que su marina de guerra hiciera ejercicios de tiro en la Bahía Magdalena, Baja California, pero que el Presidente Díaz había rechazado la insinuación, lo cual se decía que había causado mucho desagrado en Washington. Por otra parte se aseguraba que la causa del disgusto era el proyecto del Gobierno de México de proteger con algunas baterias el puerto de Salina Cruz. En fin se afirmó que había desagradado en extremo al Gobierno de Washington el que nuestro Gobierno enviara a Nicaragua un buque de guerra para poner a salvo al Presidente Zelaya que se hallaba bloqueado por una escuadra americana.

Puede ser que todas esas causas hayan contribuido, más o menos, al enfriamiento que se observaba, pero los sucesos posteriores han puesto en evidencia que la causa principal fué el empeño del Gobierno de Washington por eliminar a las compañías inglesas, especialmente a la de Lord Cowdray, de los campos petroleros de México, de asegurar la explotación de ese valioso combustible para compañías americanas, a lo cual, según parece, el General Díaz no quiso acceder de una manera absoluta.

RICARDO GARCIA GRANADOS

La enorme importancia que ya había adquirido la explotación del petróleo en el mundo entero, para la navegación, la industria y la guerra, así como la creciente rivalidad entre las grandes naciones, explica aunque no justifica la agresiva actitud del Gobierno de Washington. Efectivamente empezó este desde luego a hostilizar al Gobierno de México, resolviendo aprovechar la primera oportunidad para contribuir a derrocar el Gobierno del General Díaz. Esta oportunidad se presentó al estallar la revolución del año de 1910, a cuyo triunfo contribuyó el Gobierno de Washington auxiliando disimuladamente a Madero y de una manera descarada a los bandoleros, que con el nombre de "socialistas", invadieron la Baja California.

Una vez lograda la caída del General Díaz, no por esto dejó el Gobierno de Washington de intervenir en nuestros asuntos interiores, unas veces de una manera violenta, como al apoderarse por la fuerza de la ciudad de Veracruz y otras abusando de nuestras inevitables revueltas para obtener ventajas injustificadas, sin preocuparse en lo más mínimo por los decantados principios humanitarios o democráticos, ni mucho menos por los enormes perjuicios que a veces nos ha causado. En fin ha procurado, con la careta de la libertad y de la filantropía, fomentar la discordia y la corrupción entre nosotros para preparar la conquista.

México podría ser un amigo y aliado leal de los Estados Unidos, si el Gobierno de estos procediera de una manera franca, teniendo en cuenta nuestro atraso político, como hermana mayor y maestra en las prácticas democráticas, como se ha dicho que lo es, pero desgraciadamente su actitud no ha correspondido a las bellas esperanzas que se han concebido, pues por lo general ha preferido seguir una política torcida, guardando únicamente las apariencias de neutralidad y aun haciendo repetidas demostraciones de fingida benevolencia. Lograrán, tal vez, nuestros vecinos dominarnos, por medio de ese sistema, pero esa dominación no será definitiva, pues no lograrán asimilar o destruir la raza y no

podremos ser más que lo que fué Irlanda para la Gran Bretaña.

La guerra mundial de 1914 a 1918, ha dado por resultado que se acumulen los capitales en los Estados Unidos, aumentando enormemente el poder de estos, exponiendo a México a un creciente peligro de absorción y a la América Ibérica a una especie de vasallaje. Ese peligro solamente lo podremos evitar por una política de tacto y buen juicio, con la esperanza de que nuestros vecinos, convencidos de que conviene más a sus intereses tenernos más bien por amigos, que por enemigos, se resuelvan a proceder hacia nosotros conforme a los principios de humanidad y de justicia. No hay por ahora que pensar en obtener un apoyo contra demandas injustificadas de parte de la Europa arruinada y desunida, ni de las repúblicas ibero-americanas, que también débiles y desunidas, necesitando capitales para su desarrollo material, no toman en consideración más que su interés particular. Hay quien sueñe en que el Japón pudiera salvarnos, pero la Historia demuestra que cuando una nación salva a otra, no es para respetar su independencia, sino para someterla a un nuevo yugo, tal vez más pesado que el anterior.

Una prueba de la mala voluntad que entonces ya nos tenía el Gobierno encabezado por Taft, fué su actitud en lo referente a la reclamación de la Compañía de Tlahualilo. Como los procedimientos empleados fueron especialmente característicos de la política de Taft y Knox, bien merece que se le dedique la atención, aun cuando no haya conducido a un conflicto.

Por ignorancia o debilidad, el General Díaz había dado en el año de 1887, siendo Ministro de Fomento Carlos Pacheco, a su concuño J. de Miranda y Teresa, una concesión de agua del Río Nazas, que conforme a la Constitución vigente era ilegal, puesto que dicho río estaba bajo la jurisdicción de los Estados. No obstante esta circunstancia, formó el agraciado lo que se llamó la "Compañía de Tlahualilo", la cual contrajo un empréstito en Lóndres para la explota-

ción de la concesión. Los directores no fueron muy hábiles o afortunados y como no cumplieron con sus obligaciones, pasó la negociación a manos de los acreedores.

Entre tanto se había encargado el Sr. Olegario Molina de la Secretaría de Fomento y había expedido una ley para la reglamentación de las aguas, que por haber sido ajustada a la Constitución, perjudicaba gravemente a la Compañía del Tlahualilo; pero esta no se conformó con la nueva disposición, sino que presentó al Gobierno una reclamación por 11 millones de pesos. Como el Tribunal falló en contra de la Compañía, apelaron los representantes de esta, que lo eran los Licenciados Mallet Prevost y Luis Cabrera a la intervención diplomática del Ministro de la Gran Bretaña, lo cual no procedía conforme a los Tratados vigentes, que reservaban la resolución de estas cuestiones exclusivamente a los tribunales mexicanos. El Ministro inglés Mr. Reginald Tower se limitó, por lo tanto, a tratar amistosamente del caso, y como no obtuviera resultado favorable a los reclamantes, resolvieron estos, de una manera tan injustificada como anti-patriótica, traspasar algunas acciones a un ciudadano norte-americano. El Gobierno de Taft se prestó a cometer el acto inconveniente de apoyar la injustificada demanda, que fué presentada por el Embajador, pero el Gobierno mexicano tuvo la entereza necesaria para rechazarla, fundándose en su indiscutible derecho. Aunque la intriga de los Sres. Mallet Prevost y Luis Cabrera fracasó de esta manera, se ha asegurado con bastante fundamento que el desaire sufrido fué una de las causas de la actitud hostil que adoptó la Casa Blanca frente al General Díaz, poco tiempo después.

Estaba pendiente esta cuestión cuando sobrevino un cambio en el personal, de la Embajada Americana primero, y en seguida de la Secretaría de Relaciones Exteriores, debido en el primer caso a la renuncia del Embajador Thompson y en el segundo caso a la muerte del anciano Ministro Mariscal, que ya contaba 80 años de edad.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

El nuevo Embajador, Henry Lane Wilson, presentó sus credenciales al Presidente el día 5 de Marzo, pronunciando con tal motivo un discurso, en el cual dijo que las dos Repúblicas vecinas tenían una línea divisoria, más bien artificial que natural de más de 4000 millas y que, en consecuenera natural que millares de ciudadanos de cada una de las dos naciones viviera en territorio de la otra y que estas condiciones traían aparejados numerosos conflictos y dificultades, cuya solución era el deber de la diplomacia allanar con moderación y dignidad. A esto agregó:

"Como quizá lo sepa Vuestra Excelencia, mi designación para esta Embajada fué, en cierta manera, de acuerdo con mis propios deseos, pues sentí que no solamente tendría un trabajo verdadero, de carácter interesante y absorbente, sino que una vez más tendría la oportunidad de vivir entre el pueblo latino-americano, para el que siento genuino respeto y cariño."

La primera oportunidad que aprovechó el Sr. Lane Wilson para manifestar lo que el llamaba su "respeto y cariño" hacia los mexicanos, fué apadrinando la injustificada reclamación del Tlahualilo, que estaba pendiente a su llegada y más adelante había de tener otras oportunidades de mezclarse, más o menos directamente en nuestros asuntos interiores.

La muerte de Mariscal ocurrió el día 16 de Abril de 1910 y fué generalmente sentida, pues además de sus méritos como diplomático, se había distinguido siempre el difunto por su honradez y afabilidad. Para sustituírlo fué designado el ex-Embajador y Gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel un hombre sin muchos antecedentes que lo recomendaran y que se había hecho odioso en su Estado como agiotista y acaparador. Era, en fin, hijo de anglo-americano que no se había naturalizado, de suerte que esta circunstancia agregada a las ya referidas, explicaban que su nombramiento no fuera muy bien recibido.

RICARDO GARCIA GRANADOS

LA POLITICA DEL DOLAR EN NICARAGUA Y SU EFECTO EN MEXICO

Otro de los motivos de disgusto de la Casa Blanca hacia el Gobierno de México, fué, según se ha afirmado con fundamento, la intervención de este en los asuntos de Nicaragua, de los cuales se va a dar cuenta.

Desde que Taft fué elevado a la Presidencia de los Estados Unidos, se pudo observar que aspiraba a completar la obra que había iniciado Roosevelt en Centro-América, con la adquisición de la Zona del Canal de Panamá. Ese complemento lo debía constituir la República de Nicaragua, a la cual se trataba de imponer el vasallaje, en vista de su posición y condiciones geográficas, que se presentaban a la construcción de otro canal que pudiera hacer competencia al que ya se estaba construyendo. Si además de ese vasallaje que impidiera la eventual competencia, se lograba imponer un empréstito a la inexperta república, en beneficio de los banqueros de Wall Street, el negocio resultaría redondo, a juicio de los gobernantes de Washington.

Se disputaban en aquella época la hegemonia en Centro-América, por una parte el Presidente de Guatemala, Estrada Cabrera, en alianza con Salvador y apoyado por los Estados Unidos, a los cuales concedía todo lo que pedía, y por otra parte, el Presidente Zelaya de Nicaragua, en alianza con Honduras y que buscaba el apoyo de México, especialmente después del asesinato del ex-Presidente Barillas, que había dado lugar a una tirantez de relaciones entre este país y Guatemala. Como los Presidentes de esas cuatro repúblicas centro-americanas eran déspotas, más o menos arbitrarios, había siempre descontentos refugiados en los países vecinos que conspiraban contra los Gobiernos de sus propios países y no era difícil promover revoluciones, sirviéndose de esos refugiados y proporcionándoles recursos. Esta circuns-

tancia fué la que resolvieron aprovechar el Presidente Taft y su Secretario de Estado Knox.

Ampliamente provista de fondos que habían proporcionado varias casas norteamericanas, estalló el día 10 de Octubre de 1909 una revolución en Bluefields, contra el Gobierno de Nicaragua, encabezada por el Gobernador Juan J. Estrada. Había sido este hasta entonces un fiel amigo y protegido del Presidente Zelaya, pero a pesar de esta circunstancia, no pudo resistir a la seductora oferta que le hicieron los mercaderes yanquis y traicionó a su protector de la manera indigna que se acaba de referir.

Zelaya movilizó una fuerza que marchó a las órdenes del General Toledo rumbo a Bluefields, atravesando el Lago de Nicaragua para seguir por el Río San Juan. Al descender por esa vía fluvial los buques cargados de soldados, hizo explosión una mina, que por una circunstancia casual o por torpeza de los que la habían colocado dejó de causar perjuicio. Se buscó a los autores de ese atentado y al fin fueron encontrados dos norte-americanos, de nombre Le Roy Cannon y Leonard Groce que confesaron ser culpables del hecho. Como eran extranjeros que tomaban parte en una rebelión contra un Gobierno legalmente constituido, amenazando la vida de centenares de hombre, se les formó un Consejo de Guerra que los condenó a muerte y fueron fusilados el día 16 de Noviembre de 1909.

La sentencia y su ejecución estaba perfectamente justificadas, desde cualquier punto de vista, pero el Gobierno de Washington no buscaba más que un pretexto para intervenir de suerte que sin esperar detalles del suceso, ni explicaciones de ninguna especie, mandó entregar al Ministro de Nicaragua en Washington Felipe Rodríguez su pasaporte, acompañado de una nota tan grosera como injustificada, que echaba por tierra todas las declaraciones de fraternidad y de respeto al derecho ajeno, que había prodigado Root, tres años antes en Río Janeiro y al año siguiente en México.

El tenor de esa nota no era, en efecto, el que se usa en la diplomacia, sino el de un déspota ofendido que reprocha a un subalterno su mala conducta de la manera más dura. Se afirmaba en esa comunicación, de carácter tan inusitado, que era notorio que el Presidente Zelaya había mantenido a Centro-América en constante inquietud, así como que bajo el régimen de Zelaya, las instituciones republicanas habían dejado de existir, excepto de nombre, que la opinión pública y la prensa habían sido extranguladas, y que la prisión había sido el precio de toda demostración de patriotismo.

Naturalmente se abstenía el Sr. Knox de explicar cual era el motivo de que no se hicieran extensivos esos reproches a las otros Gobiernos de Centro-América especialmente al de Guatemala, cuyo Jefe era el peor de los tiranos y el que había mandado asesinar al ex-Presidente Barillas en la ciudad de México. Para los que conocían la situación en Centro América, esa abstracción del diplomático norteamericano, era, sin embargo explicable, puesto que Estrada Cabrera gozaba de la protección de la Casa Blanca por ser su más humilde servidor. Pero el Sr. Knox no se limitaba a reprochar a Zelaya sus faltas guardando silencio en cuanto a las de los otros gobernantes, sino que se constituía en portavoz de los Gobiernos que decía que habían sido ofendidos y aun de los nicaragüenses que aseguraba que en su mayoría estaban oprimidos. En la nota al Ministro de Nicaragua en Washington, que no se puede calificar más que de impertinente, se decía, en efecto, lo siguiente: :

"Por razón de los intereses de los Estados Unidos y de su participación en las convenciones de Washington, la mayoría de las repúblicas de Centro América ha llamado desde hace tiempo la atención a este Gobierno contra tan irregular situación. Ahora se agrega el clamor de una gran parte del pueblo nicaragüense por medio de la revolución de Bluefields, y el hecho de que dos americanos que, según convicción adquirida por este Gobierno, eran oficiales al servicio de las fuerzas revolucionarias y, por consiguente, tenían derecho

a ser tratados conforme a las prácticas modernas de las naciones civilizadas, han sido fusilados por orden directa del Presidente Zelaya, habiendo precedido a su ejecución, según informes, las más bárbaras crueldades."

Se adivina sin dificultad que lo de las "bárbaras crueldades" lo había agregado el Sr. Knox, sin tener dato alguno, para despertar la indignación del pueblo norte-americano, como se había hecho, algunos años atrás, con la voladura del "Maine" en la Habana, para provocar la guerra con España y, en efecto, parece que se tranquilizó la conciencia de las almas puritanas, que no pudieron menos de aprobar el atropello que se iba a cometer.

En la misma anti-diplomática nota de que ahora se trata, se decía más adelante, que el Gobierno de los Estados Unidos estaba convencido de que la revolución actual representaba los ideales (!) y la voluntad de la mayoría de los nicaragüenses y que tanto por este motivo como por los antes referidos, el Presidente de los Estados Unidos ya no podía sentir por el Gobierno del Presidente Zelaya el respeto y confianza necesarios en las relaciones diplomáticas. No faltaban tampoco los hipócritas halagos a los que se iba a despojar de su soberanía, ni la amenaza embozada al nuevo Gobierno que surgiera, al decir:

"Respecto de la reparación que debe hacerse por la muerte de los señores Cannon y Grace, el Gobierno de los Estados Unidos se resiste a imponer al inocente pueblo de Nicaragua un castigo tan pesado en expiación de las culpas de un régimen mantenido por la fuerza o a exigirlo del Gobierno que surja, siempre que este siga una política diversa a la de su antecesor. Al discutirse esta reparación, debe discutirse al mismo tiempo la existencia en Managua de un Gobierno capaz de responder a la demanda".

Lo anterior quería decir que el Gobierno de los Estados Unidos no reconocería más que al Gobierno de Nicaragua que se sometiera a las condiciones que se meditaba imponerle y que en tal caso la poderosa República sería indulgente en

cuanto a los pretendidos agravios. Por este motivo, la nota seguía diciendo:

"En tal caso, el Presidente de los Estados Unidos, como amigo que es de Nicaragua, estará dispuesto a reducir la indemnización a lo que realmente se deba a los padres de los fusilados y a exigir solamente el castigo de aquellos que lo merezcan. De acuerdo con esta política, el Gobierno de los Estados Unidos suspenderá temporalmente su demanda de reparación y entretanto dará los pasos necesarios para la debida protección de los intereses americanos".

A pesar de esta incalificable notificación, procuró Zelaya apaciguar las iras del Gobierno de Washington, proponiendo que éste enviara una Comisión para investigar la realidad de los hechos, pero tuvo que convencerse muy pronto de la inutilidad de tales sugestiones, pues su implacable adversario ya estaba completamente resuelto a lanzarlo de la Presidencia. Para proceder así lo obligaba un formal compromiso, que el Senador Stone expuso públicamente al decir que "entraban en juego los intereces de un sindicato de financieros y banqueros, que se proponían refundir las deudas de Nicaragua y otros Estados centro-americanos, en forma análoga a lo que se hizo con la deuda de la República Dominicana."

Se trataba, pues, no solamente de dar satisfacción a la ambición imperialista, sino de un procedimiento propio de la más descarada "diplomacia del dólar."

Torpe como era la conducta observada por el Gobierno de Washington, no le quedaba a Zelaya, ante la fuerza bruta, más recurso, para evitar mayor derramamiento de sangre, que renunciar a la Presidencia, como lo hizo, en efecto, al darse cuenta exacta de la situación. El Congreso de Nicaragua aceptó la renuncia y nombró para sustituirlo interinamente al Doctor José Madriz, uno de los hombres más cultos, capaces y honrados de Centro América.

Teniendo el propósito de dirigirse al Extranjero el ex-Presidente Zelaya, se le presentó la dificultad de que por

el lado del Atlántico se lo impedían los rebeldes, mientras que por el lado del Pacífico se hallaban bloqueados los puertos por la escuadra americana, con la aparente intención de apresarlo, a fin de que el Gobierno de Washington lo juzgara y castigara por la muerte de los filibusteros antes mencionados. En esta angustiosa situación, se dirigió Zelaya al Gobierno de México en solicitud de auxilio, colocando así a este en una situación de lo más delicada, pues el abandonar a su suerte al que había sido su amigo y a quien ahora se perseguía inicuamente por haber defendido la soberanía de su país, hubiera sido un acto deshonroso, mientras que el contrarrestar los propósitos del Gobierno de Washington, implicaba peligros que no se podían ocultar.

Fué un rasgo de caballerosa honradez de parte del General Díaz el que se decidiera, sin vacilar, por lo que prescribía el honor, sin tomar en cuenta los peligros que implicaba y que diera la orden para que el cañonero "General Guerrero" se hiciera inmediatamente a la mar para recoger al ex-Presidente Zelaya en el puerto de Corinto. Conforme a la orden recibida y consciente la oficialidad de los peligros que eventualmente tendría que arrostrar, atravesó el pequeño barco de guerra las lineas de la formidable armada norte-americana, recogió al desterrado y lo condujo en dos días a territorio mexicano, sin ser molestado en lo más mínimo, tal vez porque el Almirante norte-americano Kimbal, más caballeroso que los que lo mandaban, no desempeñaba con agrado la misión que se la había encomendado.

La estancia de Zelaya en nuestro país no había de ser más que de corta duración, pues el Gobierno de los Estados Unidos que, sin duda, le guardaba rencor, puesto que no podía ser motivo de temor, ejerció presión en el Gobierno de México para que le hiciera una indicación de salir, que el refugiado obedeció enseguida.

De acuerdo con lo que debía suponérse, el Gobierno de los Estados Unidos se negó a reconocer como Presidente interino al Dr. Madriz, pues este era demasiado digno para some-

terse a las condiciones que se pretendía imponerle. Siguió, en consecuencia, la guerra contra los rebeldes, con motivo de la cual se puso en evidencia cuan falsa había sido la aseveración de Knox, al asegurar que la mayoría de los nicaragüenses tomaría parte a favor de los rebeldes, pues a pesar del apoyo que estos recibían del Gobierno y especuladores americanos, marchaban las tropas del Gobierno de Nicaragua de triunfo en triunfo, lo mismo bajo Madriz que antes bajo Zelaya.

Entre los que reconocían las relevantes cualidades del Presidente interino, Doctor Madriz, y su derecho a ejercer la autoridad suprema, se hallaba nada menos que el Almirante de la escuadra norte-americana, W. W. Kimbal, al cual repugnaba la política observada por su Gobierno, como se dijo antes, y que, de acuerdo con sus nobles sentimientos, escribía al mismo adversario que tenía que combatir, una carta en que se hallaban manifestaciones como las siguientes:

"He estado con la esperanza de que antes de salir de aguas nicaragüenses, los asuntos llegarían a un arreglo definitivo, pero esto parece imposible por ahora. Como ya informé a Ud. saldré el lunes rumbo a mi patria llevándome el "big stick". Durante el tiempo que permanecí aquí, he tenido el gusto de visitar a Ud. muchas veces y hemos contraído recíprocas relaciones de amistad, que me hacen creer que, a pesar de que a veces he tratado en mis cartas a Ud. con cierta dureza, no dejará Ud. de considerar las condiciones que tanto para la Nación que lo impone, como a la que es some han movido a ello". . .

"Como a Ud. es bien sabido, sin necesidad de explicación, yo siempre he sido opuesto a la intervención extraña en los asuntos de Nicaragua, moral o materialmente, por la simple razón de que cualquier tutelaje nacional es repugnante, tanto para la Nación que lo impone como a la que es sometida".

Agregaba a estas significativas manifestaciones otras no menos lisonjeras para el Dr. Madriz y terminaba diciendo:

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

"Deseando éxito, éxito y más éxito en su empresa patriótica, quedo de Ud. afectísimo, W. W. Kimbal".

El éxito no hubiera faltado, realmente, a no ser por la intervención implacable de las fuerzas norte-americanas, esta vez no de la escuadra a las órdenes del caballeroso Almirante Kimbal, sino de las que se hallaban del lado del Atlántico, frente a Bluefields.

El día 27 de Mayo, las fuerzas del Gobierno se habían apoderado por asalto de la posición llamada el Fluff, que dominaba la ciudad de Bluefields y esta última hubiera caído también, a no ser porque el Comandante del crucero norteamericano "Paducah" se descaró por completo, tomando partido abiertamente a favor de los rebeldes. Viendo que estos estaban ya para sucumbir, desembarcó fuerzas y notificó al Jefe de las ya victoriosas tropas del Gobierno, que no permitiría que prosiguiera el ataque y que todo subsecuente acto agresivo sería considerado como una declaración de guerra a los Estados Unidos.

El Presidente interino de Nicaragua comunicó estos hechos a los Gobiernos de los Estados Unidos y México, solicitando la mediación de este último. A consecuencia de esta solicitud, dirigió el Presidente Díaz un telegrama al Presidente Taft, transcribiendo la comunicación del Presidente interino de Nicaragua, a lo cual agregaba:

"Si los hechos son exactos, yo me permitiría encarecer amistosamente a Vuecencia que, inspirándose una vez más en el alto espíritu justiciero que siempre ha distinguido al Gobierno de los Estados Unidos, se consideraran de nuevo las disposiciones de que Nicaragua se lamenta, a fin de permitir al Gobierno del Doctor Madriz, dentro de prudencial plazo breve, la completa pacificación que ofrece, pues la prolongación de aquel estado de guerra, quizás perjudique a todo Centro-América. Si en alguna otra forma cree Vuecencia que mis buenos oficios sean útiles a la pacificación de Nicaragua, estaré siempre dispuesto a ejercitarlos."

A este correcto ofrecimiento de mediación para restablecer la paz basada en la justicia, contestó Taft con fecha 19 de Junio, manifestando su agradecimiento por el interés que expresaba el General Díaz con referencia al conflicto, pero desmentía categóricamente la aseveración del Doctor Madriz de que la continuación de la lucha se debiera a la política de los Estados Unidos. En seguida transcribía la nota dirigida al mismo Madriz, en la cual se afirmaba que "el Gobierno de los Estados Unidos sólo dió los pasos acostumbrados para proteger de un bombardeo o lucha, llevados a cabo por cualquiera de las dos facciones, dentro de la ciudad comercial de Bluefields, a fin de proteger los intereses preponderantes de los americanos y de otros extranjeros."

Por lo visto caracterizaba la nota de Taft, unas veces su insolencia, y otras su hipocrecía, pero todas tenían de semejante que cerraban la puerta a toda transacción o conciliación, acusando así el firme propósito de alcanzar el objeto en mira de cualquier manera, justa o injusta.

En estas deplorables condiciones, el honrado y patriota Doctor Madriz tuvo que prescindir de continuar la campaña y que conformarse con seguir el ejemplo de Zelaya, y en efecto, renunció a la Presidencia y entregó, forzado por las circunstancias, el Poder a los traidores aliados de los norte-americanos.

Madriz se dirigió, como Zelaya, a la ciudad de México, en donde se rindió homenaje a su honradez, cultura y patriotismo, aunque no oficialmente, por temores que se comprenden. Los intelectuales le manifestaron especialmente su sincero aprecio y le ofrecieron un banquete de simpatía en el aristocrático Jockey Club, pero, por desgracia, el distinguido huésped fué poco tiempo después víctima de una maligna enfermedad, que lo llevó en pocos días al sepulcro.

Las condiciones políticas de México se hallaban entonces en un estado de tirantez extraordinario, que permitieron al Gobierno de Washington desquitarse fácilmente de los disgustos sufridos, alentando a los oposicionistas made-

ristas, como lo hizo desde luego el Embajador Henry Lane Wilson, especialmente en un brindis que pronunció ante la colonia norte-americana, elogiando los esfuerzos de los mexicanos para establecer las prácticas democráticas y deseándoles éxito en la empresa.

De la protección indirecta que le dió a Madero el mismo Gobierno de Washington, ejerciendo el disimulo hacia los revolucionarios que utilizaban el territorio de los Estados Unidos como base de operaciones, en contravención al Derecho Internacional, así como de la protección más directa y aun descarada, de que se hizo culpable con motivo de la invasión filibustera de la Baja California, se tratará más adelante.



CAPITULO V

EL CENTENARIO DEL "GRITO DE DOLORES"

Los preparativos. Las delegaciones extranjeras. Inauguración de obras públicas y otras festividades. Notas discordantes. Actitud del General Díaz.

Con motivo de la proyectada celebración del Centenario del llamado "Grito de Dolores", de esa explosión de indignación popular, encabezada por Hídalgo, con la cual se inició en 1810 el movimiento revolucionario, que había de conducir a la independencia nacional, se había esmerado el Gobierno del General Díaz en aparecer ante el mundo civilizado como escrupulosamente adicto a los principios democráticos y como un fiel observador de las leyes. Se consideró, en consecuencia, en los círculos gubernamentales como un perjudicial trastorno del programa concebido, que la campaña electoral maderista hubiera puesto en evidencia lo que había de engañoso en muchas de las apariencias, y para aumentar las contrariedades estalló en aquel mismo tiempo una revuelta en Yucatán, de que se dará cuenta más adelante, dando lugar a los más serios comentarios. El Gobierno confiaba, sin embargo, en que la esplendidez de las fiestas, los agasajos a los representantes extranjeros y el entusiasmo,

más o menos artificial, que se pensaba provocar, borrarían las desfavorables impresiones que los recientes lamentables sucesos pudieran haber producido.

Desde el mes de Abril de 1910 habían empezado a hacerse los preparativos necesarios, a fin de conmemorar de una manera brillante y digna de una nación verdaderamente civilizada, el memorable acontecimiento, considerado como el principal de nuestra existencia como pueblo independiente. No se pretendía unicamente dar satisfacción a los sentimientos patrióticos, sino dar a conocer al mundo entero, la realidad de nuestros progresos y poner fin a las "infundadas críticas" como se decía y al descontento que se había manifestado ultimamente, con lo cual se esperaba que se consolidaría el régimen establecido. La existencia de 70 millones de reservas en las arcas nacionales, producto de los desvelos y de la habilidad del Sr. Limantour, permitían al Gobierno hacer gasto de consideración y de acuerdo con la solicitud del Ejecutivo, fueron votadas por el Legislativo las sumas necesarias para que las fiestas, que deberían durar todo el mes de Septiembre, dejaran atrás, por su deslumbradora esplendidez, todo lo que se había presenciado hasta entonces.

Conforme al programa adoptado, fueron enviadas invitaciones a todas las naciones amigas, que eran entonces todas las civilizadas del mundo, a fin de que se hicieran representar por sus Delegados, y pronto se tuvo noticia de que todas habían aceptado, con excepción de la Gran Bretaña, que se excusaba de asistir a causa de la muerte del Rey Eduardo VIII, acaecida poco antes, y de Nicaragua, por hallarse el país en estado de revolución.

LAS DELEGACIONES EXTRANJERAS

La Delegación de China, que fué la primera en llegar, desembarcó en Veracruz el día 26 de Agosto, después de esta

desembarcó en el mismo puerto el día 3 de Septimbre la Delegación alemana, al frente de la cual se hallaba el Embajador Carl Buenz; el día 6 del mismo mes pasaron la frontera por Laredo, la Delegación japonesa, encabezada por el Baron Uchida y la de los Estados Unidos que traían como jefe al distinguido político Curtis Guild, y en ese mismo día desembarcó en Veracruz la Delegación de España, encabezada por el Capitán General Marqués de Polavieja y la de Italia, con su distinguido jefe el Marqués de Bugniano, a quien acompañaba su hermosa y elegante esposa. Así fueron llegando las Delegaciones de otras nociones europeas y las de las Repúblicas de Sud y Centro-América, formadas en gran parte por notables políticos, mientras que otras naciones, como Francia y Rusia, designaron para que las representaran a los Ministros que ya tenían acreditados en nuestro país. A los Delegados los acompañaba un séquito más o menos numeroso de agregados civiles y militares.

Esas Delegaciones fueron recibidas, al pisar suelo nacional con toda cortesía y los honores debidos, para ser conducidas enseguida, en trenes especiales, a la Capital de la República, en donde fueron alojadas en suntuosas habitaciones, preparadas especialmente para ellas, con la correspondiente servidumbre a sus órdenes. Personas de cultura y de posición social fueron designadas para acompañar a los Delegados, teniendo cuidado de que los acompañantes hablaran, hasta donde fué posible, el idioma de los distinguidos huéspedes. Se pusieron en fin, lujosos carruajes a la disposición de estos, con todo lo cual quedó colocado a grande altura la cortesía y hospitalidad nacionales. Fué también motivo de satisfacción que no se presentaran durante todo el tiempo de las fiestas ningún incidente desagradable, provocado por torpeza, ignorancia o falta de tacto, de parte de los encargados de atender a los huéspedes.

No es probablemente aventurado asegurar que para el General Díaz deben haber sido las ceremonias que más halagaron a su amor propio, durante toda la prolongada

época de su gobierno, las que se verificaron cuando en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional, rodeado de sus Ministros, y de su Estado Mayor, ostentando altas condecoraciones de los más poderosos soberanos, fueron desfilando las brillantes Delegaciones de casi todas las naciones civilizadas del mundo, para presentarle en solemne audiencia, los mensajes de amistad, consideración y respeto de su Gobiernos o Monarcas. Las ceremonias fueron realmente imponentes y a la verdad, no dejaba de merecer el Presidente tales homenajes, pues a pesar de los errores que había cometido, perdonables en vista de la imperfección humana, a él se debía en gran parte la altura a que había llegado la Nación y no hay duda de que era un digno representante de su pueblo. Con la conciencia del éxito obtenido y en vista de las lisonjas de que era objeto, cuan pequeños deben haberle aparecido, en esos momentos, los audaces hombres que se habían atrevido recientemente a disputarle el Poder. Y, sin embargo, ese hombre arrogante, que parecía la personificación de la fuerza, a quien sus numerosos partidarios aclamaban como el genio de nuestro enorme progreso, estaba próximo a sufrir la pena que el inexorable destino depara a los que se dejan arrastrar por irreflexiva ambición o cegar por la veleidosa fortuna y los halagos de los aduladores. No estaba, en efecto, lejano el día en que se viera confirmada la antigua y terrible sentencia, que dice que del Capitolio a la Roca Tarpeya no hay más que un paso y había, en consecuencia, mucho de dramático para los que precenciaron el extraordinario acontecimiento histórico y que ya preveían cual iba a ser el desenlace fatal del período histórico que, comenzando con la restauración de la República en 1867, había de terminar por desgaste natural de las fuerzas hasta entonces predominantes, por una de esas desoladoras convulsiones que registra la Historia.

Como uno de los síntomas, un tanto alarmantes, de que la desconfianza y el recelo empezaban a hacerse sentir, aun en los círculos gubernamentales, aparecía la ausencia del hom-

bre más prominente en política, después del Presidente, que lo era el Sr. Limantour, el cual se había abstenido de regresar al país, a pesar de la promesa que había hecho de asistir a las fiestas que se estaban verificando. Pero en el torbellino de las diversiones y expansiones populares, el público no se preocupaba por tal motivo. Le preocupaba más el programa de los festejos y no alcanzaba o se negaba a descubrir puntos negros en el horizonte, y a la verdad que no iba a ser el primer caso en la Historia en que los grandes desastres tuvieron por precursores grandiosos derroches y las más desbordantes demostraciones de contento y de irreflexiva alegría.

Al fin de corresponder a la cortesía del Gobierno de México, hicieron algunos de los Gobiernos de las naciones amigas, o sus nacionales residentes entre nosotros, valiosos presentes, cuyo mérito consistía, en unas por el significado que tenían, en otras por su valor intrínseco, y en fin, porque reunieron ambas condiciones. El Embajador de España, el ilustre Capitán General, Marqués de Polavieja, trajo como especial presente, en demostración de cariño fraternal y de olvido de nuestros rencores pasados, el uniforme que había llevado el más conspícuo de los héroes de nuestra independencia, José María Morelos; Francia devolvió, por conducto de su Embajador el Sr. Lefevre, las llaves de la ciudad de México, que habían sido entregadas por un Ayuntamiento servil al Mariscal Forey, en el año de 1863, y el Emperador de Alemania regaló a México una estatua del distinguido sabio y único ciudadano honorario de México, Alejandro de Humboldt, que en épocas anteriores había prestado notables servicios al país. Dicha estatua fué colocada en un lugar conveniente, como lo es el jardín de la Biblioteca Nacional. El Japón hizo a México el regalo de dos hermosos tibores de porcelana negra con incrustaciones de oro, perla y nácar, y China nos obsequió un elejante ajuar. Como obsequio de la colonia otomana, residente en nuestro país, fué inaugurado un reloj público en la Plazuela del Colegio de Niñas,

esquina de Bolivar y Capuchinas. También se colocó la primera piedra de los monumentos a Pasteur, Garibaldi y Washington, obsequiados por las colonias de Francia, Italia y los Estados Unidos. Como complemento de estos obsequios, enviaron Alemania, Francia, Brasil y Argentina, compañías de infantería de Marina, que lucieron grandemente durante las festividades.

INAUGURACION DE OBRAS PUBLICAS Y OTRAS FESTIVIDADES

En vista de que el país llevaba ya muchos años de gozar de paz, de una extraordinaria prosperidad y de una administración pública eficaz, habían sido construidos numerosos edificios y otras obras de utilidad o belleza arquitectónica, que se pudieron ahora inaugurar para dar mayor realce a las festividades del Centenario. Entre esas obras, que fueron inauguradas con tal motivo, merecen especial mención el grandioso monumento a la Independencia, erigido en el Paseo de la Reforma, el Manicomio General, La Escuela Nacional de Ciegos, la Escuela de Sordomudos, el Hospicio de Niños, el abastecimiento de agua potable procedente de Xochimilco, la fábrica de pólvora sin humo y la ampliación de la Penitenciaría del Distrito Federal. Todos estos edificios habían sido construidos solidamente, conforme a los principios más modernos y a las necesidades particulares del caso.

Entre los numerosos espectáculos públicos que se llevaron a efecto, causó muy buena impresión, por su originalidad y habilidad con que fué concebido y ejecutado, el desfile en que se representaron algunas de las más interesantes y sobresalientes escenas de nuestra historia, desde la época de la conquista hasta la de la Independencia. Aparecieron ahí Moctezuma y Hernán Cortés con sus acompañantes, guerre-

ros mexicanos, tlaxcaltecas y españoles, personajes y sucesos memorables de la época colonial y, al fin, escenas de los tiempos de la Independencia, en donde figuraban el Generalísimo Agustín de Iturbide, soldados del Ejército Trigarante, etc.

Durante el tiempo de las festividades no dejaron que desear los servicios públicos, la limpieza de la ciudad era perfecta, las músicas militares estuvieron a la altura de su bien merecida fama y por las noches brillaban las calles en un mar de luces. A esto se agregaron los banquetes oficiales o particulares, casi diarios, las fiestas populares, las representaciones teatrales y los bailes, de los cuales fueron los más suntuosos los que se verificaron en la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Palacio Municipal y el Palacio Nacional. En fin se agasajó a los distinguidos huéspedes con excursiones a que fueron invitados para visitar en trenes especiales los lugares de la Reública más interesantes por su belleza o recuerdos históricos.

NOTAS DISCORDANTES

Hubo, sin embargo, varias notas discordantes en medio del regocijo general y de los espectáculos o manifestaciones oficiales, de los cuales debe haber sido especialmente desagradable a los gobernantes la que procedía de los antirreeleccionistas, que a pesar de haber sido derrotados oficialmente en los comicios, no se habían desalentado, sino que al contrario habían juzgado oportuno presentarse una vez más ante el público, como un amenazante "Mane Tekel Fares", a fin de "despertar de su delirio a las muchedumbres embriagadas", como decían, y que no se creyera que el Partido había renunciado a sus ideales. Verificaron, en efecto, los afiliados al Partido que todavía se hallaban en libertad en México, el día 11 de Septiembre, una manifestación pacífica

con el objeto de honrar a los héroes de nuestra independencia y al efecto depositaron coronas en sus tumbas; pero como no convenía al Gobierno que apareciera a la vista de los extranjeros, que una gran parte del pueblo lo hostilizaba, mandó disolver la procesión que se había formado, con el pretexto de que no se le había concedido la licencia. La intervención a mano armada de la gendarmería montada en el Paseo de La Reforma fué un acto de brutalidad injustificado, en que hubo varios heridos, quedando el campo regado de estandartes, coronas y sombreros, lo cual no podía menos de contribuir a sembrar odios y de producir entre los huéspedes el mal efecto que se quería, precisamente evitar a todo trance.

Las maniobras militares constituyeron, a su vez, un verdadero fracaso, pues nuestro ejército, que se presentaba muy correctamente en las paradas, carecía de instrucción para maniobras complicadas, su organización era anticuada y el General Mondragón, a quien se encomendó en aquella ocasión el mando de las tropas, era un hombre que debía sus ascensos a que había embaucado al General Díaz con sus pretendidas invenciones en el ramo de artillería, pero que, por lo demás, tenía más de comerciante y de especulador que de militar competente. El simulacro no fué, en consecuencia, más que una serie de movimientos incoherentes, que no podían dar una idea favorable de los conocimientos y aptitudes de los jefes, ni del entrenamiento de la tropa, lo cual me manifestaron confidencialmente los ofciales alemanes, que habían presenciado el espectáculo y con los cuales tuve ocasión de hablar con referencia a este asunto.

Otro de los sucesos que dió lugar a desfavorables comentarios, fué el discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, en contestación al del huésped de honor, Marqués de Bugniano, por el Diputado Rosendo Pineda. Cometió este elocuente, pero impulsivo orador, la torpeza de entrar en ciertas consideraciones, de las cuales se infería que entre todas las Delegaciones la que más había sobresalido era la de los

Estados Unidos, lo cual implicaba una descortesía hacia las demás. A mí, que era entonces Diputado, me pareció que esa insinuación inconveniente no debía pasar inadvertida y como, además de eso, deseaba explorar el espíritu de la Cámara, en vista de la amenazante situación política, presenté una proposición de que fueran desaprobados los conceptos emitidos por el Diputado Pineda.

Con excepción del caso en que el Diputado Agustín Aragón había defendido, el año anterior, al Señor J. López Portillo y Rojas, contra las maquinaciones de los científicos, dando lugar a que el Gobierno lo excluyera de la Cámara, no se había presentado otro, en muchos años, de verdadera discusión, así es que mi proposición cayó como bomba, con tanto más efecto cuanto que el Diputado Pineda era el jefe o ídolo de los científicos o corralistas. Saltaron, por lo tanto, seis u ocho Diputados a la vez de sus asientos, pidiendo la palabra para rebatirme, y el tumulto que se levantó fué tan ruidoso y agresivo, que me fué imposible concluir la exposición destinada a fundar mi proposición, mientras que dos o tres Diputados con quienes yo creía poder contar para que me apoyaran, emprendieron la fuga, abandonando el salón de sesiones. No hay exageración en asegurar que si hubiera hecho una proposición que implicara una traición a la Patria, la indignación no hubiera sido mayor. El Diputado Díaz Mirón se me enfrentó, en actitud de un pendenciero propesional; José M. Lozano dijo que yo le tenía probablemente envidia a Pineda; Daniel García dijo que antes me había atribuido algún talento, pero que veía que se había equivocado y no se conformaba con que se rechazara mi proposición, indicando la conveniencia de que se me hiciera un formal extrañamiento y poco faltó para que se propusiera expulsarme de la Cámara. ¡Fué una escena vergonzosa!

Mi proposición fué rechazada por unanimidad de votos menos el mío, pero esa unanimidad no impidió que la mayoría de esa misma Cámara tan corralista, se convirtiera en

maderista al año siguiente cuando hubo triunfado la revolución.

El diario gobiernista "El Imparcial" criticó naturalmente de una manera muy desfavorable mi proposición, pero los diarios independientes "El Constitucional" y el "Diario del Hogar" opinaron, como yo, que el Sr. Pineda había cometido una torpeza y que mi proposición había estado perfectamente justificada. Asimismo publicó el Ingeniero Agustín Aragón un folleto adhiriéndose a lo que yo había dicho. La cuestión en sí, era de escasa importancia, pero la tormenta parlamentaria que había levantado, demostraba la exaltación a que habían llegado las pasiones y la fe ciega que aun tenían los corralistas en la solidez de su triunfo.

El Ministro de Hacienda, Limantour, más clarividente que los demás gobernantes, y un tanto disgustado con la política de violencias predominante y por el recelo con que lo trataba el Presidente se había marchado a Europa, como se dijo antes, con el propósito o pretexto de hacer un nuevo arreglo de la deuda pública, pero al pasar por San Luis Potosí, había tenido una entrevista con el Sr. Francisco Madero, padre del candidato, aconsejándole que solicitara para este último la libertad bajo fianza, que sin duda le sería concedida. Ahora contemplaba la marcha de los acontecimientos desde París en donde se le veía con frecuencia en compañía del General Reyes, con lo cual se ponía en evidencia que de no intervenir las intrigas y las desconfianzas políticas, hubiera sido posible reconciliar desde antes a estos dos hombres, que de común acuerdo y con la aprobación del General Díaz hubieran podido conjurar la tempestad que se preparaba.

ACTITUD DEL GENERAL DIAZ

El General Díaz, a su vez, se aferraba más y más a sus ideas autocráticas y daba rienda suelta a sus rencores per-

sonales, mientras más avanzaba en edad, pues no comprendía que las condiciones de la Nación iban cambiando y que sus fuerzas ya no alcanzaban a dominar la situación. No se daba cuenta, en efecto, de que cuando subió al Poder en 1876 la vida política había sido mucho menos intensa que en 1910, que si entonces el diario de mayor circulación tiraba apenas 5.000 ejemplares, ahora había dos diarios independientes que tiraban de 30.000 a 40.000 ejemplares cada uno, mientras que el diario gobiernista subvencionado, tiraba aproximadamente 100.000 ejemplares. Y lo curioso del caso, en cuanto a este último diario, fué, que si bien había enseñado a millares de ciudadanos a ocuparse en la lectura de los asuntos públicos por medio del bajo precio a que se vendía, no por esto había logrado convertirlos a sus doctrinas, lo cual se puso en evidencia con motivo de un motín popular, en que el blanco de las turbas exaltadas fué precisamente ese diario de mayor circulación.

No bastaba todo esto para despertar al Dictador de su sueño, antes bien se sentía tan firme en su posición, a causa de la apoteosis de que había sido objeto con motivo del Centenario, que hasta pensó en sustituir al insustituible Limantour, considerándose ofendido por el desaire que este le había inferido al abstenerse de concurrir a las fiestas. Ese inconveniente propósito, parece que pretedía llevarlo a efecto al iniciarse el nuevo período presidencial, el 1º de Diciembre, puesto que conforme a la costumbre establecida, debían presentar su renuncia todos los Ministros, a fin de que el Presidente pudiera, con toda libertad, modificar o continuar su política. Intervinieron, sin embargo, los amigos y así quedó resuelto que se renovaría la confianza presidencial a todos los Ministros, incluyendo a Limantour.



CAPITULO VI

LA REVOLUCION MADERISTA

Madero y la revuelta de Valladolid, Yucatán. - Despues de vacilar, se decide Madero por la revolución. - Madero libre bajo fianza y su fuga. - El Plan de San Luis Potosí. - Primeros fracasos y decepción de Madero. - Alarma en el Gobierno. - Cunde la revolución. - Primeras tentativas de arreglo. - Limantour de regreso en México y el nuevo Ministerio. - La revolución en el Sur y Oriente de la República.

Dejamos en nuestra narración a Don Francisco I. Madero, después de terminada su campaña electoral, preso en Monterrey y ante la disyuntiva de someterse tranquilamente a la fuerza, o de rebelarse contra el orden establecido, por sólido que pareciera, tan luego como hubiera obtenido la libertad; pero aun antes de haber tomado una resolución en cuanto a este grave problema, los acontecimientos parecían adelantarse, indicándole el camino que debería seguir, pues en los momentos mismos de las vacilaciones se recibían noticias de una sublevación que se había verificado en el lejano Estado de Yucatán.

No tenía este suceso conexión directa con la campaña política de Madero, pero tuvo por origen el mismo descontento

que prevalecía en la mayor parte de la República, producido por los abusos de las plutocracias grandes y pequeñas, que explotaban sin escrúpulos a los débiles, así como por las arbitrariedades de las autoridades establecidas, especialmente los Jefes Políticos, que solían ser hombres de escasa cultura, que abusaban en beneficio propio, o para dar gusto a sus superiores, de las amplias facultades de que se hallaban investidos. Por lo demás, es probable, que la agitacion promovida y fomentada por Madero haya alentado también a los descontentos yucatecos.

Poco tiempo antes de los sangrientos sucesos que se van a referir, se habían verificado las elecciones de Gobernador del Estado de Yucatán. La exaltación de los ánimos, que apareció después de la conferencia del Presidente con Creelman, se había extendido también a esta parte de la República, dando lugar a que se presentara un partido independiente, que postulaba para Gobernador al Sr. Delio Moreno Cantón, mientras que la plutocracia yucateca, encabezada por Don Olegario Molina, entonces Ministro de Fomento, se había fijado en el Sr. Enrique Muñoz Arístegui, con la aprobación indispensable del General Díaz, como candidato para ejercer el mencionado supremo cargo del Estado.

No faltaban más que pocos días para que se verificaran las elecciones, cuando se publicó en Mérida la noticia, ya sea fundada o inventada a propósito, de que se había descubierto una conspiración para derrocar al Gobierno local, lo cual tuvo por consecuencia que el amedrentado candidato independiente, juzgara oportuno ponerse en salvo y de esta suerte, ya que se hubo despejado el campo, triunfara el candidato oficial, sin oposición alguna. En Valladolid era especialmente popular el Sr. Moreno Cantón y al disgusto que había causado el resultado de las elecciones, se agregó el que producía, ya desde antes, la conducta altanera, despótica y provocativa que observaba el Jefe Político Felipe de Regil. Tales fueron las circunstancias que condujeron al grave y sangriento conflicto que había de causar honda

impresión en toda la República y que había de ser el precursor de la tormenta que se preparaba.

Claudio Alcocer, un hombre impulsivo rencoroso y activo partidario de Moreno Cantón, que había sido ofendido, como muchos otros, por el Jefe Político, logró atraer a su lado para dar un golpe a la autoridad local, a otras personas que se hallaban en circunstancias idénticas a las suyas y que eran Miguel Ruz Ponce, Donato Bates, José Kantún, Máximiliano Bonilla y Atilano Albertos. No les fué difícil a estos hombres audaces, que ejercían influencia en las muchedumbres de indios ignorantes, reunir unos cuantos centenares de partidarios resueltos, que armaron con fusiles, escopetas, pistolas y machetes, y a la cabeza de los cuales se apoderaron, por sorpresa de la plaza, dando muerte al Jefe Político y a algunos hombres de la fuerza pública.

Una vez alcanzado el primer éxito, empezaron las mayores dificultades, pues los rebeldes carecían de organización y de un plan político determinado, que justificara sus procedimientos y atrajera a otros partidarios. Como Jefe Político fué elegido Ruz Ponce, pero desde luego apareció que este carecía de la autoridad y experiencia necesarias. Los promovedores de la revuelta habían logrado reunir más de 2.000 hombres, pero no disponían más que de 150 rifles y algo más de 400 escopetas de diferentes clases, de suerte que la mayoría de la fuerza disponible estaba armada únicamente de machetes. A pesar de estas desfavorables circunstancias, los rebeldes hubieran podido derrocar al Gobierno local de Yucatán, si hubieran procedido conforme a un plan bien meditado y con la rapidez necesaria, pues en Mérida reinaba un verdadero pánico y no había de guarnición más que una compañía de 150 hombres de fuerza federal e igual número de guardia nacional del Estado.

Por fortuna para el Gobierno establecido, perdieron los rebeldes el tiempo en discusiones y discordias, que aparecen casi siempre en tales casos, y entretanto pudo llegar a Mérida, procedente de México, el 10º batallón de línea, a las

órdenes del Coronel Gonzalo Luque. Este se puso inmediatamente en marcha sobre Valladolid, incorporando a sus fuerzas unos 500 hombres de guardia nacional del Estado, a las órdenes del Coronel Ignacio A. Lara. Con estas fuerzas atacó el día 9 de Junio la plaza de Valladolid, en que se habían atrincherado los rebeldes, tomándola después de una sangrienta lucha en que salió herido, entre otros, el Coronel Lara. Cayeron prisioneros varios de los cabecillas, pero los principales, que eran Alcocer y Ruz Ponce, lograron escapar a la persecución y refugiarse en una de las rancherías de los indios rebeldes y semi-salvajes.

De acuerdo con el régmien terrorista establecido en el país, se formó a los cabecillas presos un Consejo de Guerra que, después de una breve sesión y sin muchos trámites, los condenó a muerte. Conforme a esa sentencia fueron fusilados, en el lugar de sus hazañas, el día 25 de Junio de 1910 los desafortunados rebeldes Maximiliano Bonilla, José Kantún y Atilano Albertos.

De los prófugos logró Ruz Ponce, después de la caída de Porfirio Díaz, burlar la vigilancia de los indios que le habían dado hospitalidad y regresar a la civilización, pero Claudio Alcocer no tuvo la misma fortuna, pues fué asesinado cuando se descubrió que pretendía seguir el camino de su compañero.

DESPUES DE VACILAR SE DECIDE MADERO POR LA REVOLUCION

El mismo día 8 de Junio en que las avanzadas del Coronel Luque se tiroteaban con los rebeldes que defendían Valladolid, se verificó en Monterrey la aprehensión de los Sres. Madero y Estrada, de la cual ya se dió cuenta en otro capítulo. Con motivo de este abuso de la fuerza, que ponía fin a la lucha electoral, se empeñó de nuevo entre los

jefes anti-reeleccionistas la discusión referente a la actitud que debería adoptar el partido en lo sucesivo. Madero se resistía aun a abandonar el terreno legal, y lo confirmó por entonces, en esta actitud la carta del Doctor Vázquez Gómez, fechada el día 15 de Junio, a la que ya se ha hecho referencia, con motivo de la candidatura de Dehesa y en la cual le decía: "Juzgo que el General Díaz trata de desligarse de Corral y los científifcos, pero no quiere quedarse solo. Pienso que al país le convendría más el General Díaz con el elemento independiente que Díaz y científicos. Creo que el triunfo de Díaz con elemento independiente, sin dar lugar a revoluciones, salvaría la situación; mientras que el de Díaz y científicos provocaría la revolución, lo que por ningún motivo es conveniente para el país y debemos, por lo tanto, evitarlo a todo trance."

Com ya se dijo, se puso en evidencia, pocos días después de escrita esa carta, que la candidatura de Dehesa no había sido más que un nuevo indigno engaño político, para completar la comedia, y en consecuencia, se fueron sobreponiendo los partidarios de la revolución en el ánimo de Madero. Este último se hallaba ahora en contacto inmediato con aquellos, los más activos y decididos de sus partidarios, que eran, su hermano Gustavo, antes aparentemente pacifista, el Licenciado Roque Estrada y el Doctor Rafael Cepeda, Presidente del Club Anti-reeleccionista de San Luis Potosí. Además de Gustavo Madero, ya se iban inclinando los otros parientes a las ideas revolucionarias, pues, por una parte, aumentaban las posibilidades de que estas triunfaran y, por la otra había que considerar que los negocios de la familia, que ya marchaban mal cuando "Panchito" se lanzó a su campaña política, habían empeorado de tal manera que ya la salvación apenas se podía esperar más que por el triunfo de la revolución.

En la Penitenciaría de Monterrey fueron tratados los presos, según propia confesión, con toda especie de consideraciones y el Alcaide, Miguel Olvera, que había sido ganado a la

causa anti-reeleccionista, aun se prestó a proteger su fuga; pero antes de que se hubiera presentado oportunidad de verificarlo, vino una orden para que los presos fueran translados a San Luis Potosí, por ser este el lugar en donde, conforme al testimonio del Licenciado Orcí, se habían verificado los delitos de conato de rebelión y ultrajes al Presidente de la República. En cumplimiento de esa orden, fuerón despachados los presos rumbo à esa ciudad, en carro dormitorio, bajo la custodia del caballeroso Coronel J. Morelos Zaragoza, de quien por cierto, no tuvieron motivo alguno de quejarse.

Una vez en la prisión de San Luis Potisí, dice el Licenciado Estrada que hizo presente al Sr. Madero que la insurrección se imponía como una "necesidad nacional" y que en consecuencia, el promoverla era un "deber imprescindible". Los sucesos de Yucatán, que se acaban de referir y que se verificaban en esos días, deben haber constituído argumentos a favor de las medidas extremas, pero Madero vacilaba todavía, cuando se presentó su hermano, el funesto Gustavo, en auxilio de Estrada, diciendo: "Yo no soy político, pero no hay más remedio que la revolución y aquí estoy yo".

A Gustavo Madero se adhirieron en seguida algunos otros de los miembros de la familia Madero, que ya se habían convencido de que los "intereses nacionales" y aun más los intereses propios, exigían que se apelara al último recurso, que era el de las armas, a fin de derrocar "la odiosa tiranía" y de asegurar al país una ilimitada prosperidad. Las insinuaciones de parientes y amigos y la falta de un sano juicio que caracterizaba a Madero, dieron por resultado que este pasara rápidamente de las dudas al más extremo optimismo y, en efecto aseguró a Estrada en los primeros días del mes de Julio, que ya estaba todo listo para dar el golpe el día 14 del mismo mes, puesto que Cosío Rovelo tenía todo preparado en los Estados de Puebla, Morelos, etc., y que los amigos de San Luis Potosí, encabezados por el Doctor Cepe-

da, estaban dispuestos a promover una sublevación para poner a los presos en libertad. Ese descabellado proyecto de sublevación inmediata fué, sin embargo, desechado pocos días después, a causa de una conferencia que tuvieron los conspiradores con un hombre de perspicacia y aplomo, que era el Sr. José de la Luz Soto, el cual les hizo comprender lo prematuro e insensato de la empresa.

MADERO LIBRE BAJO FIANZA Y SU FUGA

En esos días pasó por San Luis Potosí, rumbo a Europa, el Ministro de Hacienda, Limantour, antiguo amigo de la familia Madero, el cual tuvo una conferencia con Don Francisco, padre del candidato, aconsejándole, como se dijo antes, que los presos solicitaran su libertad bajo fianza, la que les sería concedida sin dificultad. Así lo hicieron estos, conforme al excelente consejo que se le había dado y, en efecto, fueron puestos en libertad el día 22 de Julio, sin más condiciones que una fianza moderada y la obligación para los acusados de no abandonar la ciudad. Estas condiciones, así como la escasa vigilancia que se ejercía, comprobaba que el Gobierno estaba convencido de su triunfo definitivo y que ya realmente Madero no le inspiraba gran temor, a pesar de lo que se había visto. Se ponía de manifiesto, con este motivo, que tan torpe había estado el Gobierno durante la campaña electoral con sus medidas de rigor, como ahora lo estaba con este acto de inoportuna liberalidad, precisamente en los momentos de mayor peligro.

A fin de poder promover con probabilidades de éxito un movimiento revolucionario se imponía naturalmente para los jefes de la conspiración, la fuga al Extranjero, y esto fué lo que determinaron hacer a la mayor brevedad posible. Madero quería que lo acompañaran, desde luego Estrada y Cepeda, pero estos hicieron presente que lo esencial y lo que

más probabilidades de éxito prometía, era que él, como jefe, se fugara primero y que ellos lo seguirían al día siguiente, aun cuando el riesgo que corrieran fuera mayor, pues no querían anteponer su interés personal al de la causa que habían abrazado. Conforme a este arreglo, se adelantó Madero, saliendo de San Luis Potosí, disfrazado de mecánico, en compañía de un señor Julio Peña, el día 6 de Octubre, dirigiéndose ambos a pie, hasta la Estación de Peñasco, en donde, ya de acuerdo con el empleado del Express, tomaron el tren para Laredo. En vista del descuido del Gobierno, se hizo el viaje sin contratiempo y al día siguiente pasaron los fugitivos la frontera de la vecina República.

Con este motivo es de interés consignar un hecho característico de la ligereza o invencible vanidad del Sr. Madero, o del desprecio hacia las personas que le servían a él y a la causa, que fué que al presentarse a la Oficina de Inmigración norte-americana, diera, sin necesidad alguna, su nombre completo, debiendo saber que la novedad iba a ser publicada inmediatamente en la prensa de los Estados Unidos, poniendo así en peligro a sus partidarios y amigos, que se hallaban aun en camino para Laredo. Por fortuna para los señores Estrada y Cepeda, las autoridades mexicanas no procedieron con el empeño que el caso requería, de suerte que también esos dos fugitivos pudieron pasar la frontera sin contratiempo. De Laredo salieron todos juntos, rumbo a San Antonio Texas, en donde se había de establecer el Cuartel General de los revolucionarios.

Al llegar los fugitivos a San Antonio, ya se hallaban allí Juan Sánchez Azcona, Aquiles Serdán, Bordes Mangel y otros. Poco tiempo después se presentaron varios ex-alumnos del Colegio Militar, que eran Rafael Aguilar, Arturo Lazo de la Vega, Onésimo Espinosa y Francisco Flores, más tarde llegó la mayor parte de los miembros de la familia Madero y al fin los hermanos Vázquez Gómez. El Sr. Madero se alojó en el Hotel Hutchins, pero el Hotel Plaza fué el que se convirtió en centro principal de los conspiradores.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

EL PLAN DE SAN LUIS POTOSI

Tan luego como el Sr. Madero hubo establecido su centro de operaciones en San Antonio, Texas, procedió a declararse abiertamente revolucionario, lanzando al efecto un manifiesto al pueblo americano en solicitud de su simpatía en la "lucha contra la tiranía", sin preocuparle, por lo visto, la actitud que pudiera adoptar el Gobierno de Washington. Al mismo tiempo dirigió al pueblo mexicano uno de esos programas revolucionarios usuales entre nosotros, que designó con el nombre de "Plan de San Luis Potosí" y que fechó el día de su fuga, es decir, el día 5 de Octubre, no obstante de que había sido redactado en territorio yanqui.

Se hacían en ese Plan revolucionario, los más graves cargos al Gobierno del General Díaz, que, según se afirma no tenía por objeto el engrandecimiento y la prosperidad de la Patria, sino el de enriquecer a un pequeño grupo de privilegiados, que había convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales; que el Poder Legislativo, lo mismo que el Judicial, continuaba diciendo el Plan revolucionario, estaba completamente supeditado al Ejecutivo; que la Justicia, en vez de impartir su protección al débil, sólo servía para legalizar los despojos que cometía el fuerte; que el sufragio había sido escandalosamente violado, y que para salvar la República del inminente peligro con que la amenazaba la prolongación de una Dictadura, cada día más onerosa, despótica e inmoral, se imponía la necesidad de establecer sobre base firme, el sufragio efectivo y el principio de no reelección.

En vista de estas consideraciones, se declaraban nulas las últimas elecciones, se desconocía al Gobierno establecido del General Díaz, no obstante de que faltaban casi dos meses para que terminara el período para el cual había sido electo sin oposición, y se declaraba que, además de la Consti-

tución y leyes vigentes, sería ley suprema de la República el principio de no-reelección del Presidente y Vice-Presidente de la República, de los Gobernadores de los Estados y Presidentes Municipales. De reformas destinadas a mejorar la situación de los obreros, protegiéndolos contra el poder absorbente del capital, conforme a las prácticas establecidas en los países civilizados, el Plan revolucionario no decía absolutamente nada y en cuanto a la llamada cuestión agraria, no decía más que lo siguiente:

"Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios han sido despojados de sus terrenos, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallo de los tribunales. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos, y se exigirá a los que los adquirieron de una manera tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos".

Un artículo del Plan que sorprendía por la candidez que lo había inspirado, decía:

7) El día 20 de Noviembre, de las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan. (Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación, lo harán desde la víspera.) (?)

No puede dejar de observarse que, con excepción del parrafito, sin importancia, referente a un caso concreto en que se habían cometido abusos que había que corregir administrativamente, el famoso Plan de San Luis no contenía absolutamente nada de nuevo, ni que lo distinguiera especialmente pues que se limitaba, como tantos otros documentos de su especie, a reprochar a los gobernantes que se enriquecían a expensas de los gobernados, que falseaban el sufragio, que corrompían la administración de justicia y que pretendían perpetuarse en el Poder. Para poner fin a esos males, no ha-

bían podido encontrar los autores del Plan otro remedio que el propuesto por los partidarios de Porfirio Díaz treinta y tantos años antes, es decir, establecer el principio de no-reelección, pues todas las demás promesas de respeto al sufragio y a la independencia del Poder Judicial, no significaban nada, en vista de que habían sido siempre incluidas en los programas y nunca cumplidas después del triunfo de las sucesivas revoluciones.

Esa falta absoluta de penetración para comprender las verdaderas causas de nuestros males y de imaginación para descubrir y aplicar los remedios conducentes, en vista de nuestras condiciones especiales, había de producir, por desgracia en lo sucesivo, los más desastrosos resultados, y es absurdo hacer aparecer el vulgar programa a que dedicamos la atención, como una exposición de sabios principios redentores. Madero y sus partidarios no contribuyeron con ninguna idea nueva y fecunda al progreso político de la Nación, pues no hicieron más que seguir el camino trillado de tantos de nuestros políticos, que se figuran ser muy progresistas, porque copian sin discernimiento las teorías más radicales que aparecen en países extranjeros.

PRIMEROS FRACASOS Y DESILUSION DE MADERO

El primer conflicto armado entre los conspiradores y los agentes del Gobierno se verificó el día 18 de Noviembre, es decir, dos días antes de la fecha que tontamente había fijado Madero, para la sublevación. El Sr. Aquiles Serdán, uno de los agitadores más activos y resueltos, había conferenciado con Madero en San Antonio, Texas, y en seguida había regresado a Puebla, en donde residía habitualmente, para iniciar el movimiento revolucionario. El detestable tirano de Puebla, Mucio Martínez, tuvo conocimiento de lo que pasaba y dió orden de aprehensión contra el jefe de los

conspiradores al odiado Jefe de Policía Miguel Cabrera, el mismo que trece años antes había sido condenado a muerte por la parte que tuvo en el infame asesinato de Arnulfo Arroyo.

Cabrera procedió a ejecutar la orden recibida, pero como ya en otra ocasión se había portado con extraordinaria brutalidad hacia Serdán, éste no se quiso exponer a nuevos insultos o atropellos, por lo cual opuso resistencia, dejando muerto de un balazo al representante de la autoridad, cuyo cadáver arrojó a la calle mientras que los gendarmes emprendían la fuga. Se divulgó la noticia de que había 100 hombres atrincherados en casa de Serdán, dando lugar a que se movilizara la guarnición y a que se emprendiera formal ataque contra lo que se consideraba un punto fortificado. El combate duró varias horas y ya habían sufrido numerosas bajas las fuerzas del Gobierno, cuando el Coronel Gaudencio de la Llave, a la cabeza del batallón Zaragoza, logró penetrar en la casa, después de haber dado muerte a Máximo Serdán, hermano de Aquiles. Grande fué la sorpresa de los invasores cuando hubieron forzado el tenazmente defendido recinto y no encontraron ahí más que tres heroicas mujeres, la madre, la hermana y la esposa de Aquiles Serdán, pues este último había desaparecido. Se registró la casa sin ncontrar al principal autor del conflicto, pero al cabo de 14 horas salió este del bien encubierto escondite para entregarse. La fuerza de Policía que había quedado de guardia, tenía orden estricta de matarlo tan luego como lo encontrara y así lo hizo inmediatamente a tiros de revólver.

En cuanto a la sublevación general que el Sr. Madero había fijado, en su candor, para el día 20 de Nviembre, no era posible que se verificara, pues la inmensa mayoría de los ciudadanos carecía, no solamente de la iniciativa necesaria, sino de armas, munición y organización. Aun en los lugares más inmediatos a la frontera,el problema revolucionario era de lo más difícil, de lo cual iba a cerciorarse personalmente el mismo Madero. En efecto se había resuelto que, de

acuerdo con lo que debería suceder en toda la República, se atacara el día 20 la población de Piedras Negras, que entonces se llamaba Ciudad Porfirio Díaz, bajo la dirección o al menos a la vista del mismo jefe de la revolución. Dice el Licenciado Estrada, que el optimismo de Madero rayaba en frenesí, que poner en duda la toma de Ciudad Porfirio Díaz era motivo de duros reproches y que Madero contaba con hallarse en la plaza rendida el día 20 por la tarde, ya en funciones como Presidente interino de la República.

Para llevar a efecto el premeditado ataque, creía poder contar firmemente el Sr. Madero con 300 hombres que decía haberle prometido el Sr. Catarino Benavides, a quien llamaba cariñosamente "mi tio Catarino", además otros 300 hombres que le había prometido un embaucador de apellido Bustamante, que residía en Eagle Pass, frente a Ciudad Porfirio Díaz, el cual se había prestado a recibir dinero en cambio de promesas que sin duda no tenía la intención de cumplir. Para dirigir las operaciones militares fué designado el ex-alumno del Colegio de Chapultepec Rafael Aguilar a quien debían asistir sus compañeros de ese mismo colegio.

Dice Aguilar en el libro que publicó al año siguiente, que cuando pasaron la frontera a la madrugada del día 20, para unirse a los prometidos 300 hombres del "tio Catarino", no encontraron, por lo pronto, más que ganado que bajaba al río, a tomar agua, y que una humareda que se hizo para llamar la atención de los partidarios, no dió resultado alguno. Por fin, a las 4 y media de la tarde, se presentó el "tio Catarino," pero no con 300, sin con 10 hombres (!), de los cuales no eran más que cuatro los que llevaban carabinas, mientras que los otros no iban armados más que de pistolas con una escasa dotación de municiones. De los hombres de Bustamante, no obstante la confianza que Madero había dispensado a este, no había noticia alguna. Tampoco apareció, a pesar de su promesa, el periodista Paulino Martínez, el cual aseguraba tener 15 valientes a sus órdenes.

En tales condiciones hubiera sido temeridad emprender operación alguna, por lo cual se despidió a la gente del "tio Catarino" y los jefes regresaron a Eagle Pass. Ahí supieron que entretanto el bribón de Bustamante había inducido a tres de los jóvenes oficiales profesionales a que pasaran la frontera por otro lugar que el escogido por Madero, en compañía de un guía que les proporcionó, el cual debería conducirlos a donde aseguraba que se encontraría a la gente dispuesta a levantarse. Una vez en territorio mexicano desapareció el guía de la compañía de los oficiales y como no se unió a estos un solo hombre, tuvieron que emprender la fuga, pasando muchos trabajos y peligros antes de que lograran regresar a territorio de los Estados Unidos.

Este humillante fracaso, al cual se agregaron otras funestas o desconsoladoras noticias, como fueron la de la muerte de los hermanos Serdán, la de que nadie se había levantado en armas en toda la República ni el día 20, ni los días siguientes y, en fin, la de que Robles Domínguez y Cosío Robelo habían sido aprehendidos en México, produjeron una profunda depresión en el ánimo de Madero, pues este se desalentaba con la misma facilidad que se entusiasmaba y llenaba de ilusiones. El Gobierno de Washington seguía favoreciéndolo con su disimulo, pero a pesar de esto resolvió el desilusionado caudillo, de una manera decidida, abandonar la empresa. Completamente abatido, como estaba, dijo al Licenciado Estrada que, a su juicio la revolución había fracasado, que él no podía menos que doblegarse ante los hechos y que lanzaría un manifiesto reconociendo al General Díaz, puesto que el pueblo así lo había hecho y que suplicaría al Gobierno que perdonara a sus partidarios. A esto se agregó que sus recursos ya se habían agotado en la campaña y que ya no podía seguir proporcionando a sus partidarios lo necesario para la vida.

En relación al mismo asunto refiere el Sr. Rafael Aguilar que Madero, "sumamente agobiado", le dijo que ya no tenía recursos, pero siendo él (Aguilar) y sus compañeros oficia-

les, muchachos fuertes e inteligentes, les sería fácil encontrar trabajo y que entre tanto les entregaría 20 Dólares a cada uno. Que él (Madero) pensaba salir para la Habana a fin de esperar ahí a que en México se verificara un movimiento serio. Gustavo Madero, uno de tantos "financieros" de la familia, se hallaba entonces en Nueva York en busca de dinero para fomentar el movimiento, de suerte que no pudo emitir su opinión en el consejo familiar que se verificó, y en el cual prevaleció la idea de que todo estaba perdido. La mayor parte de la familia tenía el propósito de ir a radicarse en Europa, pero Francisco Inocencio se proponía establecerse en la Habana y Julio había resuelto marcharse a la Argentina, en compañía de su fiel acompañante Julio Peña.

El Licenciado Estrada asegura que procuró, con empeño, disuadir a Madero de la poco digna resolución que había tomado, recordándole la obligación que había contraído hacia México y haciendo presente que se habían recibido de Chihuahua noticias favorables a la revolución, pero que todo fué inútil, en vista del completo desalento que se había apoderado del jefe de la revolución y que este salió para Nueva Orleans, con la intención de embarcarse ahí para la Habana.

ALARMA EN EL GOBIERNO

Al mismo tiempo que Madero, profundamente descorazonado, caminaba rumbo a Nueva Orleans, abandonando a sus partidarios, el Gobierno de México se hallaba, como por ironía, extraordinariamente alarmado por los acontecimientos que se habían verificado durante el mes de Noviembre que tocaba a su fin. El día 5 de ese mes publicó el diario "El País" la noticia de que en Rock Spring, Texas, había sido quemado vivo un mexicano, conforme a la llamada infame "Ley de Lynch", sin que se hubiera comprobado el crimen

de asesinato que se le atribuía y dos días después publicó el mismo diario un enérgico artículo, protestando contra ese acto de salvajismo. Esto dió lugar a que se encendieran los ánimos y a que los estudiantes hicieran una ruidosa ovación al mencionado diario, al mismo tiempo que se organizaba una manifestación de protesta contra lo que había ocurrido en Tejas. A pesar de que se había procurado que la manifestación tuviera un carácter pacífico, las autoridades, conforme a su torpe costumbre, la mandaron disolver por la Gendarmería Montada y no solamente resultaron varios heridos, sino que cuatro estudiantes fueron reducidos a prisión.

En vez de que se calmaran los ánimos con estas medidas de rigor, se enardecieron más, de suerte que al día siguiente de esos sucesos se reunieron de nuevo los estudiantes y marcharon, acompañados esta vez por grandes masas populares, al Palacio Municipal, en donde una Comisión encabezada por el estudiante José Prado Romaña, se dirigió al Gobernador del Distrito, pidiendo que se pusiera en libertad a los estudiantes presos. Atemorizado el Gobierno, cedió después de algunas vacilaciones, pero la manifestación siguió adelante, cambiando de carácter por el camino, pues si al principio era realmente anti-yanqui y se apedrearon algunas casas americanas, al fin se convirtió en anti-gobiernista. En efecto se dirigieron los manifestantes a la Redacción del diario oficioso "El Imparcial", penetrando a las oficinas, en donde rompieron los muebles y les prendieron fuego, de suerte que solamente la oportuna aparición de los bomberos pudo salvar el edificio. Los perjuicios materiales causados por estos motines, no fueron grandes, per se puso de manifiesto que a pesar de las apariencias de tranquilidad política y social, hervían las pasiones, y que estas podían estallar en cualquier oportunidad imprevista con resultados incalculables.

No bien se había repuesto el Gobierno de la alarma que le había producido estos inesperados y amenazantes sucesos,

cuando se recibió la noticia de lo ocurrido en Puebla, que se acaba de referir. Tampoco ahí se habían causado graves perjuicios, pero el fenómeno era sintomático del espíritu de rebeldía que cundía entre las masas populares. No dejó de producir también una fuerte impresión el hecho de haberse descubierto que entre los oficiales y soldados de la guarnición, se habían repartido proclamas firmadas por Madero, invitando a la defección, pues el jefe de la revolución era partidario de los "cuartelazos" cuando estos se verificaban a su favor o el de su causa. Aun más alarmante que todo esto, fueron las noticias de Chihuahua, pues ahí se había producido realmente una sublevación entre la viril población de la Sierra, que estaba ya cansada de la manera como la explotaban y vejaban las autoridades locales, impuestas por el despótico ex-Gobernador Enrique C. Creel, yerno del otro ex-Gobernador y General Luis Terrazas, los cuales se habían apropiado, en unión de sus numerosos parientes, la mejor parte del Estado, y seguían monopolizando las fuentes de riqueza, al mismo tiempo que se recargaban de contribuciones y se oprimía a todos los demás.

Que el Gobierno consideraba la situación como muy grave, precisamente cuando Madero abandonaba la lucha, se deduce de un libro publicado años después por el Licenciado Manuel Calero, en el cual refiere este, que después de la muerte de Serdán, fué a ver al Presidente Díaz, a fin de "someterle respetuosamente" algunas medidas que le parecían urgentes, recibiendo por contestación que el Gobierno ya no necesitaba Licenciados sino soldados. A esta manifestación, que caracterizaba su estado de ánimo, agregó el Presidente que iba a "tratar la situación a cañonazos."

CUNDE LA REVOLUCION

Ese enfático propósito de resolver el problema "a cañonazos", no significaba realmente, en vista de las circuns-

tancias, más que una verdadera fanfarronada, pues aun abstrayendo del hecho que el anciano Presidente ya no estaba en aptitud de emprender una campaña, había que darse cuenta de que el avispero que se estaba levantando no se podía disolver a cañonazos y, lo más grave de todo era que, contrariamente a lo que se suponía, carecía de los elementos necesarios para sobreponerse al general descontento y desmoralización que prevalecían. El ejército federal, que se presentaba perfectamente en las paradas, estaba incompleto y carecía de condiciones para entrar en una formal campaña: las autoridades locales estaban casi desarmadas, y no había ni milicia, ni ninguna otra especie de fuerza armada u organización que pudiera entrar en acción.

Esta fatal situación era una consecuencia natural de la política que había observado el Gobierno. En vez de que este buscara su apoyo en una educación conveniente del pueblo y en la organización de los elementos sanos de la sociedad, no se había fiado, para mantener la paz pública, más que de la tropa de línea. El terror y no la educación o la organización social, había sido el principio fundamental de la política; pero ahora resultaba que el mismo instrumento del terror, que era el ejército, no podía responder, ni por su fuerza numérica, ni por su eficacia, a lo que de él se esperaba. Es cierto que hubo jefes y oficiales dignos, pundonorosos y hasta heroicos, pero en general era indudable que la preferencia que se había dado a los serviles sobre los que demostraban la ambición de distinguirse en la carrera, había adormecido o matado el estímulo y había dejado el mando de las fuerzas en manos incompetentes; a lo cual se agregaba que el disimulo que se practicaba hacia los jefes que defraudaban el Erario, para tenerlos contentos, propagaba la inmoralidad y reducía los efectivos de los batallones y regimientos. De esta suerte, el ejército que, conforme al Presupuesto, se debería componer de 30.000 hombres, había quedado reducido a unos 18.000.

Tales eran las circunstancias por las cuales atravesaba el país, cuando se tuvo noticia de que, a instigación del agitador Abraham González, algunos centenares de hombres se habían sublevado en la Sierra de Chihuahua, a inmediaciones de Ciudad Guerrero y no muy lejos de las ruinas del heroico pueblo de Tomóchic, que parecía clamar venganza. Los sublevados eran gente resuelta, que aventajaban a los soldados federales —reclutados en su mayoría, por fuerza entre las últimas clases sociales— no solamente por su mayor iniciativa, sino como buenos tiradores y excelentes jinetes, es decir, por cualidades de primer orden para una campaña de guerrillas, en una región en que abundaban los caballos. A la cabeza de esos hombres aparecieron jefes que resultaron ser hábiles y valientes guerrilleros, como Pascual Orozco, Marcelo Caraveo y José de la Luz Blanco. Tanto estos como la mayor parte de los que los acompañaron al principio, eran hombres honrados y trabajadores, que se lanzaban a la lucha porque su espíritu se rebelaba contra los actos de opresión e injusticia que presenciaban, pero no tardaron en aparecer otros tipos revolucionarios, que no eran realmente más que verdaderos bandoleros, especialmente el feroz Francisco Villa, un hombre astuto y audaz, excelente guerrillero, pero como hombre verdaderamente execrable.

El día 27 de Noviembre se apoderaron los rebeldes del pueblo y cañón de San Andrés, una posición estratégica sobre la línea férrea entre Chihuahua y Ciudad Guerrero. De ahí avanzaron hasta el pueblo de El Fresno, que no queda más que a 14 kilómetros de Chihuahua, en donde fueron atacados por el General Navarro, que marchaba a la cabeza de 500 hombres de fuerza federal a su encuentro. Los rebeldes fueron derrotados después de una tenaz resistencia, por carecer aun de experiencia y disciplina, pero muy pronto se repusieron, de tal manera que en los días siguientes pudieron inferir graves pérdidas a los pequeños destacamentos federales, logrando, al fin, apoderarse de Ciudad Guerrero. Alarmado por esta situación, renunció el Gobernador José M.

Sánchez, una hechura de Enrique C. Creel, el día 5 de Diciembre, pero en vez de que se llamara a sustituirlo a un hombre popular, se entregó el Gobierno al Sr. Alberto Terrazas, hijo del aborrecido multimillonario General Luis Terrazas y yerno del mencionado Creel.

Todos los sucesos referentes a la revolución se publicaban en la prensa de los Estados Unidos, algunas veces exagerando su importancia, y tanto esto como las cartas que dirigían los revolucionarios a Madero, determinaron a este a renunciar a la fuga que había emprendido rumbo a la Habana, es decir, a regresar de Nueva Orleans a San Antonio, Texas, lo cual verificó a fines de Diciembre. La familia Madero había permanecido en esta última ciudad, con excepción de Gustavo, que aun se hallaba en Nueva York, como Agente Finaciero, mientras que el Doctor Vázquez Gómez seguía en Washington, con el carácter de Agente Diplomático de los revolucionarios, firme en su propósito de continuar la lucha. Las autoridades de los Estados Unidos seguían ejerciendo el disimulo, dando así lugar a que los trabajos de los conspiradores se llevaran a efecto sin serios tropiezos.

Al reanimarse los trabajos revolucionarios, con los triunfos de Orozco y el regreso de Madero a San Antonio, se presentaron desde luego, dos importantes cuestiones, que eran la de conseguir un empréstito, puesto que los recursos de la familia Madero se iban agotando a pesar de los $210,000 que a instancias de Limantour le había adelantado el Banco de Londres y México y, enseguida, la de la conveniencia de que el candidato a la Presidencia pasara la frontera para ir a dirigir a sus partidarios en Chihuahua, único Estado en que, hasta entonces, se había producido un movimiento revolucionario formal.

Se discutió esta última cuestión extensamente, sin llegar a un acuerdo, pues mientras que la mayoría de la familia Madero y el Licenciado Federico González Garza, opinaban que sería imprudente que el jefe de la revolución expusiera su persona, lanzándose a la lucha armada, el Licenciado Es-

trada y el Capitán Rafael Aguilar, este último el más caracterizado entre los pocos militares profesionales que se habían adherido a la revolución, insistían en que el propio prestigio de Madero y aun más sus obligaciones hacia la Patria, exigían que se pusiera personalmente a la cabeza de los sublevados. Madero se inclinaba, por entonces, hacia los que recomendaban la prudencia, pero a fin de estar más próximo al teatro de la guerra, juzgó oportuno dirigirse a El Paso, Texas, a donde llegó en los primeros días del mes de Febrero, contando siempre con el disimulo de las autoridades americanas.

En esos mismos días en que Madero se establecía en El Paso, había hecho Pascual Orozco una de sus atrevidas marchas, desde inmediaciones de Chihuahua hacia Ciudad Juárez, a fin de apoderarse de esta última plaza, e indudablemente lo hubiera conseguido, si el activo y valiente Coronel Antonio Rábago, no hubiera hecho también, desde Corralitos, una marcha forzada, que le permitió entrar a la plaza amenazada antes que su audaz adversario, después de un encuentro con los rebeldes que le querían cortar el camino en la Estación de Bauche. Sin embargo, seguía Orozco frente a la plaza con unos 400 jinetes, y esta hubiera sido la oportunidad de que se hubiera unido a sus partidarios el que ya se titulaba "Presidente Provisional" a fin de dar un ejemplo de abnegación y audacia. El Capitán Aguilar, lo mismo que el Licenciado Estrada insistían en que así se hiciera, pero la Junta Revolucionaria que se había formado, les contestó, a falta de otra explicación, que "razones de Estado que ellos no podían conocer" obligaban al Sr. Madero a quedarse, por lo pronto, en los Estados Unidos.

Si Madero no se resolvió entonces a pasar la frontera, no por esto dejó de cometer su primer error en cuestiones militares, pues en vez de reconocer a Orozco el grado que, con sus propios esfuerzos y habilidad, había conquistado, quiso subordinarlo, por cuestión de simple simpatía personal, al Coronel José de la Luz Soto, que ni era militar profesio-

nal, ni había adquirido aun méritos suficientes para preferirlo. Recibió este, en efecto, su nombramiento, lo mismo que el Estado Mayor que lo debía acompañar y que se componía del Capitán Aguilar, el Ingeniero Eduardo Hay, el incompetente aventurero italiano José Garibaldi, Raúl Madero, sin más mérito que el de ser hermano del pretendiente y, en fin, Roque González Garza.

Como era de esperarse, no quiso Orozco reconocer al que, desde lugar seguro, había designado Madero como su jefe, y retrocedió con su fuerza rumbo a Chihuahua. Soto se hubiera quedado solo con su Estado Mayor, a no ser porque un centenar de hombres no quiso seguir a Orozco, por estar escasos de víveres que esperaban recibir de El Paso. Con esta fuerza, que se le unió, se hallaba Soto a unos 25 kilómetros al S. E. de Ciudad Juárez, cuando se presentó en el campamento el activo agitador Abraham González, con un nuevo elemento militar, que era el ex-teniente del ejército federal, Manuel García Vigil, y algunos aventureros más. Se procedió, en seguida a reorganizar el Estado Mayor, que quedó constituído de la manera siguiente:

Eduardo Hay, Jefe de Estado Mayor.

José Garibaldi, Jefe de Vanguardia.

Rafael Aguilar, Manuel García Vigil y Octavio Morales, oficiales de organización.

Raúl Madero, Secretario y Tesorero.

Salvador Gómez, Ayudante del Secretario.

Se hizo esta organización sin tomar en cuenta las aptitudes de los escogidos, pues en vez de colocar en los primeros y más difíciles puestos a los que tenían conocimientos en el arte de la guerra, se colocó precisamente a los que carecían de ellos, conforme al capricho, que tan gran papel había de hacer en esta extraña campaña y más adelante también en política.

Entre tanto se había resuelto, de una manera inesperada, la cuestión de la participación activa del Sr. Madero en la lucha armada, pues habiendo recibido este la noticia, fun-

dada o falsa, de que el Gobierno de Washington había dado la orden de aprehenderlo, resolvió, al fin, entrar en territorio mexicano qara unirse con los suyos, y en la noche del 13 al 14 de Febrero pasó la frontera, acompañado de una o dos docenas de aventureros yanquis, presentándose, al amanecer en el campamento de Soto.

A pesar de que los elementos con que se contaba eran ridículamente escasos, Madero resolvió emprender la marcha hacia el interior del país, a fin de unirse a Orozco, y a la verdad que al enterarse uno del desarrollo de los subsecuentes acontecimientos, especialmente al leer la relación de Aguilar en su bien escrito librito titulado "Madero sin Máscara", no se puede menos de quedar absorto, como una serie de torpezas y de sucesos cómicos o grotescos, pueden conducir al éxito más completo, cuando el terreno está bien preparado. Nos describe, en efecto, el Capitán Aguilar como la pequeña e incoherente columna, de que disponía el "Presidente Provisional" atravesó gran parte de los inmensos desiertos de Chihuahua y como, a causa de la completa ignorancia e ineptitud de los que dirigían las operaciones, fué solamente la buena fortuna de no haber tropezado con el enemigo, la que evitó un completo fracaso y la dispersión de la fuerza, antes de que se uniera a los otros contingentes rebeldes, dirigidos con más habilidad, que se hallaban cerca de Casas Grandes, es decir a 250 kilómetros de distancia del punto de donde partió Madero.

En las condiciones en que se hallaba la fuerza rebelde a que ahora dedicamos la atención hubiera bastado con uno o dos escuadrones de caballería federal para deshacerla y acabar con el maderismo, aunque difícilmente con la revolución, que reconocía otras causas independientes a la personalidad de su jefe accidental. Que el enemigo no se opusiera a la marcha de los rebeldes o no los envolviera, se explica por el hecho de que en los círculos del Gobierno prevalecía casi la misma incompetencia que en el Cuartel General de

Madero. El Gobierno del General Díaz estaba condenado, en efecto, a caer, no tanto por la fuerza de la revolución, como por su propia impotencia, producida por las circunstancias mencionadas ya antes, así como porque el Presidente por su edad, ni su Secretario de Guerra por diferentes causas, tenían las aptitudes necesarias para dirigir una campaña, por lo cual recayó esta difícil tarea en manos del inexperto Teniente Coronel Porfirio Díaz, Hijo.

En el campamento insurrecto se encomendó primero la organización y dirección de la fuerza, al Capitán Aguilar. Después de un día de marcha, hasta el pueblo de Guadalupe, había aumentado esa fuerza a 300 hombres, en su mayor parte montados, no obstante de que los partidarios de Flores Magón se habían negado a tomar parte en la revolución "burguesa", pero las disposiciones adoptadas no se habían de conservar invariablemente, pues Madero, con su característica inconstancia, cambiaba de opinión según las circunstancias y designaba para el mando de las fuerzas unas veces a uno y otras a otro.

El segundo día de marcha se descubrió a lo lejos una polvareda, que se creyó producida por una fuerza enemiga, de suerte que Madero, profundamente emocionado, dió el grito de "Garibaldi, disponga Ud. la batalla". El farsante italiano, que no sabía de disponer batallas mucho más que el mismo Madero, se hallaba de lo más atarantado, cuando para fortuna suya y de toda la comitiva, avisaron los exploradores que, como en la célebre aventura de Don Quijote, no era un ejército sino una manada de borregos, lo que se tenía a la vista. El tercer día se produjo una alarma idéntica, pero en esta vez se dirigió Madero al Capitán Aguilar, ordenándole que tomara las disposiciones convenientes. Como también en esta ocasión resultó infundada la alarma, prosiguió la marcha sin contratiempo hasta la Estación del Ferrocarril Central, San José, en donde tuvieron los rebeldes la fortuna de apoderarse de un tren de carga, que aprovecharon para dirigirse a Villa Ahumada y, en

efecto, entraron en dicha población el 22 de Febrero, sin encontrar resistencia alguna.

Al llegar a ese lugar ya se había resuelto Madero a nombrar a Garibaldi jefe de la expedición, con el grado de Teniente Coronel, lo cual dió lugar a que los oficiales profesionales hicieran una formal representación contra tal nombramiento, alegando que el agraciado era extranjero y además incompetente. Madero rechazó las objeciones que se le hacían, sosteniendo que no era un inconveniente que Garibaldi fuera extranjero puesto que Lord Byron había sido General entre los griegos y el venezolano Miranda entre los franceses, y que en cuanto a la competencia, solamente a él —Madero— le correspondía juzgarla.

No tuvo consecuencias este disgusto en la marcha de la columna, que siguió en el mayor desorden hasta llegar a San Buenaventura, al sur de Casas Grandes, en donde se hallaba una fuerza de rebeldes a las órdenes de Flores Alatorre, en excelente espíritu a causa de los triunfos obtenidos recientemente por Orozco en los combates de Pedernales y Mal Paso, así como, pocos días antes en otro encuentro a inmediaciones de Galeana. En esos combates habían muerto heroicamente algunos de los jefes y oficiales federales, entre ellos los Coroneles Guzmán y Yépez.

Las fuerzas rebeldes que se habían unido en San Buenaventura, sumaban ahora más de 500 hombres, lo cual fué bastante para que Madero conforme a su idiosincracia, adquiriera una confianza exagerada en cuanto al éxito de las operaciones militares que se proponía llevar a efecto. Después de haber pronunciado en la plaza pública uno de sus incongruentes discursos, en el cual elogiaba a los bravos chihuahuenses por haber "hecho morder el polvo a los cosacos de la Dictadura", convocó a un consejo de los jefes, en el cual quedó resuelto marchar rumbo a Casas Grandes, con el propósito de atacar esa plaza, que estaba defendida por 500 federales, a las órdenes del Coronel Valdez, con artillería, mientras que los rebeldes carecían de esa arma. Esta

resolución se había tomado, a pesar de que se había recibido la noticia de que el General Navarro marchaba a la cabeza de 600 hombres, procedente de Ciudad Juárez en dirección a la misma plaza. El Capitán Aguilar, que era uno de los pocos que entendían de asuntos militares, llamó la atención hacia lo arriesgado que sería esa operación, que los podría colocar entre dos fuegos, a lo cual se agregaba la falta de artillería para atacar la plaza, pero Madero, aconsejado por Garibaldi y Hay insistió en el torpe propósito y se inició el movimiento. Tenía el iluso jefe de la revolución tanta confianza en el triunfo como la había tenido frente a Ciudad Porfirio Díaz, cuando su tio Catarino le había prometido acudir con 300 hombres y el bribón de Bustamante con otros tantos. Ahora veía a su derredor aproximadamente el número que entonces se le había prometido y como se imaginaba que cada uno de sus hombres valía por varios federales, no creía que hubiera duda en cuanto al resultado.

La marcha se emprendió sin que se tomaran las precauciones necesarias y al llegar frente a la plaza de Casas Grandes, se extendieron las fuerzas, a la luz del día por el llano vecino, que no ofrece ningún abrigo, de suerte que los defensores se pudieron enterar con facilidad del número y dispocición de sus adversarios. Para el asalto se formaron tres columnas, a las órdenes de Soto, Hay y Garibaldi, las cuales debían empezar el ataque el día 6 de Marzo a las 5 de la mañana. Así se hizo, en efecto, pero a la media hora de haberse roto el fuego, se presentó el Coronel Soto en el Cuartel General, manifestando que su columna había caído en una emboscada de los federales y había sido deshecha. Poco tiempo después se presentaron los yanquis, también derrotados y desalentados, con lo cual cundió la desmoralización, y a las 9 y media ya se imponía la retirada. En estos momentos se presentó en el campo de batalla la caballería del General Navarro, mandada por el Coronel García Cuéllar, con lo cual el fracaso de los maderistas se convirtió en una verdadera derrota, y esta se hubiera convertido en

una dispersión completa a no ser porque el jefe de los federales fué herido y en vez de entregar el mando al jefe inmediato, que lo era el Teniente Coronel Eguía Liz, permitió que se suspendiera la persecución. De esta manera pudieron reunirse de nuevo las fuerzas maderistas en San Diego, después de haber sufrido una pérdida que no pasó de 100 hombres. Madero había demostrado tener valor personal y había salido ligeramente herido, pero se portó con torpeza y causó mala impresión que después de la acción se preocupara muy poco por la suerte de sus hombres y que no cuidara de que se atendieran debidamente a los heridos.

PRIMERAS TENTATIVAS DE ARREGLO

El éxito obtenido por los revolucionarios hasta entonces era, por lo visto, bastante insignificante o problemático, y sin embargo se sentía el Gobierno débil y desorientado, a causa del descontento que cundía y también a causa de la ausencia del Ministro de Hacienda, que había sido durante 17 años el más hábil de los consejeros del Presidente y a quien se debía, en primer término, la prosperidad nacional. Como se dijo ya en otro capítulo, el Sr. Limantour había salido de México en el mes de Julio, rumbo a Europa, por motivos ya también referidos, y no solamente había dejado de asistir a las fiestas del Centenario, sino que tampoco había regresado a fin de estar presente al inaugurarse el nuevo período presidencial el día 1º de Diciembre. Estos desaires habían desagradado, a su vez, al Presidente, a tal extremo que se propuso seriamente aceptar su renuncia cuando la presentara con los demás Ministros, conforme a la costumbre establecida, al terminar el período presidencial el día 30 de Noviembre.

La noticia de esa sensacional resolución del Presidente causó enorme alarma entre los científicos, que comprendían

que sin Limantour no tenían gran significación política. Por este motivo pusieron en movimiento todos sus recursos de que disponían para disuadir al Presidente de llevar a efecto su arraigado propósito. Lograron al fin tener un resultado inmediato, y la situación iba empeorando rápidamente. Esto fué, sin duda, lo que dió lugar a que el Gobierno se decidiera a promover negociaciones particulares con el objeto de averiguar si sería posible llegar a un acuerdo con los rebeldes.

Con este motivo, fué realmente extraño que el General Díaz designara para entablar esas negociaciones confidenciales a un español millonario, enriquecido a la sombra del Gobierno, que era Don Iñigo Noriega y a dos miembros de la familia del jefe revolucionario, que eran Ernesto Madero tío de "Panchito" y el Licenciado Rafael Hernández, primo de este, pues la famlia seguía dividida entre "leales" y "rebeldes", tal vez para quedar bien, cualquiera que fuera el desenlace de la lucha. La conferencia fué convocada a Corpus Christi, Texas, y allá se dirigieron a fines de Febrero de 1911, los representantes del "Presidente Provisional", que lo eran Francisco y Alfonso Madero, padre y hermano de este último. Como si fuera cuestión de secundaria importancia se puso a última hora un telegrama al representante de la revolución en Washington, Doctor Vázquez Gómez, invitándolo a que viniera a tomar parte en la conferencia, pero este contestó con tanta entereza como buen juicio, que antes de ponerse en viaje deseaba saber si los enviados del General Díaz traerían credenciales autorizadas, pues de no ser así, no juzgaba conveniente que se verificara la conferencia.

El Doctor Vázquez Gómez lo que procuraba era que el Gobierno del General Díaz reconociera implícitamente la existencia de un Gobierno revolucionario, que de esta suerte adquiriría cierta personalidad efectiva, aumentando las probabilidades de obtener un empréstito. Era este un procedimiento irreprochable en oposición a la infame proposición

de Gustavo Madero, que consistía en mandar volar trenes con dinamita, aun cuando fueran de pasajeros, con lo cual pretendía hacer creer en el incremento que iba tomando la revolución.

En vista de que los enviados del General Díaz no traían más credencial que una clave telegráfica, el Doctor Vázquez Gómez no juzgó oportuno obedecer a la invitación, pero a pesar de esto se verificó la conferencia en Corpus Christi, lo que indicaba que los concurrentes no habían comprendido que así se convertía en una reunión de familia, apropiada para discutir sus intereses particulares, pero jamás para resolver cuestiones de carácter nacional. Como era de esperase, no llegaron esos miembros de la familia Madero a ninguna conclusión, pero a fin de que el prestigio del Gobierno no sufriera con el fracaso de las negociaciones, y probablemente bajo el influjo de la noticia de la derrota de los rebeldes en Casas Grandes, creyó oportuno el Sr. D. Ernesto Madero dirigir con fecha 11 de Marzo un comunicado al diario "Monterrey News", en el cual decía: "No es, pues, el Gobierno de México el que ha mandado Comisionados a Corpus Cristi para tratar de la paz, sino nosotros mismos, que formamos parte de la familia Madero, los que hemos tenido esa pretención, por no estar de acuerdo la mayoría de nosotros en que se siga derramando sangre mexicana, sin que haya causa o motivo para ello, pues somos los primeros en reconocer la legalidad de las autoridades constituídas."

Esta declaración de Ernesto Madero no impedía que la Casa Madero siguiera mandando clandestinamente fondos para fomentar la revolución, primero por conducto del Banco Mercantil de Monterrey y cuando el Gobierno interrumpió la operación, por conducto de la Casa Pursell en Saltillo.

Inmediatamente después del fracaso de la conferencia de Corpus Christi, se recibió la noticia de la llegada de Limantour a Nueva York, pues este había consentido, al fin, en regresar a México, en vista de las instancias que le hacía el General Díaz. Las condiciones en que venían parecían

hacerlo dueño de la situación, pues se trataba, nada menos que de dejarlo en plena libertad para que formara un nuevo Ministerio, conforme a sus ideas, y aumentaba aun más la importancia de su persona la doble circunstancia de ser amigo de la familia Madero y la de haberse reconciliado con Reyes en París, dando lugar a suponer que estos dos hombres marchaban ya de acuerdo.

Recordando esa antigua amistad con Limantour, así como el hecho de que este hubiera conutribuído eficazmente a obtener, en San Luis Potosí, la libertad caucional de su hijo, Fco. Madero, padre, se puso inmediatamente en camino para Nueva York, con la esperanza de encontrar una solución al conflicto pendiente. Al pasar por Washington, fué a ver al Doctor Vázquez Gómez, a fin de invitarlo a que lo acompañara, pero este no consintió en tomar parte en conferencia alguna mientras Limantour no se hubiera manifestado conforme.

Tan luego como se hubo cumplido ese requisito, por medio del consentimiento de Limantour, se verificó en el Hotel Astor de Nueva York la primera conferencia, en la cual el Doctor Vázquez Gómez, que representaba a los intransigentes entre los revolucionarios, expuso cuales eran, a su juicio, las causas de la revolución, agregando que para dar satisfacción a las demandas del pueblo, era necesario establecer el principio de no-reelección y que el General Díaz renunciara a la Presidencia. Limantour rechazó enérgicamente esta última insinuación y a pesar de que se verificaron dos conferencias más, no se llegó a ningún acuerdo.

Esto no desalentó al Sr. Francisco Madero, padre, por lo cual siguió conferenciando con el Sr. Limantour sin intervención de su compañero, logrando al fin, según parece, un arreglo que no se dió a conocer, pues al regresar a San Antonio, Texas, lo dió así a entender en una entrevista, pero sin entrar en detalles, afirmando únicamente que ya no era más que cuestión de días el que la paz quedara arreglada. Dice el Licenciado Estrada que esa manifestación le valió las protestas de todos los refugiados, así como de su propia

familia, incluyendo a sus hijas que, en efecto, tomaban una parte muy activa en las cuestiones políticas y que con frecuencia influían en las más graves determinaciones. El Doctor Vázquez Gómez se unió a la protesta, haciendo presente que la causa revolucionaria no era cuestión de familia, como parecía suponer Don Francisco Madero. Por lo demás hay que advertir que el Licenciado Estrada incurrió en una inexactitud al afirmar que a Don Francisco le valió su actitud las protestas de su propia familia, pues los que protestaron fueron únicamente los que se hallaban en San Antonio, mientras que Don Ernesto dirigía precisamente en esos días al "Monterrey News" la carta declarando su adhesión al Gobierno, de que ya se dió cuenta y el Licenciado Rafael Hernández seguía también tan partidario del General Díaz como antes.

Antes de salir para México, fué interpelado el Sr. Limantour por un representante de la Prensa Asociada, en vista del rumor que había circulado de que iba a sustituir al General Díaz en la Presidencia, conforme a lo que se decía que proyectaban los capitalistas de los Estados Unidos. El Sr. Limantour manifestó su extrañeza, diciendo: "Yo sería la última persona que se prestara á semejantes proyectos. No es un secreto que el Presidente Díaz me ha invitado en varias ocasiones a que acepte la candidatura a la Presidencia, al expirar su período presidencial. Me he negado a ello porque las funciones que desempeño ahora, son las que más convienen a mi manera de ser y porque creo que en el desempeño de ellas puedo prestar mayores servicios a mi país."

LIMANTOUR DE REGRESO EN MEXICO Y EL NUEVO MINISTERIO

Animado, sin duda, de los mejores deseos de servir a la Nación, pero desgraciadamente demasiado tarde para poder te-

ner éxito trascendental y satisfactorio, partió Limantour de Nueva York rumbo a México, el día 20 de Marzo de 1911 En la Estación del ferrocarril lo recibió con gran entusiasmo un numeroso grupo de sus admiradores, así como de los que esperaban obtener ventajas a su sombra, y hubo los correspondientes discursos y festejos, pero desde luego manifestó el agasajado que no venía a servir a un partido, sino que esperaba poder contribuir a la solución de los difíciles problemas pendientes con auxilio de todo mexicano ilustrado y de buena voluntad. Naturalmente no fué esta manifestación del agrado del partido científico, que esperaba ser el preferido y que ahora veía claramente que tendría que renunciar al predominio que había ejercido y que había creído poder extender aun más con la desaparición del General Díaz.

A los tres días después de esto, se supo que todos los Ministros habían renunciado sus Carteras y que las renuncias habían sido aceptadas, con excepción de la de los Ministros de Hacienda y Guerra. Por lo tanto había de seguir Limantour en su puesto, lo mismo que el Ministro de la Guerra, General González Cosío, pero según se afirmaba, seguiría este último desempeñando el cargo únicamente hasta que viniera a sustituirlo el General Reyes, el cual había sido llamado de su destierro en Europa. Por lo demás se organizó el Gobierno de tal manera que la Secretaría de Relaciones Exteriores quedara a cargo del Embajador en Washington, Licenciado Francisco León de la Barra: la de Justicia a cargo del Licenciado Demetrio Sodi, hasta entonces Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, la de Fomento a cargo del Ingeniero Manuel Marroquín; la de Comunicaciones a cargo del Ingeniero Norberto Domínguez y la de Instrucción Pública a cargo del Licenciado Jorge Vera Estañol. La Secretaría de Gobernación quedó a cargo del Licenciado Miguel Macedo con el carácter de Sub-Secretario, por no haber aceptado el puesto de Secretario el ex-Gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa.

Todos los nombrados eran personas competentes y honradas, que de no ser porque ya había tomado demasiado incremento la fiebre demagógica, hubiera dado plena satisfacción a la opinión pública; pero no opinaba lo mismo el más agresivo de los científicos, Francisco Bulnes, que probablemente se consideraba postergado y agraviado con todo su partido, y que, por tal motivo publicó un artículo en el diario "El Tiempo", criticando duramente al Sr. Limantour por su política, pues afirmaba que el nuevo Gabinete no correspondía a lo que necesitaba el país con urgencia. Decía que lo que pedían las circunstancias era un Ministerio ilustrado, popular y enérgico, capaz de oponer a las exigencias exageradas, insensatas e imposibles que pudieran aparecer, y caracterizaba la situación de la manera siguiente:

"En primer lugar, el Sr. Limantour ha excluido al elemento científico y con especialidad a sus más predilectos amigos, que lo habían hecho perder mucho de su brillo moral. El público ha acogido con frenético entusiasmo esa exclusión, porque para la inmensa mayoría del pueblo mexicano "ser científico" es peor que ser bandido. Esto se debe al trabajo de una prensa que durante 17 años cumplió con el programa de atribuir todas las manchas, todas las faltas, toda la basura, todos los crímenes, reales o imaginarios, a los científicos. Durante 17 años sólo ha habido en México libertad completa, absoluta, de prensa, para difamar, calumniar, herir, pulverizar, enletrinar a los científicos."

Lamentaba el Sr. Bulnes que los científicos no se hubieran defendido como debieran y anunciaba que próximamente lo haría por su parte en un libro en que expondría la verdad de los hechos, y continuaba diciendo:

"¿Ha hecho bien el Sr. Limantour en excluir a sus amigos predilectos, entre los cuales nunca me he encontrado, del Ministerio que ha formado? No, y voy a decir por qué. Si la opinión pública acepta que los científicos, por no haberse defendido, son una banda de miserables ladrones, también la opinión pública acepta que el Sr. Limantour ha sido du-

rante 17 años el jefe de esa banda y que si actualmente ha tenido el buen pensamiento de convertirse en jefe de hombres honrados, no les queda a los de la "banda" más que dos cosas que hacer: separarse y defenderse. De modo que si todos los de la "banda" tienen, como yo, dignidad, apoyarán en la Cámara, como oradores, y en la prensa, como escritores, todo lo que sea util para el país, pero se considerarán desligados del Sr. Limantour, tanto de su persona política, como de su personal amistad."

El Sr. Bulnes no estuvo esta vez, como en algunas otras, a la altura de la inteligencia e ilustración que se le reconocían, ni fué su actitud muy recomendable, pues se descubría fácilmente que el análisis de la situación que presentaba, estaba dictado, en gran parte, por la pasión y que sostenía evidentes contradicciones e inexactitudes rayanas en falsedades. Sostenía, por ejemplo, que a fin de que el nuevo Ministerio pudiera tener éxito, era necesario que fuera popular, y criticaba al Sr. Limantour por haber excluído a los científicos, sin parar mientes en que, por otra parte, había confesado que la mayoría del pueblo odiaba a los científicos, a quienes calificaba de ladrones, y que el público había "acogido con frenético entusiasmo" la exclusión de estos.

Era además una inexactitud el hacer aparecer a Limantour como jefe efectivo de los científicos, pues este había rechazado la jefatura, cada vez que se le habían hecho insinuaciones en ese sentido y, cuando más, se le podía reprochar el no haberse desligado con más energía de sus incómodos partidarios. De hecho había sido el reconocido jefe del partido y, como tal, el confidente de Corral, el Licenciado Rosendo Pineda, un hombre justamente odiado por sus procedimientos despóticos y poco escrupulosos, que obraba independientemente de Limantour.

Como una verdadera falsedad debía calificarse la aseveración del Sr. Bulnes de que durante los últimos 17 años no había existido en México más libertad que para injuriar, calumniar y "enletrinar" a los científicos. La verdad era

que en el año de 1893 había sido suprimida brutalmente la prensa enérgica e independiente por el precursor de los científicos, que fué Romero Rubio, y pocos años después había renunciado el popular "Monitor Republicano" a continuar la lucha por la libertad, considerándola inútil. Muerto ese heróico campeón de las libertades constitucionales, no quedaron más periódicos independientes de cierta importancia que el diario católico "El Tiempo" y el liberal constitucionalista "Diario del Hogar". El Licenciado Victoriano Agüeros, Director del primero de esos diarios, sufrió repetidos encarcelamientos, a pesar de la moderación que observaba en sus críticas políticas y el Sr. Filomeno Mata, verdadero héroe del periodismo, solía pasar en la cárcel varias semanas o meses de cada uno de los 17 años mencionados. Los encarcelamientos tenían, la mayor parte de las veces, por causa, alguna crítica de los científicos, mientras que, por otra parte, recibía del gobierno una fuerte subvención el órgano de estos, que lo era "El Imparcial", en cuyas columnas se atacaba duramente a todo el que se atreviera a criticar los actos del mencionado grupo político o de sus asociados.

Es cierto que en las acusaciones que se presentaban contra los periodistas, no aparecían siempre las verdaderas causas, ni los verdaderos perseguidores, sino que los personajes de influencia se servían con frecuencia de otros individuos, que se prestaban a figurar como ofendidos o calumniados, cuando no se apelaba a cualquier otro recurso; pero todos sabían que a las personas de elevada posición, especialmente a los científicos, no se les podía criticar sin exponerse a un severo castigo. Después de la entrevista Creelman, cuando ya no tenía más que tres años de vida el régimen establecido, se moderó algo el rigor de la persecución y se atacó duramente a los científicos por los periódicos independientes, pero las críticas que se les dirigían resultaban mansas en comparación a los rudos ataques que lanzaba contra los oposicionistas el periódico científico "El Debate", dirigido por

Rosendo Pineda, sin que los redactores o colaboradores tuvieran que temer castigo alguno.

Era, por lo tanto, un inaudito atrevimiento, afirmar, como lo hacía Bulnes, que solamente para insultar y "enletrinar" a los científicos había existido libertad en México durante los últimos 17 años.

El artículo de Bulnes carecía, por lo visto, de un verdadero mérito intrínseco y si, a pesar de esto, llamó mucho la atención y aun se hizo memorable, se debió, ante todo, a la audacia de sus conceptos y a la sarcástica insinuación de que el nuevo Ministerio no duraría probablemente más de lo que dura un "do de pecho". Sin esa gracejada el efecto del artículo hubiera sido probablemente muy escasa y hubiera pasado pronto al olvido, así es que la resonancia que produjo se debe atribuir a la característica mentalidad de las multitudes, especialmente de las de cultura latina, a las cuales se les graba mucho más profundamente una burla hecha con gracia, que las más bien fundadas argumentaciones.

La delicada situación política exigía por lo demás, mucha circunspección de parte del Gobierno, al dirigirse al pueblo, a fin de dar satisfacción, en lo posible, a las crecientes demandas de los exaltados, sin abandonar los sanos principios sobre los cuales debe descansar toda sociedad bien constituida. A estas ideas respondía el programa del nuevo Ministerio, expuesto en el Mensaje Presidencial, dirigido al Congreso de la Unión el día 1º de Abril de 1911, en el cual se decía:

"De los datos que contiene el presente Informe, podría deducirse que, a pesar de la revuelta, en mala hora promovida por algunos mexicanos lamentablemente equivocados, o perversamente engañados, el país ha continuado en su marcha ascendente hacia el progreso económico e intelectual; pero la verdad es que tal adelanto está comprometido por la situación política, que ha venido desarrollándose, y que requiere de parte de los Poderes Públicos y de la masa sensa-

ta de la Nación, la más viva solicitud y el propósito firme de aplicar los remedios más eficaces."

"El cambio de Ministerio que acaba de tener lugar, responde precisamente al deseo de llevar al terreno de la práctica una de las aspiraciones generales, como es la renovación del personal político, dando así entrada a nuevas energías en la dirección de los negocios públicos. Por otra parte, se tomarán las providencias que demuestren la firme intención de satisfacer las quejas contra algunas autoridades, especialmente aquellas que están en más íntimo contacto con el pueblo".

Esta última alusión se refería a los abusos y atropellos de los jefes políticos, que tanto habían contribuido a provocar la revuelta, mientras que con referencia a las demás reformas que se consideraban urgentes, el Mensaje continuaba dicindo:

"El principio de no-reelección de los funcionarios del Poder Ejecutivo que derivan del sufragio popular, no ha sido puesto a discusión en épocas recientes en ninguna de las Asambleas Legislativas, razón por la cual el Ejecutivo Federal no había juzgado conveniente manifestar su opinión sobre este asunto; pero ya que en algunas Legislaturas y en la prensa se ha agitado últimamente la cuestión, el Ejecutivo aprovecha la oportunidad para manifestar su absoluto acuerdo con el pensamiento de que se trata y para declarar que, si se formula una iniciativa ante la Representación Nacional, en el sentido de la periódica renovación de los funcionarios aludidos, dicha iniciativa contaría con su decidido apoyo."

"Intimamente ligada con la aceptación del principio de no-reelección, se halla la reforma de las leyes electorales, pues si se cree que a los defectos de esta legislación puede atribuirse, en parte, la larga permanencia en el Poder de algunos funcionarios, es indispensable revisar cuanto antes las leyes de la materia, para asegurar la participación de los

ciudadanos que sean considerados capaces de emitir su voto en plena conciencia."

De la manera como se presentaban en el Mensaje estas cuestiones referentes al sufragio, que eran las más importantes del programa, se desprendía que el Gobierno procuraba hacer creer que su propósito de introducir reformas se debía a las insinuaciones pacíficas de la opinión pública y no a la presión de la revolución armada, pero este ardid ya no podía producir efecto, porque el pueblo había concebido una invencible y justificada desconfianza hacia el General Díaz, y creía que este no procuraba más que calmar los ánimos, dominar la revolución e imponer, en seguida, los más feroces castigos. Era, en efecto, el problema que se procuraba resolver uno de esos en que la oportunidad es la que decide del éxito y la oportunidad había pasado para no volver más. Si el General Díaz hubiera hecho a la opinión pública, tres años antes, inmediatamente después de la Conferencia Creelman, sin presión exterior, las concesiones que ahora ofrecía, no se hubiera despertado el recelo popular y con el tacto y discernimiento necesarios, se hubiera asegurado el pacífico desarrollo de la Nación. A diferencia del éxito que se hubiera podido obtener entonces, ahora lo único que lograba el Gobierno era descubrir su debilidad y alentar así a los revolucionarios.

La reforma indicada de restringir el sufragio a los ciudadanos conscientes y capaces hubiera dado excelentes resultados, si hubiera sido introducida desde años atrás para ir enseñando al pueblo a ejercer sus derechos políticos, siempre que las clases gobernantes hubieran dado el ejemplo de honradez y eficacia, pero una vez que se había producido un movimiento revolucionario, adquiría la proposición el carácter de una medida reaccionaria, destinada a mantener al pueblo en la servidumbre.

Además de esto, había que contar con Don Francisco I. Madero, que a pesar de sus escasas aptitudes, había adquirido un enorme prestigio y a cuyo ánimo se iban imponien-

do los elementos intransigentes, los que opinaban que solamente los nuevos hombres, "patriotas inmaculados", que naturalmente habían de surgir de la revolución, eran los destinados a regenerar a la Patria, sustituyendo a los "políticos corrompidos" de la Dictadura. A esos revolucionarios ilusos, se agregaban, como sucede siempre en tales ocasiones, los elementos malsanos, los que van a pasear en río revuelto, los viciosos inútiles para el trabajo, los profesionales sin clientela y los ineptos despechados, o los que tenían cuentas pendientes con los tribunales de justicia y a los cuales no convenían los arreglos pacíficos.

Que los proyectos de reforma se presentaban demasiado tarde, se puso bien pronto de manifiesto, pues al programa del nuevo Ministerio, contenido en el Mensaje presidencial, contestó el Licenciado Roque Estrada, como representante de los intransigentes, ya predominantes en el campo rebelde, en un artículo publicado en el "México Nuevo" de San Antonio, Texas, del día 11 del mismo mes, en los términos siguientes:

"El partido revolucionario no puede quedar satisfecho con que en las leyes formalmente facturadas, se reconozcan los principios proclamados por esa revolución, sino que considera indispensable que los encargados de practicar esas leyes, sean hombres de toda su confianza y que hayan dado evidentes pruebas de poder llevar a la práctica esos principios. Una revolución no entraña, pues, exclusivamente lucha por principios, sino también por hombres que garanticen su practicabilidad".

LA REVOLUCION EN EL SUR Y ORIENTE DE LA REPUBLICA

No se podía decir más claramente a los gobernantes que ya era tiempo de que se marcharan, que como lo hacía en su artículo el Licenciado Estrada, cuya actitud intransigen-

te se explicaba fácilmente por el incremento que había tomado la revolución durante el mes de Marzo y lo que había corrido del mes de Abril, pues las partidas rebeldes que no habían existido más que en el Estado de Chihuahua, ahora aparecían también en los vecinos Estados de Sonora, Durando y Coahuila y sobre todo al sur de la capital, en los Estados de Guerrero y Morelos, así como en el sudoeste del Estado de Puebla.

La población del Estado de Guerrero, en su mayoría de pura raza india, con alguna mezcla de sangre africana en la costa, es de las más pobres e ignorantes en la República. No conoce, en su mayoría, el idioma castellano y aun menos sus derechos u obligaciones como ciudadanos y son, por lo tanto, el temor a la autoridad y los mandatos de la religión cristiana, tal como la entienden los curas de pueblo, las que conservan cierto orden social. Se comprende así que no han sido los ideales políticos los que, de tiempo en tiempo, han producido ahí las revueltas, sino la iniciativa de los caciques locales que, por un motivo u otro, están descontentos con la situación existente. Que esos caciques se afiliaran durante la época de revoluciones, por lo general, al partido liberal y federal, se explica porque este les ofrecía mayor independencia local que el partido conservador, que procuraba establecer el régimen centralista.

El General Díaz cometió en Guerrero el mismo error que en otros Estados, de imponer Gobernadores, que le fueran personalmente adictos, pero desconocidos o poco apreciados por los gobernados, sin consultar a las personas de influencia en la localidad. En esas condiciones no era muy difícil promover revueltas, sabiendo despertar la ambición, codicia o disgusto de los caciques influentes, especialmente en los casos como el presente, en que el Gobierno se sentía débil o embarazado por otro lado y en que, por lo tanto, debía haber para los rebeldes pocos peligros que correr, a la vez que se ofrecían considerables ventajas que obtener. El botín que se ha ofrecido en tales casos, es la región del país de que

se trata, a los simples soldados nunca ha sido abundante, sin dejar de ser atractivo, pues los hombres que se prestan a ese servicio no son exigentes y, por otra parte, no es despreciable su eficacia, en vista de que, aun en tiempo de paz, suelen andar armados y se promueven entre ellos, con frecunecia, sangrientas riñas por cualquier motivo insignificante.

La población del Estado de Morelos es semejante a la del Estado de Guerrero, aunque menos ignorante, pero mientras que en este último Estado abundan los pequeños terratenientes, que cultivan el maíz, el garbanzo, el cacahuate y la cebada, o se dedican a la ganadería, en el otro se hallaban, en la época de que ahora se trata, la mayor parte de la propiedad rural en poder de unos treinta latifundistas, que cultivaban en sus haciendas principalmente la caña, la cual convertían en azúcar en los grandes y modernos ingenios que tenían establecidos. Los distritos del Estado de Puebla colindantes a los Estados de Morelos y Guerrero se hallaban en condiciones idénticas a las que prevalecían en estos.

Los jornales en el Estado de Morelos y en el Sudeste de Puebla, eran más elevados que en la mayor parte de la República, pero la gente era viciosa y levantisca, y como no conocía el ahorro ni las necesidades de la vida civilizada, no tenía gran cosa que perder en caso de una revuelta. No faltaban rencores contra los Jefes Políticos o los Administradores de las fincas, o los prestamistas usureros, por abusos o maltratos, y como a esto se agregaba la codicia y la envidia que despierta el contraste entre la opulencia y la pobreza, resultaba que siempre había hombres dispuestos a lanzarse a las aventuras revolucionarias, como en el Estado de Guerrero, pero siempre que los peligros no fueran muy grandes en relación al botín en espectativa.

En un territorio en que predominaban tales condiciones, tenía que producir bastante efecto la agitación maderista, especialmente desde que se tuvo noticia de que no solamente había sufrido el Gobierno descalabros en Chihuahua,

sino que la revolución cundía a los Estados vecinos de Sonora, Coahuila y Durango. Las clases ignorantes no hubieran sido capaces, por si solas, de promover un movimiento serio, pero el General Díaz no había sabido asegurarse de la cooperación de las clases medias, abriéndoles un vasto campo en que pudieran ejercer libremente sus actividades políticas o en que pudieran dedicarse al trabajo lucrativo, sin tropezar a cada paso con dificultades que les oponían los grandes personajes. Y de esas clases medias, especialmente de entre los maestros de escuela, salieron los agitadores que habían de promover y propagar la revuelta por toda la República.

Algunos meses antes de que estallara la revolución maderista, se habían verificado elecciones para Gobernador en el Estado de Morelos y por primera vez había aparecido en el Ingeniero Patricio Leyva un candidato verdaderamente popular, que proclamaba la repartición de tierras, así como otras medidas radicales y que se preparaba a luchar dentro de la ley. El General Díaz no pareció haberse dado cuenta de lo que significaba este suceso sintomático, de suerte que en vez de mandar investigar la situación, a fin de tomar las medidas conducentes a la solución de los problemas pendientes, que hubieran tranquilizado los ánimos, procedió conforme a su inveterada costumbre a imponer a su candidato por la fuerza y apelando a todos los medios que a su juicio fueran necesarios. La persona escogida por el Presidente fué su ayudante el Teniente Coronel Pablo Escandón, un rico terrateniente, perfecto caballero, ilustrado y humano pero que nunca se había mezclado en política, ni tenía deseo de hacerlo. Se resistió, en efecto, a aceptar la candidatura pero en vista de la insistencia del Presidente se vió obligado a permitir que se llevara a efecto la elección, de la manera que entonces se practicaba.

Estaba ya funcionando como Gobernador el Sr. Escandón cuando empezaron a recibirse, a principios de Diciembre, las noticias de la revolución maderista, dando lugar a que tam

bién entre sus gobernados cundiera la exaltación de los ánimos. Un ranchero, residente en Villa Ayala, de nombre Pablo Torres Burgos, fué el primero en concebir y llevar a efecto la idea de ir a ver a Madero a San Antonio Texas, a fin de que lo autorizara a promover el movimiento revolucionario en Morelos a nombre del Partido Anti-Reeleccionista. Así lo hizo con pleno éxito, de suerte que ya a fines de Diciembre se hallaba de regreso con los correspondientes nombramientos, unos a favor de personas determinadas, conforme a lo que se había convenido, y otros en blanco, para que el mismo Sr. Torres Burgos los llenara a su gusto.

Como Jefe de la insurrección fué designado por Madero el Ingeniero Patricio Leyva, el mismo que había figurado como candidato independiente en las últimas elecciones; por lo cual se invitó a este a que viniera a reunirse con los conspiradores, de los cuales eran entonces los principales, además de Torres Burgos, el maestro de escuela Otilio Montaño, el periodista Antonio Melgarejo, así como algunos ejemplares típicos de bandoleros audaces y sanginarios, como Guberto Tetepa, Juan Sánchez, Juan Placencia y otros.

Esos hombres, encabezados por Torres Burgos, se reunieron a principios de Enero de 1911, en la ranchería de El Quebrantadero, un lugar apartado de los caminos más concurridos, al extremo sudeste del Estado de Morelos e inmediato a los límites con el Estado de Puebla. Allá era a donde se había invitado también a que acudiera el Ingeniero Leyva, como jefe reconocido, por nombramiento de Madero, pero después de que los conspiradores habían esperado hasta fines del mes de Enero, recibieron la desconsoladora noticia de que el hombre en que habían depositado su confianza, se "había vuelto científico", como ellos decían, pues, en efecto, había cedido a los ofrecimientos que se le hicieron y había entrado a servir al Gobierno.

La noticia de esa deserción produjo, como era natural, un general desaliento y el movimiento revolucionario sufrió

algún atraso, de suerte que durante el mes de Febrero, no se logró más que promover un asalto a la Hacienda de los Molinos en el Estado de Puebla, que produjo la consiguiente alarma en la vecina ciudad de Atlixco. Por aquel tiempo se habían levantado también gavillas en los Estados de Veracruz y Tabasco.

A mediados de Marzo ya se habían formado numerosas gavillas en los límites entre Morelos y Puebla, que amenazaban seriamente la población de Chiautla, mientras que en le Estado de Guerrero había sido atacada la ciudad de Chilapa por 500 rebeldes. Entre los cabecillas de Guerrero empezaba a distinguirse Ambrosio Figueroa, un hombre que sabía mantener bastante orden entre su gente, mientras que entre los rebeldes que amenazaban Chiautla aparecía ya como el de más prestigio Emiliano Zapata. Era este un hombre como de 40 años, de raza blanca o casi blanca, originario del pueblo de Anenecuilco, Distrito de Cuautla, en donde tenía un pequeño lote de terreno, en que cultivaba algunas frutas tropicales, pero también comerciaba y recorría gran parte del Estado de Morelos y los vecinos distritos de Puebla y Guerrero, por lo cual era bastante conocido en aquella región. Era astuto, desconfiado y ejercía bastante influencia entre las clases trabajadoras, pero carecía de la energía y arrojo de otros cabecillas de la revolución y así es que, sin ser personalmente sanguinario, dejaba rienda suelta a sus partidarios, que cometían inauditas infamias. Por uno de aquellos actos de arbitrariedad que cometían los Jefes Políticos, había sido consignado al servicio de las armas, e incorporado al Regimiento de Caballería número 9, pero después de algunos meses de servicio, había sido dado de baja por influencias del rico terrateniente y yerno del General Díaz, Ignacio de la Torre. Así era como había adquirido algunos conocimientos militares que supo utilizar cuando se lanzó a la revuelta.

Las hordas que encabezaban Zapata, Torres Burgos y algunos otros de aquellos cabecillas revolucionarios, de la re-

gión de que ahora se trata, estaban realmente animadas de instintos verdaderamente salvajes, que nos describe un hombre que desempeñó el cargo de Secretario de alguno de esos jefes feroces, en un libro que publicó algunos años después, de la manera siguiente:

—"Hubiéramos querido que los principales cabecillas, como Juan Sánchez y Guberto Tetepa, se hubieran eximido de cometer personalmente actos reprobables, lo cual hubiera moralizado, si se quiere en una pequeñísima dosis, a aquellas turbas; pero muy por el contrario, tanto uno como otro, eran los primeros en azuzar a su gente, para que se arrojaran sin miramientos a cometer todo género de tropelías, y ellos mismos, en persona, se entregaban lo mismo al estupro de doncellas indefensas y a los atentados contra la propiedad, que al asesinato de sus víctimas, a quienes azotaban y mutilaban despiadadamente".

El movimiento revolucionario que había empezado en la región limítrofe de los Estados de Puebla y Morelos, se fué extendiendo por todo el territorio de este último Estado y el día 24 de Marzo se apoderaron los rebeldes encabezados por Torres Burgos, Tetepa y Juan Sánchez, de la plaza de Tlaquiltenango, en donde Tetepa asesinó personalmente al Presidente Municipal, a pesar de las súplicas de su esposa y pequeños hijos. El mismo feroz cabecilla dió también permiso a su gente para que saqueara la población y, al último, ordenó que los hermanos Reinoso, dos laboriosos súbditos españoles, fueran sacados de sus casas, azotados y acribillados a balazos.

Torres Burgos que, según parece, no aprobaba estos actos de cruel salvajismo, se separó de Tetepa, con un corto número de hombres, pero con tan mala suerte, que al día siguiente tuvo un encuentro con una fuerza del Gobierno en el cual encontró la muerte. Tetepa, por su parte, atacó y tomó, dos días después, la ciudad de Jojutla que, como casi todas, carecía de guarnición, cometiendo los mismos horrores que en Tlaquiltenango. Al acercarse a Jojutla una fuer-

za del Gobierno de 100 hombres, al mando del Coronel Javier Rojas, los rebeldes abandonaron precipitadamente la plaza, pero no se disolvieron, sino que fueron a reunirse con otra partida, que mandaba un nuevo cabecilla de nombre Lucio Moreno. Era esta una de tantas partidas de rebeldes o bandoleros, que en vista de la impotencia de las autoridades, brotaban ahora como hongos después de un aguacero.

Las fuerzas de Lucio Moreno, unidas a las de Tetepa y Juan Sánchez, atacaron en seguida la plaza de Yautepec, defendida por 50 rurales del Estado. Esta pequeña guarnición hizo una defensa heroica, pero sucumbió al fin por falta de municiones y agobiada por el extenso uso que hicieron los rebeldes de la dinamita para volar los edificios. De esta suerte fueron destruídos el Palacio Municipal, la Estación del Ferrocarril y algunas de las pricipales casas particulares. Los rurales sobrevivientes que, como verdaderos héroes, destruyeron sus armas antes de entregarse, fueron fusilados bárbaramente en la plaza principal, sin que su digno estoicismo fuera capaz de conmover a sus infames verdugos. El saqueo fué general, lo mismo que las infamias cometidas con los inocentes vecinos, y con los muebles y alfombras de las casas se hicieron grandes fogatas, que ardieron durante toda una noche. La plaza fué abandonada por los rebeldes, a los dos días de haber sido tomada y después de que los heridos habían sido rematados, en gran parte por Tetepa personalmente.

Hacia el mismo tiempo de estos acontecimientos, otras de esas hordas feroces, que se elevaban a unos 2.000 hombres y que iban capitaneadas por los hermanos Emiliano y Eufemio Zapata, penetraban en el Estado de Puebla y se apoderaban de las ciudades de Chiautla y Matamoros Izucar; pero el 18 de Abril fueron atacadas en el Cerro de Santiago y totalmente derrotadas, por el Coronel Aureliano Blanquet, que mandaba una columna de 800 hombres. Estos triunfos del Gobierno, no producían, sin embargo, efectos de importancia, pues mientras que los zapatistas reponían fácilmen-

te sus pérdidas, con el aliciente del pillaje y en vista del gran número de hombres que se hallaban sin trabajo, el ejército no disponía de reservas, a causa del viciosos sistema de reclutamiento establecido; a todo lo cual se agregaba que las escasas fuerzas de que disponía el Gobierno, estaban ocupadas en otras partes, especialmente en los Estados del Norte.

No debe sorprender, por lo tanto, que el valiente y activo Coronel Blanquet tuviera que suspender sus operaciones, a pesar de su triunfo, y que poco tiempo después de la derrota que había sufrido Zapata, pudiera este concentrar de nuevo sus fuerzas y establecer tranquilamente su Cuartel General en Villa Ayala, a donde acudieron otros cabecillas más o menos criminales, como Jesús Morales, llamado "El Tuerto", Felipe Neri, Francisco Mendoza, etc. En la tranquilidad en que se le dejaba, fué aumentando el llamado "Ejército Libertador", en que abundaban los "Generales" y "Coroneles", de tal manera que muy pronto llegó a contar más de 3.000 hombres.

Con esa fuerza resolvió Zapata marchar sobre Jonacatepec y, en efecto, se presentó el día 1º de Mayo ante esa plaza, que estaba guarnecida unicamente por 90 soldados federales, al mando del capitán Angel V. León y 25 rurales del Estado, a las órdenes del Jefe Político, Capitán Alfonso Esnaurrizar, ambos verdaderos héroes en el cumplimiento de su deber, especialmente en vista de que había muy poca probabilidad de recibir auxilio.

La intimación de entregar la plaza fué contestada lacónicamente por Esnaurrizar, con las palabras: "No entregaré la plaza. Venga a tomarla, si puede". Al amanecer empezó el ataque por medio de bombas de dinamita, que lanzaban con ondas, en su mayor parte, muchachos de 14 a 16 años, pero las fuerzas del Gobierno se defendían con denuedo y muy pronto se generalizó el fuego de fusilería. Después de cuatro horas de combate y de haber sufrido grandes pérdidas, las tres columnas de ataque que habían formado los

rebeldes, no habían avanzado casi nada, por lo cual se les dió orden de retroceder hasta quedar fuera del alcance de las balas de los defensores. Las pérdidas de los rebeldes se elevaban a 55 muertos y 68 heridos, según refiere un testigo, mientras que las pérdidas de las fuerzas del Gobierno eran hasta entonces, insignificantes. A las 4 de la tarde comenzó de nuevo el ataque, por medio de horadaciones en las paredes de las casas inmediatas a las trincheras de las fuerzas del Gobierno, pero los dinamiteros seguían desempeñando el papel principal, por medio de bombas, que consistían de botes vacíos de salmón y ostiones, rellenos de dinamita y clavo cortados.

Así duró el combate tres días, con nuevas pérdidas, que para los rebeldes ascendían a más de 400 muertos y heridos, pero el ataque no cesaba. Al fin, agotados ya los recursos de los defensores, tocaron estos a parlamento y después de que hubo cesado el fuego, se presentó en el campamento rebelde el Sr. Alejandro Sanvicente, uno de los vecinos más dignos y respetados de Jonacatepec, que conocía personalmente a Zapata, al cual se dirigió, a fin de arreglar la capitulación. Convinieron ambos, después de una larga discusión, en que la plaza sería entregada y en que se respetarían vidas y haciendas de los vecinos y de los pocos defensores que aun quedaban.

Este solemne compromiso no fué cumplido, ya fuese que Zapata no había obrado de buena fe, o que no podía dominar a la gente que encabezaba. "Cuando cundió en nuestras filas la noticia de la rendición de la plaza" dice el testigo ocular Antonio Melgarejo, "nuestra gente en desordenado tropel, se precipitó sobre la población, entregándose desde luego a todo género de excesos. Y empezó la violación de las bases firmadas por Zapata con echar fuera a los presos, que naturalmente estaban resentidos con las autoridades y que para vengarse sacaron de la población a los capitanes León y Larrañaga, al Comandante de rurales y a tres individuos de tropa. Después de sujetarlos a numerosas humillaciones,

los acribillaron a balazos y en seguida lazaron y arrastraron "a cabeza de silla" los cuerpos de aquellos héroes, que murieron con la frente levantada vitoreando al General Díaz y al Supremo Gobierno.

El Capitán Esnaurrizar hubiera corrido la misma suerte que sus desgraciados compañeros, pues, como dice el mismo testigo antes mencionado, "un grupo de hombres mal encarados discutían la forma de como tenían que sacar al Jefe Político de su casa para "hacerlo picadillo" y sin duda hubieran llevado a efecto su propósito, a no ser porque el honrado Sanvicente intervino a tiempo, salvando con dificultad a ese otro de los heroicos defensores.

Al día siguiente de la toma de Jonacatepec se recibió en el campamento de Zapata la noticia de la caída de Ciudad Juárez en poder de las fuerzas encabezadas por Madero, importantísimo suceso de que se dará cuenta más adelante y que dió lugar a que los rebeldes lo celebraran con una fiesta que el Sr. Melgarejo describe en su libro titulado "Los Crímenes del Zapatismo" de la manera siguiente:

"En el salón de cabildos la animación subía de punto a medida que se escanciaban las botellas. Emiliano, nuestro "General" tenía el sitio de honor, a su derecha Otilio Montaño y a su izquierda yo. En frente de nosotros, entre otros estaba Abraham Martínez.

Las mozas servidoras, con los brazos descubiertos, iban y venían con suculentos platillos de exquisitas enchiladas, mole de guajolote a la poblana, rajas con carne de puerco tortas de pescado, etc. y siempre que llegaban eran obligadas por los comensales a que bebieran en sus vasos, lo que hacía que las muchachas también se sintieran excitadas por el alcohol, muy alegres, entregándose a los hombres que las acariciaban toscamente.

El ruido de copas, platos y cubiertos que chocaban, de botellas escanciadas que se estrellaban en el suelo, despectivamente lanzadas por los beodos; las roncas carcajadas de los hombres insolentes, las risas argentadas de las guapas me-

seritas, los hurras, los vivas, todo ese murmullo ensordesedor, sobresalía al vals "Sobre las olas", diestramente ejecutado pr la orquesta de Axochiapan.

—¡Más vino, muchachas! gritaba el Tuerto, cada vez más sediento.

—¡Más vino, muchachas, "quiora siso" la nuestra! repetía otro trabajosamente, después de lanzar un pestilente eructo.

—¡Viva Madero!

—¡Viva la libertad!

—¡Viva nuestro General Don Emiliano Zapata!

—¡Más vino para el General, que no ha bebido casi nada!

—Sí, más vino para el General, repuso Abraham Martínez levantándose con algún trabajo y tomando la copa en la mano.

—Silencio, señores, que Martínez va a tomar la palabra, dijo alguien.

Varias voces sisearon para imponer silencio. Todos prestaron atención.

—General, dijo Martínez, lanzando un eructo y tambaleándose, quier brindar por su "salú" - - - porque deseche usted una vez por todas, los escrúpulos que ahora tiene y se convenza de que sólo matando gachupines y ricos hacendados, será como llegue a cumplir su misión reivindicadora. Arrojé usté pa siempre de su lao a los miedosos que a todas horas le están sermoneando que no debe robar, ni asesinar, ni violar mujeres, cuando sólo así podrá el pueblo vengarse de los ultrajes que ha recibido en toda la larga y agonizante dictadura porfiriana.

—¡Bravo! gritaron muchos, batiendo las manos con entusiasmo delirante, en tanto que Otilio y yo acariciábamos abajo del mantel las empuñaduras de nuestras pistolas, en previsión de un atentado.

Así fué como se celebró por nuestra gente en Jonacatepec la toma de Ciudad Juárez por las fuerzas maderistas.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

Aquella noche, orgiástica de sangre, de vino y de mujeres, era la precursora de una nueva tragedia, aun más sangrienta y más encarnizada.

El brindis de Martínez era todo un código de preceptos de la nueva moral zapatista, que iba a seguirse cumpliendo por estos "redentores" del pueblo y nuevos "apóstoles" de la libertad.

La anterior descripción de un testigo ocular pinta perfectamente el carácter y tendencias de esos hombres, que, impulsados por la codicia, el espíritu de venganza y los instintos brutales, se habían despojado del superficial barniz de civilización que habían tenido y ahora marchaban de matanza en matanza y de orgía en orgía, arrasando todo lo que encontraban en su camino y destruyendo en su ciego frenesí, aun lo que les pudiera haber sido útil.

Las bajas sufridas por los rebeldes fueron fácilmente repuestas, en vista de que la suspensión de casi toda la actividad económica dejaba sin trabajo a millares de hombres, que para poder subsistir tenían que unirse a las hordas de incendiarios y saqueadores. De esta manera pudo Zapata reunir fácilmente más de 3.000 hombres, con los cuales se puso en marcha rumbo a Cuautla, llevando ya la justificada confianza en un triunfo definitivo.

El día 12 de Mayo se presentó frente a la plaza a la cabeza de 4.000 hombres, pues en el corto trayecto desde Jonacatepec había aumentado considerablemente su fuerza A la intimación de entregar la plaza, el Jefe Político, Flores, contestó dignamente, como lo había hecho el de Jonacatepec: "Venga a tomarla, si puede". La plaza estaba defendida por 300 hombres de infantería federal, a las órdenes del Coronel Eustaquio Munguía y 50 rurales, a las órdenes del Coronel Gil Villegas.

Tan luego como recibió Zapata la contestación negativa del Jefe Político, se inició el ataque en varias columnas, en que figuraban, como en otras ocasiones, en primer lugar los dinamiteros, que arrojaban bombas con ondas, tras de

los cuales penetraban los tiradores. La lucha fué de lo más encarnizada y bien pronto quedó el campo cubierto de muertos y heridos, pero ni de una parte ni de otra flaqueaban los combatientes. Es probable que los zapatistas hubieran tenido que levantar el sitio, a no ser porque empezaron a escasear las municiones y el agua potable en la ciudad, al cabo de cinco días de combate, en que fueron destruidos numerosos edificios.

La situación era de lo más angustiosa y los defensores ya desesperados de salir con vida, en vista del furor y antecedentes de los asaltantes, pero afortunadamente, el Coronel Munguía y sus oficiales estaban a la altura de la situación en que las circunstancias los habían colocado. Comprendiendo que solamente un rasgo de audacia prometía salvación, resolvió el Coronel romper el sitio y retirarse a Yautepec, lo cual solamente era posible por medio de una hábil maniobra ejecutada con energía, sangre fría e imponiendo la más estricta disciplina. Llamó, en consecuencia, a los oficiales, le les explicó su propósito, les encomendó el estricto cumplimiento de las órdenes recibidas y al amanecer del día siguiente fueron sorprendidos los sitiadores por un ataque tan resuelto y bien combinado que no pudieron resistir. Pidieron refuerzos hacia todos lados y los heróicos federales se vieron envueltos por innumerables enemigos, sedientos de sangre, pero su estóico valor y disciplina, así como la habilidad de los jefes, venció toda resistencia, y poco a poco, rechazando los repetidos furibundos ataques, lograron, al fin, llegar a Yautepec y ponerse a salvo, después de haber inferido terribles pérdidas a los feroces agresores.

Este hecho de armas, el más brillante que se verificó durante esta revolución, fué uno de los últimos destellos que honraron al antiguo ejército federal que, por desgracia para la Nación, estába destinado a sucumbir, en medio del oleaje demagógico que se había desencadenado y que había de conducir a las más repugnantes orgías de sangre y de corrupción.



CAPITULO VII

LA INVASION FILIBUSTERA DE LA BAJA CALIFORNIA

La región limítrofe de la Baja California con el territorio de los Estados Unidos, fué invadida a principios de 1911 por partidas de filibusteros angloamericanos, a sueldo del millonario Dick Ferris y de compañías que habían adquirido extensos terrenos, que procuraban hacer subir de precio con el esperado cambio de soberanía, a los cuales se unieron mexicanos traidores, encabezados por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón. Los filibusteros angloamericanos estaban divididos entre los que pretendían establecer una nueva República bajo la Presidencia de Dick Ferris y los que trataban de agregar un nuevo territorio a la gran república del Norte, mientras que los mexicanos aliados de los filibusteros aseguraban luchar por los derechos del pueblo, proclamando principios socialistas o comunistas y rechazando toda conexión con la revolución maderista que tildaban de "capitalista" o "burguesa". En realidad no eran, sin embargo, todos ellos, más que bribones y bandoleros que, gozando de la protección de las autoridades de los Estados Unidos, explotaban a los cándidos que les proporcionaban recursos, para lanzarse al pillaje en territorio mexicano.

RICARDO GARCIA GRANADOS

El Sr. R. Velasco Ceballos en su interesante y bien documentado libro que lleva por título "¿Se apoderará Estados Unidos de la Baja California?", que me sirve de guía en la presente narración, dice con referencia a los mencionados Flores Magón, Directores del periódico anarquista "Regeneración", que "obligados a vivir en los Estados Unidos durante muchos años, en roce con gente ignara y teniendo que luchar a brazo partido para ganar el pan, fueron descendiendo hasta llegar, pocos años antes de comenzar la revolución de México, a la triste y viturable condición de explotadores de la ignorancia popular". A esa triste condición se había de agregar, como se verá más adelante, la de convertirse en auxiliares y aduladores de los forajidos extranjeros que se dedicaron a devastar el suelo patrio.

Ya desde fines del año de 1910, el Jefe Político del Distrito Norte de la Baja California, el Coronel Celso Vega, había recibido noticia de que se preparaba una invasión filibustera y que el Gobierno de los Estados Unidos estaba vendiendo a precios irrisorios el armamento que había estado hasta entonces en uso del Ejército, a los promovedores de esa empresa criminal, pero carecía de recursos para la defensa del país, pues en toda la línea fronteriza, desde el Pacífico hasta el Río Colorado, no había más que 22 policías y en la Capital del Distrito, que lo es La Ensenada, no se contaba más que con 90 hombres de la Compañía Fija y algunos gendarmes. El Coronel Vega solicitaba, por lo tanto, con urgencia, que se le mandaran refuerzos, pero el Gobierno Federal, que se veía ya comprometido por la sublevación en Chihuahua, tenía bastante dificultad para atender a esa solicitud.

Así pudo suceder que una partida organizada en la población angloamericana de Calexico, a ciencia y paciencia de las autoridades, y encabezada por un tal J. M. Leyva, acompañado del angloamericano Simón Berthold, entrara el día 29 de Enero de 1911, a la población de Mexicali, sin encontrar más resistencia que la del Alcaide de la Cárcel Jo-

sé Villanueva, que por negarse a entregar las llaves, en cumplimiento de su deber, fué infamemente asesinado. Los forajidos pusieron en libertad a los presos, se apoderaron de los fondos públicos y saquearon las dos principales casas comerciales mexicanas. El fácil éxito que habían obtenido, dió lugar a que engrosaran notablemente sus filas y a que empezaron a organizarse militarmente, bajo la dirección de un sargento del Ejército de los Estados Unidos, de nombre Williams Stanley, el cual, aun sin despojarse de su uniforme, se dedicaba a dar instrucción a los reclutas. También llegó en esos días a Mexicali el conocido autor del opúsculo difamatorio "Barbarous Mexico", John K. Turner, el cual trabajaba abiertamente a favor de la anexión de aquella parte de nuestro territorio a los Estados Unidos, sin que los hermanos Flores Magón juzgaran oportuno publicar una protesta.

Tan luego como se tuvo noticias en Ensenada de esa invasión filibustera, movilizó el Coronel Vega la escasa fuerza de que disponía y se puso en marcha, el día 30 de Enero, a través de la abrupta y casi intransitable sierra, pues aun no existía la magnífica carretera que construyó más tarde el Coronel Esteban Cantú. Después de 17 días de fatigas y sufrimientos, llegó la columna cansada y hambrienta, frente a Mexicali para encontrarse con un enemigo numeroso, bien atrincherado y provisto de lo necesario, de suerte que el ataque fracasó a pesar del arrojo que se había desplegado. Entre los heridos de la columna se hallaba el Coronel Vega, el cual fué trasladado a la población angloamericana de Calexico, en donde pudo curarse de sus heridas y regresar por territorio de la vecina república a Ensenada.

El triunfo obtenido por los filibusteros no pudo menos de envalentonarlos, aumentando considerablemente su número. Se dirigieron, en consecuencia, a la Aduana de Los Algodones, frente a Yuma, la cual tomaron, saquearon e incendiaron, después de una heroica resistencia que había hecho el Administrador Tomás Belendez y el anciano Teniente Cecilio Garza con los 11 hombres de que disponía. Quedó

entre los muertos este último, mientras que el Administrador gravemente herido, fué trasladado al otro lado de la frontera.

Después de este segundo triunfo, si se le puede llamar así, los filibusteros se consideraron ya bastante fuertes para continuar lo que suponían fácil conquista del Distrito Norte de la Baja California, a cuyo efecto se organizaron en dos grupos, de los cuales uno se puso en marcha rumbo a Ensenada, por la vía de El Alamo, a las órdenes de Berthold, mientras que el otro, a las órdenes de Leyva, se dirigía a la población fronteriza de Tecate, que ya estaba en poder de un nuevo cabecilla, de nombre Luis Rodríguez, a quien trataban de reforzar.

La situación era de lo más grave para las autoridades mexicanas que carecían, casi por completo, de medios de defensa, y el triunfo de los forajidos parecía inevitable cuando desembarcó en Ensenada, el día 8 de Marzo, el 8º Batallón de infantería, procedente de Guadalajara, que se componía en su mayor parte de los aguerridos y valientes hijos de la Sierra de Oaxaca. El Coronel Vega que acababa de regresar a Ensenada, deseaba, que el Coronel Mayol que mandaba esa fuerza, procediera a batir a los filibusteros en donde los encontrara, pero este declaró que tenía órdenes terminantes de la Secretaría de Guerra, de dirigirse a la mayor brevedad posible al lugar donde se hallaban las costosas e importantes obras de represa e irrigación del Río Colorado. Consiguió, sin embargo, el Coronel Vega que el Coronel Mayol consintiera en que se desprendiera del batallón una compañía a las órdenes del Capitán Mendieta, para los fines que tenía en mira.

Conforme a la orden que recibió en seguida, se puso en marcha el Capitán Mendieta con su pequeña fuerza rumbo a Tecate a donde llegó el día 17 de Marzo. Inmediatamente procedió al ataque de los filibusteros, a los cuales derrotó completamente, antes de que recibieran refuerzos, dando muerte a su jefe Luis Rodríguez. Dos días después se pre-

sentó J. M. Leyva a la cabeza de 140 hombres, el cual fué derrotado con la misma facilidad que el otro, refugiándose a territorio norte-americano, de donde ya no había de volver.

El Coronel Mayol se puso en marcha, a su vez, rumbo a Río Colorado, pero al pasar cerca de Mexicali, fué atacado a inmediaciones de un rancho,, llamado Little, por los filibusteros a las órdenes de Stanley que, compuestos exclusivamente de angloamericanos, armados y adiestrados al estilo de su país, se consideraban aptos para dar acciones campales. Su desengaño fué completo, pues tras rudo combate, fueron completamente derrotados, regresando a Mexicali en plena desbandada. Entre los heridos se hallaba el mismo Stanley, el cual no se sintió seguro hasta pisar territorio norteamericano, en donde se le hizo un recibimiento como a un héroe desgraciado.

Se creyó que Mayol atacaría inmediatamente para acabar de arrojar a los filibusteros al otro lado de la frontera, pero para sorpresa de todos, continuó su marcha rumbo al Río Colorado. Explicó más tarde su conducta haciendo presente, que después del combate que había sostenido, había quedado escaso de municiones, mientras que los filibusteros estaban bien provistos de todo lo necesario. Estos podían, en efecto proveerse sin dificultad de todo lo que deseaban en territorio de los Estados Unidos, mientras que ahí mismo estaba estrictamente prohibido vender municiones a las autoridades mexicanas. Se debía esto a las órdenes recibidas de Washington, pues así era como el Presidente Taft entendía la neutralidad.

La inacción de Mayol dió lugar a que se le tildara de cobarde y aun pretendieron los partidarios del filibusterismo, incluso algunos periódicos de Alta California, hacer aparecer que el triunfo había estado de parte de los filibusteros y que estos habían ejecutado estupendas hazañas. A consecuencia de estos torpes embustes, se instaba al sucesor de Stanley, un tal Rhys Pryce, a que marchara inmediatamente hacia el Río Colorado, a fin de acabar con la fuerza de Mayol

El nuevo jefe, sin embargo, que sabía perfectamente lo que había pasado en realidad, se resistía a seguir el consejo, pero como no convenía permanecer inactivo, concibió un nuevo plan que le pareció menos peligroso, del cual se tratará más adelante, pues por ahora hay que dedicar la atención al grupo de Berthold que, como se dijo antes, se dirigió a Ensenada por El Alamo, al separarse de Leyva.

Esas fuerzas de Berthold, que habían salido de Mexicali el 14 de Marzo, unidas a las de Leyva, se separaron de estas al día siguiente en Laguna Salada, tomando la dirección del mineral El Alamo, que queda a unos 80 kilómetros al este de Ensenada. En el camino fueron detenidas por tres excelentes tiradores mexicanos, que les hicieron algunas bajas, entre ellas la del mismo Berthold, que resultó gravemente herido, pero no pudieron impedir que El Alamo cayera el día 21 en poder de esos forajidos, los cuales se dedicaron, como siempre al desenfrenado saqueo, cometiendo además toda especie de crímenes. La muerte de Berthold, que ocurrió pocos días después, desalentó a los filibusteros que ya desistieron de marchar hacia Ensenada.

Como sucesor de Berthold fué designado Jack Mosby, el cual se puso en comunicación con Pryce, que como se dijo, no se atrevía a atacar a Mayol, a pesar de las instancias que se le hacían. Ambos convinieron en marchar hacia Tecate, en donde se deberían reunir a fin de atacar la plaza de Tijuana, pues tenían noticia de que ahí había escasos elementos de defensa y ricas tiendas que saquear. La proximidad de la frontera ofrecía además facilidad para obtener recursos y un seguro refugio en caso de un fracaso.

Conforme al plan arreglado entre esos dos bandoleros, se puso Mosby en movimiento de El Alamo rumbo al norte, saqueando todas las poblaciones por donde pasaba y cometiendo los más repugnantes de los crímenes, como fué entre otros, el de dar tormento a los pacíficos habitantes, de los cuales algunos fueron quemados vivos, porque ne negaban o no podían dar los informes que se les pedían. Pero no había de

quedar en esta vez, afortunadamente, sin castigo esas fechorías, pues al pasar por el rancho de El Carrizo, fué sorprendida esa banda de más de 50 hombres, por 15 voluntarios mexicanos, encabezados por Lerdo González y puestos en vergonzosa fuga. Entre los heridos se hallaba el mismo Mosby, el cual no logró más que con bastante trabajo, pasar al territorio de los Estados Unidos, en donde se le recibió, como a Stanley, con grandes demostraciones de afecto y admiración.

No era bastante fuerte la guerrilla de Lerdo González, a pesar del castigo que había inferido a la banda, para arrojar a esta del territorio nacional, la cual siguió su camino, a las órdenes de un tal Sam Wood, a quien eligió como jefe en lugar de Mosby. Por fin logró reunirse en Tecate con la banda de Pryce, que en su marcha desde Mexicali había cometido atropellos y crímenes parecidos a los de la banda procedente de El Alamo. Con las fatigas y reveses sufridos no alcanzaban ya esos filibusteros a emprender nada formal, pero volvieron a recibir del otro lado de la frontera abundantes recursos y refuerzos, facilitados en gran parte por el Capitán Wilcox, jefe del destacamento del Ejécito de los Estados Unidos, encargado de vigilar aquella parte de la frontera. e esta suerte lograron reunir los filibusteros más de 200 hombres, entre ellos no pocos soldados norte-americanos, con los cuales resolvieron atacar la plaza de Tijuana, que no contaba más que con 56 defensores incluyendo celadores, empleados civiles y voluntarios, a las órdenes del Sub-Prefecto José Larroque. Lo más grave para los defensores era la escasez de municiones, pues no se habían recibido de México, a causa de la situación desesperada del Gobierno y en territorio de la vecina república no era posible conseguirlas, debido a la prohibición oficial de que se ha hecho mención.

El día 8 de Mayo, el mismo en que Ciudad Juárez caía en poder de los maderistas se presentaron los filibusteros, a las órdenes de Pryce y Wood, ante la plaza, mientras que un

numeroso público, ávido de emociones, contemplaba los sucesos desde el lado norte-americano de la frontera. Los filibusteros sostuvieron durante todo el día un tiroteo, a veces muy nutrido, como para poner a prueba a los defensores o para inducirlos a gastar sus escasas municiones, pero viendo que estos apenas contestaban el fuego, se retiraron a su campamento.

Había entre los defensores de la plaza un joven de 20 años, el Sub-Teniente Guerrero, que aún no había recibido su bautismo de fuego, pero que se convirtió en un verdadero héroe desde el primer día en que entró en acción. Ante las amenazas del enemigo y el nutrido fuego con que este inició el ataque, había sido el que con más resolución animaba a los defensores, conservando siempre su sangre fría, y después de que al anochecer se retiraron los filibusteros, concibió un plan audaz, que a su juicio era el único que podría salvar la plaza, en vista de la escasez de hombres y otros recursos. Había descubierto a lo lejos un resplandor que le indicaba que ahí se debía hallar el campamento enemigo, en vista de lo cual propuso al Sub-Prefecto Larroque que salieran inmediatamente con toda la fuerza a atacarlo, pues era de suponer que confiando en su número y recursos, así como en el aparente desaliento de sus contrarios, los filibusteros habían de estar descuidados, dando lugar a que sufrieran una completa derrota. Al Sr. Larroque, que no era, por cierto, pusilánime, a pesar de que nunca había empuñado una arma, le parecía demasiado atrevida la empresa, pero fué tanta la instancia del Sub-Teniente Guerrero, el cual hacía presente que solamente un rasgo de audacia, como el propuesto, podría salvar la plaza, que al fin consintió en poner a las órdenes del intrépido oficial los 30 hombres, que era lo único que había disponible de tropa capaz de maniobrar.

Antes de media noche se puso en marcha esta pequeña columna de valientes hacia el lejano resplandor que se divisaba en el horizonte, cortando alambrados y saltando fosos, pero sin vacilar un instante y mientras más se avanzaba, más se-

ponía en evidencia que ahí se hallaba el enemigo que tanta infamia había cometido y que ahora se trataba de castigar severamente. A fin de engañar a este, después de verificar la premeditada sorpresa, haciéndole creer que había sido atacado por un refuerzo procedente de otra parte, el Sub-Teniente Guerrero rodeó la posición de los filibusteros, para atacar por el lado opuesto a Tijuana, encareneiendo a sus soldados que guardaran el mayor silencio, de suerte que las maniobras se ejecutaban más bien por señas que a viva voz.

Por fin se distinguieron claramente las figuras de los filibusteros, a la luz de las fogatas, unos tendidos, otros en pie charlando alegremente y fumando, por lo visto sin el menor temor de ser atacados. No hay que hacer fuego hasta tenerlos a boca de jarro, a la señal que yo haga, encomendó Guerrero a sus soldados, que con él seguían avanzando, agazapándose, sin hacer ruido y cuando ya, por fin, estaban los bandoleros a unos 50 metros, una descarga cerrada produjo el más desastroso efecto entre aquellos confiados hombres, que sobrecogidos por un terrible pánico, apenas intentaron defenderse, emprendiendo la fuga. La desbandada fué completa y entre los muertos se hallaba el cabecilla Sam Wood, de suerte que ahí hubiera terminado la vandálica invasión, como lo esperaba Guerrero, a no ser por la proximidad de la frontera que ofreció seguro refugio a los derrotados, así como por las otras circunstancias que se van a referir.

La principal de esas circunstancias que hicieron posible que se reorganizaran y reanimaran los filibusteros, además del abrigo que encontraron al pasar la frontera, fué el participio e intervención del antes mencionado Capitán Wilcox del Ejército de los Estados Unidos, el cual reprendió severamente a los filibusteros por su cobardía, ofreciéndoles nuevos recursos, así como refuerzos, entre los cuales figuraban 30 soldados, que con armas y uniformes de su país se alistaban para atacar a las autoridades de una nación oficialmente amiga y a la cual se habían hecho poco antes, manifestaciones de la más cordial simpatía.

La otra circunstancia a que se ha aludido, fué la de que los filibusteros recibieran, por un espía que habían mandado a Tijuana los Flores Magón, la noticia de que la sorpresa nocturna que los había dispersado, no había tenido por origen un refuerzo de la guarnición enviado de otra parte, sino que había sido ejecutada por la misma guarnición, y que los defensores seguían sufriendo de una grave escasez de municiones.

Así reanimados con esos informes y con el auxilio de hombres y otros elementos que habían recibido de los militares norte-americanos encargados de vigilar la frontera y de hacer respetar las leyes de neutralidad, emprendieron los filibusteros de nuevo el ataque sobre la plaza de Tijuana, defendida por 30 soldados y 23 civiles, entre los cuales se contaban algunos que nunca habían empuñado un rifle y otros que ya eran ancianos de 60 a 70 años.

No obstante estas deplorables condiciones, la defensa fué heróica. Como las municiones escaseaban, los defensores de la plaza no contestaban al fuego que se les hacía desde lejos, diirigido en parte por el capitán Wilcox, con todo descaro, desde la frontera internacional, pero cuando los asaltantes se lanzaron de una manera resuelta sobre las trincheras, se les recibía con certeras descargas, que los hacía retroceder. Indudablemente se hubiera sostenido la plaza, no obstante lo imperfecto de las fortificaciones, a no ser por la mencionada escasez de municiones, pues una vez que estas se hubieron agotado, todo el heroísmo de los defensores resultó inútil Con unos pocos cartuchos que les quedaban, lograron 20 soldados abrirse paso a través de los asaltantes y ponerse en camino a Ensenada, a donde llegaron con sus armas, en correcta formación, pero los otros pocos, así como los civiles, sucumbieron casi todos en sus puestos, en cumplimiento de su deber.

Entre los muertos se contó al Sub-Prefecto Larroque, al Administrador de Correos Francisco Cuevas, al septuagenario voluntario Clemente Angulo, etc., mientras que entre

los gravemente heridos se hallaba el intrépido Sub-Teniente Guerrero, que fué trasladado por dos amigos, con dificultad y peligro, al otro lado de la frontera, por temor a que los filibusteros lo asesinaran. Ni uno solo de los defensores -dice Velasco Ceballos, fué herido por la espalda.

En cuanto cesó la resistencia se desparramaron los asaltantes para dedicarse al saqueo; todo fué hollado y ultrajado. No bastó, sin embargo a los filibusteros el botín encontrado en las casas y almacenes, pues, aprovechando la circunstancia de que habían acudido millares de turistas norteamericanos a presenciar el emocionante espectáculo, el jefe de los filibusteros, Pryce, como hábil especulador, cobró a razón de 50 centavos por cabeza de entrada a la población devastada.

Después de este desgraciado acontecimiento, carecía Ensenada casi por completo de elementos de defensa y fué, por lo tanto, una fortuna que estallaran disenciones entre los filibusteros. Pryce, que había sido felicitado calurosamente por los Flores Magón, a quien llamaban "hermano", mandó izar la bandera de los Estados Unidos sobre las ruinas de Tijuana, pero la mayoría de sus acompañantes rechazaban la idea de una anexión inmediata, porque juzgaba que proclamando el establecimiento de una república "socialista" o "comunista" en México, tendrían mayor libertad para cometer todos los atropellos y crímenes que se les antojara y habría menos riesgo de una intervención directa de la fuerza armada de la vecina república. Esta fué la causa del conflicto en el compamento filibustero, que terminó con que los partidarios de Pryce quedaron dominados y que fuera electo jefe de la banda el facineroso Jack Mosby, que ya había sanado de la herida recibida en El Carrizo, a manos de Lerdo González y sus voluntarios.

El respiro que así obtuvieron las autoridades mexicanas, hizo cambiar la situación por completo, pues cuando el Coronel Mayol que se hallaba a orillas del Río Colorado, y también escaso de municiones, recibió la noticia de la toma

de Tijuana, se puso inmediatamente en marcha y llegó a Ensenada, a la cabeza de su algo mermado batallón, a fines de Mayo. Por otra parte había despertado el patriotismo de los mexicnos residentes en territorio de la Alta California, por lo cual resolvieron acudir en auxilio de sus acosados compatriotas, a pesar de las persecusiones de que eran objeto de parte de las autoridades. A iniciativa del patriota Doctor Horacio E. López, se verificaron juntas en el "Germania Hall" de San Diego, perteneciente a los alemanes de ese lugar, que condujeron a la organización de lo que se llamó "Defensores de la Integridad Nacional".

A la actividad de esta patriótica organización se debió que fueran reclutados y embarcados en San Diego, rumbo a Ensenada 140 voluntarios y, lo que fué aun más importante, que se remitieran a la misma población, una considerable cantidad de municiones, que era lo que más falta hacía pues a esa falta se había debido la mayor parte de los descalabros sufridos.

Contando con estos recursos y refuerzos, ya se consideró el Cornel Vega en aptitud, no solamente de defenderse con éxito, sino en la de emprender una enérgica ofensiva. Mosby aseguraba en Tijuana todos los días que en en breves días saldría de la plaza a fin de ir a atacar a Ensenada, pero el jefe mexicano no esperó a que se cumpliera esa fanfarronada, sino que el día 18 de Junio movilizó su fuerza, compuesta de 600 hombres, con la cual se puso en marcha rumbo a donde se hallaba el enemigo. El día 22 tropezó con este, que se hallaba fuertemente atrincherado, con la espalda hacia la frontera internacional a corta distancia. El combate fué corto y decisivo, terminando con una completa derrota de los filibusteros, que dejaron 31 muertos en el campo de batalla, entre ellos uno en uniforme e insignias de Teniente del Ejército de los Estados Unidos, Las fuerzas mexicanas no tuvieron más pérdida que 3 muertos y 6 heridos, entre estos últimos un oficial.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

Los filibusteros pasaron la frontera a la desbandada y esta vez fueron desarmados por las fuerzas de los Estados Unidos, ya porque todos se habían convencido de la inutilidad de nuevos esfuerzos, o porque entre tanto había caído el Gobierno del General Díaz, el cual se había atraído la hostilidad especial del Presidente Taft.

Con el triunfo obtenido por el Coronel Vega se pudo dar por terminada la invasión filibustera, pues pocos días antes había sido entregada la plaza de Mexicali a las autoridades mexicanas y las pequeñas partidas que aun merodeaban por algunas partes, fueron rápidamente destruidas por los vecinos.



CAPITULO VIII

CAIDA DEL PRESIDENTE DIAZ

La revolución se extiende por todo el país. - Reanudación y rompimiento de las negociaciones con los rebeldes. - El manifiesto de Díaz y la toma de Ciudad Juárez. - Madero organiza su Gobierno. - El Tratado de Ciudada Juárez. - Sucesos en la Capital y renuncia de Díaz y Corral. - El Presidente Díaz abandona el país.

El movimiento revolucionario iniciado en Chihuahua, que se extendió, con especial vigor, a los Estados de Morelos, Guerrero y parte de Puebla, y que había dado lugar a la invación filibustera de la Baja California, cundió también, durante los meses de Marzo, Abril y Mayo a otros Estados, que hasta entonces habían permanecido tranquilos. Ahí aparecieron partidas de menor importancia, que sin ser capaces de dar golpes de trascendencia, cumplían, sin embargo, el objeto de mantener ocupadas a numerosas fuerzas del Ejército, las cuales hubieran servido, de otra manera, para destruir los principales focos de rebelión. En Durango se generalizó muy pronto la insurrección, cayendo en poder de los rebeldes las plazas de Mapimí y Nazas; el cabecilla Luis Moya, con sus atrevidas correrías entre Zacatecass y Coahuila cau-

saba la desesperación de los jefes federales, apoltronados durante la prolongada era de paz; en Sinaloa no lograba el heróico Coronel Luis G. Morelos dominar la situación, a pesar de los triunfos que obtenía; en Sonora tampoco lograban las fuerzas del Gobierno dominar la rebelión, a pesar del auxilio que le prestaban los aguerridos indios yaquis; en Veracruz se levantaban Tapia, Gavira y Cándido Aguilar y, en fin, aparecían también algunas gavillas, en Oaxaca, Tabasco y Yucatán.

En los últimos años del Gobierno del General Díaz se había creído que, después de treinta años de paz, se habrían calmado los instintos revolucionarios del pueblo mexicano y que la generación de guerrilleros audaces se había extinguido para siempre, por falta de oportunidad para ejercer el oficio; a lo cual se agregaba que, como los empleados y otros acreedores del Gobierno estaban pagados con regularidad, ya no había, conforme a las teorías de Bulnes, ciegamente aceptadas por los científicos, peligro alguno de graves trastornos del orden público. Resultó ahora, sin embargo, que por todas partes se manifestaba el descontento, a pesar de la regularidad en los pagos y que aparecían habilísimos y atrevidos guerrilleros, que parecían adiestrados en largas campañas, de suerte que en pocos meses redujeron a la impotencia al Gobierno que se consideraba como el más fuerte que había tenido la República. Se puso realmente en evidencia, con este motivo, cuan torpe había sido el sistema político de colocar como Gobernadores en los Estados, ante todo a hombres incondicionalmente adictos a la persona del Presidente, o al círculo político que lo rodeaba, aun cuando no tuvieran el prestigio necesario, ni fueran del agrado de los gobernados, pues, no había de ser la concentración de grandes fuerzas rebeldes, ni mucho menos las aptitudes del jefe de la revolución, lo que determinara la desesperada situación del Gobierno, sino la falta de prestigio y de elementos de defensa de las autoridades locales, que las ponían en la imposibilidad de proceder con éxito contra el crecien-

te descontento, que disolvía rápidamente la organización política.

Después de la derrota que, a causa de la torpeza de Madero y de sus inexpertos consejeros, sufrieron los rebeldes frente a Casas Grandes, tuvieron estos, como ya se dijo, la fortuna de que no se les persiguiera, ya fuera a causa de la herida del Coronel García Cuéllar, o porque las fuerzas federales no se sentían bastante fuertes en una región que les era profundamente hostil. Por lo demás seguía el Gobierno tropezando con muchas dificultades para reponer sus pérdidas en hombres, mientras que los rebeldes aumentaban más y más, conforme se prolongaba la lucha, pues en casi todas las revoluciones la falta de ocupación lucrativa induce a muchos obreros a empuñar las armas, aun cuando no sea el entusiasmo político. A estas circunstancias se debió que a fines de Marzo se sintiera el General Navarro tan débil que consideró oportuno mandar evacuar la plaza de Casas Grandes, a fin de que se le unieran en Ciudad Juárez las fuerzas que acababan de obtener el triunfo de que ya se dió cuenta. Entre tanto había mandado el Gobierno un refuerzo de 200 hombres con una batería de 6 cañones de 80 mm. a la ciudad de Chihuahua, cuya guarnición quedó a las órdenes del General Lauro Villar, en espera de un ataque, pues el gobierno había prescindido ya de toda operación ofensiva

Había realmente motivo para temer un ataque a esa plaza, pues debido a los esfuerzos de los jefes revolucionarios, especialmente de Orozco, Caraveo y Villa, había podido reunir Madero más de 2000 hombres, con los cuales estaba acampado en la Hacienda de Bustillos, a unos 80 kilómetros al oeste de Chihuahua. No verificaron, sin embargo, los rebeldes el movimiento que esperaban los jefes gobiernistas, pues en vez de atacar la ciudad de Chihuahua, se limitaron a aislarla completamente, cortándole la comunicación ferroviaria hacia el norte y el sur. Marcharon en seguida rumbo a Ciudad Juárez, que defendía el General Navarro con 600 hombres, presentándose frente a la plaza el día 18 de Abril.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

REANUDACION Y ROMPIMIENTO DE LAS NEGOCIACIONES CON LOS REBELDES

Ya desde fines del mes de Marzo, el Licenciado Toribio Esquivel Obregón, que había sido uno de los más juiciosos y prestigiados jefes del Partido Anti-Reeleccionista y que ahora estaba animado del patriótico deseo de llevar a efecto una transacción que evitara los excesos a que debía conducir el triunfo a mano armada de cualquiera de los partidos extremos, había tenido conferencias con el Presidente Díaz y el Ministro de Hacienda Limantour, ofreciendo su mediación. Ambos aceptaron la oferta, por lo cual el Licenciado Esquivel Obregón se dirigió, conforme a la indicación del Sr. Limantour, primeramente a Washington, a fin de conferenciar con el Agente diplomático de los rebeldes, que lo era el Doctor Vázquez Gómez. La conferencia entre estos dos hombres, no dió resultado satisfactorio, pues como en las ocasiones anteriores, exigía ese el más intransigente de los jefes rebeldes, la renuncia inmediata del General Díaz, la cual aun parecía al Gobierno de México poco menos que como una impertinencia.

Entre tanto se enteró el Licenciado Esquivel Obregón de que el Sr. Limantour estaba tratando también por conducto del Embajador en Washington, Francisco L. de la Barra, con el Doctor Vázquez Gómez, lo cual lo indujo a dar por terminada su misión en esa ciudad y a dirigirse a El Paso Texas, a donde llegó al día siguiente de que los rebeldes se presentaron, con numerosas fuerzas frente a la plaza. De acuerdo con Francisco Madero, padre, con el Licenciado Rafael Hernández, pariente de los Madero y en compañía del Sr. Oscar Braniff, logró ponerse en contacto con el "Presidente Provisional", Francisco I. Madero y obtuvo el consentimiento de este para un arreglo en que se prescindía de la renuncia del General Díaz, pero se insistía en la de Corral

y en que Madero designara a cuatró Ministros y catorce Gobernadores. Se convino además en que el Sr. Limantour seguiría al frente de la Secretaría de Hacienda.

Hubiera sido muy conveniente que el Gobierno aceptara esta proposición, que le fué transmitida con fecha 22 de Abril pero el Sr. Limantour telegrafió que, para ratificar el convenio se esperara la llegada del Lic. Francisco Carvajal, el cual llevaría las instrucciones correspondientes. Entre tanto se ajustó un armisticio entre las fuerzas beligerantes.

La noticia de los arreglos llevados a efecto entre los representantes del Gobierno, de los cuales formaba parte Don Francisco Madero, padre, y por otro lado el "Presidente Provisional" Francisco I. Madero, causaron enorme alarma entre los más exaltados de los revolucionarios civiles, residentes entonces en El Paso, que eran Juan Sánchez Azcona, Federico González Garza y Venustiano Carranza, a cuya opinión se adhería el Licenciado Roque Estrada desde San Antonio Texas en donde aun permanecía por falta de recursos para moverse. Como estos hombres no consideraban que podrían ejercer la influencia necesaria en el ánimo de Francisco I. Madero para hacerlo cambiar de propósito, pusieron un telegrama al Doctor Vázquez Gómez, que se hallaba en Washington, a fin de que viniera inmediatamente a "salvar la situación", como ellos decían, pues se le consideraba como el hombre de más talento y prestigio entre los revolucionarios.

Creían esos políticos intransigentes, o fingían creer, que la revolución fracasaría por completo, si se entraba en transacciones con los hombres del régimen hasta entonces establecido, aun cuando se tratara de personas de los antecedentes de Díaz o el mérito de Limantour, y que solamente una "purificación" general de la Administración Pública podría dar los fecundos resultados que el pueblo tenía derecho a esperar. No de entre los "burócratas corrompidos", sino de las filas revolucionarias habían de salir los hom-

bres competentes, honrados y patriotas, capaces de llevar a efecto la "regeneración nacional" y de conducir a la patria a la gran prosperidad que había prometido Madero en sus discursos. A tan desorientado criterio se debió, entre otras falsas apreciaciones, que el Licenciado Estrada se sorprendiera lo que llamaba en su libro la "extraña conducta" del Licenciado Esquivel Obregón y que expresara la sospecha de que se debiera a "motivos personales". Los sucesos posteriores habían de poner en evidencia lo que hubo de patriótico y clarividente en sa conducta, aun cuando el éxito final no le haya sido favorable.

El Doctor Vázquez Gómez se presentó en El Paso a los pocos días de haber recibido el telegraoma, e inmediatamente se puso en contacto con Francisco I. Madero, a fin de convencerlo de la necesidad de asegurar el triunfo completo de la revolución, o más bien dicho, de los revolucionarios. Dado el carácter débil e irresoluto del jefe reconocido, no fué difícil hacerlo cambiar de opinión, de suerte que fueron suficientes dos días de discusión para que conviniera en exigir la renuncia del General Díaz.

El día 3 de Mayo llegó a El Paso el Licenciado Francisco Carbajal y al día siguiente se verificó la primera conferencia, en la cual ese enviado del Gobierno no pudo menos de manifestar su sorpresa por el cambio radical que ahora aparecía en cuanto a las condiciones que pretendían imponer los rebeldes, agregando que no se consideraba autorizado, ni aun a discutir la renuncía del General Díaz. En esta cuestión le apoyaba resueltamente el Sr. Francisco Madero, padre, el cual hizo presente que "ni siquiera deseaba oír que se tratara de esa renuncia. En vista de que el "Presidente Provisional" se mantuvo esta vez firme, aun contra la opinión de su propio padre, se dieron las conferencias por terminadas.

EL MANIFIESTO DE DIAZ Y LA TOMA DE CIUDAD JUAREZ

Como contestación a las exigencias de los rebeldes, lanzó el Presidente Díaz, con fecha 7 de Mayo, un Manifiesto, redactado por Rosendo Pineda, en el cual decía que, sobreponiéndose al cargo que se le pudiera hacer de que no obraba sino bajo la presión de la rebelión armada, había entrado en el camino de las reformas prometidas; que ya la iniciativa a la no-reelección de los altos funcionarios había sido aprobada y que estaba en estudio una nueva ley que hiciera efectivo el sufragio del pueblo. Deploraba que esas medidas que se habían adoptado no hubieran sido suficientes para que aquellos que se habían lanzado desinteresadamente a la rebelión, depusieran las armas, ni tampoco que las gestiones de algunos ciudadanos patriotas, que habían ofrecido sus servicios como mediadores, y terminaba diciendo:

"El Presidente de la República, que tiene la honra de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del poder cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega el país a la anarquía, y lo hará en la forma decorosa que conviene a la Nación, y como corresponde a un mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su patria y servirle con lealtad."

Este Manifiesto, mezcla de sentimentalismo y astucia, característica de la mentalidad de Pineda, fué transmitido inmediatamente por telégrafo a la prensa de los Estados Unidos, produciendo entre los jefes rebeldes muy mala impresión, lo cual se explica fácilmente si se toma en consideración que en anteriores casos de rebelión, el General Díaz se había hecho, invariablemente, culpable de un exagerado rigor, rayano en crueldad y que el General Navarro había procedido también en la presente ocasión, por orden supe-

rior de una manera verdaderamente inhumana. No se tenía por lo tanto, confianza en el General Díaz; se creía que sus palabras tenían únicamente por objeto adormecer a los rebeldes, para caer en seguida sobre ellos y castigarlos conforme a los conocidos inicuos procedimientos. Como por una fatalidad, contribuía esta circunstancia a dar el predominio al partido intransigente entre los revolucionarios, conduciendo así a la Nación a la anarquía que había de sobrevenir y que los hombres juiciosos preveían, sin poderlo evitar.

Con oponer otra negativa a la del General Díaz, expuesta en su Manifiesto, no se resolvía, sin embargo, el problema, pues no se podían mantener las fuerzas rebeldes indefinidamente sobre las armas y fué natural que con su falta de criterio, estuviera el Sr. Madero de lo más indeciso en cuanto a lo que se debería hacer. Tenía aun fresco en la memoria el desastroso resultado del asalto que había ordenado poco tiempo antes a la plaza de Casas Grandes y, por otra parte, reflexionaba que, además del peligro de sufrir una nueva derrota, sería imprudente, a pesar de las simpatías que los yanquis habían demostrado a su causa, intentar un ataque a Ciudad Juárez, por temor a un conflicto que pudiera provocar una formal intervención de parte de nuestros vecinos del Norte. No pudiéndose resolver, en consecuencia, por el ataque, se le ocurrió entonces al jefe de la revolución que lo más conveniente sería emprender lo que consideraba que debería ser una "marcha triunfal" rumbo a la capital, dejando a su espalda al General Navarro con su fuerza, sin tener asegurada una comunicación con los Estados Unidos y sin tomar en cuenta que en las ciudades de Chihuahua y Torreón había fuerzas del Gobierno atrincheradas y provistas de artillería.

Lo absurdo de esa proyectada campaña político-militar, se impuso aun a mentalidades tan poco cultivadas como las de Orozco y Villa, pues su instinto práctico decía a estos que, contando con las simpatías de los vecinos anglo-americanos,

era ahí mismo, en Ciudad Juárez, en donde tenían que atacar al enemigo, ya desmoralizado, en vez de emprender una larguísima marcha, a través de áridos desiertos, en que se agotarían sus escasas fuerzas, para caer, al fin, ya exhaustos, en poder de un adversario, que los inmolaría sin apelación ni misericordia. Si en Casas Grandes había inducido a Madero una exagerada confianza a emprender un torpe ataque, ahora incurría en el defecto opuesto de la pusilanimidad, resistiéndose a dar la orden de ataque, que exigían las circunstancia y que le pedían unánimemente los jefes de su misma fuerza.

Ya sea de propia iniciativa o por una orden que no se sabe quien la dió, algunos grupos rebeldes emprendieron el ataque contra la plaza en la madrugada del día 8 de Mayo. Madero, a quien sorprendió la noticia, amenazaba con mandar fusilar al que procediera sin haber recibido orden o que desobedeciera y notificó al General Navarro que el ataque se había verificado en violación de sus órdenes, pero a pesar de esto continuó la lucha, con tanto ardor de parte de los rebeldes que al anochecer ya estos se habían apoderado de algunas casas. Una vez alcanzado este éxito ya era casi imposible suspender el ataque, por lo cual se vió obligado el Sr. Madero a sancionar los actos de insubordinación, consintiendo en que para el día siguiente se generalizara el ataque. Así se verificó, en efecto, con extraordinario arrojo y aunque el defensor de la plaza carecía de las aptitudes y energía necesarias, el Coronel Tamborell, un ingeniero militar hábil y valiente, suplía esas deficiencias, dirigiendo eficazmente la defensa, a pesar de que uno de los capitanes había defeccionado. La lucha seguía, por lo tanto, muy indecisa, cuando, para desgracia de los defensores, cayó herido de muerte el heroico Coronel, dando lugar a que se difundiera el desaliento en las filas de las fuerzas del Gobierno. Entre los que perdieron el ánimo se hallaba el mismo General Navarro, por lo cual se decidió a capitular, entregando la

plaza al enemigo el día 10 de Mayo, con la guarnición, reducida a 400 hombres, así como armas y municiones.

Los elementos materiales arrebatados al Gobierno, no eran realmente de mucha importancia y, sin embargo, decidió este triunfo de la suerte de la campaña y del porvenir de la República. Nunca en nuestra historia había obtenido un jefe tan torpe y con elementos tan escasos, un triunfo tan completo, y como para que resaltara aun más la ironía que parecían implicar los sucesos, el inconsciente Madero ni se daba cuenta de la manera inaudita como lo había favorecido la fortuna, pues había de seguir convencido de que su éxito se debía a lo acertado de sus disposiciones.

MADERO ORGANIZA SU GOBIERNO

Tan luego como los rebeldes hubieron entrado en Ciudad Juárez, procedió Madero a formar su Gobierno o Consejo de Estado. Para el despacho de Relaciones Exteriores fué designado el más hábil y prestigiado de los revolucionarios civiles, que era el Dr. F. Vázquez Gómez. En vista de que se habían sobrepuesto en el campamento rebelde los políticos intransigentes, era este el nombramiento que indicaban las circunstancias; pero no fué tan acertado Madero en cuanto a las demás personas que escogió como consejeros, si se exceptúa, tal vez, al Ingeniero Manuel Bonilla, por su patriotismo desinteresado y espíritu liberal, que fué designado para Comunicaciones.

Incurriendo en el vicio del nepotismo, nombró Madero como Ministro de Hacienda a su hermano Gustavo, un hábil comerciante y especulador audaz, pero no muy apegado al código moral. Para la Secretaría de Guerra fué designado Venustiano Carranza, un hombre de mediana capacidad, altanero, terco, ambicioso, sin principios ni escrúpulos morales, miembro de una rica familia de terratenientes de Coahuila.

Tanto él como su hermano Emilio eran muy adictos al General Reyes y como a la influencia de estos dos últimos debió su elevación al Gobierno de Coahuila el Sr. Miguel Cárdenas, Don Venustiano salió electo Senador de la Federación en 1896. Ocupó ese puesto durante 14 años, aprobando todos los proyectos de ley que presentaba el Gobierno dictatorial, sin hacer la más mínima objeción y las dos únicas veces que pronunció algunas palabras fué para hacer resaltar su incondicional adhesión al General Díaz. Debido a la misma influencia del General Reyes y a su docilidad comprobada había sido aceptado por el General Díaz, en el año de 1908, como candidato al Gobierno de Coahuila, pero como su protector cayó poco tiempo después en desgracia, hubo un cambio de disposiciones y salió "electo" el Lic. Jesús del Valle. El decepcionado candidato supo encubrir por lo pronto su despecho, pero cuando se dió cuenta de que la revolución maderista cundía rápidamente, descubrió que el Gobierno del General Díaz constituía una tiranía insoportable y resolvió dirigirse a los Estados Unidos para unirse a los "libertadores". Como antecedentes militares no tenía en su favor más que el haber sido Subteniente de la Segunda Reserva, cuando el General Reyes era Ministro de la Guerra. Esto justificaba, a juicio de Madero, el que se le confiriera el puesto para el cual lo había escogido.

Para la Secretaría de Justicia nombró Madero al Lic J. M. Pino Suárez y para Gobernación al Lic. F. González Garza, hombres de escasa importancia política y que no habían comprobado sus aptitudes. Para Secretario particular del Presidente fué designado el Sr. Sánchez Azcona, ex-Director del diario "México Nuevo".

Apenas constituido el Gobierno revolucionario, surgieron los primers serios conflictos entre los jefes. Desde luego se presentó la cuestión referente a lo que se debería hacer con el General Navarro, cuya cabeza pedían los rebeldes armados, a causa de las crueldades que había cometido y conforme a lo que disponía el Plan de San Luis Potosí para tales

casos. Madero, que se mostraba algunas veces generoso hacia los vencidos y otras absolutamente indiferente hacia los crímenes que cometían sus subordinados, había resuelto esta vez salvar al amenazado General, así lo verificó en la noche del día 11 al 12 de Mayo, acompañándolo personalmente hasta la frontera de los Estados Unidos, exponiéndose a la insubordinación y atentados de sus propios hombres.

Este suceso y algunos otros motivos de descontento, como lo era la personalidad de algunos de los que formaban el Consejo de Gobierno, dieron lugar a que los dos principales jefes de carácter militar, que lo eran Orozco y Villa, pretendiera destituir a Madero. Se hallaba este con sus Consejeros en el salón de la Comandancia, cuando entró Orozco intimándolo a que se entregara prisionero. Madero se resistió y logró salir fuera del edificio y arengar a la fuerza que estaba ahí reunida, la cual parecía vacilar en cuanto a la actitud que debiera asumir. En estos momentos intervino oportunamente Abraham González en el conflicto para salvar a Madero y restablecer la armonía. Al día siguiente, Madero y Orozco cambiaron cartas, que fueron publicadas, y en las cuales aseguraban ambos que no había motivos de desunión entre ellos, ni los habría en lo sucesivo, con lo cual quedó terminado el conflicto.

EL TRATADO DE CIUDAD JUAREZ

La toma de Ciudad Juárez fué el golpe de muerte al Gobierno del General Díaz, no tanto por su importancia militar que, como se dijo, no era grande, sino por el efecto moral que produjo, pues el clamor que se levantó en todo el país, no dejaba ya lugar a duda en cuanto a las exigencias de la opinión pública. El mismo General Díaz así lo comprendió, e hizo saber a los rebeldes que estaba dispuesto a entrar en nuevas negociaciones y a renunciar a la Presidencia dentro de un breve plazo.

El triunfo así obtenido, hizo aparecer de nuevo la diversidad de opiniones y tendencias existentes entre los revolucionarios. En la cuestión de la renuncia inmediata del General Díaz sehabía hecho la voluntad de los intransigentes, pero ahora resultaba que el Sr. Limantour gozaba de gran prestigio entre los miembros de la familia Madero y que el Presidente Provisional insistía en que siguiera al frente de la Secretaría de Hacienda. Debido a esto, el Lic. Rafael Hernández telegrafió a Limantour, con fecha 12 de Mayo, sugiriendo que la renuncia de Díaz se verificara al restablecerse la paz, a lo cual agregaba :"Madero me informa que vería con sumo agrado la permanencia de Ud. en la Secretaría de Hacienda".

En vista del progreso material y del éxito obtenido en lo referente a la Hacienda Pública, que había presenciado la Nación durante los últimos 17 años, parecía justificada esa insistencia; pero la opinión pública se había acostumbrado a considerar al Sr. Limantour como jefe de los "científicos" aunque este no hubiera aceptado nunca, de una manera formal, la jefatura del círculo político, y ese círculo constitúía una verdadera plutocracia absorbente, que a pesar de la superioridad intelectual que se atribuía a sí mismo, no había alcanzado a comprender a fondo las condiciones de los problemas políticos y sociales, ni mucho menos se había esforzado por resolverlos, antes bien había cometido torpezas y abusos que le atrajeron el odio popular. Entre los plutócratas más opresores se hallaban el General Luis Terrazas y su yerno el Banquero Enrique C. Creel, los cuales habían gobernado el Estado de Chihuahua, provocando la revolución que de ahí se extendió a otras partes de la República, y precisamente a ese señor Creel lo había distinguido y protegido mucho el Sr. Limantour, confiriéndole honrosas comisiones. También a la influencia de este último se debió que su protegido fuera designado para encargarse de la Embajada en Washington y, después de la muerte del Sr. Mariscal, de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En parte debido a estas circunstancias y en parte a la convicción que abrigaban los rebeldes exaltados, de que era necesario llevar a efecto lo que llamaba "purificación general" de la Administración Pública, el Doctor Francisco Vázquez Gómez se estaba empeñando desde que llegó a El Paso, no solamente en llevar a efecto la eliminación del General Díaz, sino también la del Sr. Limantour y al efecto se puso en comunicación con su apoderado en México, que lo era el Sr. Manuel Amieva.

Como el Ministerio que entonces funcionaba había sido formado por Limantour, ejercía este señor una influencia decisiva en el Gobierno y vigilaba los pasos de los que se acercaban al General Díaz, pero el Sr. Amieva logró evadir la vigilancia y ponerse en contacto directo con este, no sin haber hablado antes con el mismo Sr. Limantour, sin obtener un resultado práctico.

Después de esta entrevista, que se verificó el día 18 de Abril logró el Sr. Amieva hablar con el General Díaz el día 22 del mismo mes, asegurándole que los rebeldes estaban dispuestos a tratar con él pero no con los científicos. El General Díaz aceptó la oferta de mediación que le hacía el Sr. Amieva, pero no se le pudo disuadir, sin embargo de que fuera como representante del Gobierno a las conferencias de Ciudad Juárez, el Licenciado Francisco Carbajal, que era un partidario incondicional del Sr. Limantour.

No se desanimaron por esto el Doctor Vázquez Gómez y el Sr. Amieva, siguiendo en su empeño de eliminar al Sr. Limantour, y como el Licenciado Carbajal fracasó, como ya se dijo, en las negociaciones de Ciudad Juárez, solicitó y obtuvo el Sr. Amieva una nueva entrevista con el Presidente, que se verificó el día 14 de Mayo.

El General Díaz se hallaba en cama, con fiebre, a causa de una operación que había sufrido en la cara, pero a pesar de esto consintió en discutir la situación. El Sr. Amieva le hizo presente que las conferencias habían fracasado a causa de que el Gobierno había estado representado por científi-

cos y que era necesario, a fin de que se pudiera llegar a un arreglo, que se hiciera un cambio completo de Gabinete. El General Díaz aceptó que el cambio fuera parcial y propuso que vinieran Vázquez Gómez y Ernesto Madero a tratar con él.

En contestación a esta proposición, recibió el Sr. Amieva el 16 de Mayo un telegrama del Doctor Vázquez Gómez que decía: "Esencial eliminar Limantour. Número de Ministros podría ser por mitad. Imposible ir."

El mismo día tuvo el Sr. Amieva una entrevista con el General Díaz, observando que se había verificado cierto cambio en la actitud de este, pues ya no parecía tan sujeto como antes a la voluntad de Limantour. Se puso a discutir quienes serían los Ministros más apropiados para sustituir á los que estaban en funciones, manifestando que le parecía que el Sr. Ernesto Madero sería persona conveniente para Ministro de Hacienda.

Notificado el Doctor Vázquez Gómez de la buena disposición del Presidente Díaz para entrar en arreglos respecto a un nuevo Ministerio, contestó el día 17 de Mayo, diciendo que dentro de dos horas enviaría la lista de Ministros que proponían los rebeldes y agregaba que el representante del Gobierno en Ciudad Juárez trabajaba contra Díaz y a favor de los científicos, pero sin dar más explicaciones.

Poco después se recibió, en efecto la lista de Ministros propuestos, en que figuraba Jaime Gurza para Hacienda, Ernesto Madero para Comunicaciones, Francisco de la Barra para Relaciones Exteriores, Francisco Vázquez Gómez para Gobernación, González Salas para Guerra y Emilio Vázquez Gómez para Justicia. Se hacían también proposiciones para el nombramiento de siete Gobernadores de los Estados.

A fin de poner en conocimiento del General Díaz el contenido de los anteriores telegramas, sin que se enterara de ello el Sr. Limantour, los Sres. Amieva y su hermano político, el Sr. Ignacio Rivero, aprovecharon la oferta que les

había mandado hacer la esposa del Presidente y su hermana María Luisa Romero Rubio de Teresa, de introducirlos en la casa sin que el temido Ministro, o sus agentes, pudieran observarlo. De acuerdo con lo arreglado por esas señoras fueron introducidos secretamente los mencionados señores y en la entrevista que se verificó dijo el Presidente que estaba conforme con los candidatos propuestos, menos con González Salas para Guerra, pues no le tenían confianza ni él ni sus otros compañeros de armas; proponiendo que el nombramiento recayera en el pundonoroso General Rascón.

Después de esta entrevista, se recibió el día 17 de Mayo otro telegrama del Doctor Vázquez Gómez que decía: "Urge nombrar Gobernadores de la lista mandada. Detengan Reyes".

Esta nueva demanda de detener a Reyes, el cual venía en camino de Europa por la vía de La Habana, llamado por el Gobierno, se puede interpretar como temor de los rebeldes a que el prestigiado General se constituyera aliado de Limantour o como consecuencia del propósito que tenía el Doctor Vázquez Gómez de despejar el campo para un triunfo completo de la revolución maderista.

En la entrevista que tuvieron en seguida los ya repetidos señores con el Presidente, aseguró este que ya se daba orden al General Reyes de que se detuviera en la Habana. En cuanto a las conferencias en Ciudad Juárez, el General Díaz dijo -Carbajal me dice que Madero exige que Limantour siga de Ministro de Hacienda y Ustedes me dicen que de ningún modo lo aceptan. ¿A quien debo creer? —A nosotros, le contestó el Sr. Amieva, pues nuestras gestiones son sin mira política y los otros, sabe Dios las miras que tengan. El General Díaz se quedó unos momentos pensativo y en seguida dijo -¡por todos lados hay traición! Digan a Madero que me ponga un cable indicándome que Limantour es un obstáculo y al recibirlo lo mostraré a este, preguntándole que ¿dónde está su patriotismo?

Hubo después de esta, otras varias entrevistas entre las mencionadas personas y cambios de telegramas referentes a los nombramientos de Ministros. En cuanto a la demanda del General Díaz referentes a que Madero le expresara directamente su opinión relativa a la continuación de Limantour, recibió el Sr. Amieva un telegrama del Doctor Vázquez Gómez en que este decía: "Hoy irá cable directo". En efecto se había dejado convencer el Sr. Madero y había puesto un telegrama al Presidente Díaz en los términos que le había dictado el Doctor Vázquez Gómez. Por estar enfermo el General Díaz no pudo comunicarlo a los Sres. Amieva y Rivero directamente, pero lo hizo por conducto de su hijo el Teniente Coronel Porfirio Díaz. Con esto quedó eliminada en lo esencial la influencia del Sr. Limantour en los subsecuentes acontecimientos políticos.

Ya de acuerdo en cuanto a las bases, se firmó el día 21 de Mayo de 1911, el Tratado de Ciudad Juárez, conforme al cual el Presidente Díaz y el Vice-Presidente Corral deberían renunciar los cargos que desempeñaban antes de que terminara el mes y el Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, se haría cargo interinamente del Poder Ejecutivo. Cesarían inmediatamente las hostilidades y se convocaría a elecciones conforme a las disposiciones de la Constitución vigente.

TOMA DE TORREON, PACHUCA Y OTRAS PLAZAS

Al mismo tiempo que se acercaban a su fin las negociaciones de los representantes del Gobierno con los rebeldes, que condujeron al Tratado de Ciudad Juárez, caían varias plazas importantes en poder de otros revolucionarios que se habían levantado a última hora, como Mazatlán, Torreón, Pachuca, Chilpancingo, etc., lo cual comprobaba, no solamente que el descontento había cundido por todas partes, sino

que los elementos malsanos se desbordaban sin resistencia, ahora que à los rezagados en la lucha por la existencia se presentaba la ocasión de obtener recursos pecuniarios sin mucho trabajo y aun dándose el aire de patriotas. De los los criminales que no habían tenido el valor de los salteadores, los bribones y degenerados que en tiempos de paz permanecen en la obscuridad, los viciosos y holgazanes que desean vivir del trabajo ajeno, así como otros numerosos individuos que careciendo de facultades útiles, veían la única oportunidad de su vida para adquirir una posición que nunca hubieran podido obtener por medio de un trabajo honrado.

Especialmente terrible fué el ataque y toma de la plaza de Torreón, que defendía con habilidad, a la cabeza de unos 600 hombres, el valiente y pundonoroso General Lojero, cuya triste suerte había de llamar más tarde la atención pública de la capital. Encabezaba los rebeldes, cuyo número se elevaba a más de 2.000, el hermano del Presidente Provisional, Emilio Madero, acompañado de algunos forajidos, como Huitrón, un prófugo de la Cárcel, que por fortuna, murió durante el combate. El día 14 de Mayo se dió cuenta el General Lojero de que, por falta de elementos, ya no podría continuar la defensa, por lo cual resolvió evacuar la plaza, verificándolo la noche siguiente y retirándose rumbo a Zacatecas. La operación era difícil, pero el General tuvo la fortuna de que no lo persiguieran los rebeldes, pues estos tenían más empeño en saciar sus pasiones y apetitos que en continuar la lucha, No bien habían salido los soldados del Gobierno, cuando las hordas desenfrenadas, a las cuales se unió el populacho urbano, se lanzaron a un espantoso saqueo acompañado de los más horrendos crímenes.

Especialmente repugnante fué la matanza de más de 300 chinos indefensos, horticultores y lavanderos, que por su laboriosidad y sus costumbres frugales, habían despertado el disgusto y la envidia de los que se dedicaban a los mismos trabajos, algunos de los cuales aprovecharon la oportunidad

para deshacerse de ellos azuzando a los asaltantes por medio de informes calumniosos y, en efecto, se verificó la carnicería de la manera más atroz, sin que los jefes juzgaran oportuno o tuvieran el poder de impedirlo.

En Pachuca se sublevó el populacho cuando se recibió la noticia de la toma de Ciudad Juárez y como la escasa fuerza de seguridad estaba desmoralizada, se inició el saqueo, al que puso fin una fuerza rebelde al mando del cabecilla o "General" Gabriel Hernández, que entró a la plaza y restableció el orden con loable energía.

SUCESOS EN LA CAPITAL Y RENUNCIA DE DIAZ Y CORRAL

Pocos días después de que Limantour había organizado el nuevo Gabinete, cuando todavía abrigaba el Gobierno esperanzas de sostenerse, se dirigió el Vice-Presidente Corral, con fecha 4 de Abril, al Congreso, solicitando una licencia para separarse temporalmente de su puesto, por exigirlo así su quebrantada salud, y con la intención de salir rumbo al extranjero. No dejó de sorprender esa solicitud, pues el público creía que, en vista de la situación, debería esperase que presentara su renuncia. Al Presidente había parecido oportuna esa renuncia y había hecho indicaciones en ese sentido, pero Corral, que hasta entonces había sido de lo más sumiso declaró ahora de una manera terminante que puesto que se le había obligado a aceptar la Vice-Presidencia, no la renunciaría, a no ser juntamente con el Presidente, si este se resolvía renunciar también. Adoptó esta actitud, sin duda, para desquitarse de las humillaciones sufridas, pues en aquellos días aun creía posible el General Díaz conservar el Poder, de que con tanta repugnancia se desprendía, si sacrificaba al "impopular" Vice-Presidente que, a su juicio, era el que más perjudicaba a su propia popularidad.

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

El día 8 de Abril fué presentada la solicitud de licencia a la Cámara de Diputados, dando lugar a una acalorada discusión, puesto que algunos Diputados exigían la renuncia, pero al fin fué aprobada la silicitud por 137 contra 33 votos. A los pocos días salió el Sr. Corral rumbo a Europa, para ya no volver, pues ese hombre a quien los gobiernistas incondicionales habían designado como "el continuador de la grandiosa obra del General Díaz", padecía ya de una enfermedad incurable, que lo había de llevar en breve tiempo al sepulcro.

Entre las medidas adoptadas por el Gobierno para calmar la revolución se hallaba el proyecto de ley de no-reelección del Presidente, Vice-Presidente y Gobernadores, que fué presentado a la Cámara de Diputados el día 24 de Abril y aprobado en seguida. Esta medida, que dos o tres años antes hubiera producido un efecto transcendental, apenas atrajo la atención pública, pues ya aparecía como una consecuencia natural de la situación.

Por otra parte despertaba extraordinario interés el movimiento revolucionario, de que se ha venido dando cuenta, el cual se discutía ya con toda libertad. La noticia de la toma de Ciudad Juárez, causó verdadero júbilo, pero las atrocidades de los zapatistas y de los asaltantes de Torreón no podían menos de causar general indignación y ya no se podía ocultar que lo caída de la Dictadura acarrearía muchos trastornos, perjuicios y atentados, aunque apenas había quien se imginara hasta donde había de conducir la revolución en su loca carrera.

El día 23 de Mayo el Gobierno dió a conocer al Congreso el texto del Tratado de Ciudad Juárez, comunicando al mismo tiempo que se iba a presentar inmediatamente las renuncias del Presidente y del Vice-Presidente; pero por no haber concluido el General Díaz sus preparativos de viaje y porque no deseaba continuar en la República sin ser su Presidente, se aplazó la presentación de las renuncias, dando lugar con esto a los deplorables acontecimientos de que se va a dar cuenta.

Al día siguiente de haberse dado a conocer a las Cámaras y al público en general que se iba a cumplir lo pactado en Ciudad Juárez, se aglomeró una enorme multitud en las galerías y en las afueras de la Cámara de Diputados, en espera de las ansiadas renuncias, pero en vez de que se presentaran estas, empezó uno de los Secretarios de la Cámara a dar lectura a varias iniciativas de ley de Instrucción Pública. Como a consecuencia de la impaciencia o decepción que esto causaba, se produjera el desorden y se oyeran gritos de cólera mal reprimida, el Presidente de la Cámara Licenciado Saavedra, se dirigió al público, diciendo: "Solamente un pueblo inculto...", pero no pudo seguir hablando a causa de la explosión de ira, hasta entonces contenida, que se produjo. Una gritería ensordesedora se levantó en las galerías, pidiendo las renuncias y sobre los Diputados llovían los insultos, tales como "serviles", "bandidos" y otros no menos injuriosos, No alcanzó a calmar los ánimos que el Presidente de la Cámara anunciara que al día siguiente se presentarían las reclamadas renuncias, pues al grito de "¡Vamos a la calle de Cadena!" se encaminó la multitud exaltada rumbo a la residencia del Presidente, en donde se hallaba rodeado de su familia y de numerosas personas, que habían acudido a despedirse. La Calle de Cadena, en donde residía el Presidente, había sido ocupada por un fuerte contingente de fuerza armada, por lo cual no pudo penetrar en ella la multitud enfurecida, pero a fin de desahogar su cólera se dividió esta en varios grupos que empezaron a recorrer las calles por diferentes rumbos, rompiendo faroles y vidrieras y provocando conflictos con los gendarmes y pequeñas patrullas de soldados. Los desórdenes siguieron durante el resto del día y hasta avanzadas horas de la noche, resultando algunos muertos y numerosos heridos, cuyo número no se llegó a avergiuar.

Al día siguiente, por la mañana, se repitieron los motines y hubo algunas nuevas víctimas, pero los ánimos se calmaron tan luego como se presentaron las renuncias al Congreso

a las 4 de la tarde. La renuncia del General Díaz decía así:

"El pueblo mexicano, que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, que me ejecutorió patrióticamente en todas las obras emprendidas para robustecer la industria, el comercio de la República, sentar su crédito, rodearla de respeto internacional y darle puesto decoroso entre las naciones unidas; ese pueblo se ha insurreccionado, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder es la causa de la insurrección."

"No conozco hecho alguno imputable a mí, que motivara este fenómeno social; pero permitiendo, sin conceder, que puedo ser un culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mi la persona menos a propósito para raciocinar y decidir sobre mi culpabilidad. En tal concepto, respetando, como siempre he respetado, la voluntad del pueblo, y de conformidad con el art. 82 de la Constitución, vengo ante la suprema representación de la Nación, a dimitir, sin reserva, el cargo de Presidente Constitucional de la República, con que me honró el voto nacional, y lo hago con tanta más razón cuanto que para retenerlo, sería necesario seguir derramando sangre mexicana, aboliendo el crédito de la Nación derrochando su riqueza, cegando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales".

"Espero, señores Diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a todas las revoluciones, un estudio más concienzudo y comprobado, hará surgir en la conciencia nacional, un juicio correcto que me permita morir llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas".

La anterior comunicación al Congreso, escrita, según parece con bastante festinación, por personas de escasa competencia en estos asuntos, no estaba a la altura de lo que se debía esperar en circunstancias históricas tan dramáticas y memorables, pero respondió a las necesidades del momento

y no dió lugar a muchos comentarios. No erraba, por lo demás, el Presidente al expresar la esperanza de que, una vez calmadas las pasiones, se le haría la justicia que ahora era difícil que se le concediera. La renuncia del Vice-Presidente Corral fechada en París el día 4 de Mayo, decía como sigue:

"Las dos veces que las convenciones nacionales me ofrecieron la candidatura como Vice-Presidente de la República, para que figurase en las elecciones, con la del señor General Díaz, como presidente, manifesté que estaba dispuesto a ocupar cualquier cargo en que mis compatriotas juzgasen útiles mis servicios, y que si el voto público me confería un puesto tan por encima de mis ningunos merecimientos, mis propósitos serían secundar en todo la política del señor General Díaz, para cooperar, en mi posibilidad, al engrandecimiento de la nación, que de manera tan portentosa se había desarrollado bajo su gobierno."

"Los que se preocupan de los asuntos públicos y han observado la marcha de ellos durante los últimos años, sabrán decir si he cumplido mi propósito. Lo que yo puedo asegurar es que procuré siempre no crear el menor obstáculo, ni a la política del Presidente, ni a las formas de su desarrollo, aun a costa de sacrificios de convicciones, tanto por ser esa la base de mi programa, y porque así correspondía a mi orden y a mi lealtad, como por buscar algún prestigio a la institución de la Vice-Presidencia, tan útil en los Estados Unidos, como desacreditada en los países latinos."

"Los sucesos que han conmovido al país durante los últimos meses, han hecho que el Presidente considere patriótico separarse del alto puesto que le designó el voto casi unánime de los mexicanos, en los últimos comicios, y que conviene, casi al mismo tiempo, a los intereses de la patria, igual acto de parte del Vice-Presidente, con el objeto de que nuevos hombres y nuevas energías sigan estimulando la prosperidad nacional; y siguiendo mi programa de secundar la política del General Díaz, uno mi renuncia a la suya, y en la presente nota, hago dimisión del cargo de Vice-Presidente de la

República, suplicando a la Cámara tenga a bien aceptarla, al mismo tiempo que la del Presidente".

Esta renuncia del Sr. Corral estaba redactada en un lenguaje de tan escaso realce como la del Presidente y llamó principalmente la atención, porque confirmaba el rumor que ya había circulado de que su autor se había negado a renunciar a no ser que renunciara también el Presidente. Era su desquite por el desairado papel a que había sido condenado durante varios años.

Antes de que se presentaran las mencionadas renuncias, los Ministros del General Díaz habían presentado también las suyas, siendo digno de mencionarse que el Ministro de Hacienda hacía un grandioso obsequio a la revolución triunfante, pues dejaba a favor del Erario Nacional la suma de $60,400.000 en oro, de los cuales se hallaban 32 millones en las cajas de la Tesorería, 20 millones en poder de la Comisión Monetaria y el resto en algunas instituciones bancarias Constituyó este suceso un fenómeno inaudito en los anales, no solamente de México, sino de la América y casi del mundo entero.

Tan luego como se hubieron aceptado las renuncias por el Congreso, el Ministro de Relaciones Exteriores, Licenciado Francisco León de la Barra, prestó la protesta de ley como Presidente interino de la República, conforme a lo pactado en Ciudad Juárez. El júblio de la población capitalina fué inmenso, pues casi todos se hacían la ilusión de que se había asegurado la paz y de que se esperaba para la Nación una época de prosperidad y bienandanzas, así como de libertad y honradez administrativa. Indudablemente en esa dirección se hubieran encaminado los negocios públicos, si hubiera dependido únicamente del caballeroso e inteligente Presidente interino, el cual lanzó una proclama al pueblo mexicano, en la cual decía:

"Ajeno a toda ambición política y ansioso solamente del bien de mi país, seré, en el puesto que transitoriamente ocu-

po, un celoso defensor de las leyes, especialmente de las electorales, para que la voluntad del pueblo pueda manifestarse libremente en los próximos comicios, al renovarse los poderes federales y locales.'

Como todavía no había sido aprobada por las Legislaturas de los Estados la ley constitucional referente a la no-reelección, creyó el Presidente interino oportuno manifestar que en ningún caso aceptaría su candidatura a la Presidencia o Vice-Presidencia de la República y continuó diciendo:

"El día más feliz de mi vida pública será aquel en que, dentro del menor plazo que consientan la ley electoral y la situación que atraviesa el país, pueda transmitir el poder que hoy he recibido, al ciudadano que la República elija. Volveré entonces a la vida privada con la tranquilidad que proporciona el deber cumplido y con la satisfacción de ver a mi patria explotando de nuevo sus riquezas, por el esfuerzo del trabajo, al amparo de la paz."

El mismo día en que el Sr. de la Barra se dirigía desde México a sus conciudadanos, el Sr. Madero hacía lo mismo desde Ciudad Juárez, en un Manifiesto en que se refería a los "heróicos esfuerzos" de los revolucionarios, que habían terminado con un completo triunfo y al interinato del Sr. F. de la Barra, del cual decía que sería el intermediario "entre el despótico gobierno del General Díaz y el gobierno eminentemente popular" que resultaría de las próximas elecciones. Por lo demás, seguía el Sr. Madero la costumbre, no muy recomendable, de todos los revolucionarios vulgares, de hacer promesas irrealizables para ganar partidarios, a no ser que haya sido, como es más probable, su candidez política, la que lo indujo a dirigirse a sus conciudadanos, que lo había acompañado en la revuelta, en los términos siguientes: "Vosotros, que os retiráis a la vida privada, estáis armados con la nueva arma que acabáis de conquistar: el voto. Usad libremente esa arma liberal y pronto veréis que es, proporcionalmente, una victoria mayor que aquella que habéis alcanzado por medio del rifle".

POR QUE Y COMO CAYO PORFIRIO DIAZ

Terminó el jefe de la revolución su Manifiesto, demostrando una vez más su ignorancia de las causas que determinan los fenómenos político-sociales, así como su exagerada suficiencia, al decir con el énfasis que lo caracterizaba: "Me doy perfectamente cuenta de que, desde el momento en que yo fuí quien promovió la revolución y que me considero como jefe de partido de ella emanado, debo consagrarme al restablecimiento del orden y continuar velando por los intereses del partido político que me favorece con su confianza."

EL GENERAL DIAZ ABANDONA EL PAIS

Mientras que el Presidente interino y el jefe de la revolución se preparaban así a cumplir su misión, como cada cual la entendía, el ex-Presidente Porfirio Díaz, el hombre que durante tantos años había ocupado el lugar más prominente del país, y que había gozado del respeto del mundo entero, emprendía ocultamente su viaje de retirada, semejante a una fuga, rumbo al Extranjero. No fué este ejemplo de fatal hudimiento de grandeza humana más que una repetición de otros numerosos casos idénticos que nos refiere la Historia, cuyas enseñanzas, tan evidentes para el observador desapasionado, las aprovechan muy raras veces los hombres a quienes encumbra demasiado la fortuna.

El General Díaz no se dió cuenta de las verdaderas causas de la revolución, que condujeron a su caída, ni de las condiciones en que se tuvieron que llevar a efecto las negociaciones con los rebeldes. Habiendo estado sujeto durante 35 años a la maléfica influencia de la adulación, a la que no supo siempre sobreponerse, a pesar de su habilidad política, ignorante de la Historia y de las Ciencias Sociales, ya mermadas sus facultades intelectuales por la edad, no alcanzaba a comprender los cambios y las nuevas necesidades

y aspiraciones populares que la natural evolución había traído consigo, ni que la popularidad de que había gozado, se había convertido en un sentimiento adverso. Cegado por la ambición de mando —aunque no por la avidez de riquezas—había cometido durante su gobierno bastantes errores y aun crímenes, pero en cuanto a los primeros, apenas era capaz de reconocerlos, mientras que por otra parte se persuadía de que los segundos habían sido necesarios para afianzar la paz pública, lo cual implicaba el convencimiento de que había procedido conforme a los dictados del patriotismo.

A consecuencia de estas ideas que lo dominaban, no se quería convencer de que el movimiento revolucionario tuviera realmente su origen en el descontento popular, sino que lo atribuía a intrigas y manejos de algunos ambiciosos. Contra el Gral. Reyes concibió un intenso odio porque creyó que había inspirado el primer movimiento de oposición; creyó en seguida que la impopularidad de Corral era la única causa de los disturbios y al último atribuyó, ante todo, a la deslealtad de Limantour el derrumbe de su Gobierno.

No se ha sabido con certeza si el General Díaz y Limantour llegaron a reprocharse mutuamente lo que cada uno de ellos consideraba como actos de deslealtad hacia el otro, pero de lo que no hay lugar a duda es que hubo un serio disgusto o rompimiento y que pasó algún tiempo antes de que se reconciliaran en el Extranjero.

Sin dar aviso más que a los miembros de la familia, a los amigos más íntimos —entre los cuales ya no se hallaba Limantour— y a las personas que tenían que arreglar el viaje, resolvió el General Díaz salir de México el día 26 de Mayo muy temprano. El mando de la escolta que lo había de acompañar, se le confió al General Victoriano Huerta, un hombre inteligente y valiente, pero sanguinario, vicioso y sin escrúpulos; que desde entonces empezó a atraer la atención y que más adelante había de hacer un papel funesto en nuestra historia. Además de las señoras de la familia acompañaban al General Díaz, su hijo el Coronel Porfirio

Díaz, el General Fernando González, hijo del difunto ex-Predente de la República, Manuel González, el Licenciado Lorenzo Elizaga, el ex-Inspector de Policía Celso Acosta, el Ingeniero Gonzalo Garita y los Tenientes Coroneles Armando Santa Cruz y José Espinosa Rondero.

Para el viaje no se ecogió la vía férrea más corta y más cómoda que pasa por Orizaba, sino la vía angosta que pasa por Jalapa. El tren salió a las 4 de la mañana y hasta el medio día no había tropezado con ningún contratiempo, pero cerca de la Estación de Tepeyahualco, inmediata a la Sierra de Perote, fué detenido por una pequeña partida de rebeldes, sin que estos supieran quienes eran los viajeros. La escolta tuvo que descender del tren y después de un vivo tiroteo, logró dispersar a los rebeldes, pero no sin haber sufrido una baja de 3 muertos y varios heridos. Vencido este obstáculo, se puso de nuevo el tren en movimiento llegando a Veracruz, a las 8 de la noche. El General Díaz fué recibido por el Gobernador Teodoro Dehesa con todos los honores debidos a su carácter y se alojó en la Dirección de las obras del puerto, a cargo del Sr. J. B. Body. El pueblo de Veracruz, que antes de que lo desmoralizara la ola demagógica, fué siempre muy caballeroso, se portó de la manera más correcta y no hubo ni un solo grito o manifestación inconveniente. Al día siguiente de su llegada se presentó al General Díaz una delegación del Ayuntamiento, a fin de hacerle presente su respeto y deseo de que tuvira un feliz viaje, él y sus acompañantes.

Tres días permaneció el General Díaz en Veracruz, gozando de toda especie de atenciones, de parte de la población y de las autoridades civiles y militares. Cuando, al fin, se aproximaba la hora de partir, fueron a despedirse todas las personas prominentes que se hallaban en la ciudad y el General Huerta le dirigió un breve y sencillo discurso, asegurándole que seguiría viviendo en el corazón de todos los mexicanos. Profundamente conmovido dió el General Díaz las gracias por las manifestaciones de que había sido objeto

e hizo votos por la futura prosperidad de la Nación. Dirigiéndose a Huerta y a un grupo de oficiales, dijo que el nuevo Gobierno tendría que recurrir a los métodos que el había practicado, si quería restablecer la paz, agregando en seguida: "Estoy agradecido al Ejército: es la única verdadera defensa de que dispone el país y para restablecer la paz habrá absoluta necesidad de recurrir a sus servicios."

El día 31 de Mayo de 1911, a las 5 y media de la tarde, se dirigió el General Díaz con sus acmpañantes, en medio de la valla militar que le hacía los honores, hacia el muelle a que estaba atracado el vapor alemán "Ipiranga", en que debía emprender el viaje rumbo al Viejo Mundo. Una vez que hubo ascendido por la escalinata del barco, dirigió al pueblo, ahí reunido, las siguientes palabras:

"Veracruzanos: Al abandonar este rincón querido del suelo mexicano, llevo la inmensa satisfacción de haber recibido hospitalidad en este noble pueblo y esto me satisface doblemente porque he sido su representante en el Congreso de la Unión. Al retirarme guardo este recuerdo en lo más íntimo de mi corazón y no se apartará de él mientras yo viva".

Al terminar esta pequeña alocución resonó el primero de los 21 cañonazos, disparados desde el histórico castillo de San Juan de Ulúa, como un último saludo de gratitud que le enviaba la República y enseguida entonó la música el Himno Nacional en medio de las más conmovedoras manifestaciones de afecto de los ahí presentes.

Así abandonó para siempre el suelo mexicano, el hombre que tan sobresaliente papel había desempeñado en nuestra historia y que podía haber sido, no solamente el más ilustre de nuestros gobernantes, sino haber pasado los últimos años de su vida en su patria, honrado por mexicanos y extranjeros, si a última hora las debilidades y pasiones humanas no hubieran intervenido en perjuicio suyo y del porvenir del país. El Diputado Diódoro Batalla lo había dicho en un

brillante discurso, que si el General Díaz hubiera sabido dejar el Poder a tiempo, apenas el Popocatepetl hubiera sido pedestal digno de su gloria; pero él destino no quiso que así fuera, de suerte que el decepcionado y agobiado ex-Presidente fué a morir en el destierro, como tantos otros políticos desorientados o abandonados por la fortuna, para ser pronto olvidado por los mismos que habían prosperado a favor de la protección que les había impartido.

FIN

INDICE

Editado en los Talleres Gráficos "Michoacán", S. Jerónimo, 137 B. México, D. F.

